

A woman with long blonde hair, wearing a white t-shirt and dark shorts, is sitting on a bed in a dimly lit room. She is looking down and exhaling a cloud of white vapor. The room appears to be a bedroom with a wardrobe and a dresser visible in the background.

*Un matrimonio a la
fuerza*

Alicia Hertz

Un matrimonio a la fuerza

Alicia Hertz

CONTENIDO

[Title Page](#)
[Agradecimientos](#)
[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Epílogo](#)

Agradecimientos

En primer lugar, gracias a ti, lector, ya que sin ti esto no sería posible.

A Rober, que me has apoyado en esto, en todo, en esta vida que empezamos juntos, animarme en mis momentos de bajón, a aguantarme en mis momentos de cabezonería y rebeldía. Te quiero.

A María, que sin ella esto sería un desastre. Gracias por ser mi correctora y por darme ánimos cuando pensaba que mis capítulos no valían nada.

A mi Ichi, que me ha ayudado en una de las partes más difíciles del libro para que fuese más cercano a la realidad.

A mi familia, ya que sin su educación y su pasión por leer no sería capaz de escribir estas palabras.

Y al resto de mi Comuna Hippie, porque siempre estáis ahí. Gracias por aparecer en mi vida cuando menos lo esperaba y más necesitaba. Me habéis dado una vida nueva.

*A Marina y a Ernest, por dejarme escribir en mis
momentos de recepcionista.*

Y, ahora, a disfrutar...

Prólogo

Rose subió las escaleras resignada: había visto el periódico antes que su jefe y sabía que eso le iba a acarrear muchos problemas a su niña Alexandra. Entró en la habitación de la joven, la cual dormía a pierna suelta. Olía a alcohol, bueno, más bien, apestaba. Rose negó resignada. ¿Qué iba a hacer con esa niña?

Fue recogiendo la ropa que estaba tirada por todo el suelo del cuarto a oscuras, cosa que le dificultaba el trabajo. Abrió las cortinas de golpe, dejando entrar la luz del sol. Alexandra protestó y se tapó la cabeza con las sábanas, ya que la claridad le daba de pleno en la cara. Rose le tocó las piernas.

—Tu padre te espera, niña. Ponte algo decente y no le hagas esperar. No está de humor —dijo seria—. ¡Venga! ¡Espabila!

La joven se sentó en la cama con sumo cuidado. Le dolía la cabeza a rabiar, no estaba lista para aguantar la bronca de su padre. Se llevó los dedos a las sienes y se las masajeó. Escuchaba a Nana hacer y deshacer el desastre que había dejado tras de sí cuando había llegado de fiesta. ¿Qué había hecho la noche anterior? No lo recordaba. Se encogió de hombros. Ya se lo preguntaría a Carlos, él seguro que lo sabía.

Se hizo un moño desaliñado para tener su larga melena rubia algo decente. Tendría que ponerse un chándal o algo decente para ir a hablar con su padre, así que se dirigió hacia su vestidor y agarró el primer pantalón para andar por casa que encontró. Unas mallas negras, luego fue a por la camiseta y una sudadera del mismo color. Buscó sus zapatillas por la habitación y las encontró al lado de la puerta. Se las calzó y respiró hondo.

—¿Estaba muy cabreado, Nana? —preguntó aún ya sabiendo la respuesta.

—¿Tú que crees? ¡Da gracias que no se enteró de la hora de tu llegada! Si sales, que por lo menos no nos enteremos de la hora a la que vuelves. Si me despierto yo, bien. pero como se despierte tu padre... ¡Te mata! ¡Ve abajo y no le hagas esperar más!

Alexandra bajó con calma las escaleras de la mansión. No tenía ganas de hablar con su padre de nada, solo necesitaba su café y pasar el día

haciendo el vago. Eso y una aspirina, porque la cabeza le estaba matando.

Se paró delante de las puertas del despacho de su padre. Christian Leichmann, el gran magnate alemán de las Leichmann Oil, una de las mayores petroleras de Europa, la estaba esperando, seguramente sentado en su gran escritorio. Respiró hondo antes de coger las manillas de las puertas correderas.

Nada más abrirlas, se encontró con la mirada reprobatoria de su padre. Cerró tras de ella al entrar y se acercó a la mesa. <<Por favor, padre, no me grites>>, pensó ella, mientras su padre le señaló uno de los asientos de delante de su mesa y ella se sentó sin rechistar ni hacer un mínimo ruido.

Christian le tiró el periódico justo delante de sus narices y Alexandra ya se temió lo peor. Lo cogió sin siquiera mirar a su padre y leyó con atención. **“La joven Alexandra Leichmann se va de juerga...otra vez”**. El titular iba acompañado con fotos de ella borracha como una cuba, hablaban de drogas, líos amorosos y desfase. No podía negar la foto, pero ¿lo demás? Evidentemente lo iba a negar. Sí, vale, tomaba algunas pastillitas de la felicidad, pero eso su padre no lo tenía por qué saber ¿no?

—¿No tienes nada que decir al respecto, Alexandra? Porque estoy muy cansado de ver este tipo de cosas día sí y día también. —Ella no abrió la boca, dejando que su padre siguiera hablando—. ¡Se acabó todo esto! Las cosas van a cambiar o te juro por tu madre que te echaré de casa sin un mísero euro. Nada de tarjetas, nada de cheques, ni casa, ni hoteles... ¡Nada!

—No puedes hacerme eso, padre... no puedes... ¡Eso son puras mentiras! —protestó Alexandra sin poder creerse lo que su padre le estaba diciendo.

—Claro que puedo. Vives bajo mi techo y no haces nada de provecho, Alexandra. No has acabado la carrera que empezaste, no trabajas ni tienes intención de hacerlo por lo que veo. ¿Qué quieres? ¿Que te mantenga por la cara toda la vida? Yo creo que no, querida. Así que... Elige, ¿te vas de casa y vives debajo de un puente o aceptas lo que te digo?

—Yo... —La rubia empezó a sopesar todas las opciones que tenía. Si se terminaba yendo de casa tendría que buscar trabajo y no creía que la cogieran en ningún sitio. No tenía experiencia, iba de escándalo en escándalo. No le quedaba más remedio que aceptar lo que le imponía su padre—. Está bien, padre. Seguiré tus normas o, al menos, las intentaré seguir —dijo resignada.

—Bien. Así me gusta. Y claro que las seguirás. Tendrás a dos vigilantes contigo las 24 horas del día para que no te salgas con la tuya. Me informarán

absolutamente de todo lo que hagas. —Alexandra abrió los ojos ante las declaraciones de su progenitor—. Ya los conoces. Son Ramón y Miguel. Si quieres ir a algún sitio, ellos te llevarán, si es oportuno. Ya están fuera esperándote. Esta tarde comerás conmigo, tengo algo que anunciarte. Ahora largo de aquí. Ve a por tu café, que buena falta te hace. En eso eres igual que tu madre.

—Sí, padre. Nos vemos a la hora de la comida entonces. —La joven se levantó despacio y se dirigió a la salida del despacho. Estaba desconcertada por todo lo que le había dicho su padre. ¿Qué iba a hacer ahora?

En cuanto abrió las puertas correderas, se encontró de frente con sus dos seguratas personales. Los miró de arriba a abajo. Estaban vestidos con sus trajes negro, al estilo *Men in Black*. La conocían desde que era una renacuaja y sabía que iba a ser difícil escaparse de ellos, pero algo se le ocurriría. Eso seguro.

Miguel era alto, tenía el pelo rapado al cero y la verdad era que imponía bastante. Ramón, sin embargo, tenía un gesto serio en la cara, pero aún así contaba con una expresión que lo hacía agradable. No daba tanto miedo como Miguel. Los dos eran más o menos de la misma edad y contaban con la total confianza de su padre.

La siguieron hasta la cocina, donde Nana ya la esperaba con la taza de café humeante sobre la encimera. Acababa de empezar su vigilancia y ya estaba agobiada. La que le esperaba. Vaya comienzo de día que había tenido...

Capítulo 1

Alexandra ya tenía su taza de café humeante delante de ella nada más sentarse en uno de los taburetes de la isla de la cocina, la cual era inmensa, de colores blancos y grises, rodeada de lo último en tecnología para que no les faltase de nada. Todo encajaba a la perfección. ¡Una maravilla!

—¿Qué? ¿Ha sido mucha la regañina de tu padre, cariño? —preguntó Rose preocupada.

—Si te digo la verdad... No lo sé, Nana. No lo sé. No me ha gritado esta vez. Ha sido firme y pausado. No sé cómo tomármelo. —Alex suspiró sin saber qué pensar—. No puedo salir de fiesta, no puedo beber, no puedo hacer absolutamente nada sin que estos dos me persigan y me lo impidan. Y claro, en el caso de que me escape, vendrán a por mí y se chivarán a mi padre. Lo cual es genial. Serán unos soplones. —Les echó una mirada envenenada, ya que estaban en la puerta, esperándola para seguirla a cualquier sitio que fuera—. Y en el caso que hago cualquier cosa de esas que él no apruebe, pues me quitará dinero, tarjetas y me echará de casa.

—Cielo, sabes que lo hace por tu bien. Últimamente te estás pasando mucho con el tema de las fiestas y demás. Y lo sabes... —Alexandra la miró sintiéndose traicionada. Le dolía que le dijeran esas cosas. No eran ciertas—. No me mires así que es verdad.

—Lo que digáis. Vale que puedo salir un poco de fiesta y beber, pero no soy una alcohólica o una drogadicta como insinúa la prensa. —Se acabó el café de golpe y se levantó de la silla. No iba a seguir escuchando estupideces de esa índole. Se dirigió hacia las escaleras para subir a su cuarto. Sus queridos guardaespaldas la seguían sin perderla de vista. Resopló cansada. ¡Y solo llevaba unos minutos con ellos! ¿Qué iba a hacer? En cuanto llegó a su cuarto, los miró con una mirada retadora—. Voy a ducharme y a adecentarme. ¿Acaso queréis poner os a tono con mi espectáculo o me podéis dejar en paz por lo menos en mi habitación?

Al ver que ni Miguel ni Ramón decían nada, cerró de un portazo. Su cuarto era su remanso de paz, en donde nadie se atrevía a molestarla. Se apoyó en la puerta, respirando hondo para calmarse. No podía alterarse porque era

entonces cuando llegaban las ganas de beber. Ahora no podría evadirse y tendría que ser fuerte. <<¡Mierda de gorilas! ¡Mierda de padre! ¡Mierda de vida!>>

Observó su cuarto detenidamente. Sonrió, encantada con la elección de muebles y colores que había hecho años atrás. La pared en la que estaba situada su cama, de matrimonio y con sábanas negras y grises, era de color blanco roto, contrastando con el resto de paredes, las cuales estaban pintadas de negro. Los muebles, apoyados en esas paredes, eran de color blanco y tenían algunos toques de negro. El gran ventanal que daba al balcón y al jardín, iluminaba toda la estancia, dándole un toque de paz y tranquilidad. Todo lo que ella necesitaba.

Por las paredes estaban colgadas fotos con sus amigos, con Nana, de ella sola y, sobre todo, con su madre. Su madre... Suspiró acercándose a su foto favorita, la cual siempre tenía en su mesilla de noche, para tenerla siempre cerca. La cogió sentándose en la cama, acariciando la foto con las yemas de sus dedos: en ella salía con su madre cuando debía tener 5 años, estaban sentadas en el jardín de la casa riendo mientras se miraban la una a la otra. Eran como dos gotas de agua. Ambas con el pelo rubio, ojos azules, la misma forma en la nariz, mismos gestos.

—No sabes lo que te echo de menos, mamá... —Suspiró tras besar la foto y abrazarla. Apartó las ganas de llorar, dejándola en su sitio. Se levantó rápido y caminó hacia el inmenso vestidor.

Abrió las puertas correderas negras, dejando ver un gran vestidor blanco con distintas zonas para diferentes prendas de ropa. A la derecha estaban colgados en perchas, vestidos y pantalones, todo agrupado según las ocasiones. Luego venían las camisetas y sudaderas, para terminar con los zapatos y complementos. También tenía en una esquina, recuerdos de cuando era pequeña y que no quería tirar.

Agarró un pantalón vaquero negro y lo combinó con una camiseta de manga corta negra con estrellas blancas. Buscó ropa interior limpia y salió de allí, yendo al baño.

Su baño era otra maravilla. Toda su habitación lo era. Le encantaba pasar las horas en su cuarto, tirada en la cama, viendo la televisión que tenía delante de su cama, escuchando música mientras se preparaba para salir.

Acercándose al espejo del lavabo, encendió el pequeño ordenador que llevaba incorporado, y así, buscó una cadena de música. La bañera blanca la llamaba, sin embargo, lo que deseaba era una ducha, con un poco de

hidromasaje, por lo que abrió el agua caliente para después desnudarse. Cuando ya no quedó ninguna prenda sobre su cuerpo, entró en la ducha, cerrando la mampara de cristal.

Suspiró al notar el agua caliente mojar su cuerpo, relajando los músculos. Se estuvo quieta durante unos minutos, disfrutando de la sensación de placer que le producía el agua ardiendo. Enjabonó todas sus curvas, sus pechos, sus piernas y luego dejó que el agua la lavara. Finalmente y gracias al hidromasaje, quedó como nueva, saliendo fresca y despejada.

La mañana fue tranquila. La habían dejado en paz y no había salido de la habitación para nada. Leyó, vio la televisión, escuchó música... Mientras su vida fuera así y su padre no la molestase, estaría relajada y no tendría por qué beber o drogarse. ¿Que tenía un problema y era una adicta? ¡Ja! ¡El problema era su padre!

A la hora del almuerzo, Nana la fue a avisar de que su padre ya la estaba esperando sentado a la mesa. Alexandra resopló. Malditas las ganas que tenía de comer con él, pero por otro lado tenía curiosidad por saber qué era eso que tenía que anunciarle.

El comedor era un gran espacio abierto y agradable, con una gran mesa en color negro y butacas blancas, hacía consonancia con la chimenea, que estaba decorada en los mismos tonos. Al entrar, se encontró con su padre ya sentado en la cabecera, mirando lo que parecía ser la gaceta del día.

—Buenas tardes, padre. —Saludó la joven, sentándose en la silla que se encontraba a la derecha de su progenitor—. ¿Cómo te ha ido la mañana? —preguntó intentando aparentar interés.

—Bien. Muy productiva —contestó sin mirarla, ya que estaba muy centrado en la sección de economía del periódico—. ¿Desde cuándo te interesa lo que haga, hija? —dijo alzando una ceja.

—Solo quería ser amable, pero si lo prefieres no volveré a preguntar. —Alexandra se encogió de hombros—. Mis vigilantes pueden ir a descansar y alimentarse, ¿no?

—Si, claro. Estás conmigo y no harás ninguna tontería. —Christian levantó la mirada y la dirigió hacia aquellos hombres—. Podéis iros a descansar. Pedir que os preparen algo. En un par de horas, volved al trabajo.

—Si, jefe —contestaron al unísono para después salir y dejarlos solos.

—Rocío —llamó Christian. Una mujer de 30 y pelo pelirrojo apareció de la nada, ataviada con un uniforme azul y blanco—, podéis empezar a servir. —La mujer asintió, saliendo por donde había venido.

Alexandra se mantuvo en silencio, mientras observaba cómo servían. Tenían una sopa de primero y de segundo, pollo asado con arroz. Se le hizo la boca agua, ya que tenía muchísima hambre.

Tanto Christian como Alexandra, no dijeron ni una palabra durante el transcurso de la comida. La joven saboreó cada trozo de alimento, como si fuese su último manjar en la tierra. Una vez acabaron, les retiraron los platos y les trajeron el café y el postre, que no era, ni más ni menos, que una *Cheesecake* de limón. La joven se relamió los labios, pensando en lo que iba a disfrutar hincándole el diente a la tarta. Aunque seguro que era una treta para tenerla contenta y contarle lo que le tenían que contar. Era todo de sus cosas favoritas y eso le sonaba a chamusquina.

Se sirvió una gran porción de aquel postre que tanto le gustaba. Seguro que Nana lo había hecho para ella. Sonrió pensando en lo suertuda que era al tenerla a su lado. Sin ella no sabría qué hacer. Al meterse un trozo en la boca, gimió de lo rico y delicioso que estaba.

—Veo que te gusta el postre más que la comida —comentó el padre de la joven, echándose una cucharada de azúcar en el café.

—Siempre he sido más de dulce que de salado —contestó ella concentrada en su tarta—. ¡Ah! ¿Qué era eso que me tenías que anunciar, o contar o algo así? —preguntó curiosa.

—¡Oh! Sí, es verdad. —Revolvió el café con la cuchara tranquilo, incrementando la incertidumbre de Alexandra, ya que él se tomaba su tiempo para hacer y decir las cosas—. Mañana celebraremos una comida aquí —dijo al fin, tras unos minutos.

—Dirás, celebrarás —respondió convencida.

—No. Celebraremos. Tú vas a asistir. —Alexandra alzó una ceja. ¿Por qué tenía que asistir ella?—. Es una familia con la que tengo relaciones desde hace mucho. La familia Schröder es dueña de la *Schröder Company*, que fabrica, como nosotros, carburantes y gasóleos. Michael, el cabeza de familia, viene a Madrid por unos asuntos de negocios y los he invitado. Vendrá con su mujer, Sabine y con sus hijos, Luc y Liam, a los que quiero que conozcas y trates.

—No entiendo con qué fin quieres que los trate. No me interesa nada de lo que hacéis. —Señaló siendo sincera. Nunca le habían llamado los negocios y

no iba a empezar ahora.

—Vas a terminar la carrera de empresariales, Alexandra. Con buenas notas. Serás la hija que quiero que seas. Has aceptado que harás lo que yo te diga, y eso es lo que te ordeno. Mañana también tendrás una noticia que va a cambiar toda tu vida. Y la aceptarás sin rechistar, ¿Queda claro? —Miró a su padre, sorprendida de cómo le estaba cambiando su mundo en un día. ¿Pero qué diablos pasaba? ¿Es que se había vuelto loco?—. Te he hecho una pregunta, Alexandra. ¿Queda claro?

—Claro, padre. Muy claro —contestó como una autómatas—. ¿Algo más?

—Quiero que vayas a comprar un vestido juvenil y elegante para la comida de mañana. Aunque sea en casa quiero que luzcas preciosa. Puedes ir con Nana si lo deseas esta misma tarde. Si vas con ella mandaré solo a uno de tus vigilantes —ordenó Christian—. No quiero nada vulgar, ¿entendido? Debes parecer toda una señorita.

—Como desees. Así lo haré. —Terminó su trozo de Cheesecake de limón y el café con leche que se había servido—. ¿Puedo retirarme para ir a avisar a Nana? —Christian asintió serio, dejando que ella se fuese hacia la cocina, donde Nana se encontraba trabajando.

Entró con sigilo en la cocina, donde las empleadas estaban sentadas a la mesa, junto con Ramón y Miguel. Rose estaba terminando de recoger los platos y cubiertos sucios, junto con las ollas que se habían utilizado. Seguro que ella había comido antes que todos para no perder el tiempo.

Los dos vigilantes se pusieron de pie en cuanto la vieron, pero Alexandra les dedicó una sonrisa amable, invitándoles a que siguieran descansando, dado que ella se iba a quedar sentada en la isla de aquella estancia. Se sentó haciendo el menos ruido posible, esperando a que Nana terminase de hacer sus labores.

La mujer se giró para guardar unos platos en uno de los armarios de la cocina, encontrándose a Alexandra allí. La joven le sonrió de manera afable a modo de saludo. Su Nana le respondió a la sonrisa, acercándose a ella, secándose las manos con un trapo, cuando acabó de recoger todo.

—Supongo que tienes la tarde libre, ¿no? —preguntó Alexandra sin quitarle el ojo de encima.

—Sí, más o menos sí. ¿Por? ¿Qué necesitas?

—Tengo que salir a comprar un vestido para una comida muy importante mañana. Prefiero que me acompañes tú y no los dos gorilas que me siguen a todos lados —contestó, diciendo esto último en voz baja.

—Claro que iré. De todas maneras no creo que tu padre nos deje ir solas. En todo caso vendría uno de los dos. —Alexandra asintió resoplando—. ¿Tú ya estás lista?

—Sí. Solo es lavarme los dientes y maquillarme un poco, nada más.

—Muy bien, nos vemos aquí en 15 minutos y nos vamos. Avisaré a tu padre de que voy contigo, para que no monte un numerito. —La rubia se puso en pie, tras asentir conforme, para después ir hacia su habitación.

Entró en su cuarto y caminó decidida hasta su baño. Allí, de uno de los armaritos que tenía, cogió su cepillo eléctrico para limpiarse los dientes. Una vez estuvo lista, cogió de uno de los cajones un *eyeliner*, *rimmel* y brillo de labios. Se puso algo muy básico, pero lo suficiente para no parecer una muerta viviente.

Sonrió mirándose al espejo, viéndose renovada. La ducha, la ropa y el maquillaje cambiaban mucho a una persona. Bajó con su bolso sin quitar la sonrisa de la cara. Sin embargo, se le fue cuando vio que Miguel la estaba esperando junto con Nana. Pues tendría que aguantarlo durante la tarde también. Pobre hombre. La que le esperaba.

—Miguel nos acompañará y nos llevará en coche —dijo Nana quitándole hierro al asunto—. Así que si estamos todos listos, ¿nos vamos? —Alexandra asintió mientras salía de la casa y caminaba hacia el Cadillac Escalade negro que esperaba ya en marcha delante de la puerta.

—¿A dónde nos dirigimos, señorita? —preguntó el guardaespaldas una vez que todos estuvieron dentro del coche.

—A cualquier centro comercial me vale. No me voy a matar buscando, la verdad —contestó la joven—. Al que más te guste, al que menos... Tú decides, gorila. —El hombre puso mala cara ante el mote que la rubia le había puesto, pero no podía protestar dado que ella era la hija de su jefe, lo quisiera o no.

Miguel condujo hacia el ABC Serrano. Una vez que aparcaron, Rose y Alexandra caminaron a la vez que miraban las tiendas, con su vigilante siempre detrás de ellas. Observaron todos los escaparates con atención, sin encontrar nada que a la joven le agradara. Así que se fueron de allí, hacia otro sitio donde pudieran seguir buscando.

Tras visitar otros centros comerciales donde la clientela era selecta, caminaron por las calles de Madrid sin rumbo fijo, hasta que Alexandra se fijó

en un escaparate en especial. La tienda se llamaba *Underground* que no era ni más ni menos que una tienda de ropa de segunda mano. Entró dejando a su Nana y a Miguel descolocados, porque no contaban con que fueran a visitar una de esas tiendas de tan poca categoría para alguien de tan alto poder adquisitivo.

Alexandra miró por todos las estanterías, removiendo perchas y ropa, hasta que dio con el vestido perfecto. Sonrió al cogerlo y, admirándolo feliz, caminó hacia los probadores sin decir ni una palabra. Una vez dentro de uno de los cubículos, se desnudó y se lo probó.

El vestido era sencillo y negro, de manga sisa, sin escote, con un pequeño cinturón. La parte de abajo era corta por la mitad de los muslos y por detrás caía una tela de encaje un poco más allá de la parte trasera de las rodillas. Cuando se vio con él puesto, sonrió mirándose. Se veía perfecta y se lo llevaba. Ahora solo necesitaba unos tacones que le pegaran y una chaqueta básica.

—Cielo, ¿todo bien ahí dentro? —preguntó Nana desde afuera del probador. Ella asomó la cabeza, asintiendo—. ¿Te queda bien el vestido que has cogido?

—Sí. Me lo llevo. Necesito unos zapatos de tacón y una chaqueta básica negra, a poder ser —respondió volviendo a meter la cabeza en el probador para quitarse el vestido.

Cuando estuvo fuera, pagó el vestido en caja. Quería buscar unos zapatos decentes y cómodos en una buena zapatería. En cuanto a la chaqueta, la habría en cualquier tienda de ropa que se preciara. Así que se pusieron en marcha, y entró en una zapatería cara que ya conocía y que merecía la pena, porque los zapatos salían buenos y eran muy confortables. No acababas con un dolor de pies insoportable.

Se fijó en unas sandalias negras con un tacón de unos 15 centímetros. Las tiras negras estaban entrelazadas a lo largo del empeine y dejaba al aire libre los sitios por los que no se tocaban. La tira con el cierre rodeaba la parte superior del tobillo. Alexandra se los probó tras pedir su número, descubriendo que le quedaban como un guante, así que decidida, pagó el importe de buena gana. Ahora solo quedaba la chaqueta básica negra, a por la que fueron a una tienda normalita donde la compraron por muy poco.

—Ya tenemos todo —dijo ella animada.

—Entonces deberíamos irnos a casa, señorita. Su padre solo autorizó la salida para las compras, para nada más. Son órdenes directas. —Alexandra

rodó los ojos. <<Aguafiestas>> pensó—. Vayamos al coche, por favor.

—Como quieras, gorila. Gracias por amargarme la tarde. —Caminó delante de Nana y del propio guardaespaldas. Nana miró al hombre, disculpándose. Ella sabía cómo podía ser la joven de terca, aunque no le gustara ni un pelo ese tipo de comportamientos.

Cuando la mujer y el guardaespaldas llegaron al coche, Alexandra ya estaba apoyada en él con un cigarro entre los dedos. En cuanto se dio cuenta de que se acercaban, lo apagó tan rápido como pudo, sin embargo, los dos acompañantes la vieron. Ella hizo como que la cosa no iba con ella, pero Nana puso mala cara. Su niña se estaba volviendo toda una rebelde (más de lo que era). Lo malo de toda aquella situación era que nadie de la casa sabía lo que realmente hacía.

Nada más llegar a la mansión, Alex fue hacia su cuarto para guardar todo lo que había comprado. No quería que nadie lo viese, porque su padre era capaz de hacerle devolver todo si a él no le gustaba y no le parecía correcto para la ocasión.

—Adelante —dijo cuando escuchó que llamaban a la puerta. Cerró las puertas del vestidor a cal y canto. Su padre entró en la habitación, inspeccionando el lugar para ver si encontraba algo que no le gustara. Incluso hasta tocó uno de los muebles con un dedo, viendo si había polvo—. ¿A qué debo el honor de tu visita, padre?

—Miguel me ha dicho que has comprado el vestido en una tienda de segunda mano. —Alexandra lo miró sin mostrar su asco—. Espero que no sea mugroso y viejo.

—Yo creo que es adecuado para la ocasión, no lo voy a devolver, si es lo que pretendes —contestó ella seria a la par que tranquila.

—Y también me ha dicho que has estado fumando. —Rodó los ojos cansada de aquella vigilancia y chivatazos exhaustivos, a pesar de que acababa de comenzar su vigilancia 24/7—. Espero por tu bien que lo vayas dejando. No quiero que causes mala impresión, ¿queda claro?

—Lo que digas, padre. Ahora si te puedes ir, me gustaría descansar —dijo invitándole a salir de la habitación.

—Nos vemos a la hora de cenar, querida. —Alexandra lo acompañó hasta la puerta, cerrando en cuanto su padre salió de allí. La joven respiró hondo, calmándose. Debía pensar y calcular muy bien sus movimientos para poder salir victoriosa en sus planes de vivir libre.

Capítulo 2

A la mañana siguiente, Alexandra se quedó retozando en su preciosa cama de matrimonio. Sabía lo que se le venía encima esa tarde, con la comida y todo el paripé que tenía que hacer delante de la familia... Schröder, no se acordaba si ese era exactamente el apellido de aquellos alemanes o no. Tendría que fingir interés en los negocios de su padre y sus invitados, hablar con los hijos y la mujer del cabeza de familia, hacerse la interesada cuando le importaba una mierda todo aquello. Aún se acordaba de la charla que tuvo con su padre la noche anterior, mientras cenaban unas tostas de jamón serrano con tomate.

—Hija —La joven levantó la cabeza para mirar a su padre, que la miraba serio desde su silla—, mañana quiero que seas elegante, educada y amable. Debes ser simpática, mostrar interés en todo lo que digamos, hablar con nuestros invitados, son una gente muy influyente. ¡Ah! Y no protestes a nada de lo que te diga y mucho menos comentarios irónicos, que te conozco. —Alexandra alzó una ceja. ¿Quién tenía que ser? ¿La madre Teresa de Calcuta?—. Los hijos de los Schröder son un par de años más mayores que tú, saben de negocios y van a heredar la empresa de su padre cuando este decida dejarla.

—Padre, te das cuenta de que quieres que sea todo lo contrario a lo que soy, ¿verdad? Me importa muy poco lo que tú y esa familia os traigáis entre manos. No quiero tener que saber nada sobre petróleo, combustible y barriles. Quiero vivir mi vida y hacer lo que yo quiera —le contestó sin levantar la voz ni sonar grosera.

—Entonces ya sabes dónde te espera la puerta, Alexandra. Ya te lo advertí. Harás lo que te ordene si quieres seguir teniendo dinero y recursos —advirtió Christian—. Me da igual lo que tú quieras en estos momentos. Te vendrá bien lo que tengo planeado para ti y tu futuro. ¡Ah! Y la semana que viene, vuelves a la universidad. Terminarás la carrera y te pondré un profesor particular para que recuperes el tiempo perdido. Verás que todo saldrá bien. —La rubia bufó, cansada de que su padre le dirigiese la vida tal y como lo estaba haciendo y eso que acababa de empezar a hacerlo.

—Eso ya lo veremos, padre —contestó zanjando el tema. Odiaba esa carrera. Siempre quiso estudiar algo como Historia o alguna carrera de letras, aprender idiomas, leer, conocer mundo. Con la carrera de empresariales solo conocería los números en los que se basaban todas las empresas.

Negó aún en su cama. <<Tengo que escaparme de la casa hoy mismo, para así poder evitar ir a la comida>> pensó. ¿Pero cómo lo podía hacer? Tenía vigilantes las 24 horas del día, no se separaban de ella, a no ser que estuviese en su cuarto o con su padre en las horas de la comida.

Aunque pensándolo bien, podría escapar por el balcón de su habitación, siempre y cuando tuviera cuidado cuando saltase. Ella estaba en un primer piso, no había mucha altura, pero bien podía estropearse el plan cuando cayese al suelo. Sí. Lo intentaría. Pero sin sus zapatos de tacón, que no quería matarse.

—Bien, paso uno pensado —habló para sí—. Ahora el paso dos es llamar a cualquiera de los chicos y que me vengán a buscar. —Sonrió de lado, pensando a quién acudir y, tras debatir los pros y los contras durante un rato, se decidió por llamar a Carlos, un morenazo de metro ochenta y cinco, ojos verdes y un cuerpo de infarto. Se había acostado con él varias veces, pero apenas recordaba si era bueno en la cama o no. Aún así buscó por su agenda telefónica su número y le dio a la tecla de llamada.

—Buenos días, pequeña bribona. ¿Qué es de tu vida? —preguntó, nada más coger el teléfono el joven—. Estás totalmente desaparecida.

—Y no por gusto... —Gruñó la rubia—. Mi padre me tiene vigilada las 24 horas del día los 365 días del año. Mi vida parece un reality. Desde que salió la noticia de mi borrachera en los medios, estoy sometida a vigilancia exhaustiva por parte de dos gorilas. Me ha prohibido la fiesta, beber, salir y tengo que hacer todo lo que él me ordene. Hasta tengo que acudir a estúpidas comidas de negocios y volver a estudiar en la facultad de empresariales —explicó con tono de disgusto—. Así que por eso te llamo. Necesito tu ayuda.

—¿Y qué puede hacer este humilde servidor por una princesita como tú?

—Necesito que me esperes hoy a la una de la tarde en la esquina de mi casa. Donde siempre, vamos. Me voy a escapar —dijo decidida—. Y necesito ir de fiesta o beber hasta que me quede sin sentido. Me da igual. Llama a los demás y nos vamos a cualquier lado.

—Yo me encargo —respondió Carlos—. Nos vemos a la una, preciosa.

—Chao. Y gracias. —Sonrió, colgando la llamada y dejando el móvil a un

lado de la cama. Bajaría a por su café y fingiría fastidio para no levantar sospecha. Iba a dejar mal a su padre, y eso le encantaba. Le estaba bien merecido por ser un cabrón dominante y controlador.

Se puso en pie y fue hacia su vestidor para coger una sudadera. No quería que le cogiese el frío. Tras calzarse sus zapatillas y hacerse un moño alto, salió de su cuarto, caminando hasta la cocina. Nana ya estaba allí, organizando todo lo de la gran comida de ese día. Se echó una taza de café, le sonrió a modo de saludo y se sentó en una de las sillas de la isla de la cocina.

—Odio hacer tanta comida. —Rompió el silencio Nana—. Me descontrola todo. No sé cuánto come esa gente y no quiero hacer una cantidad ingente para que después se pierda. Tengo que hacer unos entrantes, un primero, un segundo y un postre. Tampoco sé lo que les gusta a esa familia que va a venir... ¡Tu padre me volverá loca!

—Bienvenida al club —contestó tras beber un sorbo de café—. A ti por lo menos no te vigila y te quita tu libertad.

—No digas eso. Ya te dije que lo hace por tu bien. Te estás descontrolando mucho, cariño. —Alexandra negó, poniendo los ojos en blanco, cansada de escuchar siempre las mismas tonterías—. Y ya sé que Miguel se fue de la lengua ayer, diciéndole a tu padre que te vimos fumando. Pero debes dejarlo, no quiero perderte porque tengas un cáncer o algo así.

—Lo que digas. ¿Podemos dejar el tema? No quiero discutir tampoco contigo. —Pidió de manera brusca la joven. Odiaba ser así con Nana, pero no le quedaba más remedio que hacerlo—. ¿A qué hora se supone que es la comida?

—A las 13:30. Al parecer tu padre quiere que se respete un poco el horario alemán, porque llegaron ayer de Hamburgo. Ya sabes que allí se come temprano, sobre las 12:00, pero a los dos nos parece excesivo comer tan pronto. Quizás pongamos algo de picar mientras no es la hora de la comida. —La rubia asintió conforme. Si que era una locura comer a las 12:00 de la mañana. ¡Si a esa hora se levantaba muchos días!

Cuando acabó el café, subió a ducharse y a empezar a prepararse, dado que no sabía a qué hora podía aparecer la familia alemana. Se duchó, lavó el pelo, se lo alisó y se maquilló un poco. Solo le quedaba ponerse su precioso vestido nuevo y sus viejas *converse*. Una mezcla entre lo vintage y lo moderno, a pesar de que era de segunda mano.

Abrió el vestidor, descolgando de su percha la prenda de ropa. Allí se puso su ropa interior, se colocó bien el vestido y se calzó sus *converse*

blancas y negras. Perfecta. Los zapatos de tacón ya los estrenaría en otra ocasión. No había prisa.

Miró el reloj tras haber cerrado la puerta del vestidor. Ya eran las 12:30, así que metió en su bolso todo lo necesario, dejando en la casa el teléfono móvil para que no la pudiesen localizar, y se asomó al balcón. No había moros en la costa, así que comenzó a descender, como si fuera una quinceañera rebelde sin cabeza, sujetándose a los huecos que había entre la piedra de la pared.

Una vez que estuvo a una distancia prudencial del suelo, pegó un salto y cayó sobre sus pies y sus manos, cual gato. Corrió hacia los árboles que estaban esparcidos por todo el jardín, escondiéndose de la mirada de los vigilantes y de las cámaras. Si uno de ellos la veía, estaba perdida.

Al llegar al muro que rodeaba la parcela, trepó como tantas otras veces había hecho cuando era más pequeña. No le costó ningún trabajo saltar hacia la calle, para después salir corriendo como una bala hacia el punto de encuentro con Carlos. Rió mientras corría, sin mirar atrás, ya que temía que todo aquello fuese un sueño. ¡Al fin había logrado escaparse!

En la esquina, miró hacia todos los lados posibles, tratando de localizar el *Mustang* negro de Carlos. Era un coche precioso y lo había comprado por muy poco de segunda mano. Alexandra estaba enamorada de ese coche. Algún día se lo robaría o, en su defecto, se compraría uno igual.

Carlos ya la esperaba apoyado en su auto, con una pie en la rueda delantera y la cintura en el capó. Corrió hacia él, para abrazarle sin quitar la sonrisa de su boca. Estaba tan feliz de haber salido de aquella cárcel. Carlos besó el pelo dorado de la joven, alegrándose también de verla.

—¿Cuáles son nuestros planes? —preguntó mientras entraba en el coche y acariciaba la tapicería—. ¿A quienes has logrado reunir?

—Nos vamos al piso de Ana, a beber y relajarnos. Allí no molestamos a nadie y hay sitio suficiente para todos. ¿Qué te parece? —inquirió el moreno arrancando el coche.

—Me parece una idea de lo más interesante —contestó ella, aún sonriendo—. ¡Vamos a pasarlo bien!

La familia Schröder llegó a la mansión de los Leichmann a la hora

acordada. Era la 13:00 del mediodía y como buenos alemanes, les gustaba la puntualidad. Eso era fundamental para que los negocios y la vida cotidiana llevaran un buen camino y ritmo.

Christian salió a recibirles con una sonrisa de par en par. El primero que abandonó el coche fue Michael Schröder, un hombre de unos 50 años, con pelo canoso, ojos marrones, alto y corpulento. Se mostraba serio y casi nunca sonreía. Era manipulador, consiguiendo así, siempre lo que quería.

—¡Bienvenido a mi humilde morada, Michael! —Se abrazaron, dándose potentes palmadas en la espalda a modo de saludo—. ¿Cómo ha ido el viaje? ¿Habéis tenido contratiempos? —preguntó Christian interesado.

—Todo bien. El viaje en *jet* siempre es más cómodo que en un avión comercial. —Extendió la mano para coger la de la su mujer. Sabine Schröder estaba ya entrada en años, aunque no lo aparentase. Era una rubia despampanante, de ojos azules, muy buen cuerpo, gracias a todos los retoques que se había hecho a lo largo de los años—. Christian, te presento a mi maravillosa y preciosa mujer, Sabine. Creo que no tenías el placer de conocerla en persona.

—No, la verdad es que no. —Le cogió de la mano y se la besó con delicadeza—. Mucho gusto, Sabine.

—El placer es mío. Tienes una casa preciosa y moderna. Me muero por verla por dentro. —Sonrió con sus perfectos dientes la mujer.

—Ahora mismo entramos, cielo mío. —Sonrió Michael—. Como puedes comprobar es una gran fan de la decoración. —La pareja y Christian rieron divertidos ante el comentario—. ¡Ah! Y esos que vienen por ahí son mis hijos, los herederos del imperio Schröder. Liam y Luc Schröder. —Leichmann los miró, quedándose sorprendido de lo que veía. Le habían dicho que eran gemelos, pero la verdad era que no se parecían en nada.

Liam vestía una chaqueta americana con pantalón de traje negro. Sus pies lucían unos zapatos de vestir. La camisa blanca, hacía resaltar el color de su piel. Tenía el pelo engominado, rubio, echado hacia atrás. Sus ojos eran marrones y en sus orejas lucían algunos pendientes. Sin embargo, Luc era otra historia.

Su pelo era largo de color castaño, así que suponía que Liam se lo había teñido. Lo tenía recogido en una coleta y unos mechones se le escapaban, quedándose delante de sus ojos marrones. En su labio inferior, por el lado derecho, un aro lo perforaba. Tenía barba, que aunque no muy poblada, le daba un toque muy masculino. Vestía una americana negra, como su hermano, sin

embargo, él la había combinado con un pantalón vaquero oscuro holgado y una camiseta básica negra. Sus pies calzaban unas zapatillas de deporte.

—Encantado de conocerlos, chicos. Vuestro padre me ha hablado maravillas de vosotros. —Christian les estrechó la mano, dándoles la bienvenida.

—El placer es nuestro, señor Leichmann —contestó Liam, amable.

—Debido al tema que hoy hemos venido a tratar —interrumpió Luc—, me gustaría conocer a su hija, Christian.

—¡Oh! Por supuesto. Debe estar terminándose de arreglar. Mandaré a buscarla ahora mismo, pero por favor, pasad y tomemos un refrigerio en el jardín mientras no está lista la comida. —Les señaló la puerta, invitándoles a pasar. Él entró el último, caminando tras ellos y contemplando cómo Sabine ponía cara de asombro, Michael asentía ante la decoración y los gemelos hablaban entre ellos de la casa—. Pasad por aquí, saldremos fuera aprovechando que hace tan buen día. —Christian los guió como buen anfitrión. Rose apareció con una bandeja con copas y vino, y, tras servir, las entregó en mano a todos los presentes—. Esta es Rose, la mujer que ha cuidado a mi hija desde que era un bebé y más aún cuando mi mujer falleció.

—Encantada de conocerles señores Schröder. El señor Leichmann habla maravillas de ustedes. —Sonrió afable la mujer.

—El placer es nuestro, Rose —contestó Sabine con la copa de vino en la mano—. Gracias. Ha debido ser difícil de cuidar a la pequeña Alexandra, ¿no? Con todos esos escándalos...

—La niña se ha descarriado un poco, pero ahora seguro que entrará en vereda. La muerte de la señora Leichmann la dejó muy marcada, señora Schröder. Estaban muy unidas y le ha sido muy difícil poder recuperarse de ese fatal golpe —contestó Rose con educación.

—Nana, ¿podrías ir a buscar a mi hija? La estamos esperando y nuestros invitados quieren conocerla. —Ordenó Christian a la vez que cortaba la conversación de Rose y Sabine. Nana asintió, retirándose con la bandeja en la mano—. Perdonad el retraso de mi hija. Aunque es alemana como yo y su madre, llevamos tanto tiempo viviendo aquí, que se le han pegado algunas costumbres españolas. —Todos rieron. Bueno, todos menos Luc, el mayor de los gemelos, que era serio por naturaleza.

Tras unos minutos de conversación divertida, amena y cotidiana, Rose apareció seguida de Miguel y Ramón con cara larga y de preocupación. Christian los miró, temiendo lo peor. Nana asintió apenada por la situación.

Alexandra había conseguido escapar, pero... ¿Cómo? ¿Cómo si estaba vigilada las 24 horas del día? ¡Sus guardaespaldas eran unos ineptos!

—¡Sois unos inútiles! —gritó Christian, sobresaltando a sus invitados. Rose se hizo a un lado, dado que ella no tenía la culpa. Ella estaba haciendo la comida para ese día—. ¿Cómo ha pasado? ¿Es que no os dejé bien claro que no la perdiésteis de vista?

—Señor, la teníamos vigilada, pero no sabemos cómo... —Empezó a explicarse Miguel con arrepentimiento.

—¡Calla! ¡Buscadla! ¡YA! —Los dos vigilantes salieron corriendo de allí. Christian respiró hondo, frotándose el puente de la nariz para calmarse—. Siento toda esta escena, pero mi hija... Bueno, ella se ha escapado y no sabemos cómo. Estaba vigilada. Parece una quinceañera y tiene 24 años.

—Así que es una rebelde... —susurró Luc para sí, sonriendo de lado—. Va a ser divertido. Muy divertido...

Alexandra ya estaba borracha como una cuba. Tirada en el sofá, despeinada, apoyada contra Carlos, el cual fumaba un porro. Se lo pasó a la joven, que lo cogió y, tras dar una calada larga, se lo devolvió. Sonrió relajada por su efecto sedante. Con sus amigos era donde mejor estaba. Sin presiones, sin recriminaciones ni discusiones. Ese era su hogar, era donde debía estar.

Una de sus amigas, Ana, la dueña de la casa, se acercó a ellos, tambaleándose por el efecto de otras drogas. Rió mientras se arrodillaba delante de ellos y les ofrecía una bolsita de plástico con unas pastillas dentro. Carlos miró hacia Alexandra mientras cogía dos de ellas y se las metía en la boca. Seguido de esto, besó a la rubia con ganas, para pasarle una de las píldoras. Alexandra la tragó como si nada, sin dejar de besar a Carlos. Rió en cuanto se separaron.

Solo escuchó el ruido de la puerta cuando llamaron. No supo quién había ido a abrir. Lo que sí escucharon todos fue el estruendo de algo romperse, gritos de varias personas y lo que llegó a distinguir Alexandra, fue a un grupo de hombres, capitaneados por Miguel, su vigilante.

La rubia abrió los ojos sorprendida, así que se intentó poner en pie y correr todo lo rápido que podía. El problema era que estaba tan borracha y

drogada que al dar dos pasos, cayó al suelo. Miguel la recogió como un saco de patatas, sacándola de allí, mientras gritaba como una loca.

—¡Suéltame bruto! ¡Déjame en paz! ¡Quiero estar con mis amigos!
—gritaba la joven, pataleando para poder lograr soltarse. Pero no funcionó. La metieron en el coche, rodeada de hombres que parecían luchadores profesionales de lucha libre. Le pusieron el cinturón de seguridad, muy a su pesar.

Los dos *Cadillac Escalade* que habían ido a por ella, se pusieron en marcha hacia la mansión que ella consideraba cárcel. Ni se había dado cuenta de que era de noche. El tiempo cuando lo pasabas bien pasaba muy rápido.

Cerró los ojos, intentando serenarse y disfrutar del colocón un poco más. Eso le vendría bien, porque a saber lo que le tenía preparado su padre en cuanto llegase. Su cabeza estaba en un mundo paralelo, con bonitas vistas que le transmitían serenidad y tranquilidad. Allí era feliz. Ni se dio cuenta de cuándo la cogieron en brazos y la llevaron hacia dentro de su casa.

La claridad de la estancia le molestaba en los ojos. Todas las luces estaban encendidas. Su dolor de cabeza era insoportable y lo fue aún más cuando su padre le comenzó a gritar. No entendía nada de lo que le decía. Estaba ida. No quería saber nada de nadie.

Intentó bajarse de los brazos de aquel gorila, cayendo al suelo nada más poner los pies en tierra firme. Rose corrió hacia ella para ayudarla, alarmándose de la alta temperatura que la joven tenía. Había que hacer algo y había que hacerlo ya.

—Christian, debemos darle una ducha de agua muy fría. Está ardiendo y esto no es normal en una borrachera —dijo mirando hacia el padre de la muchacha.

—Allí lo más suave que había era alcohol, señor. Su hija está borracha y drogada. —La mujer que había criado a la joven desde que había nacido soltó un jadeo de horror ante lo que el guardaespaldas había dicho. Christian, por su parte, la miró con rudeza, negando ante la situación—. La meteré en la ducha de su habitación y abriré el agua fría al máximo.

—Tú solo llévala. Rose y yo nos encargamos de la ducha. —Ordenó el señor Leichmann, subiendo ya por las escaleras.

Como era de esperar, todos le hicieron caso. Alexandra protestaba, pero era ignorada por todos los allí presentes. Nana corrió a preparar toallas y ropa limpia para después del baño. Miguel, que cargaba con la rubia, la dejó dentro de la ducha y después salió de allí. Christian, se remangó la camisa que

llevaba puesta, sujetando a su hija y abriendo el agua fría justo encima de ella.

Alexandra soltó un grito tremendo nada más sentir que el agua congelada tocaba su cuerpo. Intentó volver a escapar, pero su padre la retuvo, mojándose él también, aunque eso no le importaba en ese momento. La joven lloró desconsolada, a sabiendas de que no tenía escapatoria posible. Se dejó caer hasta quedar sentada debajo del chorro de agua. Transcurridos unos minutos, empezó a temblar, señal inequívoca de que su temperatura corporal había bajado a una normal.

—Rose, trae una toalla —dijo Christian, cogiendo a su hija para ponerla en pie. Nana volvió corriendo con la toalla en la mano y se la echó a la joven temblorosa sobre los hombros.

—¿Por qué no sales, Christian? Ve a cambiarte y así aprovecho y visto a Alex. No creo que le sea cómodo que tú la desnudes... —Pidió en un susurro la mujer. El padre de la joven asintió, al ver que estaba completamente mojado, así que se fue, dejando a las dos solas en el baño—. ¿Pero qué has hecho, mi vida...? —preguntó lastimera.

Alexandra no contestó aún temblorosa. Dejó que Nana le quitase su precioso vestido nuevo y la ropa interior mojada, cambiándosela por un pijama seco y calentito. Desenredó el pelo de la joven, se lo secó y sujetó su cabeza cuando empezó a vomitar todo lo que había consumido. Christian entró en la habitación cuando Rose la estaba acostando en la cama.

—Hay que hacer algo con ella, Rose... —comentó el hombre, sin quitarle la vista de encima a su hija—. Si su madre la viera...

—Si su madre la viera, esto no hubiese pasado. Si su madre estuviera aquí, sería una niña normal, responsable y estudiosa —contestó con rudeza—. Y de esto, tú tienes algo o mucho de culpa, Christian. Desde la muerte de Nathalie, la has tratado fatal.

—Ella es la culpable de que Nathalie esté muerta —respondió convencido de la respuesta.

—Fue un accidente. Pero tú te niegas a verlo. Ahora vámonos y dejémosla descansar. Mañana podrás regañarla. —Lo sacó de la habitación, tirando de él, dejando que la joven durmiese, sin ser consciente de lo que había pasado.

Capítulo 3

La claridad se filtraba entre las cortinas de su habitación. Alexandra se giró en su cama, tapándose con el edredón para poder seguir durmiendo. Tenía un dolor penetrante en la cabeza, malestar general y no se acordaba de cómo había vuelto a casa la noche anterior. Esperaba que no hubiese formado mucho alboroto ni se hubiesen enterado ni Nana ni su padre. Lo bueno era que se había librado de la comida con la familia alemana de marras.

Escuchó que llamaban al timbre de la mansión. <<¿Quién sería a las...?>> Parpadeó varias veces aclarando su vista y miró el reloj de su mesilla, descubriendo que era casi la hora de comer. <<Joder...sí que he dormido>>. La rubia se sentó en cama despacio, agarrándose la cabeza, que le daba vueltas. ¿Qué había pasado? ¿Quién la habría llevado a casa? Lo último que recordaba era haberse dado el lote con Carlos tras tomarse una de las pastillas que Ana les había ofrecido.

Se puso en pie con cuidado de no caerse. Miró lo que llevaba puesto encima: era un pijama de franela viejo. ¿Es que acaso no pensó anoche cuando se vistió? <<Pues sí que debía de venir fina para ponerme esto...>> Negó, caminando hacia su vestidor, de donde sacó un pantalón corto, una camiseta de manga corta y cogió, ya de paso, una sudadera con cremallera.

Seguido de esto, se fue a su precioso baño, en donde se pegó una buena ducha de agua caliente y lavó su pelo. Cuando acabó, se vistió con lo que había cogido y dejó que pelo suelto cayese por su espalda para que se secase al aire. No tenía ganas de coger el secador y alisárselo.

Bajó descalza las escaleras con el estómago revuelto. Escuchó voces provenientes del salón, así que se dirigió hacia allí: Nana estaba ofreciendo algo de beber, mientras su padre hablaba con alguien en un idioma que en ese momento no podía reconocer, aunque quisiera. Ese alguien respondía, pero no reconocía la voz, así que, curiosa, entró en el salón sin llamar. Nana la miró expectante, su padre, sin embargo, serio y con dureza. Se habían enterado, ¿verdad?

—¡Hombre! ¡Mi hija la desobediente, borracha y drogadicta se digna a hacer acto de presencia! —comenzó a hablar su padre. Ella tragó saliva al ver

que el invitado se giraba para mirarla. Se quedó sin habla en cuanto sus miradas se cruzaron. Era increíblemente guapo y atractivo—. Te presento a Liam Schröder.

—¿Schröder? —preguntó en voz baja.

—Sí, Schröder. Ayer faltaste a la comida que teníamos. Supongo que estar en una reunión de negocios no debe ser divertido para ti, ¿no? —preguntó en alemán, acercándose a ella con sigilo—. Encantado de conocerte al fin, Alexandra Leichmann. —Le ofreció la mano, esperando a que ella se la estrechara, cosa que hizo como un autómatas, ya que ni se dio cuenta de que lo había hecho hasta que sintió el calor que desprendía su mano.

—Eh...sí. —La joven no sabía qué decir. Estaba impresionada con la belleza de aquel hombre, porque estaba claro que ya era un hombre hecho y derecho. Sus ojos marrones la miraban divertido y una sonrisa de lado aparecía en su boca sin quererlo—. Yo...

—Yo me voy ya, Christian. Supongo que tenéis cosas de las que hablar. Informaré a mis padres y mi hermano de este... inesperado encuentro y espero que podamos comer pronto todos juntos. Hay mucho de lo que hablar. —Christian se puso en pie, caminando hacia ellos. Los dos se dieron la mano a modo de despedida—. Alexandra, un placer haberte puesto cara.

—Sí...Esto...Chao... —Volvió a susurrar, quitándose del medio sin apartar su mirada de él, para que pudiese salir del salón.

—Rose, ¿puedes acompañar a Liam a la puerta, por favor? —Pidió Christian. Rose asintió saliendo de la sala tras el joven y cerrando las puertas del salón—. Siéntate Alexandra. —Se sentó en el sofá, justo enfrente de donde se había sentado su padre.

—Ese es uno de los hijos de los Schröder... —Rompió el silencio Alexandra.

—Sí, así es. Es el gemelo pequeño. El mayor ahora está trabajando en un proyecto que tenemos en conjunto. Liam se ofreció a traerme unos contratos. —Gemelos... Si ese era el gemelo pequeño, ¿cómo sería el mayor? Estaba tremendo. A lo mejor intentaba algo con él, ¿por qué no? Un poco de diversión no hacía daño a nadie—. Ayer me dejaste en ridículo delante de mis socios. Lo peor de todo es que te trajeron borracha y drogada a casa, Alexandra. Ya estoy cansado de esto. La próxima vez, irás de cabeza a una clínica de desintoxicación.

—NO! No tienes derecho a hacer eso. No eres mi dueño, padre. —Le advirtió ella, levantándose de golpe del sillón. Se llevó una mano a la cabeza,

mareada y con náuseas.

—¿Qué no tengo derecho? Ayer no te tenías ni en pie. Si no llega a ser por Miguel te mueres. ¡Estabas ardiendo, Alexandra! ¡Tuvimos que darte una ducha de agua congelada para que te bajase la temperatura! ¡Rose te tuvo que meter en la cama como si fueras un bebé y limpiarte el vómito! ¡Tienes 24 años! ¡Espabila y deja de hacer gilipolleces! —le gritó su padre—. Organizaré una cena para hoy mismo. Me da igual la ropa que lleves. Conocerás a la familia Schröder y anunciaremos algo que cambiará tu vida, y me da igual que te guste la idea o no. —Su hija lo miró con odio, pero a él le dio igual—. Ahora ve a tu cuarto y no salgas de allí en todo el día. Vigilaremos la puerta, el balcón y Nana estará contigo. Se acabaron las tonterías.

Le señaló la puerta para que abandonase el salón. Alexandra se levantó, mirando a su padre con odio. No podía creer que le estuviese haciendo eso. Lo odiaba muchísimo, pero aguantaría y se iría de allí. Tenía que hacerlo o se volvería loca de remate aguantando todo lo que le estaba pasando.

Salió del salón y vio que Nana ya la esperaba en las escaleras para subir con ella. Pues iba en serio lo de que iba a estar vigilada todo el día. <<Menuda mierda>>, pensó. Subió sin decir nada ni dirigirle una sola mirada ¡y eso que la quería con locura! Abrió la puerta de su habitación, dejándola abierta para que la mujer que la seguía entrase tras ella.

Se tumbó en la cama mirando hacia el techo, sin moverse. Rose por su parte, se sentó en uno de los sofás que tenía en el cuarto, sin quitarle el ojo de encima. Sabía que no la debía presionar a hablar, así que la dejó tranquila, cogiendo una revista de moda que había en la mesita de café que estaba justo delante de ella.

—Me siento como un animal enjaulado —dijo Alexandra al rato de haber llegado—. No puedo hacer nada sin que me miren y me controlen. Es claustrofóbico.

—Te lo mereces, Alexandra. Lo siento, pero en esto estoy con tu padre y si hay que ponerte una niñera como cuando eras pequeña, se hará —respondió con dureza. Alex se sentó de golpe en la cama, enfadada por lo que su Nana decía—. ¡No me mires así, Alexandra Leichmann! Tienes que darte cuenta de que si sigues así será tu perdición. Ayer daba pena mirarte, ¿sabías? Borracha y drogada no te tenías ni en pie. ¿Crees que tu madre te vea desde donde esté y lllore de pena? Se volvería a morir, pero esta vez de tristeza.

—Si mamá estuviera aquí sería todo muy distinto y lo sabes —contestó la rubia, seria y apenada—. Ojalá siguiera aquí, pero no está y hay que seguir

adelante. Me gusta la vida que llevo.

—Muy bien. Espero que lo que tu padre tenga pensado para ti, que no sé lo que es, cambie tu manera de pensar. —Alexandra negó, tumbándose otra vez, sin decir ni una palabra más.

A media tarde, Christian recibió la visita de Michael, que le anunció que esa noche volverían a recibir a su familia. Alexandra bufó en cuanto oyó la gran noticia y Rose asintió, saliendo del cuarto, dado que tenía que dar instrucciones en la cocina. La joven no se movió de su sitio en todo lo que restó de día. La noche que le esperaba iba a ser un infierno.

—Entonces, Liam... ¿Cómo es la joven Alexandra Leichmann? —preguntó su hermano, mientras conducían hacia la mansión, en donde tenían una cena esa misma noche. Liam sonrió de lado al recordar el cuerpo perfecto de aquella rubia de pelo largo y ojos azules. Lo encandiló desde el primer momento.

—Está para mojar pan. Te va a encantar. —Luc asintió sin cambiar la expresión en su cara—. Tiene unas piernas que quitan la respiración, una cara angelical, aunque de eso no tiene nada por lo que sabemos... —Se rió—. Cuando me vio se quedó sin habla: parecía una niña indefensa y tímida, incluso diría que le salieron coloretos en las mejillas.

—Interesante... —comentó pensativo el gemelo mayor. Seguían a la limusina de sus padres. Su coche, un Audi Q7 blanco, era toda una máquina de correr, sin embargo, no los podían adelantar, ya que, a su progenitor, Michael Schröder le parecería todo un agravio y a su madre le daría un infarto si alcanzaban una velocidad vertiginosa.

Durante el resto del trayecto, los hermanos se mantuvieron en silencio, escuchando solo la música que venía de la radio. Las luces de la ciudad se iban disipando según se internaban en la urbanización, donde los Leichmann vivían. Pararon justo delante de los portales de la gran mansión. Allí, el chófer de sus padres, llamó al interlocutor, anunciando su llegada. En cuanto les abrieron, arrancaron de nuevo los coches, recorriendo la gran extensión de terreno que tenían, dejándolo aparcado justo delante de las puertas de la casa.

Christian salió a recibirles de nuevo, saludándoles con abrazos, estrechamiento de manos y un beso en la palma de Sabine. Con un brazo, les

invitó a pasar a interior, dirigiéndoles al salón.

Alexandra estaba dándose los últimos retoques en el pelo: lo había dejado suelto y había cogido los dos mechones de delante, uniéndolos y sujetándolos a la parte trasera de su cabeza con unas horquillas. Raya de ojos, *rimmel* y brillo en los labios. Algo sencillo. En cuanto a la ropa, un pantalón vaquero negro con una camisa blanca y una chaqueta básica. En los pies, *converse*, cómodas y para andar por casa.

Rose entró para avisarla de que la familia Schröder hacía un rato que había llegado y que la estaban esperando. <<Lo bueno se hace esperar...>>, pensó. Suspiró sabiendo que esa vez su escapatoria era nula. No podía evitarlo. Aunque por lo menos volvería a ver a ese tal Liam Schröder. Sonrió de manera casi imperceptible. Ese chico estaba muy bien... y era una excusa para practicar su oxidado alemán.

—Alexandra, vamos. Ya hace un rato que te esperan en el comedor —La apuró Nana. La rubia salió del cuarto, bajando las escaleras para dirigirse al comedor, desde donde ya se podía escuchar voces, teniendo una amena conversación.

—Christian, ¿tendremos hoy la oportunidad de conocer a tu maravillosa hija o tendremos que esperar unos días más? —preguntó una voz profunda, la cual ponía la piel de gallina, pero de un forma agradable. Decidió hacer acto de presencia, abriendo las puertas, viendo como todo el mundo allí presente giraba la cabeza para mirarla.

—Su hija ya está aquí. Y no, no tendréis que esperar unos días más. Soy Alexandra Leichmann —dijo decidida caminando hacia la mesa. Vio como Liam sonreía de lado y miraba a su hermano. Ese fue el momento en el que reparó en él. <<Virgen santa... ¡Como está el gemelo mayor!>>, gritó en su interior la joven.

—¡Oh, Christian! Tienes una hija preciosa. —Alexandra miró hacia la mujer que estaba hablando. Tenía silicona en todos los sitios visibles que dejaba a la vista ese estrecho vestido lila que llevaba—. Querida, encantada de conocerte. —Le dio dos besos, a pesar de ser alemana, para después abrazarla—. Soy Sabine Schröder, la mujer de Michael y la madre de Liam y Luc.

—Mujer, no la agobies, que todo esto es nuevo para ella, ¿verdad? —El tal Michael le extendió la mano, que ella aceptó—. Un placer verte al fin. Me alegra mucho que hoy no te hayas escapado.

—No podría, aunque quisiera. Vivo en una vigilancia constante. —Soltó ella sin pensarlo antes. Todos soltaron una carcajada. Todos, menos su padre y el que debía de ser Luc—. A Liam ya lo conozco, lo vi esta mañana. Pero tú eres... —dijo la joven, mirando al gemelo de pelo oscuro, el cual la miraba y repasaba de arriba abajo.

—Luc —Se puso en pie, acercándose a ella con tranquilidad. Alexandra se quedó por segunda vez en ese día sin aliento—, Luc Schröder. —Como su padre, el joven le ofreció la mano y la estrechó expectante, mirándole a los ojos marrones y profundos que tenía. Nada más tocarle, sintió una corriente eléctrica que le recorrió todo el cuerpo. Tragó saliva sin poder evitarlo—. Al fin te conocemos. Estábamos ansiosos por hacerlo. —Su voz... Esa voz era la que había preguntado que si la iban a conocer o no.

—Yo no tenía muchas ganas —Separó la mano—, pero me ha obligado mi padre, así que no me ha quedado más remedio —Christian gruñó. Luc y Liam soltaron una carcajada, rompiendo la tensión de momento—. ¿Cenamos y acabamos con esto, por favor? Estoy deseando volver a mi confinamiento. —Se sentó en la silla de al lado de su padre. Todos la imitaron, aunque su padre le dio una mirada de reprobación, cosa que a ella le daba igual.

Rose entró con los primeros platos. Una sopa ligera de fideos. Una vez servidos, salió dejando a las dos familias solas otra vez. Alexandra comió en silencio, mientras Christian, Michael y Sabine hablaban de cosas de la empresa. Luc y Liam conversaban entre ellos, sin prestar atención a lo que estaban comentando sus padres. Los gemelos cuchicheaban y de vez en cuando la miraban de reojo, analizando sus movimientos. <<Así que les he despertado curiosidad... eso es bueno>> pensó para sí.

—Y bueno, Alexandra —La aludida levantó la mirada del plato para fijarla en Michael Schröder—, tu padre nos ha contado que estudias empresariales y que vas a heredar la empresa cuando él muera, aunque esperemos que eso tarde en pasar ¿no? —Christian dejó de comer por un segundo, viendo como su hija alzaba una ceja.

—¿Os ha dicho eso? —preguntó ella, provocando que todos los presentes la mirasen, en especial los hermanos—. Siento decirlo que mi padre a veces se equivoca. Sí, es verdad que la empecé, pero me parece sumamente aburrida, así que la dejé y no tengo intención de volver a estudiar esa carrera en

particular. —Liam abrió la boca tras ver el descaro de la joven. Luc por su parte sonrió de lado divertido. Sabine y Michael no sabían qué decir a eso y Christian no hacía más que echar humo por las orejas (no literalmente, claro).

Para su suerte, Nana entró dispuesta a retirar el primer plato, haciendo que otra chica del servicio entrase con el segundo. Carne asada con patata cocida al vapor. Alexandra bebió un trago largo de vino, o lo intentó, ya que su padre se la quitó de las manos antes que le diera el segundo sorbo. Ella bufó, poniendo los ojos en blanco. ¿Tampoco podía beber o qué?

La cena transcurrió así durante toda la velada. Alexandra desmentía lo que su padre les había dicho a los invitados. Los cabezas de familia se sorprendían con las contestaciones de la joven, Christian intentaba no estranglarla allí mismo y los hermanos la miraban divertidos ante el descaro y la valentía de la muchacha.

Cuando llegaron el café y los postres, Christian sirvió unas copas del mejor champán a sus invitados. Sin embargo, Alexandra, que lo esperaba como agua de mayo, no recibió nada de esa bebida. Simplemente agua y el café. Respiró hondo calmándose, dado que no quería hacer una escena en la cena.

—Bueno, ya que hemos llegado al postre, creo que es hora de hacer el brindis por el anuncio que voy a hacer a continuación. —Todos menos Alexandra se pusieron en pie, sonriendo, como si estuviesen felices por lo que iba a decir Christian—. Brindo por la inminente boda de Luc con mi hija Alexandra y su felicidad. —La aludida abrió los ojos, alucinando con lo que acababa de decir su padre. ¿Su boda? ¿Con un desconocido? ¡Ni hablar!

—¡NUNCA! —Todos la miraron, sorprendidos por la reacción de la joven. Luc no le quitaba el ojo de encima, entendiendo la situación, a pesar de que él la había aceptado por el bien de la empresa—. ¿Me escucháis? ¡Nunca me voy a casar con nadie a quien yo no elija!

—Christian, ¿es que no se lo habías dicho? —preguntó Sabine preocupada por la joven. Christian negó, mirando después a su hija—. ¡Pero Christian!

—Debe hacerlo y lo hará. —Ordenó él. Alexandra se levantó de su asiento, corriendo hacia la salida de la casa. Todos la observaron irse, lo que no vieron, pero si oyeron fue lo que pasó en la entrada de la casa. Un vigilante la agarró, cogiéndola como un saco de patatas, para después meterla de nuevo en casa. La joven gritaba que la soltasen y la dejarasen irse, hasta que rompió en llanto, desesperada e impotente.

Todos los trabajadores de la casa dejaron sus quehaceres y sus puestos

al escuchar el escándalo que la joven estaba armando. Christian salió el primero del comedor, seguido por la familia Schröder. Al llegar al *hall*, se encontraron a la rubia de rodillas en el suelo, derrotada y sin poder dejar de llorar. Rose se iba a acercar, pero Luc se le adelantó, poniéndose delante de ella y cogiéndola en brazos.

—Suéltame y no me toques. —Gruñó la muchacha en cuanto notó los brazos del joven alrededor de su cuerpo sin dejar de llorar.

—Mejor calla. Te llevaré a tu cuarto para que no des más que hablar. Todos los de la casa han salido a ver la escena. —Cargó con ella escaleras arriba, dejando a todos sin palabras por el gesto que había tenido Luc con Alexandra.

Capítulo 4

Luc dejó a Alexandra en la cama nada más entrar en la habitación y cerrar la puerta con uno de sus pies. La joven al tocar el catre, se separó del moreno en un abrir y cerrar de ojos: no quería que nadie la tocara y menos un desconocido. Luc sonrió de lado, inspeccionando la habitación con detenimiento. Las puertas del balcón estaban abiertas de par en par, dejando ver el jardín trasero a la luz de la luna.

Alexandra lo miró con atención mientras se paseaba tranquilamente por su cuarto. Volvió a tragar saliva a la par que comprobaba otra vez lo atractivo que era. <<¿Y ese va a ser mi marido?>>, pensó. A primera vista no estaba mal, pero ella no quería casarse de ninguna manera y mucho menos obligada por los intereses de su “querido” padre, quería ser libre de decidir con quién pasar el resto de su vida. Tenía sus derechos como persona libre ¿no?

—Tienes una habitación muy bonita. Muy de mi estilo... —comentó Luc mientras se sentaba en uno de los sofás de su habitación—. Creo que en eso no habrá discusión ninguna cuando te mudes a mi casa. Seguro que te encanta.

—No me voy a mudar a tu casa y mucho menos casarme contigo, que te quede bien claro —contestó de manera tajante mientras él sonreía divertido por su reacción.

—En eso te equivocas. Nos casaremos lo quieras o no. Nos conviene. Yo podré gozar de ciertas ventajas al tener una mujer como tú y tú dejarás de ser un desecho social al que nadie quiere tener en casa —dijo haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia a su comentario.

—¿Perdona? ¿Quién te crees que eres para decir ese tipo de cosas de mí? ¿Eh? No me conoces de nada para andar soltando por ahí esos comentarios. —Alexandra se enfrentó a él enfurecida.

—Vamos, Alex... Puedo llamarte Alex, ¿no? —Siguió sin dejar ni siquiera que contestase—. Todo el mundo lo comenta. Incluso en Alemania, preciosa. Así que es mejor que hagas lo que tu padre dice si no quieres seguir siendo el hazmerreír de toda Europa.

—Para empezar... —La joven se acercó a él, poniéndose justo delante y mirándole desde arriba, ya que Luc seguía sentado en el sofá—. Me importa

muy poco lo que opine la gente de mí, y segundo... —La muchacha levantó una mano y le dio una bofetada en la mejilla a Luc, que se quedó sorprendido por su reacción—. No vuelvas a hablar así de mí, porque no se lo permito a mi padre y menos te lo voy a permitir a ti, ¿te queda claro?

—Oh, queda muy claro, preciosa... —Luc la agarró por el cuello sin apretar demasiado, tumbándola sobre el sofá y poniéndose sobre ella. La inmovilizó de pies y manos, quedándose los dos muy juntos a la vez que se miraban fijamente—. Eres salvaje y eso me gusta, pero te voy a domar y disfrutarás con ello, Alexandra. Créeme... No podrás resistirte... —susurró muy cerca de sus labios.

—Luc, déjala. —Ambos miraron hacia la puerta, en donde Liam se encontraba. Su hermano gruñó, apartándose y soltando a la rubia, la cual estaba en estado shock por lo que acababa de pasar—. Padre y madre nos esperan para irnos. Alexandra tiene que descansar. Así que vámonos. Ya. —El mayor de los gemelos se colocó la chaqueta que llevaba, caminando hacia la entrada del cuarto—. Alexandra, un placer haberte conocido. Nos veremos pronto.

—Sí, Alexandra... Hasta pronto. —Luc sonrió de lado, saliendo de la habitación. Liam, por su parte, la miró disculpándose para después seguir a su hermano.

La muchacha se sentó en donde estaba, negando mientras acariciaba su cuello, agobiada por la situación que acababa de vivir. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Acaso no tenía escapatoria? Bueno, tener la tenía: irse de casa para siempre, pero... ¿cómo sobreviviría? Si se escondía en casa de alguno de sus amigos la encontrarían muy rápido. <<Tengo que pensar en otra cosa. No puedo arriesgarme y poner en peligro a mis amigos. Pero... ¿el qué? ¿Qué otra cosa puedo hacer?>>

—¿Alexandra? —Rose se había acuclillado delante de ella, mirándola con pena y compasión—. Mi niña... ¿Estás bien? —Le acarició el pelo para después abrazarla y dejar que llorase desconsolada—. Sh... Todo irá bien... Ya lo verás... Solo dales una oportunidad. Parecen buenos chicos y te vendrá bien. Piensa que estarás lejos de tu padre.

—Y de ti... —dijo con un tono apenas audible.

—Eso ya lo solucionaremos, mi pequeña. Estate tranquila.

Alexandra negó desesperada por la situación que estaba viviendo. Nunca podría ser feliz. Nunca la dejarían. Lo único que necesitaba ahora era cogerse un colocón de lo que fuera y dejarse ir. Si tenía que morir de

sobredosis, moriría. Le daba igual. Ya no le importaba a nadie.

Se separó de Nana, yendo hacia la cama. Allí se cambió la ropa por el pijama para después meterse entre sus sábanas y mantas negras. Cerró los ojos, le dolía la cabeza de llorar y estaba hecha un adefesio seguro. El maquillaje que se había echado estaría esparcido por su cara. Pero le daba igual. Solo quería desaparecer y descansar.

En el coche que Luc conducía reinaba el silencio. A Liam le carcomía en la cabeza la escena que había presenciado entre Alexandra y su hermano. Había visto y escuchado todo. Ninguno de los dos se había percatado de su presencia hasta que él habló, interrumpiéndoles. Si no llegaba a aparecer... ¿Qué habría pasado?

Por otro lado, Luc no dejaba de pensar en la joven, la cual lo había retado y pegado. Nunca nadie se había atrevido. Sin embargo, esa mocosa lo hizo. ¡Y cómo lo excitó! Había que reconocer que la rubia estaba muy buena y tenía un carácter fuerte, que era justo lo que necesitaba. El aburrimiento dejaría de ser un problema y predominaría la diversión: domándola, azotándola cuando se “portase mal” y dejándola exhausta con tantos orgasmos que iban a tener juntos. Estaba deseando que la boda se celebrase para hacerla suya, ya que sabía que ella caería rendida, no tendría que forzarla a nada. Estaba muy convencido de que ella lo buscaría. Estaba muy seguro de ello.

—Escuché todo lo que le dijiste. —Rompió el silencio Liam. Luc se encogió de hombros, sin dejar de mirar a la carretera—. No puedes tratarla así. Fuiste muy grosero. No sabemos qué le pasa para que se comporte así, Luc. Quizá solo necesita un poco de cariño y amor, ser escuchada.

—¿Y eso lo vas a hacer tú, hermanito? —Lo miró de soslayo—. No me digas que te gusta mi prometida... —Liam desvió la mirada hacia la carretera, signo inequívoco de que eso era lo que pasaba. Luc soltó una carcajada divertido—. ¿En serio? Si solo la has visto dos veces.

—¿Y qué? Es guapa, tiene carácter, le da igual a quien desafiar... El padre no la quiere, por lo que me ha contado su Nana cuando nos despedíamos esta mañana. Han pasado muchas cosas entre ellos y tengo curiosidad de saberlas. Es algo relacionado con la madre... —explicó Liam.

—Hermanito... Tranquilo. Si quieres que te la deje, te la dejaré. No es

nada para mí. Eso sí, yo la cataré primero. Para algo será mi mujer, ¿no? —Luc sonrió de lado, de manera perversa y lujuriosa, siguiendo su camino hacia el hotel en el que se estaban hospedando.

—Dale tiempo a que se acostumbre a la situación. Necesitamos saber un poco más de ella para que todo vaya bien. No querrás que se drogue y emborrache en fiestas dejándote en mal lugar, ¿verdad? —Luc calló mientras seguía conduciendo—. Ya me parecía a mí. Solo necesita tiempo. Créeme.

—Sí, tendremos tiempo de conocerla en estos días antes de la boda. Podré sacarle provecho a la situación de vivir bajo su mismo techo.

A la mañana siguiente, Alexandra decidió no bajar a desayunar. Apenas había dormido ni descansado, había estado dando vueltas toda la noche a causa del lío del día anterior. Resopló en la cama, cansada de estar allí metida sin poder quedarse dormida, así que se levantó, cogió una sudadera y salió al balcón, disfrutando de los rayos de sol que en esa mañana primaveral había.

Se sentó en la tumbona que tenía, cerrando los ojos y aprovechando el silencio que reinaba en el lugar. Tan solo se escuchaban los pájaros cantando sus alegres melodías y el aire mover las hojas de los árboles. Dejó que la paz que radiaba la naturaleza la llenara por dentro. Eso era lo único que necesitaba.

Por desgracia, esa tranquilidad le duró poco, dado que su padre entró sin pedir permiso, acercándose a ella con seriedad. Alexandra ni siquiera lo miró, no quería ponerse más nerviosa de lo que le convenía, porque entonces sería cuando haría una locura. Miró al frente, concentrándose en los diferentes tonos de verdes.

—Tu prometido y su familia se quedarán nuestra casa mientras preparamos la boda. —Soltó de golpe Christian. La joven no se movió ni dijo nada. Prefería no hacerlo, no le serviría de nada—. Llegarán de un momento a otro, sería conveniente que bajases a recibirlos junto a mí.

—No, gracias. Estoy muy bien aquí. Si pudieses decirle a Nana que hoy como en mi cuarto, sería muy amable de tu parte —contestó aún sin mirarle. Escuchó a su padre gruñir, enfadado porque aún no se sometiese a su voluntad. Lo que no sabía su padre, es que ella no se iba a someter nunca—. Ya puedes irte. Gracias por la información.

Christian salió del cuarto de su hija dando un portazo, que retumbó en toda la casa. Alexandra miró al cielo, pensando en su madre y en lo que debía hacer. Por el momento, llamaría a su camello, Raúl, para encargarle algunas pastillas y cocaína. Necesitaba tomarse algo, calmarse y evadirse de aquella situación.

Mandó un mensaje con el pedido, sabiendo de sobra el precio que tenía que pagar. Era lo que solía pedir así que no habría sorpresas, a no ser que el precio de aquellas sustancias hubiese subido. Se la dejarían en lugar de siempre: en la entrada de la casa había un ladrillo que estaba hueco por dentro, así que debía dejar ya el dinero para que cuando Raúl llegase, cogiese el sobre con los billetes y dejase, en su lugar, la bolsa con todo lo que ella había pedido.

Buscó en su escondite lo que le hacía falta. Rebuscó entre los cajones, encontrando un libro viejo. Lo abrió por la mitad. Estaba hueco y en él tenía dinero. Allí era donde escondía las drogas. Una vez que contó los billetes, sonrió al ver que tenía lo que necesitaba, así que enrolló el dinero, metiéndoselo en el sujetador para después salir del cuarto y bajando las escaleras para ir al jardín delantero.

Miguel y Ramón ya la seguían. Bufó al no haber contado con ellos. <<¿Y ahora qué?>>. Se mordió el labio, pensativa. Caminó a su ritmo hacia la entrada de la casa. Allí miró los arbustos que ocultaban el gran muro de piedra que rodeaba la mansión, con tan buena suerte que se le ocurrió un estupendo plan.

—Chicos, necesito hacer mis necesidades, así que iré tras esos arbustos. No aguanto el viaje de vuelta. ¿Podéis esperar aquí? —preguntó con cara angelical de no haber roto nunca un plato. Los dos gorilas se miraron entre ellos sin fiarse mucho de ella, pero terminaron por asentir y ceder a su particular petición—. Gracias. No os haré esperar mucho.

La rubia se coló entre aquellas plantas, localizando rápidamente el ladrillo hueco. Lo quitó de su sitio, dejando el dinero dentro de él y lo volvió a colocar en su sitio. Ahora solo tenía que esperar a que Raúl la avisase y ella correría a por su “medicina”. Sonrió pensando en el colocón que se iba a pegar. Solo de imaginarlo, le corría la adrenalina por las venas.

Salió de donde estaba, sonriendo para tranquilidad de los vigilantes. Hicieron el camino de vuelta con tranquilidad, viendo cómo dos coches entraban en la parcela. Alexandra puso mala cara, ya que sabía de antemano quiénes viajaban en aquella limusina y en aquel Audi.

Anduvo hacia la entrada y llegó justo en el momento en el que Michael y Sabine bajaban de la limusina. Su padre la miró de manera reprobatoria debido a su vestimenta, que no era ni más ni menos que su pijama. Subió las escaleras de la entrada, entrando en la casa sin esperar los invitados. Ni siquiera los saludó, simplemente miró a Nana y subió a su cuarto.

Se tumbó en la cama, encendiendo la televisión y poniendo uno de sus *DVD's* favoritos. La música y las primeras imágenes de *Blade* llenaron la pantalla plana a la vez que su cuarto. Solo le faltaban las palomitas, pero si las comía en ese momento, después no comería, así que lo descartó. Quizás a la noche, con una buena pizza de atún.

—¿Alexandra? —Miró hacia la puerta, observando que Liam asomaba la cabeza por ella. Se sentó en la cama, parando el *DVD*, para poder escucharle—. No quiero molestar. Solo quería venir a saludarte. —La rubia asintió sin dejar de mirarle—. Bueno... Ya te dejo con lo tuyo. Si necesitas hablar con alguien o estar en compañía, creo que mi cuarto es este de aquí enfrente. —Liam sonrió con su perfecta dentadura, cerrando la puerta tras de sí.

<<*Que majo Liam*>>. Pensó en que los gemelos eran muy distintos el uno del otro. Solo había que ver su comportamiento. Liam había ido a saludarla, sin invadir su espacio. Luc, por lo contrario, había entrado en su habitación como si fuera la suya y ese día no había ido a decirle nada, a pesar de que él era su prometido.

<<*Su prometido...*>>. Mejor no pensar en eso. <<*¿Qué futuro me esperaba: más infelicidad, más problemas, estar más controlada...?*>>. Resopló volviéndose a tumbar en la cama, cerrando los ojos. ¿Sería cierto todo lo que le había dicho Luc la noche anterior? Quería domarla. Eso le había dicho. Seguro que no le había gustado ni un pelo que le hubiese desafiado, pero que se tenía que aguantar: ella no fue nunca, es, ni será una chica fácil. No se doblegaría porque a él le viniese en gana.

No supo el tiempo que estuvo así, escuchando los ruidos que provenían del pasillo, de gente hablando, maletas que se arrastraban por el suelo, puertas que se cerraban... Pero Nana, entró con una bandeja de comida, sacándola de su trance. La rubia se fue a los sillones, inspeccionando lo que había en los platos. Pollo asado con arroz, agua y de postre, tarta de chocolate. Sonrió, relamiéndose los labios.

—He pensado que te apetecería, mi niña.

—Gracias, Nana. —Se sentó cogiendo el plato con el arroz, dispuesta a devorar todo lo que había en él. Estaba hambrienta, dado que ni había

desayunado. Su Nana se sentó junto a ella, observando cómo comía—. ¿Qué pasa?

—Quieras o no tu prometido es muy guapo y sexy... —Alexandra la miró sorprendida por su comentario—. Cielo, seré vieja, pero tengo ojos. A él le gustas o, como lo decís los jóvenes de ahora, le pones. No deja de mirarte. Y el hermano tampoco está mal, aunque creo que él es más dulce y sonriente que su gemelo.

—Me da igual, Nana. Yo no quiero casarme todavía. Quiero enamorarme, vivir feliz y libre. Y sé que, si lo hago ahora, eso no ocurrirá nunca. —Se sinceró la joven—. Ojalá mamá estuviera aquí. No sabes lo mucho que pienso en ella estos días en los que papá se ha vuelto completamente loco de remate. Todo sería tan distinto... Seríamos tan felices...

—¿Señorita Leichmann? —Miró hacia la puerta, ya que una de las chicas del servicio esperaba en la entrada—. Su prometido está listo para acomodarse en su habitación.

—Pues que se acomode en su habitación. ¿Qué más me da? —preguntó ella convencida y llena de razón.

—No, no me ha entendido, “su” habitación se refiere a la suya, señorita... —La joven abrió los ojos anonadada por lo que aquella chica acababa de decir. Sin poder reaccionar, Luc entró con unas maletas en sus manos, dejándolas a un lado el cuarto.

—¿Quién te ha dado permiso? —Alexandra se acercó a él como alma que llevaba el diablo—. ¡Contesta! ¡Ahora!

—Fue idea de mi padre y al tuyo le pareció bien. —Miró hacia la cama—. A ver... ¿En qué lado voy a dormir?

—En ninguno. Ahora mismo te largas de mi cuarto. Esto es una invasión de mi intimidad. ¡Largo! —Luc sonrió de lado, mirándola divertido. Esto enervó más a la muchacha, que levantó la mano para pegarle un empujón. Sin embargo, Luc fue más rápido y la agarró, dándole media vuelta y pegando su espalda a su pecho—. ¡Suéltame!

—Ya me pegaste una vez. No habrá una segunda... —le susurró en su oído, haciendo que se estremeciese por la cercanía del uno al otro, en ese momento cada poro de su piel se erizó—. Vamos a convivir tranquilos y en paz. Todo saldrá bien y seremos la pareja perfecta, ¿queda claro, señorita Leichmann?

—Suéltame... —Escucharon un carraspeo, dándose cuenta de que Nana aún estaba allí. Luc soltó a la joven, la cual se separó de él como si quemase. La mujer sonrió de lado, entre divertida y preocupada—. Nana, puedes retirar la

comida, no tengo hambre ya. Se me ha ido el apetito.

Rose asintió, recogiendo la bandeja para después irse y dejarles solos. Alexandra salió a la terraza con el móvil, esperando el aviso de Raúl, que ya no debía tardar mucho. Admiró el paisaje, viendo cómo sus futuros suegros reían ante una cosa que su padre había dicho. Bufó con cara de asco. <<Vaya mierda.>>

Escuchó unos pasos tras de sí pero no se giró. Sintió una respiración contra su pelo y un pecho que le daba calor a su espalda. Luc la estaba tentando, probando hasta dónde podía llegar. Justo en ese momento, pasó una mano por su cintura, pegando sus cuerpos con un tirón.

—Tranquila, déjate hacer. Mis padres están mirando, así que no les hagas un feo. Finjamos delante de ellos —dijo contra su oído como la otra vez, mientras Alexandra miraba hacia el jardín, desde donde su padre y sus suegros los estaban mirando—. Sonríe y saluda, no es tan difícil. —Alexandra asintió, formando en sus labios una sonrisa falsa y saludando con la mano hacia sus invitados. Vio cómo su padre alzaba una ceja: sabía que no se tragaba nada de ese cuento.

—Mi padre no se va a creer este teatrillo. Me conoce demasiado bien —le dijo aún sin quitar su falsa sonrisa de su boca.

—Me importa muy poco lo que tu padre opine. Me consta que no ha actuado bien en cuanto a nuestra prometedor boda. No me gusta su manera de actuar. Por el contrario, mis padres tienen que estar contentos con la nueva miembro de la familia, ¿entendido? —Luc se separó, apoyando su cintura en la barandilla de la terraza—. Dormiré en lado derecho de la cama, necesito sitio en tus cajones y vestidor. ¡Ah! Y en el baño para dejar mis cosas de aseo.

—Dormirás en el sofá, porque a mí no me vas a estorbar mientras duermo. Cómprate cajones propios y sobre el vestidor... Está todo lleno, no hay espacio para ti. —La rubia lo miró sonriendo inocentemente. Luc iba a contestar, pero la melodía del teléfono de Alexandra, una canción de *Linkin Park*, los interrumpió—. Y ahora, si me disculpas, tengo algo que hacer. —Salió de allí como alma que llevaba el diablo.

Corrió hacia la salida de la casa, sin esperar a que sus vigilantes privados la siguiesen. Es más, no sabía si la habían visto o no. Le importaba más bien poco. Al llegar a su escondrijo, quitó el ladrillo, encontrando una bolsa con pastillas y otra con polvo. Sonrió feliz. Al fin algo de alegría en aquel día. No esperó ni un minuto más. Cogió una pastilla, tragándosela sin dificultad. Gimió de gusto. <<Un poco de relax. Eso lo único que necesito

ahora>>, pensó.

Volvió sin prisa, disfrutando del subidón que la droga le estaba proporcionando. Sus problemas se esfumaron. Entró en casa, caminando como si estuviera en una nube. Rose la miró extrañada. Liam, al que se encontró por las escaleras, la miró atento, encontrando que algo no iba bien. Ella solo le sonrió, siguiendo su camino. Nunca se había drogado dentro de su propio hogar, pero la situación se lo pedía a gritos. No aguantaba más. Las cosas iban a ser distintas ahora y su relación con aquellas sustancias, también.

Capítulo 5

Luc estaba viendo cómo podía organizar sus cosas en aquella habitación, que, aunque era grande, tenía poco mobiliario y el espacio que había estaba todo ocupado, cosa lógica, teniendo en cuenta que era el cuarto de Alexandra.

Cuando había escuchado a su padre tener la magnífica idea de que él y su prometida durmiesen juntos y que el padre de ella hubiese aceptado, no le hizo ninguna gracia. Luego lo pensó con detenimiento y le gustó: podría domarla antes. Ya la había convencido de que delante de sus padres tenían que comportarse como dos jóvenes agradables que se estaban conociendo y que se gustaban (o eso era lo que se creía él). Por algo se empezaba. No creía que le hiciera mucha gracia a la pobre chica, pero era divertido chincharla y meterse con ella. Además, le gustaba cuando sacaba su carácter y se cabreada porque ponía unas caras muy graciosas.

Ahora se encontraba en el baño, colocando su cepillo y pasta de dientes, cremas de afeitado e hidratante para la cara..., en los armarios y cajones que allí había, por donde podía. Tenía que reconocer que la chica tenía muy buen gusto en cuanto a decoración, dado que toda su habitación estaba en perfecta armonía. No había nada que sobrase ni nada que faltase.

Salió del cuarto de baño al acabar de distribuir todo. Se encontró con Alexandra tirada en la cama, boca abajo, con los ojos cerrados y una sonrisa bobalicona encima. <<¿Y ahora qué le pasaba? ¿Estaría soñando con algo? >>. Se acercó con cautela, sentándose a su lado y apartando el pelo rubio que caía sobre su cara para vérsela mejor. Tenía unas facciones perfectas. Así, tan tranquila como estaba, no parecía un monstruito rebelde y terco.

—¿Mamá...? —Luc alzó una ceja. ¿Lo acababa de llamar mamá? <<Esta tía está fatal...>> pensó—. Mamá, si estás aquí, ayúdame.

—Alexandra, soy Luc. Despierta —dijo empezándose a preocupar. Ella abrió muy poco los ojos—. Tu madre no está aquí. Ella está muerta, por lo que tengo entendido —la rubia frunció el ceño, dejando caer unas lágrimas. Luc por primera vez la vio vulnerable y realmente lo estaba inquietando—. Eh, ¿qué pasa?

—¡Déjame! —Le apartó la mano de un golpe, sorprendiéndolo por el cambio de actitud repentino de la joven—. ¡FUERA! ¡LARGO DE MI HABITACIÓN! —Lo empujó con ganas, echándolo casi de la cama.

—¡Vale, vale! Tranquila. Relájate, mujer. Solo quería saber si estabas bien. Ya me aparto. —Luc se alejó de la cama, volviendo a sus maletas. Sacó toda la ropa que tenía, amontonándola en el suelo. Justo cuando acabó, llamaron a la puerta. Liam asomó la cabeza, mirando a la pareja—. ¿Qué pasa, Liam?

—Nos llaman para la cena. Han querido que cenemos ahora, para que no se nos haga tan duro el cambio de horarios. Aquí lo llevan a la española. —Luc asintió, cogiendo a Alexandra de la mano y tirando de ella para levantarla de la cama—. ¿Se encuentra mal?

—No lo sé. Lleva un rato actuando de una manera muy extraña, pero no comprendo la razón. —Liam miró a la joven con detenimiento, comprobó que Alexandra parecía estar en otro mundo.

Ella bajaba con lentitud y sin ganas detrás de los gemelos. Al entrar en el comedor, Luc agarró de la mano a la joven, ayudándola a sentarse. Christian la miró desconfiado, no le gustaba cómo estaba actuando su hija, la cual parecía más depresiva de lo normal. Tanto era así, que hasta Michael y Sabine también lo notaron.

Rose sirvió la comida, mirando intranquila a su niña, la cual apartó el plato dado que no tenía hambre. Por un lado, estaba el efecto de las drogas y por otro lado, la hora que era. Demasiado pronto para cenar. A esa hora se merendaba. Alexandra cada vez odiaba más a los alemanes y eso que ella de nacionalidad alemana, sin embargo, se consideraba española.

—Si me disculpáis... —Se levantó del asiento la rubia, bajo la atenta mirada de todos los presentes—. Me voy a mi cuarto, quiero estar tranquila y no tengo hambre. Así que... Chao. —Se marchó despacio de allí, con mala cara y ganas de llorar.

—¡Alexandra! —gritó su padre, levantándose de la mesa. Luc lo sujetó, para que no saliera detrás de la joven—. ¿Qué haces, jovencito?

—Creo que es conveniente dejar a su hija en paz. Son bastantes cosas las que le están pasando. No añada más leña al fuego. Déjela que se tranquilice. Mi hermano y yo nos encargaremos: somos más o menos de su edad y podemos comprenderla y ayudarla. Para eso me caso con ella, ¿no? —Liam lo miró tranquilo al saber que su hermano la iba a ayudar.

—Mi hijo tiene razón. —Lo apoyó Sabine—. Deja a la muchacha tranquila. Bastante ha tenido ya con enterarse de que se iba a casar en una comida. La

pobre debe de estar confundida y agobiada.

—Iré a ver cómo está. —Liam se levantó—. Luc, si necesito ayuda, te llamo. —El hermano asintió conforme, así que el rubio teñido se levantó, para después salir del comedor en dirección a las escaleras.

Mientras tanto, Alexandra estaba escuchando música, tirada en la cama y llorando sin razón. Esa era una de los efectos de la droga sobre ella: depresión que se veía acentuada por la situación que llevaba viviendo todos esos años y que se había agravado en esos días.

Debido al volumen de la música, no había escuchado cómo llamaban a la puerta ni como Liam entraba, hasta situarse a su lado en la cama. Él le quitó un casco a la joven, asustándola.

—¿Podrías hacer el favor de entrar en mi cuarto como si fuese vuestra casa? Creo que merezco tener un poco de tranquilidad e intimidad. Si no es mucho pedir, claro.

—Lo siento. No quería pegarte un susto ni molestarte. Llamé pero al ver que no contestabas, decidí entrar. Perdóname. —La rubia se sentó en la cama, mirándole y limpiándose las lágrimas que caían por su mejilla—. ¿Estás bien? ¿Puedo ayudarte en algo?

—¿Puedes impedir la boda? ¿O matar a tu hermano? ¿O simplemente largaros de mi casa? —preguntó retóricamente. Liam la miró con pena, a lo que ella bufó. No necesitaba la lástima de nadie—. Si vienes a decirme que te doy pena, olvídalo. No necesito tu compasión.

—Vale, tranquila... —La cogió de la mano, notando que estaba más caliente de lo normal—. Alexandra, ardes. ¿Qué has hecho? ¿Has tomado algo? —Para terminar de comprobar su teoría, tocó su frente y la confirmó.

—¿Tú también con esas? —contestó a la defensiva—. ¿Me queréis dejar en paz de una maldita vez, por favor? ¡Ya no puedo hacer nada, joder! ¡Lárgate y déjame de una puta vez! —Alexandra apartó la mano, nerviosa porque la hubiesen pillado, a pesar de intentar disimularlo, aunque fuera un poco.

—Tranquila. Ya me voy. Calma... —Liam se levantó. Caminó hacia la puerta, saliendo y cerrando detrás de él. Alexandra aprovechó para tomarse dos pastillas más de éxtasis, ya que el efecto se le estaba yendo y no quería perder el coloccón y la tranquilidad que le proporcionaba aquella droga.

Liam por su parte, volvió al comedor. Todos esperaban noticias sobre qué le pasaba a la joven. Sin embargo, él no dijo nada y simplemente se acercó a su hermano y le susurró un *Debes venir conmigo*. Luc asintió, limpiándose la boca con la servilleta y levantándose de su asiento.

—¿Le pasa algo a Alexandra? —preguntó Christian.

—No, nada. Solo tengo que hablar una cosa con mi hermano a solas. Su hija está bien. —Se disculpó Liam con una sonrisa—. Terminad de cenar tranquilos. Si nos disculpáis... —Seguido de esto, se retiraron, dirigiéndose al cuarto que ahora era de Luc y Alexandra.

Liam le puso al corriente de todo a Luc según subían las escaleras. El mayor bufó mientras negaba. <<*Esa mujer es un caso perdido. ¿Ahora se drogaba en su propia casa? Pues sí que debe estar desesperada para ello.*>> Llamaron a la puerta, sin recibir respuesta, así que Luc abrió encontrándose a la joven arrodillada en el suelo, llorando desconsolada.

El menor de los gemelos corrió hacia ella, comprobando en sus propias carnes que la rubia estaba ardiendo. Miró asustado a su hermano, que la cogió en brazos, caminando hacia el baño. Luc le dio la orden a Liam de que abriese el agua fría al máximo de la bañera y la llenase.

Liam lo hizo sin dudarle por un momento, mientras Luc desnudaba a su prometida, dejándola en ropa interior y viendo por primera vez el escultural cuerpo de la joven, además de las marcas de pinchazos en brazos y moratones por piernas, cintura... Los dos se quedaron embobados y a la vez apenados, recorriendo las curvas de Alexandra, ajenos a que ella quería escapar de sus brazos.

—Quieta fierecilla —dijo Luc, sujetándola contra su cuerpo—. ¿Cómo va eso, hermano?

—Casi listo. La podemos meter ya. —Luc asintió, yendo a la bañera y dejando a Alexandra dentro, la cual gritó al sentir el agua helada sobre su piel—. Shh... O tu papi vendrá a ver qué pasa. —La ropa interior se mojó, dejando que sus pechos y su ingle se transparentasen. Ambos jóvenes tragaron saliva, viendo cómo sus pezones se erguían y también descubriendo que estaba totalmente depilada—. Joder, es pura lujuria.

—Ya te digo... —Liam mojó el pelo de la joven, escuchando los gritos de protesta de Alexandra—. Tranquila, preciosa. Si es por tu bien. Cálmate.

—¡Está congelada, joder! —Los dos hermanos soltaron una carcajada, a lo que ella ofendida, les salpicó con toda la fuerza que pudo, mojándoles las camisetas y un poco los pantalones—. Jodeos.

—Qué traviesa que es... —Luc sonrió excitado por el juego, aunque sabía que la joven estaba drogada y que, seguramente, al cabo de unas horas no se acordaría de nada. Liam soltó una carcajada, divertido por la situación.

Sujetaron a Alexandra para que no saliese de la bañera, a pesar de que

eso les costase acabar empapados de arriba abajo, ya que ella no se rendía tan fácilmente. Cuando vieron que temblaba, decidieron sacarla, sabiendo que el subidón de la droga había pasado. Luc la volvió a coger en brazos, sacándola de allí, mientras Liam le ponía una toalla por encima. Ahora tendrían que desvestirla y ponerle un pijama o un camisón para que durmiese.

Luc la desnudó despacio, intentando no prestar mucha atención a lo que tenía delante. Liam le pasó la ropa interior, un sujetador y un culote y después un pijama de manga corta. Le hicieron una coleta alta como pudieron y la metieron en la cama, tapándola bien para que no cogiese frío.

Ambos hermanos se quedaron mirando cómo la joven dormía. Liam la miró apenado. Luc con intriga y negando, no podía seguir de esa manera, ya que acabaría matándose. E iban a averiguar qué era lo que había desencadenado toda aquella locura en la cabeza de la rubia. La interrogarían hasta saber qué fue exactamente lo que ocurrió para sacarla de ese agujero negro de autodestrucción, fuera como fuese.

Esa noche, Luc durmió en la cama con Alexandra, la cual se había acurrucado contra él, buscando calor. Liam por su parte, había decidido irse a su cuarto, ya que no hacía nada allí.

Alexandra despertó con dolor de cabeza, el pelo húmedo y arropada por un brazo que la pegaba a un cuerpo que irradiaba mucho calor. <<¿Qué diablos ha pasado? ¿Qué hace Luc abrazándome así?>> eso fue lo primero que a Alexandra se le vino a la cabeza.

Se separó de él despacio, levantándose de la cama y soltándose el pelo para que se terminase de secar. Estirándose, caminó despacio hacia el cuarto de baño. Le dolía todo el cuerpo. <<No me habré acostado con él, ¿no?>>. Se moriría si lo hubiese hecho. Lo miró dormir. Estaba sin camiseta y esperaba encontrarlo con los calzoncillos o bóxer puestos.

Luc abrió los ojos, sorprendiéndola. Llevaba un rato despierto, aunque se había hecho el dormido al ver que ella se movía demasiado, pero no pudo seguir fingiendo al notar que lo miraba. Sonrió de lado, comprobando que ella se ponía nerviosa y se levantaba para coger una sudadera.

—Buenos días, Alexandra. ¿Cómo has dormido? —Luc se sentó en la cama. Alexandra respiró tranquila al ver sus pantalones de pijama. Lo que

también pudo ver fue que Luc tenían una espalda bien formada, con músculos y ancha. Se mordió el labio sin poder evitarlo. Quería verlo por delante.

—¡Sí! —soltó sin darse cuenta en voz alta cuando su prometido se giró. Luc la miró interrogante, haciéndola darse cuenta de que lo había dicho y no solo pensado. Su prometido tenía una tableta de chocolate y unos oblicuos que, si por ella fuese, los lamía y besaba en ese mismo momento. <<*Un momento... ¿qué demonios estaba pensando?*>>.

—¿Sí, qué? —preguntó curioso Luc. Ella se sonrojó, negando mientras caminaba hacia el cuarto de baño—. Tenemos que hablar, Alexandra. Tú, mi hermano y yo. —La joven se miró en el espejo del baño, notando que su palidez era mayor de lo normal—. Lo que pasó ayer, no se puede volver a repetir. —Escuchó la voz de su prometido en la puerta de aquel cuarto, así que desvió su mirada hacia donde él estaba, descubriéndolo apoyado en el marco de la puerta, con brazos y piernas cruzadas, dejando en evidencia sus músculos y su pecho. Le entró calor de repente, así que abrió el agua fría y se mojó cara y nuca para aliviarlo.

—No eres quién de darme órdenes, Luc, por mucho que te vayas a casar conmigo. No voy a consentir que me trates igual que mi padre. Si quieres que finja delante de tus padres, lo haré, pero no haré ninguna otra cosa más. —El joven se acercó a ella, acorralándola contra el lavabo y notando el nerviosismo que irradiaba.

—Cielo... —Alexandra lo miró atenta, tratando de controlar la respiración—. Yo no soy como tu padre. Así que tranquila, que no te trataré como a una cría, a no ser que sea estrictamente necesario. Por otro lado... —Se acercó más a ella, consiguiendo que la respiración de ella se acelerara—. No creas que no noto el efecto que causo en ti y que tampoco he notado cómo me devorabas con la mirada cuando me levanté de la cama... —susurró él—. Ayer mi hermano y yo vimos tu cuerpo, mojado y, a pesar de tu ropa interior, vislumbramos lo que teníamos delante. Causas el mismo efecto en nosotros que nosotros causamos en ti. No creas que no me he percatado de ello. —Lamió sus labios, separándose de ella—. Me voy a duchar, ¿te quedas y me acompañas o sales?

Alexandra salió del baño como alma que llevaba el diablo, escuchando cómo Luc soltaba una carcajada. Decidió bajar a desayunar, ya que, si se quedaba más tiempo con su prometido a solas, acabaría cometiéndola locura. Negó mientras entraba en el comedor, en donde Liam ya estaba sentado, tomando un café y leyendo algo en su *IPad*.

El teñido la miró, recorriéndola con la mirada de arriba abajo. Alexandra se volvió a poner nerviosa. ¿Qué tenían esos gemelos que la afectaban de tal manera? ¿Es que se estaba volviendo loca o qué? Se sentó en silencio, aún bajo la mirada de su futuro cuñado.

—Mi madre ha ido de compras con Nana, nuestros padres se han ido a la empresa y en la casa quedamos tú, mi hermano y yo, además de los otros empleados. Supongo que Luc ya te habrá dicho que tenemos que hablar, ¿verdad? —La rubia echó su café sin mediar palabra. No tenía que darle explicaciones a nadie—. Tu estado era lamentable. — Continuó él—. Solo lo sabemos mi hermano y yo. —Alex continuó sin decir nada—. Pequeña, vimos todas esas marcas en los brazos, ardías por culpa de la fiebre, tienes moratones que seguro que no sabes dónde te los has hecho, pero estoy seguro de que alguien te los provocó.

—Cállate. No te interesa lo que haga con mi vida, Liam —contestó ella a la defensiva. Odiaba que la viesan tan vulnerable.

—No se va a callar. —Tanto Alexandra y como Liam miraron hacia la puerta, por donde entraba un Luc con un pantalón vaquero y una camiseta sin mangas floja y algo de escote, que hizo que Alexandra jadease ante la visión de su bronceada piel y sus músculos. Se había dejado el pelo suelto, que caía mojado hasta sus hombros—. Y ahí está otra vez. Ese jadeo que tanto me gusta, preciosa... —Sonrió travieso. La joven desvió la mirada hacia su taza, dando un sorbo para ver si se calmaba.

—Déjame en paz... —dijo en un susurro. Luc se sentó a su lado, echándose café con tranquilidad. La rubia pudo oler la colonia o el *aftershave* de su prometido. La excitó aún más si cabía. Se iba a volver loca entre tanta tentación.

—Bueno, Alexandra... —comenzó el moreno—. ¿Nos vas a contar por qué te drogaste ayer? —Ella negó, dejando su taza sobre la mesa y apartando la silla, dispuesta a irse. Liam la agarró, obligándola a sentarse—. Gracias, hermano.

—De nada —respondió el teñido—. Ahora habla. No tienes escapatoria. —Alexandra los miró con detenimiento. Estaban serios y decididos. <<Piensa algo rápido. No digas la verdad, Alex. No la puedes decir. Esa verdad es tuya y solo tuya>> se dijo para sí ella.

—Mientras estabas tumbada en la cama, llamabas a tu madre. ¿Qué pasó exactamente con ella, preciosa? —preguntó Luc intrigado—. Sabemos que murió pero no sabemos exactamente de qué.

—No es asunto vuestro. Así que si queréis saber por qué me drogo creo que está claro. Mi padre es un controlador loco, que no me deja vivir como yo quiero y para evadirme tomo lo que me pongan delante, ¿os sirve esa explicación? —dijo de una vez. Los gemelos la miraron desconfiados. Esa era media verdad, pero para empezar no estaba mal—. No os metáis en mi vida y todo estará bien. Luc, fingiré delante de vuestros padres que somos una pareja muy feliz. Y si queréis saber la verdad sobre mi madre, preguntad a otra persona que no sea yo, porque sobre eso no soltaré nada. —Seguido de esto, se levantó, abandonando el comedor con grandes zancadas.

—Hay algo más detrás de toda esa historia que no nos ha contado y la vamos a averiguar, hermano. —Luc estaba decidido a descubrir qué era lo que pasaba—. Pero vamos a esperar a que nos vayamos a Alemania. Allí estará sin su padre, eso podría ayudarnos. No la tendremos hasta entonces. —Liam lo miró alzando una ceja.

—¿Y podremos tocarla? —preguntó el rubio desconcertado.

—¡Oh! Claro que sí podremos. No me dirás que no te has fijado en cómo te mira, ¿verdad? Tú la deseas y ella nos desea a los dos por igual. Somos gemelos y somos como si fuésemos uno. Vamos a jugar con ella y a derribar sus defensas. Será una relación a tres. —A Luc no le importaba compartir y estaba seguro de que todos disfrutarían de aquello.

Capítulo 6

—Querida... —Alexandra miró hacia la puerta del jardín, por la que salía su futura suegra, vestida con un vestido veraniego verde, sombrero de color beige y unos tacones de impresión. Se incorporó de la hamaca, mirándola con detenimiento y curiosidad—. Hemos estado hablando y creemos que es hora de que vayamos a comprarte tu vestido de novia, preciosa. La boda es dentro de poco y...

—¿Cómo es eso de que es dentro de poco? —preguntó la joven. No sabía de qué se extrañaba, ella siempre era la última en enterarse de todo. Sabine la miró incómoda, dándose cuenta de que había metido la pata.

—Verás, es que nosotros tenemos que irnos a Alemania de vuelta y dado que suponemos que no quieres una gran fiesta... Hemos pensado que quizá en un par de semanas podéis casaros. Solo una firmita y una comida aquí en tu casa —explicó ella rascándose la nuca nerviosa.

—Y como siempre, mi opinión no importa una mierda, ¿verdad? —Explotó Alexandra—. ¿Sabes qué? Me iré a comprar yo sola mi vestido. Aunque espera... a lo mejor ya lo comprasteis por mí, porque sabéis los gustos que tengo, ¿verdad? —Se puso en pie, caminando hacia el interior de la casa, dejando a su suegra pasmada por la reacción.

Nada más poner un pie dentro, todos la miraron. Unos preocupados, otros sorprendidos... los gritos que habían escuchado fuera no habían pasado desapercibidos. Hasta Christian y Michael salieron del despacho, curiosos, para ver qué pasaba y por qué había revuelo en la casa. Solo lograron escuchar el portazo que la rubia dio al entrar en su habitación, en la que descubrió a su marido y a su hermano, hablando de manera distendida en la terraza.

Los dos la miraron, levantándose al ver que entraba en el vestidor y se quitaba la ropa de andar por casa. La observaron divertidos, volviendo a repasar con sus ojos el cuerpo perfecto de la joven. Podría drogarse y beber, pero sus proporciones eran de una diosa.

Se puso una camiseta negra, vaqueros y chaqueta básica. Se calzó unas zapatillas de deporte y, tras coger su bolso, se giró sacándose el pelo de

debajo de la ropa. Se quedó congelada al ver a los gemelos devorándola con la mirada. Tragó saliva. Ni se había dado cuenta de cuando habían abandonado la terraza para espiarla.

—¿Vas a algún lado, preciosa? —preguntó Luc con una sonrisa de medio lado traviesa.

—A comprarme un vestido para nuestra boda, querido. ¿Quieres venir y arruinar la sorpresa? —dijo con sorna, ya que siempre se había dicho que si el novio veía el vestido de la novia traía mala suerte. Liam soltó una carcajada, divertido por la ocurrencia de la muchacha.

—Ve tranquila. Nada nos arruinará ese precioso y perfecto día, mi amorcito. —Le guiñó un ojo, haciendo que a Alex le hirviese la sangre. Salió rápido de allí, bajando las escaleras de dos en dos.

Al salir, se encontró con Miguel, que ya la esperaba con el coche encendido y delante de la puerta. Resopló ante la idea de ir acompañada por aquel hombre, pero no le quedaba otra, dado que, si no lo hacía, no podría ir a ningún lado.

Subió en el asiento del copiloto sin decir ni una sola palabra. Se pusieron en marcha hacia la zona de compras de Madrid, en donde buscaría un vestido a su estilo, que reflejase su personalidad y dejase a todos con la boca abierta. No quería nada convencional, así que empezaría por escoger un color fuera de lo común, mientras que la forma del vestido... le daba igual.

Aparcaron en donde pudieron, dado que no había mucho tiempo. Caminaron hacia una *boutique* exclusiva. Se iba a encargar de que la boda le saliese bien cara a su padre. Cuando entraron, las dependientas no les hicieron mucho caso, así que empezó a mirar vestidos ella sola.

Encontró unos que le podrían servir, sin embargo, el color no le convencía para nada. Seleccionó dos: uno de ellos era de estilo clásico, ajustado solo en el pecho y luego la tela caía libre y suelta. El otro tenía un *corset* que realzaría sus pechos sin lugar a dudas. Se acercó a una de las dependientas, sonriéndole amablemente.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó la mujer, mirándola con interés.

—Querría probarme vestidos de novia. Estos dos que he visto me gustan, sin embargo, no me gustan los colores —expuso la joven.

—¿Qué color deseas, entonces?

—Negro. Quiero un vestido de novia negro. —Las dependientas la miraron sorprendidas. Alexandra se apostaba lo que fuese a que nadie nunca les había pedido algo como eso—. Pagaré bien. Mi padre es Christian Leichmann.

—Muy bien. Chicas, buscad algo en los almacenes en negro. —Dio unas palmadas, poniendo a trabajar a las otras empleadas—. En el caso de que no encontremos nada, podemos hacerte el vestido como tú quieras.

—La verdad es que no tengo mucho tiempo. Me caso en unas semanas. Así que tendríamos que encontrar algo ya. —La mujer asintió, ofreciéndole asiento a la rubia—. Sé que es algo muy precipitado, pero... circunstancias de la vida.

—No te preocupes. Intentaremos encontrarte algo.

Al cabo de unos minutos, una de las chicas que allí trabajaban, se acercó con un vestido blanco y negro. Alexandra lo miró con detenimiento. Tenía escote, manga larga en encaje negro, que le llegaba justo por la mitad de los antebrazos, se ceñía desde el pecho hasta la cintura y luego caía en cascada hasta el suelo. Tenía por todos lados una capa de telilla negra con diferentes dibujos, que hacían que el color blanco no se notase tanto.

—Me voy a probar este.—Lo cogió, yendo hacia el probador. Allí le ayudaron a ponerse el vestido. Le quedaba muy bien. Sí. No lo tenían que arreglar. Parecía que estaba hecho para ella—. Me gusta. Me lo llevo. —La asistente asintió—. Ahora necesito unos tacones bien altos. Mi futuro marido me saca unos cuantos centímetros. —Le sacaron unos cuantos modelos. Al final se decidió por unos tacones con algo de plataforma en la parte delantera, tacón de 13cm y blancos con un encaje negro por encima.

Miguel esperaba pacientemente en la sala contigua. Cuando la vio salir ya con la ropa de calle, se puso en pie. Alexandra entregó la *Visa Oro* a una de las empleadas, la cual le cobró. Ni preguntó cuánto costaban las cosas. Simplemente tecleó el número Pin de la tarjeta y cogió el recibo para firmar. El guardaespaldas recogió de las manos de la encargada el traje, que estaba metido en una funda, y la caja de los zapatos. Tras dar las gracias, salieron de allí, rumbo al coche.

La joven miró la hora. No habían estado mucho tiempo allí, cosa que le desagradó, dado que tenía que volver ya a la casa y verles las caras a todos. Por lo menos las de su prometido y su hermano eran agradables a la vista y podría recrearse con sus esculturales cuerpos.

Una vez llegados a la casa, bajó del coche, cogiendo ella misma las cosas. No quería que nadie viese el vestido y tampoco los zapatos. Les iba a dejar con la boca abierta de par en par al aparecer de negro ante el altar. Casi suelta una carcajada al imaginarse las caras de todos. Sobre todo, la de su padre y la de la diva de la moda, su futura suegra. Sin embargo, la retuvo, ya que no quería parecer una loca desquiciada.

Entró en la mansión cargada con los bártulos. Rose se acercó para ayudarla, pero ella negó con una media sonrisa, siguiendo su camino. Entró en su habitación sin llamar y se quedó parada en la entrada ante la visión que tenía ante sus ojos. Su prometido estaba desnudo de espaldas a ella, con una toalla a sus pies y poniéndose unos bóxers negros. <<Joder, si hasta su culo el perfecto para darle un buen mordisco>>. Alex negó ante lo que su subconsciente había dicho.

Luc se giró cuando ya tuvo la ropa interior puesta. Vio cómo la rubia lo repasaba de arriba abajo. Su mirada se quedó fija durante unos segundos en su entrepierna, cosa que hizo sonreír de lado al joven. Cuando reaccionó y volvió en sí, Alexandra se dirigió hacia el vestidor, colgando lo que debía de ser el vestido en un lado y dejando los zapatos bajo él.

—¿No me lo vas a dejar ver? Mira que tenemos que ir conjuntados... —Bromeó Luc poniéndose una camisa blanca, que resaltaba el color de su piel.

—No. Pero es muy bonito y nada común —contestó ella saliendo del vestidor—. ¿A dónde vas?

—A la empresa. No sé qué necesitan, pero tanto tu padre como el mío quieren que vea unos papeles. Prefería quedarme en casa con mi preciosa prometida, pero Liam lo hará. —Le guiñó un ojo—. Está deseoso de quedarse a solas con su cuñada. A saber qué es lo que quiere, ¿verdad?

—No me interesa lo que quiera... —dijo intentando convencer a Luc aunque también a sí misma. Tanto el uno como el otro la atraían como un imán. Eran tan distintos... <<¿Se complementarían en la cama?>> Su prometido seguía vistiéndose con tranquilidad, como si ella no lo afectara en absoluto.

—No intentes engañarme. He visto cómo lo miras. Y cómo me miras a mí. Deja de confundirte y de resistirte, princesita. Cae en la tentación... —Luc se puso la chaqueta del traje gris que llevaba. Alexandra se asombró de lo bien que le quedaba, a pesar de que siempre lo había visto con ropa informal—. Bueno, me voy a las oficinas. Nos vemos después, cariñito. —Luc robó un pico a Alexandra, la cual se quedó petrificada y encendiéndose. <<¡Y eso que solo me ha dado un pico! ¿Qué pasará cuando me bese de verdad?>> Estaba tan confundida... Nunca nadie había despertado esas sensaciones en ella antes y eso que se había acostado con muchos tíos.

Respiró hondo, negando y caminando hacia el cuarto de baño. Quería ducharse y ponerse cómoda de una vez. Se desnudó por el camino, dejando tirada la ropa por el suelo. Abrió el agua caliente, soltó su pelo para después meterse en la ducha. Se enjabonó de arriba abajo, incluido su cabello.

Cuando salió, el vapor flotaba por toda la estancia, empañando los cristales, espejos y azulejos. Se enrolló en la toalla, saliendo hacia su vestidor. Nada más abrir la puerta, vio que no estaba sola. Liam estaba sentado en uno de los sofás. Al verla, se puso en pie, acercándose a ella, con una mirada que no le había visto nunca. Estaba entre la admiración y la lujuria. Lo miró atenta, intentando que su respiración no se alterase.

—Seguís con esa estúpida manía de entrar en mi cuarto cuando se os venga en gana...

—Lo siento. No quería molestar, pero... Pensé que estarías aburrida. —Alexandra no supo qué decir. Estaba en shock. Él estaba allí delante y ella tan solo llevaba una toalla y estaba mojada de arriba abajo—. Así que esperé a que salieses de la ducha. Lo que no pensé es que fueses a salir solo con esta toalla...

—Ya, bueno... Es que mi vestidor está allí enfrente y... Suelo vestirme allí siempre o casi siempre. —Tragó saliva al ver que Liam se acercaba más a ella—. Yo... Esto... —Liam la agarró de la cintura, pegando sus cuerpos y notando un bulto entre sus pantalones—. Oh, vaya...

—Alexandra... —Notó como Liam rozó su nariz contra su húmedo pelo, inspirando y bajando una mano hacia su trasero—. Luc dijo que era mejor dejarte espacio, no presionarte ni tocarte, pero es imposible no hacerlo. Nos vuelves locos. A mí y a mi hermano. —Alexandra abrió los ojos ante la revelación—. Estamos deseando que vengas a Alemania con nosotros, tenerte solo para él y para mí. Lo vamos a pasar tan bien...

—¡Para, para, para! —Con toda una fuerza de voluntad sobrehumana, se apartó respirando hondo, calmándose y poniendo sus ideas en orden—. ¿Cómo es eso de que me tengo que ir a Alemania con vosotros? ¿Y cómo es eso que me queréis para los dos? En teoría me voy a casar solo con Luc. Además, no pienso ser vuestra putita personal, que os quede bien claro.

—¡Oh no! No serás nuestra putita. Nunca lo serías, Alexandra. Sería una relación a tres. Un trío. Pero una relación de verdad. Luc no lo quiere admitir, pero le interesas de una manera que nunca había visto. Somos gemelos. A mí no me engaña. Podemos hacer algo divertido y sin salir dañados. Funcionará, lo sé. —Alexandra lo miró desconfiada—. Piénsalo y ya nos dices. Podemos hablarlo, dejar unas normas bien claras... Todas las condiciones que desees. Estarás segura con nosotros. Créeme.

—Cla-claro. —Liam besó sus labios de una manera muy casta, para después salir del cuarto. Alexandra sintió lo mismo que le provocó Luc—. Vaya dos

hermanos... —susurró para sí. Así que querían que fuesen un trío. Así, sin más. Los tres en amor y compañía. Por un lado, tenía curiosidad en experimentar un trío. Nunca lo había hecho, pero tampoco quería enamorarse de dos hombres. ¿Qué debía hacer?

Se vistió y alizó el pelo con música puesta. *Linkin Park, 30 Seconds to Mars*, alguna canción que otra de *David Guetta* o *Calvin Harris*... Le subía la moral y mientras cantaba y bailaba, no pensaba en la proposición que tanto Luc como Liam le habían hecho.

Bajó a cenar cuando fue hora. Sabine estaba ya sentada, hablando con Rose cordialmente mientras esperaban a los hombres. Liam entró detrás de ella, rozando sus dedos con su cintura muy sutilmente, animándola a caminar hacia su sitio. Alexandra lo miró de reojo, a sabiendas de por qué lo habían hecho. <<Cabrón...>>, pensó.

—¡Oh! Ya que estamos todos, cenemos ya. —Anunció Sabine. Alexandra la miró extrañada. ¿Qué ya estaban todos? ¿No iban a cenar los hombres de la casa?— ¡Oh, claro! Que tú no lo sabes, querida. Mi marido, tu padre y Luc van a cenar juntos con unos accionistas.

—¿No debería estar también Liam en la cena? —preguntó la joven con perspicacia.

—Luc le ha pedido que se quede para que te haga compañía. ¿No es adorable cómo te cuida? —dijo ilusionada mi suegra. Alexandra asintió fingiendo cariño hacia Luc—. ¿Has comprado ya el vestido, querida?

—Sí. Nada usual en las bodas. Es muy diferente a cualquiera que se ponga una novia —dijo empezando a comer un trozo que pizza, que Nana le había hecho.

—Como ella, madre. Ella es especial y diferente a todas las demás —comentó Liam sonriendo—. Estoy deseando verlo.

—Nadie lo puede ver hasta el día de la ceremonia. —Advirtió Sabine—. Me da mucha pena porque estoy ansiosa de saber cómo es, pero respeto la decisión, Alex. Luc me ha dicho que lo has guardado bien. —Alexandra asintió extrañada. Le daba igual ya. Estaba al alcance de cualquiera, dado que estaba todo en su vestidor. Sin embargo, agradeció el gesto de su prometido.

Cenaron con una ambiente apacible y amable. Sabine era muy agradable a la vez que habladora. No callaría ni aunque la estuviesen matando. A

Alexandra le hacía gracia, sin embargo, terminó con un dolor de cabeza y medio borracha por toda la información que su suegra había soltado por su boca en tan solo una hora.

Una vez acabaron, Sabine les dejó a solas, dado que estaba cansada y se iba a acostar. Alexandra se levantó también, dispuesta a irse a la habitación. Liam la acompañó hasta la puerta de su cuarto. Al llegar allí, Alexandra se apoyó en el marco y el teñido se pegó a ella. Lo miró. <<¿Qué pasaría si aceptaba la proposición de su cuñado?>> No tuvo mucho tiempo de pensarlo, ya que los labios de él ya estaban sobre los de ella. Gimió flojo, pasando sus brazos por su cuello.

Luc llegó a casa antes que su padre y su suegro. Se aburría sobremanera en aquella reunión. Solo había ido a la empresa a ver unos papeles y había terminado yendo a una cena de negocios con unos accionistas. Aparcó delante de la casa, para después entrar en la mansión y subir directamente hacia su cuarto. Quería acostarse.

Subió quitándose la chaqueta y desabrochándose la corbata negra que se había puesto. Lo que no esperó encontrarse fue a su hermano y a su prometida, besándose como si no hubiese mañana. Sonrió de lado. Su hermano ya se había adelantado a él.

—¡Vaya, vaya! —Los dos jóvenes se separaron acalorados y jadeando. Alexandra bajó la cabeza, avergonzada, por primera vez en mucho tiempo, porque la hubiesen cogido de esa manera. ¡Y mucho más que la cogiera su prometido!—. Os lo estáis pasando bien sin mí, ¿eh? —Liam sonrió de lado, mirando con suficiencia a su hermano, el cual, lejos de estar enfadado, estaba disfrutando con la situación.

—Luc, yo... —El aludido la miró, sin quitar su sonrisa de lado de la cara.

—Alexandra, entra y métete en cama. Es tarde. Yo iré ahora. Me ducharé primero. —Alex asintió, entrando en el cuarto sin decir ni una palabra ni mirar a Liam. Estaba tan avergonzada que no quería verlos ni pasar tiempo con ellos en una temporada. En cuanto cerró la puerta, los dos gemelos se miraron, satisfechos con la situación—. Menos mal que te dije que esperaras a llegar a Hamburgo. Pero me alegra que haya salido bien.

—Es deliciosa. Debes probarla. —Le recomendó Liam—. De todas maneras, debemos hablar con ella sobre esto. Creo que está un poco sobrepasada por la situación, hermano. Démosle un poco de tiempo... —Luc asintió ante las palabras de su hermano, abriendo la puerta y poniendo un pie dentro del cuarto.

—Lo haremos. Claro que lo haremos. Buenas noches, hermano. —Luc entró, cerrando la puerta tras de sí.

La muchacha ya estaba en la cama, sin embargo, era consciente de que no iba a poder quedarse dormida hasta que el calor que sentía se le fuese. Liam la había puesto como una moto y ahora ardía de deseo. <<¿Y si espero a que Luc se durma e iba a hacerle una visita a su cuñado? Podría ser una opción>>.

Lo que no se esperaba, era que Luc, una vez que entró, se empezó a desnudar en la habitación, justo al lado de la cama, dejando caer la ropa y yendo a buscar una toalla al vestidor completamente en cueros. Alexandra jadeó, excitándose aún más si cabía. Se iba a volver loca con esos dos hermanos.

Luc se fue sin taparse a la ducha a propósito. Mientras tanto, la mente de la joven se iba hacia lo que podía estar ocurriendo allí. Luc, con su perfecto y moreno cuerpo, mojado y acariciándose, mientras se enjabonaba. Alexandra gimió ardiendo. Su temperatura corporal no era normal en ese momento, así que se destapó, cerrando los ojos para intentar relajarse.

No supo cuánto tiempo estuvo así, pero o su prometido tardó muy poco en ducharse o a ella se le pasaron los minutos muy rápido, porque pronto lo tuvo tumbado a su lado. Lo supo porque notó como la cama se hundía a su lado y luego por el olor y calor corporal que Luc desprendía.

Tragó saliva al notar que acariciaba su cuello con un dedo. Abrió los ojos, mirándole atenta. Su dedo bajaba hacia el escote, acariciando por encima de la ropa sus pezones, sin quitar su mirada de ella. Alexandra comenzó a jadear mientras le volvía a subir la temperatura.

—Así que... Querías jugar con mi hermanito a solas ¿eh? —Siguió su camino, acariciando su vientre. La rubia bajó la mirada, vigilando el dedo de Luc—. Niña traviesa... ¿Sabes lo que voy a hacer? —Alex lo miró, inquieta—. Voy a masturbarte. Sí, preciosa. Veremos a ver a quien prefieres de los dos.

—No te atrevas a... —La muchacha gimió sin poder evitarlo. Luc había colado su mano bajo su ropa y había empezado a acariciarla.

—Pero mírate, si estás empapada. ¿E ibas a aguantar sin tocarte, preciosa? —Alexandra mordió su labio, disfrutando de las sensaciones que le provocaba el moreno que estaba a su lado. No sabía si era por la abstinencia que llevaba o porque estaba tan encendida y esos dos gemelos la volvían loca, que el placer era mucho mayor que con cualquier otro tío con el que había estado.

Encorvó la espalda, intentando que el roce con sus dedos fuera superior.

Gimió sin poder evitarlo, cerrando los ojos a la vez que mojaba sus labios, reseco por los jadeos continuos que lanzaba. Luc la miraba atento. Al igual que ella, estaba muy excitado. Su miembro iba a salirse de los pantalones que llevaba de la hinchazón que tenía. Menos mal que eran flojos, porque si no el dolor de pelotas que tendría sería un infierno. Esa mujer era puro fuego, deseo y lujuria.

—¿Me vas a tocar, pequeña? ¿Eh? —preguntó mientras introducía un par de dedos sin avisar, oyendo el gemido de la joven—. Tócame. Tienes que hacerlo. Lo necesito. Mira cómo estoy por tu culpa. —Alexandra dirigió su mirada hacia el pijama, encontrándose con una gran erección. Abrió los ojos ante el tamaño de aquello.

—¡Oh, dios santo! —Gimió. Luc sonrió de lado, encantado con la reacción de su prometida.

—Es toda tuya. Cuando la quieras, la tienes. Solo tienes que pedirlo, princesa. Dilo y la tendrás... —susurró Luc. Ella tragó saliva, abrumada por lo que estaba sintiendo. Él seguía moviendo sus dedos, metiéndolos y sacándolos de su interior y acariciándola con el pulgar, mientras le decía esas cosas. Estaba tan excitada que sentía que iba a correrse en ese mismo momento—. Eso es. Dámelo, pequeña. Sé que quieres, lo noto. Córrete ahora. —Eso fue todo lo que necesitó, ya que gimió su nombre, mientras su cuerpo se convulsionaba en un increíble orgasmo. No había tenido ninguno como ese. <<¿Qué era lo que me hacía ese hombre?>>—. Buena chica... Muy buena chica. Ahora duerme y descansa. Hoy no te pediré nada a cambio.

Y dicho y hecho. Alexandra sintió que el cansancio y la relajación de aquel orgasmo llegaban. Intentó mantener los ojos abiertos, pero no supo en qué momento se quedó dormida. Luc la vio dormir, sonriendo ante el resultado, aunque tenía un dolor en la entrepierna importante. No pasaba nada. La próxima vez, la dejaría exhausta. Y habría próxima vez.

Capítulo 7

A la mañana siguiente, Alexandra se despertó antes que su prometido. Se movió muy poco para no despertarlo y poder salir de la cama sin que se despertase. Antes de levantarse, se giró y lo miró con detenimiento. Sus facciones eran duras pero tranquilas, hasta parecía bueno. Sonrió de lado al pensar en lo que le había hecho la noche anterior. <<¿Será posible que esto funcione? Tengo curiosidad, eso está claro, pero... ¿y si sale mal con alguno de ellos dos? ¿Lo habrán hecho alguna vez juntos? ¿O simplemente están jugando conmigo para tenerme ocupada?>>. Suspiró. No quería volver a salir dañada de una relación, aunque era cierto que la que tenía con Carlos no era nada seria. Cada uno podía hacer lo que quisiera con otras personas, pero siempre terminaban volviendo el uno junto al otro.

Abandonó la habitación descalza y bajó las escaleras hacia la cocina. Necesitaba un poco de tranquilidad, lejos de gemelos, suegros y padres. No sabía qué hora era, pero la casa parecía desierta. Seguramente algunos de los empleados estaban haciendo la compra, organizando el jardín o simplemente descansando. También tenían derecho de hacerlo.

Se sentó con una taza de café en silencio. Pensó en todo lo que había cambiado su vida en cuestión de unos días. Prometida, desintoxicándose (o intentándolo), vigilada... ¿Qué debía hacer ahora? ¿Podría seguir como si nada hubiese pasado y aceptar su futuro o lucharía por una vida que ella desease realmente? Suspiró sin saber qué hacer. Otra de las cuestiones era si podía confiar en los dos hermanos. Contarles todo lo que había pasado en su casa, con su madre, cómo había muerto y qué había cambiado en esos años en los que ella no había estado era demasiado personal y apenas los conocía. ¿Y si se aprovechaban de ella y la chantajeaban? ¿Qué haría? Se tomó el café sin dejar de darle vueltas a esos pensamientos. ¿Podría dejar las drogas y el alcohol? ¿De verdad era una adicta como todo el mundo pensaba?

—¿Toc, toc, toc? —miró hacia atrás, descubriendo a Liam en la puerta—. ¿Molesto? ¿o puedo entrar y tomarme un café contigo?

—Pasa. Estás en tu casa. O como si lo fuera...

—¿Qué haces aquí tú sola? ¿Estás bien? —preguntó mientras se echaba café

en una taza.

—Estaba pensando y ordenando mis ideas. Nada del otro mundo, la verdad. Necesitaba estar tranquila y sola y el café por las mañanas me ayuda a despejarme. Es más, sin él es un no arrancar el día.

—Comprendo. ¿Y se puede saber qué pensamientos tienes que ordenar? ¿O es demasiado para contárselo a tu futuro cuñado? —Liam se sentó a su lado sonriendo.

—Mi vida en esta semana ha dado un giro increíble y necesito acostumbrarme. Nada que no pueda solucionar. Además, estar cerca de tu hermano no me ayuda precisamente a estar relajada... —Liam rió divertido.

—Sí... Te saca un poco de quicio. —Alexandra asintió dando un sorbo a su taza—. ¿Quién te enseñó a hablar alemán? Quiero decir, has nacido en España y tu padre te habla en español por lo que nos ha contado cuando estáis a solas.

—Colegio Alemán. Mi madre me hablaba también, entonces pues algo se queda. Supongo que tendré fallos, pero por lo menos os puedo entender y hablar con vosotros. De todas maneras, mi padre cuando se enfada me echa la bronca en alemán. Le sale automático. Y me echa broncas muy a menudo... —rieron divertidos.

—Ya entiendo. —Ambos se quedaron en silencio durante unos minutos, pero Liam volvió a romper el silencio—. Tu vida no ha tenido que ser fácil. Por lo menos desde que murió tu madre. Rose nos ha dicho que estabais muy unidas.

—Así es. Mi padre y yo tenemos una relación de... ¿amor-odio? No lo sé. No sé si me quiere o me aprecia o solo hace esto por simple conveniencia. Además, él nunca estaba en casa por culpa de su empresa y los negocios, así que pasaba el día con mi madre.

—¿Nos contarás qué pasó con ella en realidad?

—Cuando esté preparada y sepa que puedo confiar en vosotros. Mientras... no me es posible —dijo dejando la taza en el fregadero y dirigiéndose a la puerta—. Que te aproveche el desayuno, Liam. Nos vemos después.

Las semanas pasaron volando y en cuanto Alexandra se dio cuenta, tenía a un montón de operarios trabajando en la instalación de las cosas para la ceremonia y el banquete en su jardín. Lo podía observar todo desde el balcón de su habitación. Sabine se encargaba de organizarlos y ordenar dónde debían

colocar las cosas. <<Ni eso era tarea de ella. Increíble...>>.

La rubia estaba apoyada en la barandilla, escuchando los gritos de su suegra a los hombres que allí trabajaban. Nana seguiría enfrascada en el menú tan suculento que su padre había encargado para el gran día. Cerró los ojos respirando hondo y disfrutando del sol veraniego en su cara.

En cuanto a su prometido y su hermano... La charla que había tenido con Liam había sido agradable, pero tenía la sensación de que había dicho cosas de más. A pesar de ello, intentaba evitar a los gemelos a toda costa desde el día que Liam la había besado y Luc la había hecho tener un orgasmo que no podría olvidar nunca. Sin embargo, era difícil hacerlo, dado que comía y cenaba todos los días con ellos y también estaba el problema de que Luc compartía habitación con ella.

—Espero que hayas empezado a hacer las maletas, querida. —Alexandra pegó un pequeño salto, ya que no se había enterado de la presencia del moreno. Se irguió, poniéndose recta. Seguía intimidándola sobremanera.

—Y yo espero que tengas una gran habitación y un gran vestidor. No me conformaré con menos. Ya que me tengo que mudar, que esté cómoda —contestó ella seria, sin mirarle.

—Tranquila, preciosa. Mi hermano y yo hemos comprado una casa especial para la ocasión. —La muchacha sí que se giró esta vez, sorprendida.

—¿Cómo que habéis comprado? —preguntó aun conociendo la respuesta.

—Uhum... Hemos comprado. Vamos a vivir los tres en la misma casa, ¿no te parece genial? —Alexandra tragó saliva. <<¿Vivir con los dos? Me van a matar>>. Será temporal, si tú quieres, claro. Liam puede mirar otra casa o un piso, pero eso llevará tiempo y ya sabes... Pueden pasar muchas cosas...

—Cla-claro. Cómo no. —Volvió a mirar hacia el jardín. Las mesas estaban ya dispuestas. Estaban montando una tarima para el baile y las sillas para la ceremonia estaban en su sitio—. Tu madre es una mandona. Y muy extravagante. La mitad de las cosas ni me gustan y viene demasiada gente para mi gusto. Debería ser yo quien opinase acerca de la decoración.

—Lo hace todo a lo grande. Y la mayoría de los invitados son accionistas de las empresas de tu padre y de la nuestra. Nuestra familia es pequeña y, en cuanto a la tuya, bueno, ya sabes lo que hay en ella. —Alexandra asintió. Claro que lo sabía. Ni ella ni su padre se hablaban con la familia de su madre y en cuanto a la de su padre... No había. Había sido hijo único y sus abuelos fallecieron hacía bastantes años.

—Todo un éxito de boda. —Suspiró. Luc observó la cara de desánimo de la

joven. Estaba pálida y se había fijado que a veces, le temblaban las manos.

—¿Cómo llevas el mono? Llevas semanas sin consumir. —Alexandra lo miró encogiéndose de hombros—. A Liam y a mí nos gustaría que te abrieses más con nosotros. Que nos hablastes y nos contases qué pasó. Por qué empezaste a drogarte.

—No quiero hablar de ello. Voy a hacer las maletas, no he empezado. —Caminó hacia dentro de la habitación, con un semblante serio. Luc resopló, cansado de que ella se cerrase en banda. Se iban a casar a la fuerza, sí, pero podían llevarse bien, ser amigos y si surgía algo más, pues bienvenido fuese.

La contempló mientras hacía las maletas. Lo cierto era que tenía mucha ropa y seguro que toda le quedaba como un guante. Aunque cuando más le gustaba era o desnuda o excitada gracias a él. Desde aquella noche en la que pudo comprobar lo caliente que era, no había dejado de pensar en hundirse en ella hasta quedarse agotado y seco. Deseaba llegar a su nueva casa, en la que le esperaba una gran sorpresa, desnudarla y hacérselo salvajemente mientras su hermano miraba o participaba. Eso le daba igual.

De esa manera, romperían sus esquemas y les contaría lo que ellos querían saber. Podrían comenzar a ayudarla en su rehabilitación. Todos creían saber que ya había comenzado, pero Luc y Liam temían que esa boda desencadenase un nerviosismo y malestar en ella, queriendo volver a drogarse e incluso podría llegar a descontrolarse y terminase en una sobredosis. Debían averiguar el escondrijo de las drogas, ya que todavía no las habían encontrado.

—Necesito más maletas o unas cajas. No me entra todo. —Se quejó desde el vestidor la rubia. Luc rió por lo bajo, entrando en el cuarto y mirándola divertido.— No te rías. Necesito toda mi ropa. Allí no compraré nada.

—Llamaré a una de las empleadas para que consigan cajas. No nos ocupa nada en el *jet* privado. —Y dicho y hecho. En 5 minutos estuvo otra vez en el cuarto, mirándola cómo recogía y clasificaba la ropa. Desde la que más ponía a la que menos y organizándola por estaciones—. Qué organizada...

—¿Te molesta, acaso? —Luc se colocó tras ella, pegándose a ella, haciendo que a Alexandra se le cortase la respiración.

—No me hables así. Yo solo he dicho lo evidente. —Acarició sus muslos despacio, sin prisa. La rubia dejó de respirar por unos segundos. Lo que él despertaba en su cuerpo era un deseo que inflamaba sus pechos y hacía que se humedeciese—. No te voy a permitir ese tipo de contestaciones una vez que

estemos en nuestra casa en Hamburgo, señorita.

—¿Y si lo hago qué? ¿Me vas a castigar? —Sintió un azote en su nalga derecha, haciendo que pegase un gritito de sorpresa.

—No, pero te privaré de muchas cosas. Tú verás lo que haces, querida. —Lamió su mejilla, separándose de ella y caminando hacia la puerta—. Voy a ver qué se cuece por el gran escenario de mañana. Termina con calma las maletas. —Seguido de esto, salió del cuarto, dejándola sola y ardiendo.

—Malditos seáis. Los dos... —susurró la muchacha.

Alexandra siguió concentrada en su tarea de recoger todo lo que le quedaba en su cuarto. En cuanto tuvo las cajas de cartón que su flamante prometido había pedido, metió la ropa de invierno y otoño, ya que esas no las iba a necesitar en unos meses. Guardó también sus cosas de aseo, fotos, libros... Cuando cerró la última caja, miró a su alrededor. Estaba tan vacía su habitación. Todos sus recuerdos, buenos y malos, ya no estaban. Solo permanecerían en su memoria.

Se sentó en la cama, cansada y desanimada. A pesar de odiar a su padre, no quería abandonar su casa. Su hogar. Ahora tendría que dejar su vida atrás, a sus amigos, todo. ¿Qué iba a hacer en Hamburgo? Allí no conocía a nadie. Negó resoplando. Escuchó que llamaban a la puerta, así que se recompuso, respiró hondo calmándose y dio permiso para entrar.

—¡Oh! Vaya... —Liam caminó hacia ella sin dejar de mirar el cuarto—. Sí que es deprimente... —La rubia amontonó las cajas para así no tener que mirarle—. ¿Cómo estás?

—Estoy, sin más. Esto es una mierda. Mañana me caso con un tío loco que no hace más que pensar en follarme, a su gemelo le pongo, me acabo de enterar de que vamos a vivir los tres juntos y tengo que dejar mi vida aquí. Suena de puta madre, ¿eh? —contestó de manera sarcástica ella. Liam acarició su mejilla, haciendo que la joven se fijara en él.

El teñido llevaba un pantalón básico normal, camiseta de color negra, la cual era ajustada en los brazos y hacía que sus bíceps se marcasen. También se fijó que tenía un piercing en el cartílago de la oreja derecha. Alex tragó saliva, centrando su mirada en la de él. El joven no se pudo resistir, así que la besó, haciendo que alguno de los muros que ella había construido para no salir dañada, cayesen.

Alexandra se pegó a él, pasando sus manos por el cuello de Liam, devorando los labios de su inminente cuñado, volviéndose loca con su sabor y dejándose llevar. Ya le estaba empezando a dar igual que él no fuese su

prometido. Total, los dos hermanos la deseaban. <<¿Funcionará lo que me han propuesto?>>.

—No va a ser tan malo, pequeña... —susurró Liam en los labios de la joven, jadeando aún por el beso—. Vas a estar lejos de tu padre, tendrás una nueva vida. Mucho mejor, con el cariño que tanto te ha faltado estos años. Luc y yo te mimaremos y consentiremos. —Escucharon un carraspeo detrás de ellos. Alexandra desvió su mirada, encontrándose a Luc.

—Si os vais a besar, cerrad la puerta por lo menos. ¿Y si llega a venir cualquiera de nuestros padres y os ve? —Liam se separó despacio, sonriendo divertido—. Ya veo que has acabado. Haré que lleven las maletas ya al *jet*, para así no retrasarnos. O mejor. Liam, hazlo tú, por favor.

—¿Por qué yo? —preguntó el aludido

—Porque tengo cosas que tratar con mi futura mujer. Así que venga. Moviendo ese culo. —Liam besó ligeramente a Alexandra para después salir del cuarto. Luc se acercó—. Ya van dos veces que te besas con mi hermano. Voy a empezar a pensar que yo no te gusto.

—Y no me gustas. —Soltó la rubia, intentando que no se le notase que mentía. El moreno soltó una carcajada, divertido por las cosas que tenía su prometida—. No te rías. Es la verdad.

—Alexandra, mi dulce Alexandra. ¿Te crees que soy tonto y no noto cómo reaccionas cada vez que estoy cerca de ti? Me has estado evitando desde el día que te di ese orgasmo tan potente ¿o miento? —La joven le dio la espalda. No quería contestarle. ¿Tan transparente era?—. ¿No ves? Vuelves a evitarme.

—Déjame en paz. —Así fue como dio por zanjada la conversación. Luc sonrió, contento con el resultado. Iba a ser un matrimonio muy divertido.

A la mañana siguiente, despertaron a la pareja de novios temprano, dado que la boda se celebraría al mediodía y se tenían que preparar. Rose entró en la habitación para abrir las cortinas y a terraza, aprovechando el buen día que tenían. Lo que no se esperaba, era ver a su niña Alexandra, acurrucada dormida junto a Luc, el cual le pasaba los brazos por la cintura, como protegiéndola. Sonrió ante la imagen. Alexandra no lo soportaría, pero hacían una pareja estupenda.

Cuando abrió las cortinas, dejando que el sol entrase en toda la habitación,

los dos jóvenes se movieron incómodos por la claridad. Abrió también las puertas de la terraza, ya que había que ventilar el cuarto. Alexandra se incorporó, aún cerca de su prometido, mirando a Rose adormilada.

—Buenos días, pequeña mía. —Luc abrió los ojos al escuchar a la Nana de Alexandra. Miró a la joven, la cual sonreía aún con los ojos chiquititos y el pelo desordenado. Le gustaba verla recién levantada. Era cuando más natural estaba—. Señorito Schröder. Siento haberos despertado, pero tenéis que desayunar y empezar a prepararos. Hoy es vuestro día.

—Yuju... —dijo sin ánimo. Luc acarició su pierna por debajo de la sábana, haciendo que la joven desviase la mirada hacia su acompañante—. Estate quieto, Luc.

—Uhm... Solo de pensar que esta noche serás mía... —Le susurró sonriendo. Alexandra se sonrojó, levantándose de la cama de manera apresurada. Rose miró divertida a Luc, haciendo que él soltase una carcajada—. Bajaremos ahora mismo. Gracias por despertarnos.

—Christian quiere que Alexandra se quede aquí. En unos minutos llegarán maquilladores y peluqueros. Yo le subiré el desayuno. Así que será mejor que coja sus cosas y vaya al cuarto de su hermano. —Luc se puso una camiseta blanca básica de manga corta mientras asentía—. Muy bien. Gracias.

—Un placer. —Sonrió el moreno, haciéndose una coleta.

Tan pronto como Luc salió del cuarto, un ejército de personas con maletines y aspecto extravagante entró. El joven bajó al comedor, encontrándose allí a sus padres y a su suegro. Todos le saludaron con una sonrisa en la boca, pero él solo se limitó a hacer un gesto con la cabeza.

—¿Listo para el gran día, hijo? Hoy cambiará tu vida. —Luc lo miró, asintiendo—. Ya han llevado todas las cosas al *jet*. Nosotros hemos dejado solo una muda de ropa para ir cómodos en el avión. Los trajes y vestidos de hoy nos los mandarán ya limpios a casa.

—Me parece muy bien, padre. —Bebió el café que le habían servido. Necesitaba cafeína para despertar y espabilarse. Aún no era persona.

—Después subiré a ver a mi nuera. ¡Qué ganas tengo de verla con su precioso vestido! Tengo mucha curiosidad de saber cómo es. No se lo ha enseñado a nadie. ¡Ni siquiera a Rose! —comentó Sabine emocionada.

—Será mejor que no la molestes, mamá. No estaba de muy buen humor esta mañana. —La avisó.— Déjala. Son muchos cambios en pocos días. Todos la veremos con su vestido cuando baje al altar, ¿entendido?

—¡Ay, Luc! ¡Qué aburrido eres cuando quieres, hijo mío! —Se quejó su

madre.

Mientras tanto, Alexandra estaba agobiándose con tantas órdenes que le estaban dando. Que si desayuna, que no, que se tenía que duchar y lavar el pelo, que si muéstranos el vestido. Resopló cansada y harta. Iba a poner freno a todo aquello. Ella no lo había pedido y estaba segura de que era cosa de su suegra.

—¡BASTA! —gritó, haciendo que todos se quedasen parados—. ¡Fuera de aquí! ¡No quiero nada de esto! ¡Gracias por venir, pero adiós! ¡Ya me arreglo yo sola! —Les abrió la puerta, invitándoles a salir. Por su parte, las mujeres y hombres que allí estaban se miraron confundidos, sin saber qué hacer. Sabine Schröder los había contratado y ahora se encontraban en una encrucijada—. ¿Tengo que repetirlo y os echo yo misma a patadas o salís por vuestro pie?

—Ya nos vamos, señorita Leichmann. Lo sentimos mucho. Que tenga un buen día. —Todos salieron sin decir nada y, en cuanto vio que último abandonaba su cuarto, cerró de un portazo.

Cogió la bandeja con su desayuno, saliendo a la terraza y sentándose en una de las sillas. Allí bebió su café con tranquilidad, disfrutando del sol y la brisa matutina. Untó la mermelada en sus tostadas para después morder la primera y saborearla. <<¿Cómo será Hamburgo? Seguro que es un sitio aburrido, lleno de estrés por ser una gran urbe, helado en invierno y frío en verano>>. Resopló negando. <<¿Qué haré allí? Ya odio esa ciudad y aún no he llegado>>.

Una vez hubo acabado, bajó ella misma las cosas en pijama hasta la cocina. Miró la hora y suspiró, sabiendo que ya era hora de empezar de arreglarse, así que entró resignada a su cuarto. Comprobó que la puerta estuviera cerrada a cal y canto, sacó el vestido del vestidor y los zapatos. Puso su iPod en los altavoces, buscando canciones alegres para animar el día. Encontró la canción de Tokio Hotel “Great Day”.

It's a great day

To say goodbye

It's ok

Cause I'll be alright

—Sí. Estaré bien —se dijo a sí misma quitándose la ropa para irse a la ducha. Estuvo un buen rato bajo el agua caliente. Miró hacia sus brazos, dándose cuenta de que las marcas de los pinchazos apenas se notaban ya—. Vaya... Hacía años que no veía mis brazos así.

Decidió alisarse el pelo ya que se haría unas trenzas finas y las uniría como una diadema a la parte posterior de la cabeza. No quería nada sobrecargado. Quería algo sencillo, que reflejase su verdadera personalidad. Le llevó más o menos una hora alisarse toda su mata de pelo rubio, pero cuando acabó, sonrió satisfecha con el resultado. Siguió con el peinado, poniéndole laca y horquillas, ya que debían aguantar bastante tiempo.

Luego se vistió con su precioso vestido de novia negro con encaje. Se lo colocó bien y una vez que estuvo lista, fue a maquillarse. Los ojos en un negro potente, resaltando el color azul, *rimmel*, que le daba a sus pestañas más longitud, un colorete no muy fuerte y los labios de color rojo.

Terminó justo a tiempo, dado que cuando se estaba calzando sus preciosos tacones, llamaron a la puerta. Abrió, asomando solo la cabeza y comprobando que su padre la miraba curioso. Le dejó pasar, ya que sabía que venía a buscarla para llevarla hasta el altar. La miró con reprobación. Seguro que no se esperaba que fuese a escoger un vestido que en su mayoría era negro. Le sonrió satisfecha de la reacción que había causado en su padre. Era la que esperaba.

—¿Estás ya lista? —le preguntó serio—. Espero que lo estés porque todos están esperando por la novia. —Alexandra asintió poniéndose recta a la vez que respiraba hondo—. Pues vámonos.

La joven agarró a su padre por el brazo, bajando juntos hasta el jardín, en donde la música ya había empezado a sonar y los invitados ya estaban de pie. Salieron al exterior, caminando por el pasillo que habían formado. La gente la miraba sorprendida y supuso que debía ser por el vestido. Sonrió en su interior.

Luc y Liam sonrieron al verla con ese vestido. Rebelde hasta el final. Ambos sabían que si la tenían que obligar, se rebelaría hasta el final. Alexandra llegó hasta Luc con una pequeña sonrisa en los labios. Christian se la entregó para después sentarse en su sitio, al lado de Michael y Sabine.

—Muy adecuado tu vestido, querida... —Le susurró Luc divertido.

—Lo sé. Me encanta joder a mi padre... —contestó ella de igual manera. Luc tuvo que reprimir una carcajada.

El juez comenzó a hablar sobre el amor, el matrimonio, la pareja, incluso dijo algo sobre los hijos. Sin embargo, Alexandra estaba allí con el cuerpo presente, pero su mente estaba en otro lado. No le interesaba nada de lo que le estaban diciendo. ¿Para qué? Total, se suponía que el matrimonio estaba basado en el amor y todo aquello era una pantomima.

—Pasemos a las firmas, dado que me han dicho que no habéis escrito votos matrimoniales. —Luc asintió, cogiendo la pluma para firmar los papeles que les tendía el juez. Cuando hubo estampado la firma, le tendió la estilográfica a Alexandra, la cual firmó como un robot—. Muy bien. Ya sois marido y mujer. Ahora que firmen los testigos y será oficial. —Michael y Christian firmaron sin dudar y rápido, fuera a ser que la joven saliese corriendo de allí—. Perfecto. ¡Felicidades! Supongo que Luc puede besar a la novia.

—Por supuesto. —Luc agarró a la rubia sin previo aviso y, sin dejar que ella reaccionase, la besó por primera vez. Los labios de Luc la devoraban, no le importaba que hubiese gente aplaudiendo y mirándoles atentos. Alexandra rodeó el cuello del moreno, correspondiéndole de la misma manera. Cada vez le gustaban más esos gemelos que la volvían loca de remate.

—Parejita... —Se separaron sin dejar de mirarse y jadear—. ¡Felicidades a mi hijo y a mi querida nuera! ¡Vaya sorpresa con el vestido, querida mía! —Sabine la abrazó entusiasmada. Alexandra sonrió de manera forzada, rodeándola con un brazo—. Que preciosidad, cielo. Estás guapísima, aunque no me ha gustado nada que echases a la gente que contraté para ti.

—Madre, te dije que no le iba a gustar. —Liam apareció detrás de ella, sonriéndoles, a Alex de manera cariñosa y a su hermano... no sabría descifrar la mirada, aunque venía acompañada por una sonrisa de medio lado muy traviesa—. Mi cuñada es... ¿Cómo decirlo? Especial y autosuficiente. —Abrazó a su hermano y luego a la muchacha—. Felicidades a los dos.

—Sí... Gracias —contestó ella aún atontada por el beso con su marido.

Siguieron recibiendo felicitaciones de familiares de los Schröder que habían llegado para la ocasión y muchos accionistas a los que ella no conocía de nada. Sin embargo, tenía que estar allí, al lado de su ya marido, apretando las manos de aquellos hombres, fingiendo una sonrisa.

Tras una hora, pudieron sentarse a comer algo. Luc le apartó la silla para que ella se sentase, cosa que la joven agradeció con una sonrisa. Antes de

empezar a comer, el mayor de los gemelos quiso decir unas palabras en agradecimiento.

—Me gustaría brindar por este maravilloso día. —Todos cogieron la copa de champán que les había servido en ese mismo instante—. Gracias a todos por venir a este gran día, en el que me he casado con una mujer impresionante, que, a pesar de todo lo que dicen de ella, todo son falsedades. —Alexandra lo miró sorprendida—. Ahora empezaremos una nueva vida, juntos, para apoyarnos, ayudarnos y querernos el uno al otro. Por nosotros y por vosotros. —Luc alzó la copa sonriendo, así que todos le copiaron y bebieron un sorbo.

—Muy bonito tu discurso... —susurró ella cuando estuvo sentado—. Muy convincente.

—¿A que sí? —Le dio un pico sonriendo—. Hay que fingir que estamos muy enamorados, pequeña. Funcionará. Ya lo verás.

Comieron platos muy refinados para el gusto de Alexandra, ya que era de las que pensaba que donde estuviera una buena pizza, hamburguesa o tortilla que se quitara todo lo demás. Lo malo era que el menú lo habían hecho entre su padre y sus ahora suegros. Resopló al acabar, porque se había quedado con hambre. Las porciones eran tan pequeñas que no llegaban ni para un diente, aunque por lo menos, se deleitó con la tarta de chocolate y crema que tenían de postre.

Volvieron a brindar con los discursos de su suegro y su padre. Alexandra puso mala cara al escuchar a Christian porque no soportaba que mintiese tan descaradamente. Es más, en su brindis se bebió la copa de golpe para después levantarse y caminar hacia donde estaba la piscina, bajo la atenta mirada de todos los asistentes. Luc y Liam se miraron entre ellos, sabiendo que podría desencadenarse una buena tempestad.

—Relájate. No te conviene ponerte así. —La joven se mordía las uñas intentando que la ansiedad se le pasase. Luc la miró preocupado ante el nerviosismo que estaba viendo en ella—. Eh, Alexandra.

—Déjame, ¿vale? Quiero estar sola ahora. Y necesito algo que chutarme, que me anestesie del todo. —Lo miró con rudeza—. Ya no aguanto más esta pantomima. ¿Cómo se atreve a nombrar a mi madre y decir ese tipo de cosas? ¿Cómo se ha atrevido a decir que me quiere y que está orgulloso de mí? Maldito hipócrita y cínico. Ojalá se pudra en el infierno. —Espetó con rabia—. Quiero irme ya. No lo soporto más. Iré a cambiarme, no habrá baile. —Y dicho esto, se retiró a dentro de la casa, dejando anonadados a los asistentes. Luc

soltó un suspiro. Si que empezaba bien su matrimonio.

Capítulo 8

Alexandra miraba por la ventana del avión privado de los Schröder, contemplando cómo el sol se iba escondiendo poco a poco en el horizonte. No había dicho nada durante la hora que llevaba de viaje. Luc y Liam la miraban preocupados, sin embargo, Michael y Sabine lo veían normal, ya que habían puesto la excusa de que se encontraba mal por eso de los nervios que había pasado la pobre.

—¿Estás mejor, querida? —Alexandra miró a su suegra, asintiendo y volviendo a su posición inicial—. Me sorprendió bastante que no te despidieses de tu padre. Te estaba esperando en su despacho, según dijo Rose.

—Madre, no empieces y déjala tranquila. —Le advirtió Liam.

—Si yo lo digo porque lo que dijo Christian en el brindis fue muy emotivo. Se ve que la quiere mucho y me sorprendió. Solo eso. Solo quería saber...

—Cállese, Sabine. —Saltó la rubia con los puños cerrados—. Cállese si no quiere que le falte al respeto. Usted no tiene ni idea de cómo es la relación con mi padre. Él es un puto cínico y mentiroso, así que por favor. Cierre la boca y déjeme en paz. —Se levantó para ir al baño. Luc la siguió mirando de una manera reprobatoria a su madre, la cual tenía una cara de no poder creerse lo que había dicho la muchacha.

Alexandra se lavó la cara, aliviando la ansiedad que le carcomía por dentro. Respiró hondo, mirándose en el espejo, descubriendo las ojeras y la palidez que el mono le estaba produciendo. Le temblaban las manos. Estaba hecha un deshecho. Necesitaba su droga y ésta estaba en las maletas que llevaban en la bodega del avión. Maldita fuera su cabeza a la hora de recoger.

—Alex, ¿estás bien? —comprobó que el pestillo estaba puesto, apoyándose después en el lavamanos—. Alex, déjame entrar. No puedes estar así.

—Esto es muy pequeño para dos, Luc. Déjame. Ahora salgo —contestó ella, intentando calmarse.

—Abre. No te lo repito más. —Alexandra resopló, extasiada de tantas órdenes como recibía en esas últimas semanas. Abrió la puerta, dejando entrar a su marido. Quedaron muy juntos, dado que los baños de los aviones no eran

especialmente grandes—. Vamos a hablar.

—¿De qué, si se puede saber? —preguntó mirándole seria—. Solo quiero estar sola. Es lo único que pido. ¿Tan difícil es de entender?

—No. No es difícil de entender. Pero en tu estado no es bueno dejarte sola. Básicamente porque podrías volver a drogarte y ahí sí que tendríamos un gran problema, pequeña. —La rubia bufó. <<¿Qué se cree?>>—. No bufes que es verdad. Entiendo que le hayas hablado así a mi madre, la verdad es que a veces se pone pesada y no hay quien la aguante. Pero ya vale. Ahora me tienes a mí y a mi hermano para lo que sea. Déjanos ayudarte, Alex. No somos tan malos.

—No necesito vuestra ayuda. —La muchacha se dio la vuelta como pudo, volviendo a abrir el agua para después mojarse la nuca. Tenía calor y no era porque la calefacción del *jet* estuviera muy alta, sino porque su marido la ponía muy cachonda. Luc aprovechó el momento para pegar su cintura a la suya, dejando que comprobase la erección que tenía en sus pantalones—. Luc...

—Shh... Te voy a ayudar, lo quieras o no. Ahora mismo. Voy a hacer que te olvides hasta de tu nombre y no quiero que sueltes ni un grito. Gime, pero en voz baja. Si no, te juro por lo que más quieras que te dejaré a medias. Yo me correré, pero tú no. ¿Queda claro, Alexandra? —Ella lo miró a los ojos a través del espejo, para después ver cómo le bajaba el pantalón vaquero que se había puesto y también cómo se desabrochaba el suyo—. Dime que tomas la píldora.

—Sí... —contestó en un susurro, que más bien fue como un jadeo.

—Muy bien... Será rápido, ¿entendido? —Alexandra asintió excitada. Luc la rozó, notando la humedad que ella ya tenía entre las piernas—. Preciosa, cada vez me sorprendes más. Ya estás más que lista para mí.

—Sí... —Se agarró a la pila del lavabo, ahogando un grito al sentirle entrar de golpe—. Oh, Dios Santo... —Luc sentía cómo su interior se acostumbraba a su tamaño. Estaba usando toda su fuerza de voluntad para no correrse en ese mismo momento porque se sentía en la gloria.

—Quiero que me mires por el espejo, preciosa. —La rubia lo hizo, clavando su mirada en la de él—. Muy bien. Me voy a mover. Calladita. —Ella asintió deseosa de que empezase. Luc se retiró despacio para volver a entrar con fuerza, cosa que impulsó a Alexandra hacia delante, haciendo que casi se chocara contra el espejo.

A las embestidas que Luc le daba, ella comenzó a buscarle, desplazando

su cintura hacia atrás. En ningún momento dejaron de mirarse y mucho menos cuando el moreno colocó una de sus manos entre sus piernas, acariciándole el clítoris a la vez que la penetraba con fuerza. Alexandra no pudo contenerse y gimió encorvando su espalda, así que Luc aprovechó para agarrarla por la garganta, pegando su espalda a su pecho, sin dejar de moverse como un loco.

—Más... Luc, por favor. Más... —Suplicó Alexandra mirándole a través del espejo. Él le giró la cabeza, besándola después con ganas, chupando y mordiendo sus labios. La muchacha se estaba volviendo loca con tanto placer—. No pares ahora... —susurró contra sus labios—. No pares.

—No. No voy a parar. Te siento. Me aprietas tanto, princesa. Succióname contra ti y hazme llegar contigo. Vamos. Sé que lo estás deseando. —La besó con frenesí, moviendo con dureza hasta que la sintió convulsionarse. Ahogó su gemido en su boca, evitando así que su hermano y sus padres los escucharan, ya que él se corrió dentro de ella como nunca antes lo había hecho con otra mujer—. Así...eso es...

—Oh... Madre mía... —dijo ella aun jadeando contra los labios de su marido. Luc lamió su mejilla con lascivia, haciendo que Alexandra cerrase los ojos mientras respiraba hondo.

—Esto es lo que obtendrás de mí todas las noches, Alex —le dijo al oído, aún dentro de ella—. Y mi hermano querrá esto también y le dejaremos, ¿verdad que sí? —La rubia jadeó—. Uhm...Te gusta la idea, ¿eh? He sentido cómo me has apretado dentro de ti. Eres tan receptiva y obediente, pequeña... Ahora salgamos, ya hemos tardado bastante. —Salió de dentro de ella de golpe. Ella gimió en voz baja al notar el vacío y sentir cómo la semilla de su marido se escurría entre sus piernas.

—Necesito limpiarme un poco... Salgo ahora. —Luc le mordió una de las nalgas para después salir de allí con una sonrisa de satisfacción. La joven mojó un poco de papel, limpiándose los muslos y su entrepierna. Se miró en el espejo una vez estuvo vestida, viéndose acalorada y con las mejillas sonrosadas, así que decidió mojarse la cara y salir.

Se sentó en su asiento, bajo la mirada curiosa de sus suegros. Liam la miraba sonriendo de lado. Seguro que ya se imaginaba qué había pasado con su gemelo en el baño. Se sonrojó al pensarlo, dado que no le gustaba ni lo más mínimo que supieran lo que hacía en la intimidad.

Luc le ofreció una copa con hielo. Lo miró confundida, a pesar de que la aceptó. Cuando la olió descubrió que era whisky a palo seco, así que se lo bebió de golpe. Eso lo necesitaba, tanto o más que el propio sexo, aunque

pensándolo bien, ahora estaba mucho más tranquila. <<¿Será el sexo un sustituto de las drogas? Si es así de bueno siempre, podría vivir con ello y llevar la rehabilitación bien>>.

—Les habla el capitán del avión. Estamos llegando a Hamburgo. Tenemos un día soleado con una temperatura muy agradable de 20 grados. En quince minutos estaremos aterrizando en el aeropuerto. Ya me han confirmado que hay dos coches dispuestos para ustedes, uno con chófer y el otro sin él. Gracias por la atención y disfruten de lo que queda de vuelo.

—Liam, ¿no deberías dejar a tu hermano y a su mujer tranquilos en su casa? —preguntó Michael desde su asiento. Luc y Alexandra lo miraron expectantes. ¿Qué excusa iba a poner para que los Schröder no sospechasen?

—No, Luc y Alex me lo han ofrecido, será solo durante unos días. Prometo no molestar cuando estén en sus momentos íntimos. Compraré tapones o me iré de la casa a tomar algo —dijo con total convicción. Tanta, que hasta el nuevo matrimonio casi se lo traga.

—No molestará. Si no, yo mismo lo echaré de la casa a patadas. —Advirtió Luc serio. La rubia negó, poniéndose el cinturón de seguridad, dado que estaban a punto de aterrizar.

No dijeron nada más hasta que aterrizaron. Alexandra cogió su bolso, bajando después con cuidado por las escalerillas. Una limusina y un *Audi Q7* les estaban esperando y, sabiendo las costumbres de aquella familia, la limusina sería para Michael y Sabine, así que se dirigió hacia el coche.

Esperó apoyada en el capó del coche, mientras veía cómo sus maletas eran metidas en un pequeño camión de transportes y su marido y cuñado se despedían de sus padres. Aún seguía enfadada por el comentario de Sabine así que les hizo un movimiento con la cabeza a modo de despedida y se metió en la parte trasera de coche. Quería ducharse y meterse en la cama, aunque no sabía si esos dos hermanos del demonio la dejarían descansar. Solo de imaginarse entre esos dos cuerpos, se estremecía.

—Bueno, muy buena excusa la tuya, Luc. —Rió Liam cuando se metió en el coche, mientras que su hermano ponía lo en marcha. La muchacha los miró con curiosidad, aunque en silencio, sin saber de lo que estaban hablando—. ¿Qué estabais charlando largo y tendido sobre lo que le estaba pasando a Alex? Tenéis suerte de que padre y madre no la conozcan bien. ¡Qué engañados los tienes!

—¡Vamos! Nos lo pasamos muy bien. Además, estaba con el mono y la relajé, ¿a que sí, preciosa? —Luc la miró por el espejo retrovisor a la vez que

salía del aeropuerto para dirigirse hacia su nueva casa. Alex bajó la mirada, queriendo no saber nada del tema—. Aunque ella no diga nada, es así. Ya viste el cambio que tuvo.

—¿Queréis callaros de una puta vez y dejar el tema en paz? Estoy harta de que pongáis en vuestra boca cosas y palabras que yo no he dicho. ¡Basta ya! —contestó ella malhumorada—. Por favor. Quiero llegar a la casa que habéis comprado, ducharme y meterme en cama. Ya vale. —Los gemelos se miraron entre ellos, escuchando el resoplido de la joven.

Le hicieron caso y no dijeron nada en todo el viaje, que fue de más o menos media hora, dado que el aeropuerto quedaba a las afueras de la ciudad. Alexandra se pegó a la ventana, viendo el paisaje que tenía ante sus ojos. Iba a vivir cerca del río, en Blankenese, la zona cara de Hamburgo. Las casas unifamiliares eran lo único que se veía, blancas y modernas, y por el medio había árboles y verde. Era precioso.

Los gemelos se miraron sonriendo, contentos de que a la joven le gustase. Luc subió por una carretera hasta lo más alto de aquella área y, pulsando el botón de un mando, una verja se abrió justo delante de su coche. Entraron en lo que parecía una parcela privada, pero lo que la joven descubrió, la dejó boquiabierta.

—Oh dios mío... —susurró admirando aquella maravillosa casa. Tres pisos de forma rectangular, cada uno orientado hacia un lado distinto, pintados de blanco y negro, grandes ventanales y estilo minimalista—. ¡Es maravillosa!

—No sabíamos si te iba a gustar, pero ya veo que hemos dado en el blanco. Liam la ha decorado en su mayoría, aunque el dormitorio ha sido cosa mía. —Nada más aparcar delante de la puerta principal, que más que una puerta, era un portón en madera negra, Alexandra bajó del coche—. Liam, enséñale la casa y atiende a los transportistas. Yo dejaré el coche en el garaje.

—Vamos, pequeña. —Liam le puso una mano en la cintura, acompañando a la rubia al interior de la casa. Ella seguía admirando con total atención todo—. Verás que son espacios abiertos. Es muy parecido a tu cuarto. Mismos colores, mobiliario parecido... Te encantará.

—Ya estoy enamorada de esta casa, Liam. Es preciosa. Adoraba mi casa, pero esto... Lo supera con creces. —Miró el salón, con un gran sofá en negro, muebles en blanco, una mesa de cristal en el medio y una televisión de plasma enorme—. Fíjate en qué salón. Y la cocina... Madre mía... —No había pared entre las dos estancias.

Los muebles de la cocina eran negros, una isleta de mármol en blanco

con sillas en mismo color a su alrededor. Electrodomésticos, último modelo. No escuchó llegar a Luc, pero este la miraba sonriendo. Le alegraba mucho que a ella le gustase la casa. Por lo menos se sentiría cómoda con ellos. Podría tener su propio espacio.

—¿Has visto la parte trasera? —Alexandra corrió hacia las puertas correderas de cristal, saliendo hacia el exterior. Tenían una piscina gigantesca, con un porche lleno de sofás en blanco y una parte cubierta para comer, dado que ya había una mesa y sillas alrededor—. La piscina es climatizada, así que nos podemos bañar todo el año. También tiene una cubierta para que no se ensucie, pero eso lo haremos por la noche. Acaban de terminar de limpiarla, según lo que me han dicho.

—Esto es enorme. ¡Me encanta, Luc! —dijo emocionada—. Iré a las plantas de arriba. Y después me ducharé. Estoy muy cansada. Ni tengo hambre. —Entró en la casa, subiendo corriendo las escaleras.

En el primer piso se encontraban los dos despachos de Luc y Liam. Ambos estaban conectados con una puerta corredera, con amplios ventanales que dejaban entrar la luz y los muebles eran los justos, pero los necesarios. Mesa, tres sillas para posibles reuniones y estanterías para guardar documentos. Justo en la otra punta del piso había otra habitación, y desde la puerta se podía ver que no tenía apenas mobiliario. Tan solo había una mesa de escritorio y una silla, que parecía bastante cómoda.

—Este despacho es para ti. —Escuchó a Liam justo detrás de ella. Alzó una ceja confundida. ¿Para ella?—. Para que estudies lo que quieras o trabajes con nosotros. Lo que quieras hacer, pero debes hacer algo.

—Ya veremos lo que quiero hacer. No tengo cabeza para pensar en estos momentos. —Advirtió ella con seriedad. Ambos gemelos asintieron, sabiendo que no iba a ser fácil hacer cambiar de parecer a la joven.

—Arriba están los dormitorios. Tienen un baño gigantesco, vestidor... —Alexandra subió las escaleras despacio. Ahora iba a entrar en terreno peligroso, dado que los hermanos la seguían entre expectantes y ansiosos. Ella respiró hondo, entrando en el primero de los cuartos.

—Madre mía... —susurró.

La cama era la más grande que había visto y cabían tres personas sin dudarlo. Las paredes eran de tonos grises, con algunas pegatinas en blanco. El catre estaba en el suelo, y era alzado por una plataforma en madera negra. Dio unos pasos más, descubriendo dos pares de puertas, una a cada extremo de la habitación.

Abrió la de la derecha, descubriendo el gigantesco baño, el cual se encontraba entre las dos habitaciones de la planta. Tenía tres lavamanos con sus armarios y espejos. Tres toallas, una ducha grande para lo que normalmente solía haber en la casa y un jacuzzi para tres. <<Así que compartiremos baño... Interesante.>>, pensó Alexandra.

—¿Te gusta? —preguntó Luc ansioso. Alexandra los miró, anonadada por la majestuosidad de su nuevo hogar—. Esto es lo único que he decorado yo. Bueno, el despacho también...

—Veo que ya estaba pensado todo antes de conocerme, ¿no? —Los miró interrogante.

—En realidad no. La cama y el baño lo cambiamos cuando te conocimos y vimos que... Una relación a tres bandas podría funcionar. Nada premeditado —explicó Liam tranquilo.

—Ya... —se dirigió hacia el otro cuarto. Descubrió que era algo más pequeño. Con cama grande, de matrimonio suponía, y un pequeño armario. Podría ser el de las visitas o el de mandar a alguno de los dos a dormir “al sofá”. O incluso mandar a los dos y quedarse ella con la super cama. La decoración estaba en sintonía con el resto de la casa. Negros, blancos y grises—. Necesito mis maletas. Quiero ducharme y tumbarme, por favor. —Pidió de manera amable. Todos se dirigieron a la habitación principal y los gemelos la abandonaron, complacientes. Luc ordenó que subieran las cosas a las habitaciones. Tenían suerte de que las suyas ya estaban dispuestas y solo les quedaba colocar la ropa que habían llevado a Madrid. Ella, sin embargo, tenía todo en cajas y suponían que se instalaría todo al día siguiente.

En cuanto Alexandra vio que su marido le subía la maleta, corrió a buscar un pijama y ropa interior, caminando después hacia el baño y cerrando la puerta tras de sí. Los gemelos se miraron traviosos. Ahora estaba en su territorio y tendría que complacerles. Era cierto de que no eran como su padre, pero ella acataría sus órdenes de buena gana, eso seguro.

Dejaron que se metiese en la ducha y se quedaron quietos hasta que escucharon que el agua caía de manera irregular. Esa era la señal que esperaban, así que comenzaron a desnudarse para después entrar en silencio en el baño, sin que ella los descubriera. Tuvieron suerte de que estaba de espaldas y con los ojos cerrados, dado que las mamparas de la ducha eran de cristal.

Caminaron de puntillas, Luc se soltó la coleta que llevaba en el pelo, Liam sonrió de lado entrando por seguido de su hermano. Cuando Alexandra

se dio cuenta, no tuvo escapatoria y los miró, tapándose como pudo con sus manos. Los gemelos la recorrieron de arriba abajo, devorándola con la mirada, haciendo que ella se sintiese cohibida, expuesta y nerviosa. Muy nerviosa.

—¿Qué hacéis aquí? Salid ahora mismo de la ducha si no queréis que grite hasta que alguien venga. —Les advirtió, aunque con una voz que no denotaba mucha seguridad.

—Claro que vas a gritar, pequeña. Pero de placer. Mi hermano y yo somos muy exigentes en cuanto a eso —explicó Luc, con una sonrisa en los labios.

—Joder, Luc... —susurró Liam—. Ya no aguanto más. —Liam se lanzó a por la rubia, a la que besó con ganas, girándola y dejándola en el medio de los dos. Alexandra poco pudo hacer cuando sintió las manos de aquellos dos sobre su cuerpo, excitándola, acariciándola, así que pasó un brazo por el cuello de Liam, a quien no había dejado de besar, y el otro lo condujo hacia el pecho de Luc. Necesitaba sentirlos a los dos por mucho que ella lo negase.

El mayor de los gemelos comenzó a besar el cuello de la rubia, mientras acariciaba sus piernas. Ésta gimió en los labios de Liam y los mordisqueó sin poder evitarlo, llevándose un azote por su atrevimiento. Luc rió en su cuello, divertido por la situación.

—Niña mala y traviesa... —dijo contra sus labios—. Besa a mi hermano y cuando él te ordene, te arrodillas entre los dos. Vamos a jugar contigo un poco...

—Sí... —contestó excitada. Luc la agarró de la nuca, besándola con fuerza, haciéndola gemir, sintiendo cómo Liam chupaba uno de sus pezones. Echó la cabeza hacia atrás, separando sus labios de los de su marido y gimiendo alto.

—¿No te dije que era muy receptiva, Liam? Mira cómo se retuerce... —Luc la acarició entre sus piernas—. Ya está tan mojada... Qué ganas de hundirme en ella, joder.

—Pues te vas a esperar, porque es mi turno. —Alexandra gimió, apoyando su frente en el pecho de Luc, mientras su placer iba aumentando hasta puntos insospechados, ya que Luc no dejaba de tocarla en el lugar exacto—. Ahora me toca a mí disfrutarla.

—Los dos... Por favor. —soltó entre gemido y gemido la rubia—. Los dos. Os haré lo que queráis, pero seguid. No paréis —suplicó con voz jadeante—. Dejad de hablar y hacedme vuestra. Os lo ruego... —Los gemelos

se miraron, sonriendo de lado, pero a la vez sorprendidos por la declaración de su mujer y cuñada.

—La llevaremos ahora a la cama, pero antes, quiero ver cómo se la chupas a mi hermano —Le ordenó Liam, mientras veía a Luc empujar hacia el suelo a la muchacha. Ella obedeció, mirándolos a ambos ya arrodillada entre ellos.

Liam la sujetó por la cabeza, haciendo que abriese la boca e introduciendo un dedo en ella. Alexandra lo miró, succionándolo y chupando, bajo las atentas miradas de los hermanos. Notó cómo Luc comenzaba a acariciarse su largo y grueso miembro y se excitó mucho más de lo que estaba.

—Agárrasela y métetela toda en la boca... —le susurró a la joven, mientras miraba a su hermano travieso. Ella asintió, acatando la orden del teñido, así que apartó la mano de Luc, para acariciarle ella misma, y, a continuación, abrir la boca e introducirse aquella verga hasta casi llegar a la garganta. Luc gimió mientras echaba la cabeza hacia atrás. Liam, por su parte, comenzó a mover la cabeza de la rubia, excitándose con las maravillosas y sensuales vistas que tenía delante de él.

—¡Oh! ¡Joder, Alex! —La muchacha sonrió de lado, lamiendo desde la base hasta la punta y arañando con sus dientes despacio—. Hermano, a la cama. ¡Ya!

—Un placer. —Liam la cogió cual saco de patatas y le dio un azote en la nalga derecha, haciendo que ella pegase un grito de sorpresa. Luc rió detrás ellos tras haber cerrado el agua de la ducha—. Cuidado con el aterrizaje, Alex. —La dejó caer en la cama y ella se echó hacia atrás, mirándolos atenta, contemplando su desnudez, sus perfectos cuerpos de dioses del Olimpo. <<Joder, que suerte he tenido.>> pensó sin quitarles la vista de encima—. ¿Te gusta lo que ves?

—Sí... Mucho. Y me gustan vuestros tatuajes. ¿Padre y madre saben que los lleváis? —preguntó ella traviesa y burlona, intentando fastidiarles—. Porque si no lo saben, su querida nuera se lo puede decir.

—¿Quieres jugar, pequeña? —Luc gateó hacia ella, con esa gran erección golpeando su vientre. Sin previo aviso la giró para darle un azote, más fuerte que el que Liam le había dado, esta vez en la nalga izquierda. Oyó cómo jadeaba, cosa que le hizo sonreír de lado—. Dime una razón para que no te folle este precioso culo que tienes.

—Que por ahí no lo he hecho nunca y tú eres muy grande, so cavernícola —le espetó mirándole. Liam soltó una carcajada, divertido por la situación de

ver cómo, a pesar de verse expuesta, le plantase cara a su hermano.

—Liam, fóllatela ya, porque como no lo hagas tú, lo volveré a hacer yo y la dejaré tan dolorida, que no querrá que tú la hagas tuya. —Gruñó Luc mirándola serio y sentándose delante de ellos, desnudo y acariciándose.

—Tus deseos son órdenes para mí, hermano. —Se arrodilló detrás de ella para cogerla por la cintura y ponerla a cuatro patas—. No apartes la mirada de Luc, ¿queda claro? —Alexandra asintió jadeando.

—¿Qué pasa? ¿Qué tenéis complejo de perros? —protestó la rubia—. ¿No sois capaces de hacérmelo mirándome a la cara o qué? —Los gemelos se miraron entre sí. Luc asintió, así que Liam la giró y le abrió las piernas de par en par.

—Entonces no dejes de mirarme ni un solo momento, Alexandra. Quiero ver cómo te retuerces de placer, cómo te corres. No quiero que cierres los ojos ni un solo momento.

—Deja de hablar y hazlo. Sois unos pesados y aburridos. No hacéis más que hablar y... —Alexandra tuvo que callarse y gemir al sentir que Liam la penetraba sin miramientos. Escuchó las risas de los hermanos y mordiéndose el labio, alzó la cadera para moverla en círculos.

Liam comenzó el vaivén, entrando y saliendo con fuerza y profundidad del cuerpo de Alexandra. La rubia lo miraba jadeando, gimiendo, mordiéndose el labio o arañando su espalda. El rubio sentía cómo el interior de la joven se cernía sobre él, estrujándole, haciéndolo gemir y llegar casi al éxtasis.

Alexandra lo besó con ganas, clavándole las uñas en las nalgas para guiarle con el ritmo que quería que él siguiera. Tanto excitó eso al menor de los gemelos, que se corrió dentro de ella muy abundantemente mientras escuchaba cómo la muchacha gemía, llegando con él y ordeñándole con sus contracciones. Liam se dejó caer sobre ella, jadeante, abrazándola y besando su cuello con dulzura. Eso hizo que ella se relajase, acariciando su espalda y su pelo, para después mirar a Luc, que los observaba atento, sin dejar de acariciarse toda su longitud.

Lo vio acercarse a ellos y su temperatura volvió a subir, jadeando mientras sentía a Liam apartarse de ella. Luc le dio un tirón, sentándola sobre él y empalándola de golpe. Estaban cara a cara, ella sudorosa, resbaladiza y mojada. Él, por su parte, estaba duro como una piedra, sin dejar de perderse ni un solo gesto de los que ella hacía, escuchándola gemir, mientras la movía de arriba abajo, ayudándola a no perder el ritmo. Él le había dejado el control, pero solo sería por esa vez.

Alexandra devoró sus labios, besándole como si la vida se le fuera en ello, moviéndose rápido y fuerte, gimiendo en su boca, hasta que sintió que no podía más y explotó con un orgasmo que la hizo gritar el nombre de su marido, a la vez que él gemía el nombre de ella, descargándose en ella.

Se dejó caer contra él, rodeándolo con sus brazos sin fuerzas, agotada y con los ojos a punto de cerrarse. Liam y Luc la observaron y decidieron dejarla descansar, así que la acostaron y limpiaron con un paño mojado en agua tibia. Ella apenas se movió, ya estaba profundamente dormida. Cuando acabaron y se limpiaron, se acostaron en la cama con ella, dejándola en el medio de los dos. La rubia se acomodó contra el pecho de Liam tras quedar todos tapados con las sábanas negras de la cama. Pronto los hermanos se quedaron profundamente dormidos, con una gran sonrisa en sus bocas. La vida de casados había empezado muy bien, sin embargo, sabían que iba a ser difícil que Alexandra se terminase de abrir a ellos para que la pudiesen ayudar.

Capítulo 9

Alexandra se despertó rodeada por dos pares de brazos. Uno reposaba en su cintura, pegándola al cuerpo escultural de su cuñado y el otro estaba sobre sus hombros, con una mano encima de uno de sus pechos. Se sonrojó al pensar en lo que había hecho la noche anterior. Quería descansar y había terminado con dos hombres en la cama que le pedían una relación muy poco común.

Apartó las manos de las dos lapas humanas que tenía a sus lados, despacio y sin despertarles, para luego salir de la cama con sigilo. Estaba famélica y, como comprobó cuando se puso en pie, le dolía todo el cuerpo debido al ejercicio al que esos dos salvajes la habían sometido, aunque tenía que reconocer que había sido un ejercicio muy excitante y placentero.

Le robó la camisa de cuadros blancos y rojos a su marido, abrochándosela para después coger un *culote* limpio y bajar descalza a la cocina. Allí se encontró a una mujer regordeta, rubia, con los mofletes sonrosados y uniforme negro y blanco, la cual ya estaba haciendo café con unas tostadas. Alexandra olió el aroma que el desayuno estaba dejando por la estancia, mientras se sentaba sonriendo.

—¡Oh! Usted debe de ser la señorita Schröder. —Sonrió la mujer, que debía tener sobre unos 50 años—. Soy Merlinda, el ama de llaves y cocinera de la casa. Su marido me contrató hace unos días y llegué esta mañana temprano. —Se estrecharon la mano de manera cordial, ambas con una sonrisa—. ¿Le apetece café? ¿O prefiere otra cosa?

—Café estará bien. Gracias. Y por favor, no me trate de usted. Puede llamarme Alex. Con eso bastará. —Asintió sin quitar la sonrisa de la boca a la vez que servía una taza humeante de café—. Gracias.

—De nada. Para eso estoy aquí, señorita... —Alexandra la miró—. ¡Uy! Perdona. Alex. —Esta vez, la joven sonrió, aunque la sonrisa le duró poco, pues escuchó bajar a los dos hombres, que en ese momento la traían loca. Bebió su café, disimulando su nerviosismo.

—¡Oh! Mis niños —Merlinda corrió a abrazarles y a darles besos. Vaya, debían de conocerse desde hacía mucho—. ¿Qué tal la primera noche en la

casa? ¿Habéis dormido bien?

—Muy bien. Gracias por preguntar—. Liam besó la sien de Alex, haciendo que ésta se sonrojase. Luc sonrió de lado al verla ponerse como un tomate.

Desayunaron en silencio, ya que Alexandra no sabía qué decir después de aquella noche de pasión desenfrenada y Luc y Liam la miraban divertidos, ante la timidez que ahora demostraba.

Tras recoger sus cosas, la rubia se dirigió a la ducha y, esta vez, cerró con pestillo la puerta para que ninguno de los dos entrase y la molestaran. Quería un poco de tranquilidad y paz, pensar y recapacitar. Debía averiguar qué podía hacer con su nueva vida, ahora que se había librado de su padre.

Se volvió a lavar el pelo y decidió dejarlo secar al aire, pues de esa manera tendría unas ondulaciones naturales que le quedaban de maravilla. Se vistió con un pantalón vaquero combinado con una camiseta negra de tiras aprovechando que ahora ya no tenía marcas de pinchazos en sus brazos y no tenía nada que esconder.

Salió del cuarto de baño, con la camisa de Luc entre las manos, así que caminó hacia el vestidor para colgarla en una percha, dado que estaba limpia. Luego volvió a bajar a la primera planta, pero no vio a ninguno de los dos hombres con los que ahora vivía, así que salió al jardín, contenta de que hiciese buen tiempo. Se sentó en una de las butacas blancas que allí había, admirando el paisaje que tenía ante ella. Varios barcos navegaban tranquilos por el río Elba, los pájaros volaban, cantando sin cesar alegres de que el sol brillase esa mañana.

—Alexandra. —La aludida se giró ante la llamada de Merlinda. La miró sonriendo a la espera de que dijera algo—. Siento molestarte, pero tu suegra está aquí y quiere verte. He avisado ya a Luc y a Liam y se reunirán con vosotras aquí. ¿La hago pasar?

—Claro. Al fin y al cabo, es la madre de mi marido y mi cuñado. —La mujer asintió para después retirarse y volver acompañada por Sabine, que lucía un vestido rojo con un amplio escote y unos tacones de impresión en color negro—. Hola, Sabine.

—¡Oh, querida! ¡Te ves radiante en tu primer día como la mujer de mi hijo! Ser una Schröder te sienta muy bien. —La abrazó con cariño, besando su mejilla—. ¿Dónde están mis queridos hijos? —Alexandra le ofreció asiento a su lado, cosa que ella aceptó encantada.

—Merlinda ya los ha avisado. Vienen ahora. Supongo que estarán vistiéndose o trabajando en los despachos. —Sabine asintió sonriendo—.

¿Habéis descansado bien tú y Michael?

—Perfectamente. Estábamos agotados. Sin embargo, él se fue temprano a la empresa para solucionar no sé qué cosas y yo, como me aburría un poco en casa, decidí venir a veros. Espero que no os moleste.

—¡Claro que no molestas, madre! —Luc salió delante de su hermano, caminando hacia las dos mujeres que allí les esperaban—. Aunque ya me tardabas en venir a ver cómo iban las cosas. Debes avisar cuando vengas, esta no es tu casa. Recuerda.

—Nuestra madre es muy cotilla, ¿sabías, Alex? —La rubia sonrió mirándolos, mientras se abrazaban a su madre con cariño, aunque poco pudo aguantar, ya que comenzó a envidiarles. Ella también querría abrazar así a su madre y ahora ni podría ir a verla al cementerio—. ¿Alex? ¿Estás bien? —Ella asintió, acomodándose en la butaca.

—¿Y a qué debemos tu visita, madre? —preguntó Luc mientras se sentaba al lado de su mujer y la sentaba sobre sus piernas, con las manos entrelazadas alrededor de su cintura. Sabine sonrió al ver ese gesto tan cariñoso de su hijo hacia su nuera.

—Quería comunicaros que, como la boda fue en Madrid y hubo mucha gente que no pudo asistir, realizaremos en nuestra mansión una recepción para dar a conocer a Alexandra como parte de la familia. Habrá algunos periodistas que cubran el evento y quizá quieran hablar con los recién casados. ¿Qué os parece la idea?

—Me parece que deberíais primero hablar con los afectados y luego tomar la decisión. Alexandra no está cómoda con ese tipo de eventos, deberías saberlo ya, madre —protestó Luc tras haber notado cómo la muchacha se tensaba entre sus brazos.

—Será en unas semanas. Vendrá su padre con Rose. No estará sola. Además, nosotros la ayudaremos y, querida, ¡nos iremos de compras! ¿No es maravilloso? —preguntó Sabine entusiasmada.

—Siento decirte que no, Sabine. —Los gemelos la miraron y su suegra quitó la sonrisa de su boca—. No iré de compras a ningún lado. Llevaré mi ropa a esa endemoniada presentación. Y no me gusta la idea de tener que ir.

—Pero... ¿Y qué dirán...?

—Me da igual lo que digan. Siempre me ha dado igual y más ahora cuando aquí nadie me conoce. Lo siento, pero es así. Estoy muy cansada de que tomen decisiones sin mi consentimiento. —Se puso en pie—. Ahora, si me disculpáis, voy a descansar un poco. Me duele la cabeza. —Se retiró con calma, bajo la

atenta mirada de los tres Schröder.

Los hermanos miraron a su madre de manera reprobatoria, sin embargo, eso le dio igual a Sabine, la cual observaba el paisaje. Luc negó, poniéndose en pie mientras resoplaba sin saber qué hacer. Sabine fijó su mirada en su hijo, el cual paseaba de un lado a otro, con las manos cruzadas en la espalda y pensativo.

—Luc, iré a hablar con Alex. —El moreno asintió, quedándose a solas con su madre cuando su gemelo entró en la casa.

—Madre, ¿tú eres consciente de lo que provocas? —le preguntó Luc cabreado—. En dos días ya has hecho sentir mal a mi mujer, con todas esas preguntas y acciones que no consultas. Padre y tú os estáis comportando como su padre y ella quiere escapar de eso. Así que, por favor, si queréis que hagamos algo, consultadlo antes de hacer lo que os venga en gana.

—Yo solo hago lo imprescindible para quedar bien con la gente. Nuestra familia y accionistas tienen todo el derecho del mundo en conocer a nuevo miembro de los Schröder y...

—¡Me da igual lo que pienses! —La cortó Luc—. ¡Tú no entiendes lo que pasa! Esto puede desestabilizar el matrimonio y nos casamos ayer, madre. —Sabine lo miró sorprendida por el tono que su hijo estaba utilizando—. A partir de ahora, mi agenda y la de mi mujer la llevaré o yo o Liam. Se acabó la discusión. —Puso punto y final, ya que vio a su madre que quería replicar—. Ahora, te pediría que te marchases. Tenemos cosas que hacer.

Sabine se marchó de allí, indignada por el trato que acababa de recibir de sus hijos y su nuera. <<*No sé si ha sido buena idea haberlo casado con ella.*>> pensó la matriarca de los Schröder para sí, mientras se metía en la limusina que la había traído, dando ya órdenes de irse a casa. Iba a organizar aquella fiesta y le daba igual lo que ellos pensasen. Debía hacerlo.

Por otro lado, Luc subió a ver a su mujer, que estaba sola con su hermano y no se fiaba de que él la dejase en paz. En cuanto entró en la habitación, vio a Alexandra acurrucada contra Liam, tapada con una manta y durmiendo plácidamente. El teñido le hizo una señal de que estuviese callado a la vez que, con la otra mano, acariciaba el brazo de la joven.

—Cuando subí estaba buscando algo en una de sus maletas. Supongo que sería la droga... —susurró Liam mirando a su hermano, viéndole acercarse y arrodillarse ante ellos—. Estaba alterada y nerviosa, aunque se haya mostrado tranquila con mamá.

—Lo sé. Ya le he llamado la atención y no le ha sentado nada bien que la

haya defendido. La eché amablemente, pero seguirá adelante con la fiesta, a sabiendas de que esto no le va a venir bien a Alex. —Apartó un mechón de pelo de la rubia para después ponérselo detrás de la oreja—. Así parece hasta buena...

—Sí. Pero ambos sabemos que tiene una lengua viperina. —Sonrieron de lado—. Hemos tenido suerte, Luc. Otra mujer nos hubiese mandado a la mierda. —El moreno asintió, de acuerdo con su hermano.

—Bien sabemos la situación que tiene Alexandra, Liam. No es fácil, pero parece otra a la que conocimos hará un mes. Se sonroja cuando nos mira, parece una adolescente. No está acostumbrada a que la mimen y estén pendientes de ella. Necesitamos saber qué pasó con su madre, por qué su padre la trataba así. Eso fue lo que desencadenó su adicción a las drogas y a la bebida, aunque lo está haciendo bien para llevar mes y algo limpia. —Señaló el mayor de los hermanos.

—Puede recaer en cualquier momento. Si no llego a venir... —El teñido negó, sabiendo lo que podía haber pasado.

—No pasará. Tranquilo. Para eso estamos nosotros aquí. —Aseguró Luc.

No fue una gran sorpresa, cuando, tras pasar unos días en calma con sus dos hombres en casa, a pesar de que pasaban mucho tiempo en sus despachos o en la empresa, les llegó una invitación en un sobre blanco y una caligrafía perfecta. Merlinda se la entregó a ella en mano y bajo la atenta mirada de Luc y Liam, pues estaban viendo los tres una película en el salón.

—¿Alguien puede encender una lucecita? No tengo visión nocturna. —Pidió haciendo soltar una carcajada a Liam. Luc la obedeció sin rechistar con una sonrisa de lado en los labios—. Vamos a ver... —Sacó la cartulina rosa palo, dándole la vuelta a la vez que resoplaba—. Que amable vuestra madre. Nos ha invitado a nuestra propia recepción.

—¿Qué te dije, Liam? —Luc cogió la carta para leerla en voz alta—. *La familia Schöder les invita a la presentación en sociedad de Alexandra Schröder, hija del empresario alemán Christian Leichmann. La cita será el viernes 27 a las 21.00 horas. Habrá cena y luego baile. Rogamos confirmen la asistencia. Muchas gracias Sabine, Michael, Luc, Liam y Alexandra Schröder.*

—Será zorra... —Soltó sin poderse contener Alexandra. Los hermanos la miraron atentos a su reacción—. Os juro que la mato. Creo que mi querida suegra no entiende las cosas y hay que hacérselas entra en la cabeza a la fuerza. —Bufó a la vez que se ponía en pie.

—Alex, cielo. Cálmate porque no te viene bien eso. —La aconsejó Liam.

—¡Me importa una puta mierda, Liam! ¡Estoy hasta los cojones de que gobiernen mi vida! Siempre es lo mismo. Una y otra vez. ¡Y os juro que voy a joder la fiesta, porque me importa un carajo toda la farsa que se ha montado! ¡Oh! Y me cogeré tal cogorza, que van a ver quién es realmente Alexandra Leichmann. ¿Querían cambiarme? Van a comprobar que no me pueden cambiar—. Salió de la sala a paso rápido y muy cabreada. Luc gruñó, enfadado con su madre. Ahora que todo iba mejor entre ellos, que ella había empezado a abrirse poco a poco, a mostrarles el cariño que iba naciendo entre ellos, va su madre y se lo carga todo.

—¿Qué hacemos?

—Dejar que se calme. Ahora está muy alterada. Es mejor hablar con ella cuando nos vayamos a meter en la cama. Seguro que ahora estará en la ventana, fumándose un cigarro, si es que no encontró las drogas que trajo. Vigíla. Yo voy a llamar a mamá. Esta vez sí que se ha metido en un buen lío. —Y dicho esto, se dirigió al despacho para llamar a su madre.

Liam subió corriendo los dos pisos que le separaban de su... ¿Chica? No sabía cómo definir aquella relación, dado que era la mujer de su hermano, su cuñada, pero todos sabían que aquella no era un noviazgo al uso. Entró en el cuarto y miró por toda la estancia. Alexandra estaba mirando por la ventana y contemplando el paisaje que había desde su cuarto. La noche era fresca, pero estaba despejada y podía ver las estrellas brillar en el cielo. Fumaba un cigarrillo, tal y como su hermano había dicho. Sonrió de lado contento porque la empezaban a conocer bien y eso le gustaba.

La rubia lo escuchó, así que se giró para mirarle para después negar y darle la espalda. Vale. Estaba cabreada, aunque sabía que ni Liam ni Luc tenían la culpa de aquello. Era su suegra la que actuaba y le daban igual los sentimientos y las opiniones de los demás. Liam la abrazó por detrás, dejando que ella apoyase su espalda en su pecho, soltando todo el aire que había cogido en sus pulmones.

—No merece la pena que te pongas así. Luc y yo ya estamos acostumbrados a mi madre y tú tienes que hacerlo. Ella es así, es como una cría, no para hasta que consigue lo que quiere. —Alexandra negó—. Luc la está

llamando ahora.

—Liam, no puedo vivir así. No puede hacer eso, sabiendo que a mí no me gusta la idea. No puede hacer y deshacer cosas a su antojo sin tener en cuenta a los demás. Seré sincera en la fiesta, no quiero vivir más en una mentira. —Se sinceró sin mirarle—. Y te lo cuento a ti porque sé que puedo decírtelo. A Luc no me atrevo a contarle estas cosas. Es demasiado dominante como para hacerlo. Empezaría a darme órdenes, a gritarme... Me gusta que lo haga en la cama, pero no en la vida real.

Luc había acabado de hablar con su madre, echándole la bronca del siglo, así que subió al cuarto para ver cómo iban las cosas. Lo que no se esperaba era escuchar a Alexandra hablar así de él y luego ver cómo besaba a su hermano con dulzura y cariño. <<¿Es que acaso me ve como un monstruo? ¿Esa es la imagen que tiene de mí?>> No le gustaba que estuviese tan cerca de su hermano y mucho menos que no confiase en él. Respiró hondo, calmándose y después se aclaró la garganta, viendo cómo los tortolitos se separaban.

Alexandra lo observó acercarse a ellos, con un semblante más serio de lo normal y que no le gustó para nada. Algo había ido mal, eso seguro. Luc la separó de su hermano, pegándola a él y dándole un beso apasionado, que la dejó descolocada. Cerró los ojos, acariciando su mejilla y dejándose llevar. Liam los miró curioso, sin saber qué estaba pasando. <<¿Qué demonios le pasa a este?>>.

—No me gusta que beses a mi hermano y no me beses a mí, preciosa. Cada beso que le des a Liam, te lo cobraré con intereses, ¿entendido? —La rubia parpadeó en estado de *shock*, sin poder reaccionar, pero aun así, asintió—. He hablado con mamá. La fiesta sigue en pie. Liam, te está buscando pareja y tiene varias candidatas para ti. —La joven lo miró asustada—. Son varias estiradas, ya me ha dicho los nombres.

—Estarás de coña, ¿no? —preguntó serio.

—No. Te las presentará el viernes en la fiesta. Quiere que vayamos de traje. La recepción es de etiqueta. —Escuchó bufar a su mujer—. Cielo, irás como quieras. Es nuestra fiesta y le voy a dar en las narices a mamá. Iré en ropa de calle.

—¡Uuuuh! Eso cabrearé a vuestra madre. —Sonrió traviesa—. ¡Cómo me gusta la idea! ¡Veré a ver qué me pongo! —Los gemelos soltaron una carcajada. Se lo pasaban de miedo con ella—. ¡Ah! Y Liam... —Se acercó a él, seria, pero a la vez seductora—. Cuidadito con lo que haces con esas lagartas, porque

esto... —Le agarró el paquete con fuerza— es mío. —Liam la miró sorprendido y a la vez escuchó a su marido, así que le hizo lo mismo—. Va por los dos. Son mías. Y en eso soy muy posesiva. —Se apartó sonriendo, caminando hacia el vestidor. Luc y Liam se miraron complacidos por la reacción de la joven. La cosa marchaba mejor de lo que habían pensado.

—¿Y quiénes son esas lagartas que vuestra madre le quiere presentar a Liam? —le preguntó a su marido, acurrucada entre ellos, tras haber tenido una sesión de sexo caliente y excitante—. Me gustaría estar avisada.

—Ya. Son unas crías consentidas por los padres. No han trabajado en la vida y solo piensan en casarse con unos jóvenes ricos. Una es Elisabeth Müller, heredera de unos centros comerciales esparcidos por toda Alemania. —Comenzó Luc—. Es fea como ella sola la pobre, pero es rica y poderosa, así que todos los solteros de nuestros círculos empresariales quieren cazarla como sea.

—No sé en lo que piensa mamá al querer juntarme con ella. Solo de pensarlo, me dan escalofríos... —Se removió en la cama, pegándose más a Alex, haciéndola reír por la reacción.

—Luego está Alana Schmidt, abogada de renombre en la empresa de su padre, una empresa de piezas para nuestras máquinas petrolíferas. A papá es la unión que más le entusiasma, dado que podría sacar un buen trato y un buen pellizco de eso.

—Esa sí que está buena. —Alexandra gruñó, empezando a sentir celos—. Pero es una estirada y borde. Y dicen que es lesbiana. —explicó Liam calmando a la rubia.

—Vaya chasco para el padre, ¿no? —Luc sonrió de lado ante el comentario de su mujer—. Mejor para mí.

—Y la última es Joanna Schiffer. —Alexandra abrió los ojos, sorprendida al reconocer el nombre de aquella mujer—. Sí, la modelo. Es hija de uno de los accionistas de la petrolera.

—¡Esa sí que está buena! Hasta me la tiraba yo. Joder —exclamó Alexandra sentándose en la cama—. Es la típica alemana buenorra. —Suspiró—. Liam, si tienes que casarte, cosa que no harás por tu bien... —Advirtió haciéndoles reír—. escogerás a la fea, ¿cómo se llamaba...? ¿Bella? ¿Isabella?

—Elisabeth. —respondieron los dos al mismo tiempo.

—Pues eso. Con la fea. Así podrás seguir viniendo a mí y a Luc. —Liam la agarró, besándola con ganas mientras acariciaba su mejilla. Cuando se separaron, la miró muy serio a los ojos

—Yo siempre vendré a ti y a mi hermano. Esto me gusta demasiado como para dejarlo —susurró contra sus labios—. No me casaré con nadie a quien yo no quiera. Eso no funciona así. ¿Entendido? —Alexandra asintió como hipnotizada por sus ojos marrones—. Bien. Ahora descansemos, creo que nos lo merecemos.

Luc la pegó a su cuerpo mientras Liam los tapaba y luego apoyaba la cabeza sobre el pecho de Alexandra. Ésta sonrió, entrelazando sus dedos con los de Luc y con la otra mano libre, acarició el pelo de Liam hasta que los tres se quedaron profundamente dormidos. Sí... Las cosas iban viento en popa y no iban a dejar que nada ni nadie los estorbases.

Capítulo 10

Sabine estaba muy ajetreada y ocupada debido a los últimos retoques de la fiesta de presentación de su nuera en su gran mansión. Mandaba y ordenaba todo lo que le parecía a sus empleados, mesas, comida, decoración... Todo lo habido y por haber. Michael la miraba entretenido, aunque estresado, ya que ver a su mujer dando vueltas por toda la casa y gritando no le hacía mucha gracia.

Liam, Luc y Alexandra habían ido a controlar lo que se estaba haciendo, sin embargo, su opinión no contaba para nada y, aunque viesan algo que no les gustase, no se cambiaría. Eso ponía de muy mal humor a la rubia, que la miraba con mala cara cada vez que pasaba por el salón en donde estaban tomando un café. <<Esta *no sabe con quién está jugando*>>.

—Hijo, tu mujer es muy expresiva, ¿sabías? —Luc miró a Alex, la cual estaba observando a su suegro ya que la había mencionado.

—Claro que lo sé. Además de eso, tiene una lengua que a veces da ganas de cortarla por viperina. —La miró divertido, junto con Liam, que soltó una carcajada.

—No te pases, querido, porque quizás te corto yo algo que no es la lengua cuando llegemos a casa. —Luc la besó despacio y le mordió el labio inferior, ya que ella no le siguió el beso—. Así no arreglarás las cosas... —susurró contra sus labios.

—Creo que voy a seguir intentándolo... —Iba a volver a besarla, cuando una de las empleadas entró como un huracán en la salita. Todos la miraron preocupados, pues traía muy mala cara—. ¿Qué pasa, Katalina?

—Deben venir a ver esto en las noticias. Es importante y muy grave. La afecta a usted, señorita. —Alexandra la miró sorprendida, levantándose y saliendo tras ella hasta el salón. Lo que vio la dejó paralizada. Se hizo el silencio en la estancia después de que todos leyesen el titular de la noticia.

—Dios santo... —susurró la muchacha acercándose a la televisión. Solo se veía un avión envuelto en una gran humareda y llamas. Los bomberos intentaban sofocar el incendio para que no explotase nada—. ¡Qué alguien suba el volumen! —Liam lo hizo sin dudar. Todos querían saber qué había pasado

para que un avión comercial de pasajeros con destino a Hamburgo se hubiese estrellado al poco de salir de Madrid.

—Pocos detalles hay sobre el accidente que ha causado la muerte de casi 200 personas. Se sabe que no hay supervivientes y la lista de pasajeros será publicada en unas horas. Lo que sí hemos confirmado es que en el avión viajaba el empresario alemán, afincado ya desde hacía muchos años en Madrid, Christian Leichmann. —Alexandra dio un paso hacia atrás, trastabillándose y casi cayendo al suelo, pero gracias a Liam eso no sucedió—. También sabemos que hay un puesto de información en el O2 Arena de Hamburgo y el Palacio de Deportes de la Comunidad de Madrid. Seguiremos informando sobre el fatal accidente.

—Ne... necesito salir de aquí... —Alexandra salió corriendo de la sala, con ganas de vomitar y sintiendo que el aire no le llegaba a los pulmones. Nada más llegar al jardín, expulsó todo lo que tenía en el estómago tras unos arbustos. Jadeó del esfuerzo para después apoyarse en una de las columnas que el porche tenía, ya que estaba muy mareada por la impresión. Su padre había muerto y seguro que Nana también, dado que viajaban juntos para asistir a la recepción. Se dejó caer en el suelo de rodillas, comenzando a llorar desconsolada.

—¡Alex! —Liam corrió hacia ella, seguido de Luc. Ambos se arrodillaron a su lado, arropándola y dándole el cariño que necesitaba—. Shh... Todo estará bien. Tranquila.

—Nana... Nana iba en ese avión, Liam. ¡NANA IBA EN ESE AVIÓN! —gritó desesperada. Luc la agarró, pegándola a él, inmovilizándola, dejando que llorase y se tranquilizase—. Nana... —Gimió contra el pecho de su marido.

—Iremos a preguntar al O2 Arena, ¿vale? Iremos Liam y yo, tú quédate aquí, no queremos dejarte sola. —Alexandra negó con efusividad—. ¿Cómo que no?

—Iré a nuestra casa, Luc. No quiero quedarme aquí con vuestra madre haciendo preguntas que no vienen al caso. Por favor. Mejor iremos los tres. Necesito ir y enterarme. —Los gemelos se miraron entre ellos no muy convencidos, pero terminaron asintiendo, porque era mejor idea que dejarla en la casa y que se armase una buena. Justo en el momento en la que la levantaban del suelo, Sabine apareció sofocada mientras abría los brazos con cara de preocupación.

—¡Oh, querida! Me acabo de enterar. Michael me lo acaba de decir. Siento mucho lo de tu padre. —La abrazó con fuerza—. ¿Cómo estás? —Alexandra la

miró de manera sospechosa. No le gustaba el repentino interés en saber cómo estaba—. Espero que estés mejor para mañana, la fiesta no la podemos cancelar, todo está listo y... —La rubia le dio un bofetón fuerte, dejando a todos en *shock*. Luc la agarró sorprendido y con miedo de que le diese otra cachetada. Sabine la miró con furia con una mano en la mejilla—. ¿Pero qué mierdas te pasa, niñata?

—¿Cómo se te ocurre preguntarme si voy a estar mejor para mañana? ¡Mi Nana acaba de morir! —le gritó ella, aún sujeta por Luc—. No sé cómo tus hijos han salido así de buenos y comprensivos teniendo una madre como tú. No cuentes conmigo para tu estúpida fiesta mañana. Haz lo que te salga de los cojones, que es lo que siempre haces, pero yo, tu gran estrella principal en todo este teatro, no va a venir porque tengo cosas que hacer y unos entierros que organizar. —Se soltó de los brazos de Luc, saliendo hacia el coche. No podía aguantar estar más en esa casa.

—Luc, deberías controlar bien a tu mujer. Es una salvaje —escupió Sabine a sus hijos.

—En este caso te lo merecías, madre. ¿A quién se le ocurre soltar eso cuando se acaba de enterar de que su padre y su Nana acaban de morir? —Negó Luc—. Me voy con mi mujer, que en este momento me necesita. —Se fue de allí serio, sin despedirse de nadie. Liam negó, mirando a su madre, aún sorprendido por el comportamiento de ésta, para después abandonar también la casa.

Al meterse en el coche, Alexandra estaba mirando el móvil. No sabía si llamar a su casa o dejarlo correr, pero debía saber que todo allí estaba bien. Tomó la decisión de llamar, así que buscó el número fijo de la mansión y dio a la tecla de llamada. Luc y Liam condujeron en silencio al verla tan nerviosa, mordiéndose las uñas, mientras esperaba a que le cogieran.

—Residencia de los Leichmann, habla Carolina. ¿En qué puedo ayudarle?

—Carolina, soy Alexandra —respondió ansiosa.

—¡Oh, señorita! ¿Se ha enterado? Todo es un caos en la casa. No sabemos qué hacer —dijo la joven Carolina desesperada.

—¿No hay nadie al mando ahora? Viajaré en cuanto pueda para ahí, ¿vale? No os preocupéis. ¿Puedes decirme quién viajaba con mi padre? Dime que Nana no iba con él. —Suplicó al cielo.

—No, Rose está aquí, en casa. Cogió una gripe muy fuerte y hoy estaba con mucha fiebre. El señor dijo que podía ir más tarde en otro avión a verla,

cuando se pusiese bien. —Alexandra dejó salir el aire de sus pulmones como también sus lágrimas de nervios, felicidad y tranquilidad—. ¿Se encuentra usted bien?

—Sí, Carolina. Gracias. Di por ahí que viajaré cuando me sea posible hasta Madrid. Os avisaré con los detalles para que nos recojáis. No dejes que cunda el pánico. y cuida de Nana, por favor...

—Sí, señorita. Estese tranquila que lo haré. —Obedeció la joven.

—Muchas gracias por todo. Hablamos. —Colgó sollozando, aliviada de saber que su Nana estaba viva. Su padre en ese momento le daba igual. Había sido cruel, despiadado con ella durante muchos años y, aunque había imaginado que cuando su padre muriese estuviese más afectada, no era así. Estaba segura de que no lo echaría de menos.

—¿Nena? —preguntó Luc mientras la miraba por el espejo retrovisor—. ¿Qué te han dicho?

—Nana está en casa. Está bien, con gripe, por eso no cogió el vuelo. Se quedó y está viva... Pero tengo que ir a mi casa, a Madrid. No me puedo quedar aquí. Vámonos, hoy mismo, por favor. —Suplicó sin poder dejar de llorar. Liam asintió preocupado, cogiendo su móvil y llamando al aeropuerto para que preparasen el *jet* de su padre.

En dos horas estaban ya en el aeropuerto, subiendo en el avión privado de Michael Schröder, con todo listo para ponerse en marcha. Alexandra estaba mucho más tranquila, aunque pensativa. No había dicho mucho durante el rato que viajaron en el coche ni cuando hicieron las maletas y eso preocupaba sobremanera a los herederos de los Schröder.

La joven sabía lo que se le venía encima. La empresa, la casa, todas las acciones y negocios de su padre y no tenía ni idea de cómo enfrentarse a ello. Ella no estaba hecha para ese tipo de relaciones empresariales por mucho que su padre hubiese querido. No tenía ni idea de lo que le gustaba, no tenían ninguna vocación.

Ya era de noche en la ciudad alemana, así que llegarían a Madrid y no verían el sol ese día. Se sentó apartada de los jóvenes, los cuales la miraban inquietos, ya que ese distanciamiento podría tirar todo lo que había hecho en esas semanas por la borda. La muchacha pidió una manta para taparse y poder

dormir durante el viaje. Estaba exhausta y necesitaba descansar un poco para poder enfrentarse a todo lo que le esperaba en tierras españolas.

Aunque le costó conciliar el sueño, se quedó dormida sobre aquel incómodo sofá. En cuanto estuvieron a la altura necesaria para quitarse los cinturones de seguridad, Luc se levantó, acercándose a ella y tapándola con cariño. Sabía que lo estaba pasando mal, a pesar de que su Nana estuviese bien. Era consciente de que ella presentía lo que le iba a pasar ahora que su padre había muerto y eso le preocupó, dado que podría recaer en las drogas y el alcohol. Acarició su pelo con dulzura, sin despertarla. Era lo último que quería.

—¿Qué pasará ahora, Luc...? —Liam los miró atento. Luc solo pudo suspirar y volver a su asiento, al lado de su hermano, pero sin quitar la vista de encima a su mujer.

—Tú lo sabes bien. La empresa será de ella ahora, si es que su padre no la desheredó, cosa que dudo. Tendrá que hacerse cargo de todo, y tú y yo sabemos que eso será un gran inconveniente. No está lista, no quiere hacerlo, podrá volver a las drogas. No me gusta ni un pelo cómo se está poniendo esto. —Le respondió a su hermano muy serio.

En dos horas ya estaban en el aeropuerto madrileño. Alexandra no se había despertado, así que Liam la cogió en brazos sin destaparla para bajarla del avión y meterla en el coche que ya les esperaba. Luc se sentó delante y Liam, con Alex sobre sus piernas y acurrucada, en la parte de atrás.

Tardaron algo más de media hora en cruzar los portones de la entrada de la mansión Leichmann y comprobaron que había muchos periodistas esperando a las puertas. Gracias a la seguridad privada, pudieron entrar en el recinto y, tras aparcar justo delante de la casa, vieron que Rose salía corriendo para encontrarse con ellos.

Liam le pasó el cuerpo de la joven a su hermano, pues debía salir del coche y con ella le era algo complicado. Alexandra abrió algo los ojos, acurrucándose contra el cuerpo de su marido, pero en cuanto escuchó los gritos de una voz conocida, despertó de golpe y salió de su letargo.

—¡Alex! ¡Mi niña! —La rubia hizo que Luc la dejase en el suelo, abriendo los brazos para recibir a su Nana—. ¡Oh, mi vida!

—Nana... Nana... Estás aquí... —Lloró dejando salir la preocupación y los nervios que había sentido durante todo ese día. Nana la arropó y arrulló contra ella, calmándola, acariciándole el pelo.

—Shh... Tranquila, mi preciosa. Ya estás aquí... Estás en casa, conmigo.

Todo estará bien —susurró contra su oído—. Vamos a entrar en casa, es tarde y hace frío. Además, me puedo poner peor de la gripe. —Todos asintieron de acuerdo, así que entraron en silencio unos detrás de otros—. Os he preparado el cuarto, Luc. Liam, tú tienes el cuarto contigo.

—Esto... Claro. Muchas gracias, Nana. —Liam miró a su hermano desilusionado. Era normal que ella solo hubiese preparado el cuarto de Alexandra para ella y Luc, al fin y al cabo, él era el marido y la cabeza visible de la relación. Resopló subiendo hacia la habitación, ya que tenía ganas de darse una ducha y de colocar las cosas.

En cuanto a Alex, Luc tuvo que llevarla a rastras a descansar, dado que no quería separarse de su Nana, sin embargo, ella estaba muy cansada, se le notaba en los ojos y en la manera de moverse, así que el moreno terminó por cogerla en brazos y subirla a su cuarto para después tumbarla en la cama.

—Quiero que Liam duerma aquí también. —Pidió ella ya medio dormida.

—Será mejor que no, cielo. Nadie sabe de nuestra peculiar relación. —Besó su frente con dulzura—. Además, la cama no es muy grande que digamos. No es como la nuestra y los tres no cabemos. Hoy dormiremos tú y yo solos, ¿vale? —La muchacha asintió con los ojos cerrados—. Descansa... Mañana nos espera un día muy duro.

Luc se despertó a la mañana siguiente con los rayos del sol que entraban por las puertas de la terraza. Se giró para abrazar a su mujer, pero se llevó una sorpresa cuando descubrió que no estaba allí con él. Gruñó enfadado, levantándose y saliendo a buscarla. Escuchó atento desde lo alto de las escaleras para ver si la escuchaba hablar con Rose o cualquier otro empleado de la casa, pero no fue así. Por lo tanto, decidió ir hasta el cuarto de su hermano, en un intento de averiguar dónde diablos se había metido su mujer.

Y esa respuesta no tardó en llegar. En cuanto abrió la puerta de la habitación, se encontró a su mujer metida en la cama de su hermano, acurrucada y dormida entre sus brazos. Soltó un gruñido aún más fuerte si cabía, despertando a Liam, que lo miró sorprendido al verle allí.

—¿Qué hace mi mujer en tu cama, Liam? —preguntó serio.

—Vino de madrugada a dormir conmigo. No la he tocado. No es el momento adecuado para hacerlo —le respondió sin dejar de mirarle—.

Además, también es mi mujer, ¿o es que no te acuerdas?

—Me importa muy poco. Ella es mía ante toda la gente. Ella debe estar conmigo.

—No fue cosa mía. Ella decidió venir a mi cama. ¿Acaso estás celoso? —le preguntó aun sabiendo la respuesta.

—Uhm... ¿Qué pasa? —Los miró, quedándose tensa al descubrir a Luc allí parado—. Luc, yo...

—¡Luc, mierdas! —gritó enfadado—. ¿Por qué me haces esto, eh? ¿Quieres que piensen que soy un puto cornudo, Alex? —Ella se incorporó ante los gritos desesperados de su marido, al que le carcomían los celos, ya que se estaba dando cuenta de que su mujer, a pesar de haberse casado con él a la fuerza, prefería a su hermano.

—No te pongas así, por favor... —suplicó la rubia, mirándole arrepentida—. Es lo último que necesito ahora... No quiero alterarme más. Solo quería estar un poco con los dos. Estuve contigo hasta la madrugada y luego me vine para estar con Liam... No te enfades conmigo... Por favor...

—Luc la miró, viéndola por primera vez vulnerable, como una niña pequeña que sabía que había hecho mal, así que respiró hondo, tratando de calmarse.

—Vestíos. Desayunaremos juntos y veremos qué pasa con los restos de tu padre. Hay mucho que organizar y decidir. —Ordenó Luc mientras salía por la puerta.

—Hagámosle caso, cielo... — le dijo Liam con dulzura—. No ha pasado nada, ¿vale? Solo está un poco celoso, aunque no lo quiera reconocer. Es un poco...acaparador. —La muchacha asintió, aún preocupada, así que hizo lo que su marido le había mandado sin rechistar.

Tras una larga ducha, se vistió con un pantalón y una camiseta negra, que era de lo poco que había metido en la maleta en el poco tiempo que tuvieron para hacerla. Se sentó a la mesa entre los dos hermanos Schröder. Nadie había querido ocupar la silla de la cabecera de la mesa en la que habitualmente se sentaba su padre.

Desayunaron en silencio. Luc aún estaba tenso y molesto por la situación vivida hacía un rato. Su mujer prefería a su hermano antes que a él. Él mismo la había escuchado hablar con Liam y había dicho que temía sus reacciones y su carácter. Por eso mismo hablaba y se desahogaba con Liam y no con él. Ella confiaba mucho más en su hermano que en su marido, cosa que le molestaba mucho, a pesar de que era consciente de que esa relación era de tres.

—Debo ocupar el despacho de tu padre, Alex. —La rubia miró a Luc sin saber por qué necesitaba hacer eso—. Debo hacer trámites, dado que la muerte de tu padre cambia muchas cosas. Tengo que saber qué protocolo seguir con la empresa, hablar con su abogado...

—Claro. Lo que necesites. La secretaria de mi padre se llama Zafrine. Es alemana también, así que podrás hablar con ella tranquilo. No te defiendes mucho en español...

—Muy bien... —Se levantó al acabar el café de su taza, saliendo de allí sin decir ni una sola palabra más. Alexandra suspiró, sabiendo que había metido la pata hasta el fondo.

—Se le pasará, cariño —dijo Liam mientras la cogía de la mano—. Tú tranquila y come algo más que apenas has probado bocado...

Alexandra tomó un café con leche y ni la mitad de una tostada. No tenía apetito. Cuando acabaron, decidió ir hasta el despacho de su padre. Necesitaba hablar con Luc para quedarse tranquila. Se sentía fatal y culpable por haberlo puesto así, pero lo había hecho sin pensar.

Llamó a la puerta y entró sin esperar a que le dijese nada. Lo vio concentrado en unos papeles que tenía sobre la mesa, pero en cuanto levantó la cabeza, dejó todo de lado y la observó atento. Alexandra solo se acercó a él y lo besó con dulzura. En esos momentos necesitaba amor, comprensión y ternura. Luc la sentó sobre él, mientras acariciaba su mejilla con dulzura. Estaba arrepentido de haber actuado de esa manera, pero los celos le carcomían por dentro, había sido un acto reflejo.

—Siento haberme ido por la noche con Liam... —susurró contra sus labios cuando se separaron.

—Siento haberme puesto de esa manera. No lo pensé y no necesito broncas ahora mismo, pequeña.

—¿Todo bien entonces? —preguntó ella con una pequeña sonrisa dibujada en sus labios.

—Todo bien. ¿Tú estás bien?

—Agobiada y desconcertada. Saber que Nana está bien me ha calmado un poco pero no sé qué vamos a hacer con el tema de mi padre y la empresa. Yo no estoy hecha para llevarla. No sé nada sobre negocios, Luc.

—Eso con calma. Ya lo iremos viendo. Liam y yo te ayudaremos en lo que podamos. Lo fundamental es que estés tú bien y tranquila, ¿vale? —Alexandra asintió—. Bien. Ve a descansar y luego nos vemos, ¿de acuerdo?

—Está bien. No trabajes demasiado. Se supone que estás de luna de miel...

Para cuando dio la hora de cenar, Luc ya había arreglado y solucionado todo. Unos hombres habían venido a tomarle una muestra de ADN a Alex para compararla con los restos que habían encontrado entre el avión siniestrado. También había hablado con el abogado de Christian y el notario que llevaba su testamento, ya que, sin la lectura de éste, no podrían organizar nada de la empresa. Por último, había salido a hablar en representación de la familia Leichmann con los medios de comunicación que estaban afincados en los portones de entrada de la mansión para explicar la situación que estaban viviendo en esos momentos. Solo pedían tranquilidad y respeto a la familia.

Alexandra lo había visto todo por la televisión, ya que habían conectado en directo. Se mostraba tan serio, tan profesional, que se sorprendía de que aun estando de esa manera, le gustase. En esas semanas había empezado a desmontar sus defensas, a abrirse cada vez un poco más. Le habían preguntado una y mil veces por su madre y lo que había pasado, pero eso era demasiado para contarles. No podía. No podía decirles por qué su padre la había odiado así desde la muerte de su madre. Era demasiado para ella.

—He hablado con los científicos que te han venido a tomar la muestra —comenzó Luc diciendo en cuanto entró por la puerta tras haber hablado con los periodistas—. Le darán prioridad 1 a tus resultados. Saben que nos urge. —Alex asintió mirándole—. Cuando los tengamos, el notario vendrá ese mismo día y leerá el testamento. A partir de ahí, podremos organizarnos bien y solucionar todo lo de Leichmann Oil. Pero debes ser consciente de que seguramente serás la heredera universal de todos los bienes.

—Joder... —Negó agobiada.

—Luc y yo te ayudaremos, cielo, tranquila.—Liam la abrazó para tranquilizarla, cosa que hizo que Luc pusiera mala cara sin poder evitarlo, y, aunque lo supo disimular muy bien, Liam se percató de ello. Conocía demasiado bien a su hermano.

—Voy a cenar, ducharme y meterme en cama. Estoy agotado de tantas llamadas, papeleo y demás cosas empresariales. ¿Podéis pedir que me suban la cena a la habitación, por favor?

—Claro Luc. Yo se lo digo a Nana. Sube tranquilo. —El mayor de los gemelos subió las escaleras frotándose las sienes.

—Cariño, por qué no cenas con él arriba. Yo cenaré algo rápido y también me meteré en cama. Todos estamos cansados de una manera u otra. Mañana será un día largo.

—¿No te importa? —Liam negó sonriéndole con ternura—. Vale. Pues avisaré a Nana y subiré. Gracias Liam.

—No hay de qué. Ya me lo agradecerás, pequeña.

La joven se acercó hasta la cocina, donde Rose estaba preparando la lista de la compra para toda la semana. La vida seguía en la casa de los Leichmann a pesar de la desgracia. Rose miró a su niña con preocupación, pero ella le sonrió para que se tranquilizase.

—¿Puedes prepararnos algo a Luc y a mí? Quiero llevarle la cena a la habitación. Se ha pasado toda la tarde encerrado en el despacho y está agotado.

—¡Claro, mi niña! ¿Os hago una pizza rápida? Está en el congelador y seguro que lo agradecerá.

—Estaría genial, Nana. —Rose se puso manos a la obra y Alex preparó una pequeña bandeja con dos platos, vasos y cubiertos. Cuando estuvo lista, dispuso todo bien colocado y subió con mucho cuidado por las escaleras. Llamó a la puerta como pudo y Luc le abrió la puerta en pantalón de pijama y con el pelo mojado cayendo por sus hombros. La miró sorprendido de verla allí con la cena—. He pensado que podíamos cenar juntos hoy. A modo de gracias por todo lo que has hecho hoy.

—Sí, claro. Pon la bandeja en la cama mientras me pongo una camiseta. —Alex asintió e hizo lo que Luc le había indicado. Cenaron en silencio, pero no un silencio incómodo. Solo disfrutaron de la compañía uno del otro. Cada uno pensando en sus cosas.

Alexandra se puso a cavilar sobre el futuro que le esperaba, en la familia que ahora tenía: Luc y Liam, en salir adelante. Luc por su lado le daba vueltas a la situación con ella. Él nunca se había puesto así por una mujer. Normalmente las tenía para jugar con ellas, sentir placer y, cuando se cansaba, dejarlas a un lado. Con Alex sabía desde el principio que no iba a ser así, pero también se había puesto una meta y era no involucrarse demasiado con ella, solo atender a la empresa, conseguir beneficios y, una vez que todo estuviese al gusto de su padre, dejarla.

—¿Por qué no te duchas mientras llevo esto a la cocina? —dijo cuando acabaron de cenar—. Tú lo traes y yo lo llevo. Trabajo en equipo.

—Sí... me parece bien. Ducha y cama. —El moreno cogió las cosas y

salió del cuarto, dejando a Alex a su aire. El problema fue cuando subió y volvió a entrar en la habitación. Escuchó el sonido del agua de la ducha y eso era una tentación pura y dura. Respiró hondo, decidiendo desnudarse para ir con ella, a pesar de que ya se había duchado antes y de que sabía que no era el momento de hacer nada con ella. Aun así, entró en el baño desnudo, contemplando el cuerpo desnudo de su mujer, que le estaba dando la espalda.

—Ey... —La joven giró su cabeza y descubrió a un Luc desnudo, que asomaba la cabeza por la entrada de la ducha—. ¿Puedo entrar? Prometo no meterte mano. Sé que no es el momento adecuado.

—Ven... —Le tendió la mano a su marido, sonriendo de lado. Luc se la cogió para después entrar y cerrar la puerta tras él—. ¿Estás menos enfadado? Ya sé que habíamos dicho que estábamos bien, pero quiero cerciorarme

—No estoy enfadado. Solo me pareció algo mal que te fueses con él en mitad de la noche... Ya te lo dije. Además, es injusto que me cambies por mi hermano. Soy tu marido y el mayor... —protestó poniendo morros. Ella soltó una leve risita, divertida al ver al moreno celoso.

—Estás celoso... —susurró mientras lo abrazaba y acariciaba su espalda.

—No. No lo estoy. Pero no me gusta que no quieras contarme ciertas cosas y que te vayas por ahí con mi hermano. —Alexandra levantó la mirada para mirarle a los ojos, confundida por lo que acababa de decir—. Te escuché hablar con Liam. Sé que no confías en mí, que tienes miedo de cómo reaccione, Alex. Lo que hago y lo que digo lo hago solo por tu bien. Quiero que hables conmigo, que me digas qué te preocupa... Estoy aquí para ti. Somos amigos, compañeros. Liam y yo lo somos. Por favor...

Ella no contestó. Solo se pegó a él y lo besó despacio, transmitiéndole todo lo que sentía en ese momento. Agradecimiento, tranquilidad, paz... todo bueno, nada malo. Sonrió sin separar sus labios, para después rozar sus narices, aún con los ojos cerrados. Solo se escuchaba el sonido del agua caer y sus respiraciones algo aceleradas.

—Está bien... Sois mi familia ahora. Sois mis amigos. Poco a poco me voy dando cuenta de que lo que tenía era una mentira. La gente con la que salía no me ha llamado, se han desentendido de mí. Aunque lo que realmente me asusta y me preocupa es que no me afecte la muerte de mi padre, Luc. No sé si es que soy una insensible que ya no siente ni padece o que esto sea normal porque mi padre nunca se encargó de mí cuando mi madre murió y me odiaba de tal manera que me usaba a su antojo. Yo ya no sé qué pensar... —le explicó angustiada.

—No es malo. Tú misma lo has dicho. Te odiaba, te trababa mal y se desentendió de ti. Erais como dos extraños en la misma casa. Tú sientes y padeces, solo hay que verte con nosotros. No te preocupes por eso, pequeña mía. Todo estará bien, ¿entendido? —Luc la besó con dulzura a la vez que ella asentía sin separar sus labios—. Ahora, sequémonos y vayámonos a la cama. Tienes cara de cansada, cielo.

Alexandra asintió, terminándose de duchar. Cuando salió, se vistió con su pijama de manga corta, dado que ahora estaba acostumbrada entre dos cuerpos calientes y a veces se moría de calor, y caminó hasta la cama, donde se dejó caer agotada. Luc la siguió, pero una vez que estuvo tapado, acurrucó a su mujer contra él, dándole cariño y apoyo.

Capítulo 11

Tras varios días de investigaciones para saber las causas del accidente de avión en el que había muerto Christian Leichmann y arreglado todo el papeleo en cuanto se identificaron los restos del empresario, se organizó la lectura del testamento en una de las salas de reuniones de la empresa petrolera en su sede en Madrid.

Luc y Liam se pusieron los trajes que habían llevado, dado que después tendrían que dar una rueda de prensa para aclarar la situación en la que quedaba la familia y Alexandra. La joven estaba nerviosa, pues no sabía lo que había hecho su padre, ya que apenas se hablaban y ella no tenía ningún interés en sus negocios. Alexandra decidió ponerse un traje de falda y chaqueta negro con una camisa blanca.

Entraron los tres juntos, en silencio y escuchando solo el repiqueteo de los tacones de la rubia. En la sala ya estaba el abogado de su padre con el notario, los accionistas mayoritarios de las empresas asociadas y, sin saber por qué, Michael Schröder. Alexandra miró de reojo a sus chicos, que pusieron cara de no entender qué hacía su padre allí.

—Señorita Leichmann, el asiento de su padre es suyo. Siéntese, por favor. —Le pidió el abogado. Ella asintió, apartando la silla para después sentarse en ella. Luc y Liam se situaron detrás ella, de pie, apoyándola en todo lo que ella necesitaba—. En primer lugar, quiero darle mi más sentido pésame, señorita. Y, ahora que estamos todos, podemos empezar con la lectura del testamento.

—Claro. —El notario abrió una carpeta, sacando un sobre sellado, en el que estaba el testamento—. Tengo que decir que el señor Leichmann cambió el testamento justo antes de que usted se casara con el señor Schröder, señorita Leichmann. Me pareció de lo más normal, pero tampoco pregunté las razones.

—Empecemos con la lectura, por favor. Quiero acabar con esto de una vez... —Rogó Alexandra. Todos asintieron conformes, así que el notario abrió el sobre y sacó los documentos para comenzar a leerlo.

—Como usted desee, señorita. El texto reza de esta manera: *Yo, Christian Leichmann, dueño de la empresa petrolera Leichmann Oil, lego la totalidad*

de la empresa a mi hija, Alexandra Leichmann, que será ayudada por su marido, Luc Schröder. Aun así, los accionistas mayoritarios seguirán teniendo una parte de acciones (la que ya tienen en estos momentos). Luc y Liam deberán negociar con mi hija las acciones que quieran tener para participar en la dirección de mi empresa. Sin embargo, mi hija está obligada a tener el 50% o más de estas acciones. Si renuncia a ellas, perderá todo el capital del que la familia dispone, al igual que la casa en la que hemos vivido todos estos años. —Se hizo el silencio en cuanto el notario cerró la carpeta. Liam y Luc miraban atentos a Alexandra, la cual estaba en *shock*. Ella sabía que tendría que hacerse cargo de muchas cosas, pero nunca se hubiese imaginado que su padre, aún muerto, seguiría jodiéndole—. Hay una lista con propiedades y pertenencias, en la que se explica qué hay que hacer con ellas. Haré una copia y se la daré. —La rubia asintió aún callada—. Si no necesitan nada más, yo me retiro.

—Muchas gracias por todo —contestó Luc—. Gracias a todos por venir. Ahora, mi mujer y yo necesitamos hablar a solas. Creo que necesitamos un momento. —Todos los accionistas asintieron, levantándose para después salir de la sala—. Charlie, ¿podrías avisar a los periodistas y decir que la rueda de prensa se retrasa un poco? —El abogado siguió a los hombres que acababan de salir, tras haber asentido ante la petición del mayor de los hermanos, dejando allí a Liam, Luc, Alexandra y a Michael, que estaba callado y sin moverse—. Padre, por favor. Sal de la sala.

—Claro, pero debemos hablar a solas tú y yo, Luc. Es urgente. —Y dicho esto, salió también de la sala, dejando a los gemelos y a la heredera solos. Alexandra estaba quieta, callada y mirando a un punto fijo.

—Princesa... —Comenzó Liam mientras miraba preocupado a su hermano, pues la rubia no reaccionaba—. Cielo, ¿estás bien?

—Ne-necesito salir de aquí. Necesito aire. Esto no puede estar pasándome a mí. No. —Se puso en pie, agobiada a la vez que abrumada por todo lo que estaba sucediendo—. No puedo con esto. No puedo. Me falta el aire y... —Luc la agarró, intentando tranquilizarla, dado que estaba temblando e hiperventilando—. Luc, no puedo...

—¡Eh! ¡Eh! Tranquila no estás sola —susurró contra su pelo—. Respira hondo. Liam y yo te ayudaremos.

—Es verdad, Alex. Vamos a estar contigo. No podríamos dejarte sola en esta situación. —Liam la agarró, pegándole a él para después besarla despacio, transmitiéndole calma. Alex le siguió el beso con dulzura, dejándose

llevar, aunque por dentro estaba nerviosa. Muy nerviosa. Extendió la mano hacia Luc, aún besando a Liam. El moreno se la cogió, notando cómo su mujer se la apretaba y le pegaba a ella.

—Os necesito. A los dos. Por favor —suplicó mirándolos primero a uno y luego al otro—. Por favor... —Alexandra besó a Luc con desesperación.

—Lo sabemos. —La joven asintió—. Ahora debemos dar esa rueda de prensa. Liam, ¿puedes acompañarla? Yo hablaré con papá e iré en cuanto pueda. Habla por ella y si quiere hablar, déjala. No la presiones.

—Claro, Luc. —Pasó un brazo por sus hombros, sacándola de allí para dirigirla a la sala de prensa.

Mientras Alexandra se preparaba para dar la rueda de prensa, Michael Schröder entró en la salita para hablar con un hijo sobre la situación en la que ahora se encontraban. Luc lo miró desconfiado. No le gustaba nada cuando su padre se paseaba como el rey del lugar.

—No se la ve muy contenta con la situación. —Comenzó a hablar Michael sin quitar la mirada de su hijo—. Y parece muy cercana a Liam. ¿No te preocupas por eso?

—Se lleva muy bien con Liam y no hay de qué preocuparse. Todos estamos muy felices tal y como estamos. Y si mi mujer no está contenta es porque no se esperaba esto. Ya sabes que su situación es difícil. —Zanjó Luc serio. Quería terminar con eso ya, pero sabía que su padre aún no había acabado—. Habla. Sé que tienes algo más que decir, padre.

—Quiero que te divorcies de ella. —Soltó de golpe. Luc alzó una ceja sin comprender qué estaba pasando—. ¡No me mires así! Sabes que esto era temporal, hasta que arreglásemos la situación. Ahora Liam y tú tenéis una parte de la empresa, no la necesitamos para nada. Quizá con el tiempo, podremos arrebatársela sin que ella se dé cuenta. No tiene ni idea de llevar una empresa. Aún tenéis que negociar el porcentaje, pero quizá os puede dar la mitad a cada uno de las acciones que quedan.

—Ya veremos, padre. Eso es cosa mía y de mi mujer. De momento no me separaré de ella. Además, Christian no me pidió que me casara con su hija solo por la empresa. Necesita ayuda y, por ahora, me quedo junto a mi mujer. —Le advirtió—. Y ahora, si me disculpas, padre, tengo una rueda de prensa a la que asistir. —Salió de la sala, enfadado por el atrevimiento de su padre y dejándole con la palabra en la boca. ¿Qué demonios le pasaba? Ahora que las cosas iban bien, venía su padre y les jodía los planes.

Entró con disimulo en la rueda de prensa. El abogado estaba

explicando, a petición de los periodistas, la situación en la que quedaba la empresa ahora que Christian había muerto. Se sentó despacio al lado de su mujer, atendiendo a todo lo que se estaba diciendo y preguntando. Alexandra agradeció que su marido le cogiese de la mano, tal y como Liam había hecho con su otra mano. Necesitaba el apoyo de los dos más que nunca y lo estaba teniendo.

—Quería hacerle una pregunta a la señorita Leichmann. —La joven salió de su ensimismamiento al escuchar a aquel periodista que sujetaba una libreta y alzaba la mano con un bolígrafo decir su nombre—. Me gustaría saber si ella se hará cargo de la empresa, tal y como pretendía su padre que hiciera y tal y como ha puesto por escrito en el testamento o si, por el contrario, hará todo lo posible para desligarse de la compañía y así poder seguir con sus fiestas y sus borracheras. —Los dos gemelos lo miraron con mala cara, sin embargo, la muchacha no sabía qué contestar. Tragó saliva mientras se acercaba a los micrófonos. No había pronunciado ni una palabra, pero ahora debía hacerlo.

—Yo... Esto, yo... —Comenzó nerviosa, llamando la atención de todos los de la sala y callando a todos los presentes—. Sé que mi vida no ha sido la ejemplar. Se ha visto en periódicos y revistas, pero... ahora no sé lo que voy a hacer. Esto me ha sobrepasado y necesito tiempo para pensar y comentarlo con mi marido y mi cuñado. Ellos están en el testamento y es decisión mía de lo que deben hacer. Cuando sepa algo y lo tenga claro, os lo comunicaré con gusto, pero de momento, no tengo ni la más remota idea de lo que voy a decidir. —Todos los periodistas anotaron en sus libretas y ordenadores—. Ahora, si nos disculpan, la rueda de prensa se ha acabado. —La rubia se levantó, saliendo de allí de manera apresurada.

Los dos hermanos la siguieron preocupados. Sabían que ella necesitaba tiempo y ahora no la podían dejar sola ni un solo instante, pues aprovecharía para drogarse. Eso lo tenían muy claro. Los sucesos la sobrepasaban y no era nada bueno para una drogadicta en proceso de desintoxicación.

—Me voy a casa, chicos. Estoy agotada. —Cogió sus cosas del despacho de su padre, ya que las había dejado allí cuando había llegado. Los miró, esperando que le dijese algo, pero, como no recibió respuesta alguna, salió de allí sin esperarles, aunque ellos reaccionaron rápido y la siguieron hasta el garaje.

Durante el viaje no dijeron ni una sola palabra. Alexandra miraba por la ventana, pensando en sus asuntos y los gemelos estaban atentos a la carretera,

pero también a su chica. ¿Qué podían hacer ahora? No querían agobiarla con su vigilancia, pero tampoco la podían dejar sola del todo. Eso los podría destrozar. A los tres.

Al llegar a la mansión, Rose ya los estaba recibiendo con los brazos abiertos. Abrazó a su niña, pues ya sabía todo lo que le había pasado porque había visto la rueda de prensa por televisión. La rubia suspiró sin separarse de ella, mientras que los gemelos las miraban preocupados.

—Me voy a meter en cama. Quiero estar sola. —Rose la soltó, dejándola ir. Los hermanos quisieron seguirla, pero la mujer los paró.

—Es mejor que la dejéis un ratito. Iré a verla yo en unos minutos. Iros a relajar al jardín. Haré que os lleven algo para beber. —Liam asintió tirando de Luc, que la miraba no muy convencido. Sin embargo, obedeció por el bien de su mujer.

Caminaron en silencio hacia el porche trasero y, cuando salieron, se sentaron en unas sillas que allí había. Luc estaba meditando si contarle lo que le había sucedido con su padre en aquella sala de la compañía, aunque poco tuvo que rebanarse los sesos, puesto que Liam le preguntó sobre ello.

—Papá quería algo y creo que no era bueno. Suéltalo por esa boquita, hermano. A mí no me puedes esconder nada y siento que estás en una encrucijada. —Liam se recostó en su asiento sin quitar la mirada de encima de su hermano.

—Quiere que me divorcie de Alex una vez que tengamos las acciones. —Soltó sin pensarlo. Era mejor ir con la verdad por delante antes de que se enterase por terceros. También se lo tendría que contar a su preciosa chica, ya que eso los incumbía a todos.

—¿Qué? ¿Pero qué demonios le pasa a nuestro padre? ¡Está loco si cree que te vas a divorciar de ella! —gritó el rubio sorprendido por la osadía de su padre.

—Ya le dije que no lo iba a hacer. Además, Christian quería que yo cuidase de ella y la ayudase a dejar las drogas. No la voy a dejar y se lo he dicho, pero él ha insistido otra vez. —Resopló llevándose una mano al pelo —. Sabes que papá no se rinde tan fácilmente y conseguirá que haya un conflicto entre ella y yo, y, por consiguiente, contigo.

—Tenemos que advertirla, Luc. No podemos dejar que nada ni nadie nos separe ahora que estamos tan bien los tres. —Luc asintió ante las palabras de su hermano, sabiendo que él tenía razón en todo.

Mientras tanto, Alexandra pensaba, ya tumbada en cama, sobre lo que

debía y tenía que hacer. Ahora estaba obligada a estudiar una carrera que no le gustaba para tener que llevar la empresa de su padre, pues no podía renunciar a ella sin perder todas las propiedades y patrimonio. Podría vivir de Luc y Liam, pero no quería ser una mantenida y tampoco podía dejar en la calle o en malas manos a todos los empleados.

Se mordía las uñas, nerviosa. Necesitaba fumar o tomar algo que la relajara. Necesitaba sus drogas, pero las había dejado guardadas en la casa de Hamburgo y ahora debía esperar a llegar allí para poder consumir. Estaba desesperada, sin embargo, respiró hondo, tratando de calmarse. No funcionó demasiado, pero por lo menos pudo bajar sus pulsaciones. Luc y Liam no lo podían notar, ya que, si lo hacían, los preocuparía y no la dejarían a solas ni un solo instante.

Sintió que la puerta se abría con cuidado, supuso que para no despertarla por si estaba dormida, así que se giró para ver quién entraba, descubriendo a su Nana, que entraba con sigilo, aunque, al verla despierta, cerró la puerta y se acercó a ella con una sonrisa en la cara. Esa era ella, siempre dispuesta a animar a cualquiera que lo necesitara.

—¿Cómo estás, cielo? ¿Estás mejor? —preguntó sentándose al lado de su niñita.

—Supongo que sí. No lo sé. No he podido dormir y me duele mucho la cabeza. No me encuentro bien, Nana. —Alex se sentó en la cama—. Tengo náuseas...

—Eso son los nervios, cariño. Seguro. Has vivido muchas cosas en muy poco tiempo. Te haré una tila bien cargada y descansarás bien. Ya lo verás, cielo.

—Sí, eso espero. ¿Luc y Liam están bien? Sé que les dejé preocupados...

—Están los dos en el jardín, tomando algo y descansando. Han sido días ajetreados también para ellos. Estaban hablando de sus cosas, pero les diré que estás mejor, aunque algo indispuesta. —La muchacha asintió conforme—. Vendré ahora con tu tila. —Se puso en pie para después salir del cuarto, dejando a la joven sola, así que se volvió a tumbar en la cama, puesto que todo le daba vueltas.

<<¿Y ahora qué? ¿Qué debo hacer?>> Estaba perdida y no tenía ni la más remota idea de cómo actuar. Ella nunca había querido dirigir una empresa. Había dejado la maldita carrera de empresariales y ahora tenía que llevar una compañía petrolera de la que dependía mucha gente. ¡¿Es que estaban locos o qué?! Aunque... Sí, eso lo podría hacer. Así se libraría de tener que ponerse

al frente de Leichmann Oil.

Había dejado al cargo a uno de los hombres de confianza de su padre, puesto que ella debía volver a Hamburgo con su marido y su cuñado, aunque más que cuñado era su otro chico. Sus dos chicos y lo que tenía pensado hacer no les gustaría, pero debía hacerlo para librarse de una vida infeliz.

Seguía con dolores de cabeza, los cuales, cada vez que pensaba en cómo deshacer aquella situación, se incrementaban hasta límites insospechados, haciéndole doler el estómago, revolviéndoselo y, a veces, hasta el punto de tener que vomitar. Estaba hecha una mierda, pero tampoco podía hacer demasiado. Necesitaba un poco de descanso, olvidarse de todo. Necesitaba evadirse y eso solo lo podía hacer con sus drogas. Un chute y estaría bien. No le pasaría nada y lo dejaría otra vez.

—Cariño, ya estamos llegando a casa —le dijo Liam desde el asiento delantero del coche. Ella asintió, reconociendo el paisaje que se abría ante sus ojos. Sonrió de lado al ver árboles y verde. Le encantaba la urbanización en la que vivía. Tenía unas vistas que apaciguaban a cualquiera. Desde luego, Hamburgo era muchísimo más bonita que Madrid. Mucha más variedad de parajes, de gentes, de ambientes... ¡Adoraba Hamburgo! Nunca hubiese pensado que lo diría. Haberse mudado había sido la mejor decisión que habían tomado nunca.

—Hogar, dulce hogar, ¿eh? —dijo la rubia desde atrás, haciendo sonreír a los gemelos—. Este es de verdad mi hogar. Vosotros lo habéis hecho posible, cielos míos. Y os lo recompensaré bien, cuando me encuentre mejor, claro está. Sigo mareada. —Resopló cansada de la situación. Odiaba sentirse así. Debía tomarse un ibuprofeno o algo por el estilo para ver si le bajaba el dolor de cabeza. Y si no le pasaba, iría al médico.

—Entre los tres lo hemos conseguido, cariño. A partir de ahora nos irá bien, lo sabes, ¿no? —Luc la miró a través del retrovisor para ver cómo ella asentía sin quitar la mirada de sus ojos—. Bien. Así me gusta. Saldremos todos juntos adelante.

Nada más parar el coche, la muchacha bajó y estiró las piernas. Abrió el maletero para agarrar su maleta, pero poco pudo andar con ella en la mano, puesto que Liam se la cogió cual caballero. Alexandra sonrió de lado ante el

gesto y Luc, le pasó un brazo por los hombros y besó su pelo. Entraron en la casa, sonrientes y fueron atendidos por sus empleados para ayudarles.

Alexandra subió a ducharse, ya que el viaje la había agotado. Luc y Liam se miraron entre sí, sonriendo traviosos, nada más verla subir por las escaleras. La siguieron con sigilo hasta la habitación, donde la vieron desnudarse y atarse su dorada melena en un moño alto.

Los gemelos se volvían locos al verla. Sentían cosas que nunca habían sentido y que no sabían identificar. Deseo, lujuria, desenfreno, pero también cariño, dulzura, ganas de mimarla y consentirla... Eran tantos sentimientos que combinaban a la perfección y que esperaban que ella también los sintiera por ellos.

Entraron en el cuarto de baño sin esperar a que se metiese en la bañera. Alexandra los miró alzando una ceja, atenta a todos los movimientos que ellos hacían, comprobando cómo se quitaban las camisas y los pantalones para después quedarse totalmente desnudos ante ella, tentándola y dejando que se los comiese con la mirada.

—Sí que tardasteis en venir, ¿eh? —Comentó divertida mientras cerraba el grifo de la tina—. Hoy será algo relajado, nada de meterme mano. Aún no me encuentro bien. —Les advirtió sabiendo las intenciones que tenían aquellos dos en ese mismo momento.

—Solo te queremos mimar, cielo mío... —susurró Liam caminando hacia ella con tranquilidad, aunque mirándola de una manera que podría derretir a cualquiera—. Estamos en nuestra casa ahora, nadie nos podrá molestar y al fin podremos estar juntos después de tantos días durmiendo separados. Mi hermano se ha aprovechado de ti en esta semana.

—No la he tocado como tú piensas, Liam. Solo la he abrazado y acurrucado contra mí. Nada más. —Se defendió el mayor sin quitarles ojo de encima—. Alexandra te lo puede confirmar. Además, no escuchaste ningún grito y sabes que nuestra princesa es algo escandalosa...

—¡Yo no soy escandalosa! —Protestó la muchacha—. Y ahora largo los dos. Quiero estar tranquila —dijo entrando en la bañera para después sentarse y apoyar la cabeza en el borde, cerrando los ojos y dejándose llevar. Aunque poco le duró la tranquilidad, porque los dos gemelos se introdujeron buscando un hueco—. ¡Eh! ¿Pero qué os he dicho? — Les gritó enfadada la rubia.

—Nosotros queremos relajarnos también. No seas egoísta y calla. —Le soltó Luc divertido y travieso. Ella solo pudo resoplar mientras volvía a su posición inicial. Tenían suerte de que hubiese sitio para los tres, pues la tina

era suficientemente grande para dos alemanes altos y corpulentos como ellos y una chica normalita.

—El agua está estupenda, cariño. —Liam se estiró delante de ella, mientras Luc ganaba espacio, como quien no quería la cosa, tras la muchacha, haciendo que apoyase la espalda en su pecho—. ¡No te quejes que estás como una reina! —le dijo el teñido a la vez que le agarraba de las piernas y comenzaba a masajearlas.

—Me quejo porque sois unos perversos y querréis una recompensa por esto. Pero no la habrá, queridos míos. No habrá premio. Es cosa vuestra y yo no he pedido nada. —Les advirtió cerrando los ojos—. Además, necesito estar tranquila un ratito. Me vale estar así con vosotros, pero no me pidáis más. Hoy no aguantaría demasiado. Ni un asalto.

—Está bien. Hoy no haremos nada. Descansarás —le susurró Luc en el oído—. Hoy te complaceremos solo a ti. —Besó su cuello con devoción, haciéndola sonreír—. Seremos tus esclavos hoy. ¿Qué quieres que hagamos?

—Solo haced lo que estáis haciendo ahora. Mimarme. —Sonrió ella mirándolos—. Solo mimarme.

Liam y Luc se dedicaron a proporcionarle caricias y besos a su mujer. Si las cosas seguían así de bien Luc y Liam se casarían con ella en una ceremonia simbólica, puesto que la poligamia no estaba permitida. Luc sería el marido visible, pero ante ellos, serían maridos y mujer.

Alexandra quedó tan relajada con lo que los gemelos le hicieron que se quedó dormida en la bañera. Liam la cogió en brazos, rodeándola con una toalla para después llevarla hasta la cama, en donde la secó con cuidado y cariño y le puso un culote y su camión.

—Sí que estaba agotada... —Luc se acercó a su hermano con una toalla en la cintura y otra en la mano, la cual se la tendió a Liam para que se secase. El rubio asintió mirando a la joven que yacía en la cama, profundamente dormida—. Pronto le diremos lo que tenemos planeado para nosotros. Creo que le hará ilusión y así no habrá problemas. Será nuestra, Liam. De los dos.

—Tengo ganas de que eso suceda. Pero de momento cuidémosla y ayudémosla. Lo que se le viene encima le sobrepasa y ella lo sabe. —Luc y Liam se pusieron la ropa de dormir. Ambos dormían solo con un pantalón fino de pijama, sin calzoncillos o bóxer por debajo.

—Buenas noches, hermano. —Luc abrazó por la cintura a su mujer y Liam aprovechó y acomodó su cabeza en el pecho de Alexandra, cayendo, los dos, entre los brazos de Morfeo nada más taparse con la manta.

Alexandra se levantó a la mañana siguiente, sola en la cama. Sonrió de lado al comprobar que estaba descansada y sin moros a la vista para poder llevar a cabo su plan. Ninguno de los dos estaba con ella en la habitación y la habían dejado dormir hasta que se cansase, así que se puso en pie animada y fue hacia uno de sus cajones del vestidor, en donde quitó las joyas que allí guardaba y sacó una bolsa de plástico con pastillas dentro.

Sí. Su plan era drogarse para que la consideraran incapaz de llevar la empresa familiar, así la tendrían que cesar y pondrían a otra persona más competente. Ella no sería capaz de llevar a cabo todo lo que su padre le pedía en el testamento. No tenía los estudios suficientes como para hacerlo y no quería estudiar una carrera que no soportaba. Comprobó que no había nadie en el cuarto de baño, puesto que, si salían y la pillaban en pleno proceso, la pararían y tendría que cargar con todo el peso de la compañía Leichmann, además de la reprimenda que le caería.

Cerró la puerta tras haber escuchado a los hermanos en sus despachos, hablando entre ellos sobre acciones y acuerdos económicos. Procedió a abrir la bolsa, cogiendo varias pastillas, con las cuales sabía que no sería demasiada dosis, dado que acostumbraba, a veces, a tomar más. Se las tomó de un golpe y se sentó en la cama, esperando el subidón del éxtasis.

Con lo que ella no contaba era que, su cuerpo ya no era el mismo y que, tras pasar varias semanas sin consumir, su aguante era menor, así que en vez de tener el subidón que tanto esperaba, comenzó a convulsionar sin poder evitarlo, teniendo una sobredosis.

Luc y Liam estaban hablando sobre un nuevo proyecto para unificar las dos empresas familiares sin que hubiese ningún problema de por medio y para que su padre, Michael Schröder, no interfiriese en sus planes. Habría que redactar el plan de negocios para que diese resultado y Liam se ofreció a hacerlo, así que se dirigió a su mesa. Sin embargo, no pudo llegar a su destino, puesto que ambos escucharon un golpe seco. Se miraron entre ellos sin saber qué demonios pasaba, por lo que Liam bajó las escaleras para preguntarle a una de las empleadas si a alguien la había caído algo.

—¡Liam! ¡Llama a una ambulancia! —El teñido subió corriendo hasta la habitación, donde se encontró a Alexandra tumbada en el suelo, convulsionando y echando espuma por la boca y a Luc, sujetándola con fuerza para que no se tragase la lengua y sosteniéndola de lado—. ¡Llámala, joder!

—¡Sí! ¡Sí! —Liam marcó el número rápidamente, avisando de la situación y, en cuanto colgó, se arrodilló delante de ellos—. ¿Pero qué demonios ha hecho? —dijo nervioso. Apoyó la mano en el suelo, notando algo mojado, así que bajó la mirada, descubriendo un charco de sangre—. ¡Está sangrando, Luc!

—¿Qué? ¿Cómo que está sangrando? —exclamó asustado—. ¡Maldita sea! ¡Que vengan ya! ¡Mierda!

La ambulancia tardó unos minutos en llegar y los empleados, en cuanto bajaron los sanitarios, los guiaron hasta la habitación, preocupados por su señora. Echaron a Luc y Liam de la habitación para intentar estabilizarla, ya que ellos podrían estorbar con sus nervios y preguntas.

Salieron con ella en camilla de la habitación. Los gemelos los miraron preocupados. Se la llevaban al hospital para hacerle un lavado de estómago y pruebas para saber por qué sangraba, aunque los sanitarios ya intuían la razón. Sin embargo, debían cerciorarse de ello para informar a la familia.

Los hermanos fueron con la joven en la ambulancia, que estaba sedada para que no sufriera más daño, en la ambulancia. Alexandra ya había dejado de convulsionar, pero lo que sí que era peligroso era que, si no le realizaban el lavado de estómago pronto, podría morir por la sobredosis de estupefacientes que se había tomado.

—Ahora la bajaremos de la ambulancia, señores Schröder, y no podrán verla hasta que el médico lo autorice. Suponemos que tendrá que estar en observación una vez realizadas las pruebas pertinentes, ¿queda claro? —les dijo el sanitario al mando—. No pregunten, puesto que no sabrán nada hasta que ellos les llamen.

—Sí, queda claro. —Todos asintieron, dando a entender su conformidad. Al llegar, dejaron que la bajaran primero y ellos entraron detrás de los médicos, que ya estaban esperando en las puertas de urgencias.

—Mujer. 24 años. Sobredosis y hemorragia en la parte inferior del abdomen. La hemos estabilizado, pero no hemos podido hacerle un lavado estomacal. —Los gemelos no pudieron escuchar nada más, dado que entraron en la zona de urgencias a la que sólo los médicos tenían acceso.

—Joder... —Luc se sentó en una de las sillas de la sala de espera, llevándose las manos a la cabeza—. Maldita sea. ¡Se ha vuelto a drogar! ¡Lo sabíamos y la dejamos sola!

—No nos culpemos ahora. Ahora solo podemos pensar en ella y darle nuestras fuerzas, Luc. Por favor... —Se abrazaron asustados por todo lo que

estaba pasando. Ahora se necesitaban más que nunca y no podían dejar que eso los alejase el uno del otro. Debían estar unidos y ser fuertes. Por ella y por ellos mismos.

Capítulo 12

Alexandra abrió los ojos y los tuvo que volver a cerrar. Una luz blanca la cegó e hizo que la cabeza le doliese a horrores. Gimió debido al malestar que tenía: el estómago lo tenía revuelto, estaba incómoda en su bajo abdomen, sentía que un pitido constante que la estaba irritando... <<¿Qué demonios ha pasado? ¿Dónde diablos estoy?>>, pensó.

—Luc, ha despertado. —Escuchó a su lado, seguido de un sonido de sillas arrastrándose. Sintió que le cogían la mano e intentó abrir los ojos despacio para no quedarse ciega. Se encontró con las miradas de Liam y Luc. El primero la miraba preocupado y con algo de alivio, el segundo lo hacía serio y enfadado—. Hola, pequeña. ¿cómo estás? ¿Te encuentras bien?

—Estoy confusa. ¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

—¿Que qué ha pasado? —contestó Luc de una manera bastante ruda—. Pues te diré qué ha pasado: pues por tu estupidez casi te mueres, pero bueno, eso es algo que tú puedes llegar a decidir. Lo peor de todo es que has matado a nuestro hijo, querida Alexandra Leichmann. Puedes estar bien orgullosa de ello.

—¿Qué? ¿Cómo que...? —preguntó sin dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—Lo que escuchas. Has tenido un aborto por haberte metido esas maravillosas pastillas. —Continuó el mayor de los gemelos.

—Yo...yo no lo sabía. ¡Os lo juro! Si lo hubiese sabido no hubiese hecho nada. Yo solo quería librarme de la empresa de papá. No estoy lista para llevarla y quería que me incapacitaran. ¡Solo eso! —dijo ella intentando incorporarse en la cama para poder llegar a los dos gemelos. Liam no la dejó, ya que le puso una mano en la cabeza e hizo que se tumbase. No le venía bien levantarse y hacerse más daño del que ya se había hecho.

—¡Me importa una mierda el por qué! —le gritó furioso—. Lo que me importa es el resultado, ¿entiendes? —Alexandra comenzó a llorar desesperada. Ella no se hubiese imaginado nunca que eso llegaría a pasar. Era una pesadilla—. Se acabaron tus tonterías y gilipolleces. Te vamos a meter en una clínica de desintoxicación. Y no cuentes con que yo te vaya a ver, querida,

porque estás muy equivocada si piensas por un momento que iba a ir. Así que cuando te recuperes te internaremos allí. Nada de pasar por casa. Nada de ver a Rose. Irás a la *Fachklinik* y a ver si te hacen recapacitar y enderezarte, porque está visto que yo no he logrado absolutamente nada.

—¡No! ¡Luc, no, por favor! ¡Te lo suplico! —La rubia lloró más alto, triste, enfadada consigo misma. Ella tenía la culpa de todo. ¡Maldita fuese su estupidez!

—Sí, claro que sí. No hay nada que puedas hacer en este momento para evitarlo. —Liam los miraba preocupado, pero en ese caso estaba de acuerdo con su hermano. Estar en el centro de rehabilitación le vendría bien a la rubia, puesto que allí se libraría de tentaciones, la ayudarían a superar su problema y volverían a ser una familia.

—Lo siento, cariño. Pero en esto estoy con mi hermano. —La joven miró a Liam dolida, ya que había esperado que el rubio la defendiera o intentase hacer algo para que no la mandasen a aquel centro—. Te vendrá bien y seremos más fuertes. Tanto a Luc como a mí nos duele mucho todo esto.

Alexandra les dio la espalda sin saber cómo manejar el dolor que estaba sintiendo en ese momento. La abandonaban a su suerte. Volvería a estar sola, la desechaban en un sitio donde conviviría con desconocidos, sin amigos... ¿Qué haría ahora? Sabía que había hecho mal, que todo eso lo había provocado ella, que estaban disgustados y no confiaban en ella, pero nunca se hubiese imaginado que tomarse aquellas pastillas repercutiría en su vida de esa manera. <<¿En qué estaba pensando cuando las tomé?>>. Escuchó cómo la puerta de la habitación se cerraba sin ninguna delicadeza, así que asumió que Luc había salido de allí para no verla. La debía de odiar en ese instante.

—Todo se solucionará, pequeña... Verás. Yo te creo, ¿vale?

—Pero Luc...

—Luc se tiene que calmar. Está muy dolido ahora mismo, pero dale un poco de tiempo y espacio. Ya sabes cómo es y cómo se pone. Tú estate tranquila. —Alexandra asintió y cerró los ojos para descansar. Ahora mismo necesitaba olvidarse de todo y no pensar en nada. Darle vueltas a las cosas no iba a mejorar su situación en esos momentos.

Cuando Liam comprobó que su muñequita estaba dormida, salió del cuarto en busca de su querido hermano. Estaba comportándose como un completo imbécil y le iba a poner los puntos sobre las íes. Lo que menos necesitaba su mujer ahora era que al hicieran sentir peor de lo que ya se sentía ella. Luc estaba hablando con el médico que la había atendido, dándole

recomendaciones para que la joven estuviese bien. Luc le explicó al doctor que ella sería internada en la clínica de rehabilitación *Fachklinik* de Hamburgo, una de las mejores clínicas de desintoxicación de toda Alemania, y que allí se encargarían de ella sin problema.

—Está bien, doctor. Muchas gracias por su tiempo. —El doctor asintió y los dejó solos—. ¿Qué pasa?

—Te has pasado con Alexandra. Está fatal y no hace más que llorar.

—Se lo merecía, Liam. ¡Joder! —Bufó—. No puede seguir así. Le dimos una oportunidad y no la ha aprovechado. Le vendrá bien estar una temporada allí, que la desintoxiquen del todo y luego arreglaremos todo.

—No lo hizo porque necesitase drogarse, Luc. ¡Entiéndela!— La defendió el pequeño.— Ella solo quería olvidarse de la empresa, solo que igual pensaba que le darían la invalidez y nos pasarían la *Leichmann Oil* a nosotros. No sabía que estaba embarazada. ¡Nos lo hubiese dicho, hermano! Sé que le vendría bien estar internada allí, pero dale una segunda oportunidad. No es bueno que esté sola ahora.

—Me da igual, Liam. La decisión está tomada por su marido, porque te recuerdo que ese soy yo. Podrá centrarse en lo que se tenga que centrar. Irá a la clínica de rehabilitación en cuanto esté recuperada de la sobredosis y del aborto. Y esto lo decido yo. No tienes vela en este entierro legalmente. — Terminado su pequeño discurso, entró en la habitación, dejando a Liam callado y sorprendido.

¿Qué demonios le pasaba a su hermano? Ahora que tenían que estar todos juntos para ayudar a la rubia, se ponía de esa manera y le daba la espalda. <<*¡Claro que le vendría bien estar en esa clínica!*>> Sin embargo, no entendía el comportamiento tan extremista que estaba teniendo su gemelo. No era justo para ellos ni para ella. Así solo se hacían daño y sabía que eso no terminaría bien.

Entró en la habitación sin hacer ruido, ya que Alexandra estaba dormida cuando la había dejado y le había costado mucho que ella se relajase y se adormeciera. Se encontró con Luc, que miraba por la ventana, sin prestar atención a su mujer. Eso sí que le pareció extraño, puesto que la ignoraba intencionadamente, cosa que no le gustó ni un pelo.

Alexandra estuvo ingresada durante una semana. Liam estuvo pendiente de ella continuamente, la iba a ver todos los días, dormía en el sofá de la habitación, la consentía todo lo que podía y la dejaban, la acompañaba en los paseos que el médico le había recomendado... Sin embargo, Luc había aparecido por allí más bien poco, tan solo se pasaba para hablar con el médico y tratar algún tema de papeleo.

—Alexandra, esta tarde te darán el alta. En cuanto pongas un pie fuera, te llevaremos a la clínica —dijo Luc serio entrando en la habitación.

—¿No puedo pasar por casa, aunque sea a darme una triste ducha?

—Si te la quieres dar, te la das aquí, que para algo hay baño completo. La ropa te la traeré yo cuando venga a buscarte, así que mentalízate de lo que te espera durante unos cuantos meses.

—¿Sabes qué, querido marido? Trae los puñeteros papeles de una vez. Avisa a tu querida clínica que vamos ahora. Si he de ingresar que sea ahora, ya que tienes unas ganas locas de hacerlo, así que mueve tu culo y llévame a ese maravilloso lugar del que me has estado hablando durante todos estos días — le contestó seria y harta. Liam abrió los ojos sorprendido de que le hablase así, pero estaba muy cansada que la tratase como si no existiese y quería acabar con esa situación en ese mismo momento— ¡Venga!

—Como la señorita desee. Ahora mismo hablo con el doctor y te dará el alta para que te vayas de mi vista por un tiempo. —escupió Luc para después salir de la habitación.

Luc no tardó ni media hora en traer todo, por lo que Alex firmó el papeleo, pidió a Liam que la ayudase a vestirse y, cuando estuvo lista, salió del hospital rumbo al que sería su nuevo hogar.

La *Fachklinik* de Hamburgo, era un edificio con todas las comodidades posibles aparte de un jardín trasero en el que los pacientes podían caminar y estirar las piernas, disfrutando de un estupendo ambiente y de la naturaleza. Nada más llegar, Alexandra salió del coche y una mujer rubia, alta, esbelta y de ojos verdes muy claros, la recibió con una gran sonrisa.

—Hola, eres la señorita Schröder, ¿verdad? —Alexandra asintió admirando el lugar—. Bienvenida, te sentirás como en casa, ya lo verás. Te haremos la estancia muy agradable. —Luc y Liam se acercaron a ellas—. Señoritos Schröder, encantada de conocerles. Es una sorpresa tenerles aquí a los dos. Yo esperaba solo al señorito Luc.

—Sí, bueno. Estábamos los dos en el hospital con ella, así que vinimos los tres juntos —contestó Liam de manera muy cordial y amable—. No sé lo que

ha hablado con mi hermano, pero Alexandra necesitará atención médica durante unos días. Luc tiene el informe del doctor que la atendió en el hospital. —El moreno le tendió la mano a aquella mujer, la cual ni siquiera se había presentado.

—¿Me podría decir su nombre? —preguntó la muchacha.

—¡Ah! ¡Sí, claro! Soy Bettina Müller, la directora del centro.

—Espero que haya preparado todo tal y como le había dicho —dijo Luc mirándola serio.

—Sí, claro que sí, señorito Schröder. Su mujer tiene ya una habitación con todas las comodidades. Bueno, más que una habitación es como un pisito, con cocina, salón, comedor, muy buenas vistas... Todo lo que usted ha pedido. Si me siguen, se la enseño. —Entraron tras ella, caminando por unos pasillos largos, como los de los hospitales. Subieron hasta la última planta en el ascensor, puesto que Alexandra no podía andar demasiado. Caminaron hasta el final del pasillo de la cuarta planta, donde se encontraba una puerta de color rojo. Bettina abrió y entraron—. Este será tu nuevo hogar, Alexandra.

—Muy...bonito —contestó ella observando el espacio. Parecía un piso de soltera o de estudiante.

Con grandes ventanales y una terraza, se veía muy iluminado. La cocina y el salón estaban conectados, sin ningún tabique o pared de por medio. Los muebles eran sencillos y los electrodomésticos eran la última moda. El baño era simple: plato de ducha, W.C. y lavabo.

—Está bien —dijo Alexandra al acabar de verlo—. Es grande y luminoso. —La directora de la clínica sonrió ante las palabras de Alexandra. Tenerla allí le daría mucho más prestigio al centro y muchos de los famosos de la ciudad o incluso de Alemania, querrían ir hasta allí para tratarse de sus problemas de alcohol y drogas.

—¡Me alegra muchísimo que te guste! Yo espero de todo corazón que hagas muchas amistades y lo pases bien. Podrás participar en actividades al aire libre, si así lo deseas. También hay talleres de todos los tipos con profesionales muy bien formados. Además, la gente que aquí se trata son personas con muchas vivencias y podrán ayudarte en todo lo que precises. —La rubia asintió—. Ahora, si no me requieren para nada más, les dejaré despedirse y cuando terminen, los despediré gustosa y les daré un folleto con los horarios de visita y otra información que deben saber.

—Claro. Muchas gracias, señora Müller. —Bettina salió de allí, cerrando la puerta tras de ella y dejando al trío a solas. Liam la abrazó, dándole fuerzas

y apoyo. Ella solo pudo cerrar los ojos al apoyar la cabeza en su pecho, relajándose y oliendo una última vez al teñido para recordar su olor. Liam acarició y besó su pelo repetidas veces, dado que sabía que iban a ser momentos duros para ella, para él y, por supuesto, para su hermano, aunque no lo demostrase y se pusiese cabezón.

—Te traerán la ropa en una hora o así, Alexandra. Ya la estaban preparando en maletas. También te meterán en unas cajas tus efectos personales —dijo Luc mirando por el ventanal, evitando a su mujer—. Liam, será mejor que nos marchemos. —Caminó hacia la puerta seguido de Liam, que aún tenía sujeta a la muchacha—. Ya nos veremos. —La joven empezó a caminar hacia su marido, pero él ya estaba en mitad del pasillo, dejándola paralizada. No se iba a despedir de ella, la iba a dejar allí y ni siquiera se dignaba a darle un beso.

—¡Eh! —Liam la besó despacio, transmitiéndole su cariño y fuerza—. No se lo tengas en cuenta. Está enfadado con el mundo. Mañana será la persona de siempre, ¿vale? —Alexandra asintió rozando sus narices—. Te llamaré esta noche para ver qué tal te ha ido, ¿sí?

—Sí... —Liam salió también de la habitación, dejándola sola para su desgracia—. Joder. Maldita estupidez la mía. —Negó a la vez que se llevaba una mano a su barriga, donde había estado su hijo y que había muerto por su tontería.

Se tiró en la cama sin saber qué hacer. Nunca pensó verse en esa situación, dado que su padre nunca había llegado hasta ese punto. Sin embargo, su marido, con el que llevaba ya unos meses, se había hartado de ella y la había internado en un centro de desintoxicación en un país que no consideraba el suyo, a pesar de ser medio alemana.

Se sentía como una mierda. Se odiaba a sí misma como nunca se había odiado antes. Y para colmo su marido, un hombre al que empezaba a querer y que podría considerarlo uno de los hombres de su vida, ni la miraba. Lo entendía perfectamente. Había matado a su hijo, pero ella no lo sabía. ¡No lo sabía! Si lo hubiese sabido, jamás lo habría hecho.

Quería poder descansar sin comerse la cabeza, pero le era imposible. Debería haberse quedado quietecita en su casa, sin tomar nada. Todo estaría bien si ella no hubiese hecho esa locura. Pero ahora tenía una oportunidad para cambiar, para demostrarles a todos que podía cambiar y ser otra, así que se pegaría una buena ducha, bajaría a comer algo, puesto que ya era hora de hacerlo y empezaría a conocer a sus compañeros.

Se metió en el plato de ducha y se mojó entera con agua bien caliente para

relajar los músculos. Con suerte, cuando saliese del baño, ya tendría sus cosas allí. Se lavó su larga melena y, al terminar, se sintió como nueva. Una vez enrollada en la toalla, salió hacia su habitación, justo cuando llamaron a la puerta. Se dirigió hasta allí y abrió, encontrándose a dos de sus empleados con unas cajas y maletas. Les dejó entrar sonriendo, ya que les había echado de menos.

—¿Necesita algo más, señorita? —preguntó Kristine mirándola.

—Volver a casa. Pero como no puedo volver de momento, quiero que cuidéis de Liam y de Luc muy bien. Que coman, ¿vale? Y si pasa cualquier cosa, por favor, avisadme. —Kristine y Markus asintieron ante las palabras de su jefa—. Gracias por traerme las cosas. —Los abrazó con cariño—. Os echaré de menos a todos. Cuidaros.

—Lo mismo le decimos, señorita. Póngase bien pronto que la queremos de vuelta en casa lo antes posible. —Alexandra les sonrió, contenta por tener a gente como aquella cuidando de sus chicos—. Cuídese usted también.

—Lo haré, que no os quepa la menor duda. —Los acompañó hasta la puerta, donde los despidió con una sonrisa de oreja a oreja. Después se encaminó a sus maletas, de las que sacó un pantalón vaquero con una camiseta y sus playeros. Decidió no secarse el pelo, así que, cuando estuvo lista, salió del cuarto, dirigiéndose hasta el comedor.

—Alexandra. —Giró su cabeza, encontrándose con la directora—. Te estábamos esperando. Es la hora de comer, así que, si te sientas conmigo, te explicaré cómo funciona todo esto, ¿te parece?

—Claro. Está bien. —Se dirigieron hasta la zona de autoservicio. Allí cogieron un primer plato, un segundo y un postre para después sentarse en una de las mesas—. Está todo muy bien organizado, aunque teniendo cocina en mi pequeño pisito, preferiría cocinar yo misma.

—¡Claro! Puedes hacer una pequeña lista de la compra y podríamos comprar por ti. Por eso no hay problema. —La rubia asintió, satisfecha por la contestación—. Bueno, te voy a poner al día con todo lo que hacemos aquí, horarios y demás. Las visitas son cada dos días y tenemos terapia con las familias, por lo que, si tu marido o Liam quieren venir, pueden. Será maravilloso tenerlos en las reuniones.

—Supongo que eso ya se lo habrá dicho a mi marido y mi cuñado.

—Sí, así es. Tienen ya toda la información necesaria. También tienes que saber que las visitas durarán 4 horas como máximo. Todas se harán por la tarde, puesto que por la mañana hay actividades para todos vosotros.

—En cuanto a eso... —comenzó a hablar Alexandra—. He estado pensando y meditando durante todos estos días ingresada que quizá me pueda matricular en la universidad a distancia. Tengo una carrera empezada y puesto que tengo una empresa que dirigir, me matricularé en Dirección y Administración de Empresas.

—¡Oh! Me parece estupendo, cielo. —Sonrió entusiasmada la directora del centro—. Tenemos un programa con tutores y ayuda en los estudios, te puedes unir sin problema. Llamaré al director de la facultad y vendrá a hablar contigo. Quizá puedas coger algunas asignaturas del segundo semestre.

—Es sería genial, Bettina. Muchas gracias. —Alexandra sonrió de lado terminando de comer—. Ahora si no te importa, voy a dar un paseo por el jardín. No me gusta demasiado estar encerrada... —La mujer asintió, como dándole permiso para levantarse. Así que eso fue lo que hizo. Se puso en pie con la bandeja en sus manos, la llevó a un carrito y, después, salió hacia la parte trasera del edificio, donde comenzó a pasear tranquila, observando todo lo que había allí.

Flores y árboles de todo tipo rodeaban el recinto. Bajo ellos había mesas de mármol, unas cubiertas con toldos o unos arcos hechos de madera, sin embargo, otras mesas estaban descubiertas y eran un lugar perfecto para tomar el sol, aunque para eso, también había tumbonas. <<*Solo le falta una piscina y un jacuzzi y es un perfecto sitio para VIPS*>>, pensó la joven.

Se sentó debajo de un sauce llorón, tranquila y apartada, mirando a los pacientes que allí se encontraban, descansando, haciendo ejercicio o, simplemente, hablando con el resto de gente que por allí paseaban. Alexandra pensó sobre las vueltas que había dado su vida en apenas unos meses. Había estado reprimida por su padre por algo que ella no tenía culpa, por ello se escapaba y se comportaba de aquella manera, drogándose y emborrachándose, y ahora, casada a la fuerza, podía confiar en la gente, en dos personas que apenas conocía, pero a las que quería con locura. Porque sí, las quería. Amaba a Luc y a Liam por igual o, por lo menos, empezaba a hacerlo. Si se lo hubiesen dicho hacía medio año, no se lo hubiese creído y habría dicho que estaban locos.

La verdad era que el sitio, para ser un centro de rehabilitación, gozaba de todas las comodidades y, aunque no era lujoso como un hotel de cinco estrellas, era acogedor y, estaba convencida de que nunca se aburriría allí.

Un grupo de personas jugaban al fútbol. Eran pacientes, enfermeros y monitores que ayudaban en el centro a entretener y rehabilitar a la gente que lo

necesitaba. Sonrió viéndoles jugar, pues se reían y bromeaban los unos con los otros. Justo cuando se estaba levantando, la pelota que estaban utilizando, le dio en la cabeza con fuerza, haciendo que se tuviese que sentar de nuevo. Se llevó una mano a la zona dolorida, soltando un gemido.

—¡Pero qué os dije! ¡Que tengáis cuidado! —Una chica de rizos pelirroja y ojos verdes se acercó a ella, que aún seguía sentada y medio mareada—. ¡Eh! ¿Estás bien? ¿Te hemos hecho mucho daño?

—No te preocupes, estoy bien. Solo me duele un poco y la cabeza me da vueltas. Pero estoy bien. De verdad. —La tranquilizó Alexandra.

—Perdónalos. Si quieres te llevo hasta la enfermería. —La joven negó, sonriéndole e intentando ponerse de pie, cosa que consiguió gracias a la pelirroja—. Soy Rachel y tú debes ser la nueva.

—Sí. Debo serlo. —La miró con una amplia sonrisa en la boca—. Soy Alexandra Schröder o Leichmann, según lo que más te interese...

—Alexandra solo. —La muchacha lo agradeció. Por lo menos a su nueva amiga no le interesaba quién era ella ni qué era lo que hacía—. Pues ahora tengo que seguir jugando con ellos, pero ¿nos vemos a la cena?

—Claro, aunque espero cenar en mi piso. Pero puedes venir, no hay problema.

—¡Genial! Pues pregunto por tu habitación y me paso. Y sino, pues nos vemos en el comedor a las 8. —Alexandra asintió—. ¡Nos vemos después! —Rachel cogió la pelota para después salir corriendo hacia el grupo que estaba echando la pachanga. La rubia, por su parte, se fue hacia su piso, en el que esperaba encontrar algo de tranquilidad por un rato y que su dolor de cabeza, debido al golpe que había recibido, se le calmase y la dejase pensar con claridad.

Abrió con sus llaves, caminando después hasta el sofá, donde se tiró y se tapó con una manta. La cabeza le daba vueltas y notaba cómo le palpitaban las sienas. No había sido un golpe muy fuerte, pero lo suficiente para que ella se encontrase así de mal. También había que sumar que aún estaba convaleciente.

Cerró los ojos, relajándose por momentos, pero también se llevó una mano a su tripa mientras la acariciaba, anhelando lo que podía haber tenido. Suspiró esperanzada de que Luc y Liam le diesen otra oportunidad para formar una familia. Los tres juntos con un bebé. O dos. Eso le daba igual. Quería complacerles y hacerles felices. ¿Para qué mentir? Ella también quería ser feliz y se lo merecía, así que se recuperaría y, cuando saliese, sería la mujer,

empresaria y madre perfecta.

Liam entró en su casa tras su hermano, que no había dicho ni una sola palabra después de haber dejado a Alexandra en aquella clínica. Se había quedado muy sorprendido al ver que Luc no se despedía de su mujer, por ello pensaba hablar con él. Sabía que su gemelo albergaba en su interior mucho odio y rencor hacia aquella bruja de pelo dorado que los había vuelto locos.

Caminó detrás de él, subiendo por las escaleras hasta su cuarto. Cuando entró, casi se tropieza contra la espalda de Luc, puesto que estaba parado en el medio de la habitación, mirando hacia la cama. Lo miró con detenimiento, esperando una reacción por su parte, pero esta no llegó, así que puso una mano en su hombro.

—Tenemos que hablar, Luc. No podemos estar así. Sé que esto te ha afectado más de lo que haces creer, pero debes hablarlo...

—Déjame. No tienes ni idea de lo que estoy sintiendo. La muy asquerosa ha perdido a mi hijo. ¡Mi hijo!

—¡Podía ser mío también! ¡Maldita sea, Luc! ¡Espabila! Los dos estamos jodidos por lo que ha pasado, pero no puedes tratarla así. Ni te has fijado en cómo se quedó Alex cuando ni le diste un beso al despedirnos. —Luc negó mientras caminaba hacia la terraza, intentando escapar de las palabras de su hermano—. ¡Luc, joder! ¡No puedes tratarla así! ¡Esto nos hace daño a todos!

—¡Déjame! ¡No entiendes nada! ¡Lárgate de aquí y déjame solo! ¿Queda claro? —Liam asintió levantando los brazos a modo de rendición. Si su hermano no quería hablar, él no lo iba a obligar, aunque quisiese hacerlo, ya que le corroía las entrañas el no saber qué demonios le pasaba a su gemelo.

—Está bien, hermano. Está bien. Como quieras. Pero esto recaerá sobre tu conciencia y no se pasará simplemente quedándote en la habitación o centrándote en el trabajo y lo sabes. Necesitas hablarlo con alguien, solucionar las cosas con Alex. La queremos y no la podemos abandonar ahora, cuando lo está pasando peor. —Liam caminó hacia la puerta, dispuesto a dejar solo al moreno, tal y como él había pedido—. Tú verás lo que haces, Luc. Pero esto ni es ser buen marido, ni amigo, ni hermano. Cuando quieras

desahogarte, ya sabes dónde estoy. —Salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí para después caminar hacia su despacho.

Cuando entró, se sirvió una copa y después se sentó en su escritorio, suspirando tras haber dado un sorbo de su whisky. No solía beber, pero la situación le sobrepasaba en ese momento. Estaba sin Alexandra, la única chica de la que se había enamorado. Porque sí. La amaba. Había reconocido lo que sentía hacía unos días, cuando la muchacha se había drogado y habían creído que se iba a morir. Se había dado cuenta de que sin ella no podría vivir a pesar de que sabía que llevaban poco tiempo juntos, pero el trío que se traían su hermano, la joven y él funcionaba a la perfección. Eran una combinación única que solo podía suceder una vez en la vida.

Liam se había propuesto salvar aquello y lo iba a conseguir, aunque le costara la vida. Sonsacaría a Luc, sabría lo que se le pasaba por la cabeza y luego hablaría con Alexandra para ver qué podían hacer entre los dos para contentar al moreno. No podía permitir que eso se fuese al garete ahora que había reconocido los sentimientos que albergaba por la rubia de ojos azules que le volvía loco.

—¡Alexandra! ¿Estás ahí? —La muchacha abrió los ojos, encontrándose en un sofá que no conocía. Se incorporó de golpe, mirando a su alrededor, dándose cuenta de que no estaba ni en su casa de Madrid ni en la de Hamburgo, si no que estaba en la clínica de rehabilitación en la que le habían internado. Resopló frotándose la cara, saliendo de aquella tontera que tenía recién despierta—. ¿Alexandra?

—Ya voy. Ya voy. —Arrastró los pies descalzos por el parqué hasta la puerta, la cual abrió aún con cara de sueño—. Rachel, hola. Siento haber tardado en abrir.

—Pensé que no estabas y que habías bajado, pero pregunté y vi que no habías aparecido. Así que volví y armé este escándalo. ¿Te molesto? Porque si quieres me voy y no te doy más el coñazo. Puedo ser bastante insistente y la verdad es que... —Alexandra alzó la mano, deteniendo el discurso incesante de la pelirroja que tenía delante—. ¿Ves? Ya me callo.

—No me molestas para nada. Pero me dolía la cabeza después del balonazo que me disteis, me acosté a descansar en el salón y me quedé

dormida. Aún estoy convaleciente de un pequeño incidente que tuve en casa. —La de rizos asintió escuchando atentamente—. Pasa, por favor. —Rachel entró en la estancia, silbando en cuanto ojeó el lugar.

—Vaya choza que os dan a los *VIP's*. Nosotros compartimos habitación con una persona y solo contamos con una cama y un escritorio. Tenemos armario para cada dos y baños compartidos. Lo tuyo es un chollazo, amiga.

—Pensé que las habitaciones eran para todos igual. Supuse que los pacientes tenían todos un piso como este. Pero ya veo que no... —Caminó hacia la cocina, lista para cocinar algo típico español. Estaba segura de que estos alemanes no tenían ni idea de lo que era la buena comida, pero en cuanto abrió la nevera, comprobó que no tenía nada—. Uish... Creo que no voy a poder cocinar.

—Querida, siendo *VIP* puedes tener lo que te dé la gana. Tú déjame a mí. —Rachel agarró el teléfono y marcó la extensión de la cocina de la clínica. Alexandra solo pudo alzar una ceja, sorprendida por las confianzas que se tomaba la pelirroja—. Hola. Llamo de parte de Alexandra Leichmann. Necesita que le suban comida para poder cocinar ella en su piso. —Hizo una pausa mirándola con una sonrisa en la boca—. Ajá, eso es. Espera un momento. —Miró hacia Alexandra mientras tapaba el altavoz con una mano—. ¿Qué es lo que necesitas? Te lo suben en un momento.

—Esto, pues... —Se quedó pensando un momento—. Huevos, sal y patatas. ¡Ah! Y aceite de oliva.

—Muy bien. —Quitó su mano, dispuesta a hablar—. Necesita huevos, sal, aceite y patatas. Gracias. —Colgó orgullosa de su hazaña. A Rachel le gustaba codearse con los *Vips* de la clínica—. En cinco minutos te lo suben todo.

—Genial. Muchas gracias, Rachel.

Y dicho y hecho. A los cinco minutos, unos ayudantes de la cocina le subieron bolsas con lo que había pedido. Por lo menos ya tenía por dónde empezar, así que se dispuso a cocinar bajo la atenta mirada de la pelirroja, la cual se prestó a ayudarla en lo que pudiera, siguiendo siempre las instrucciones de la chef Alexandra.

Cuando todo estuvo listo, se sentaron a comer en la mesa del comedor, con su tortilla de patatas española y su jarra de agua fresca. Juntas comieron y se fueron conociendo un poco más. A Alex le estaba cayendo de maravilla aquella muchacha tan extrovertida y simpática. Con ella, seguro que se le hacían los días más llevaderos y la rehabilitación más fácil. Iban a ser grandes amigas.

Capítulo 13

Rachel había resultado ser una gran compañía en los primeros días en la clínica. Se habían ido conociendo poco a poco, comían y cenaban juntas, en algunas actividades se sentaban una al lado de la otra y compartían proyectos. Resultaba que la pelirroja estaba estudiando secretariado, así que tenía algunos planes para ella cuando acabase la carrera de Administración y Dirección de Empresas.

Ahora Alex se encontraba esperando para entrar en el despacho de la directora porque la habían citado para una reunión. A pesar de que no le habían dicho quién era el o la que se quería reunir con ella, tenía una pequeña sospecha. Movía su pierna derecha con nerviosismo y se había puesto lo más elegante que tenía en el armario: un pantalón negro y una camisa blanca. <<*Nana había pensado en todo cuando había hecho su maleta*>>, pensó. Sonrió de lado al pensar en ella. La echaba mucho de menos y era la primera vez que estaba tanto tiempo tan lejos de ella. De momento no había podido tener visita alguna, ya que estaba en proceso de adaptación, pero esperaba que a partir de esos días la dejaran tener algún invitado, siempre con vigilancia, claro.

—Alexandra, puedes pasar. —Estaba tan ensimismada que ni se había dado cuenta de que Bettina había abierto la puerta de su despacho y la esperaba con una sonrisa, así que se levantó, se acomodó bien la ropa y caminó decidida hasta el interior del despacho. Se encontró con un hombre de unos 50 años, con pelo canoso y corpulento, sentado en una de las sillas y la miraba con curiosidad—. Alexandra, te presento a Hans-Jörg Schmidt, presidente de la *HSBA Hamburg School of Business Administration*.

—Encantada, señor Schmidt —dijo Alexandra dándole la mano—. No sabe cuánto me alegro tenerle aquí y que me preste unos minutos de su, seguro, ajetreada vida.

—El placer es mío, señorita Schröder. La verdad es que me sorprendió que Bettina me llamase porque usted estaba interesada en acabar sus estudios en nuestra escuela. Será todo un honor tenerla entre nuestros estudiantes.

—Sí, bueno, la verdad es que no había pensado en acabarla, era el deseo

de mi padre, pero tras vivir una de las situaciones más difíciles de mi vida, pues he decidido incorporarme de nuevo a la vida estudiantil y terminar la carrera para poder ponerme al frente de mi empresa —resumió la joven—. Sé que el curso ya ha empezado, pero en mi expediente constan las asignaturas que ya tengo cursadas y aprobadas y si se pudieran convalidar, aunque las repase por mi cuenta sería estupendo.

—Por supuesto, le pediré a la universidad que me pase toda la documentación y se la remitiré con mucho gusto aquí. La semana que viene podrá empezar sin problema a distancia. Tendrá soporte online y un tutor para cualquier duda que pueda llegar a tener. Esta modalidad incluye exámenes finales o trabajos. Pero ya lo iré viendo.

—Perfecto. Se lo agradezco infinitamente, señor Schmidt. —Alexandra le sonrió realmente contenta.

—Un placer. Quedo a su disposición y a la de Bettina, por supuesto. En unos días tendrá noticias de nuestra escuela. Ahora me retiro que tengo otra reunión en una hora. —El caballero se despidió de las dos mujeres y se retiró del despacho.

—¿Qué tal llevas estos días, Alex? ¿Todo bien? ¿Te gusta la residencia?

—La verdad es que sí. Pensé que lo iba a llevar mucho peor, pero ya me he hecho a la idea y la recaída no fue tan grave. Sabía lo que hacía en todo momento, pero no pensé en las consecuencias. Lo bueno es que tengo una oportunidad para cambiar y no la voy a desaprovechar.

—Eso está bien. Me gusta que hables así. Si necesitas cualquier cosa, no dudes en avisarme, ¿vale? —Alexandra asintió—. Bien. Supongo que mañana podrás tener una pequeña visita. Avisaré en tu casa para que lo sepan. Seguro que te viene de perlas.

—Sería estupendo, Bettina.

Tras la reunión, la rubia fue junto a Rachel. Estaba leyendo un libro en el jardín con un café. Se sentó a su lado sin hacer mucho ruido, ya que estaba tan concentrada que ni se fijó en ella.

—Al final mueren todos, ¿sabías?

—¡Qué susto Alex! ¡Maldita sea, podías avisar! —dijo Rachel cerrando el libro mientras la rubia se reía divertida.

—Así no tendría gracia —contestó entre carcajadas.

—¡Qué graciosa la tía! Veo que estás de muy buen humor. ¿Buenas noticias?

—Muy buenas. Hoy ha venido el presidente de la *HSBA* avisarme de que

la semana que viene puedo empezar a retomar los estudios. Y puede que mañana o pasado tenga visitilla.

—¡Qué bien! Si viene tu flamante marido, ¿me lo presentarás?

—Todo puede ser, querida. Ya veremos. —Sonrió.

Cuando volvió a descansar a su habitación, comprobó que le habían dejado un teléfono móvil, un portátil y los libros de la carrera encima de la mesa de la cocina. <<Sí que se han dado prisa en conseguirme todo...>>. Empezó a echarle un vistazo a todo, instalar algunos programas en el portátil y cotillear en el móvil. No tenía ningún número registrado, así que se imaginó que sería para uso escolar nada más, aunque siempre podía hacer alguna trampa y guardar el número de Nana, Luc y Liam en la memoria del teléfono. <<Pronto podré estar otra vez en casa y volver a tener una vida normal>>, pensó esperanzada.

A la mañana siguiente se despertó con el sonido del teléfono. Lo cogió sin fijarse en la pantalla y se lo puso en la oreja aún medio dormida.

—¿Hola?

—Veo que te acabo de despertar. Pensaba que os hacían levantar a eso de las ocho de la mañana, mi pequeña saltamontes.

—¡Liam! —Se levantó de golpe de la cama feliz—. ¡Eres tú! ¿Qué tal todo? Os echo de menos. ¿Cómo está Luc? ¡Cuéntamelo todo!

—Entonces, ¿qué tal si abres la puerta? —preguntó él.

—¿Qué...? —Alex fue corriendo a la puerta en pijama y descalza. Nada más abrirla, se encontró con un Liam sonriente—. ¡LIAM! —gritó emocionada mientras se echaba a su cuello para abrazarlo—. ¡Oh, Liam, estás aquí!

—Sí, mi niña. Estoy aquí... —Los metió dentro de la habitación y, una vez cerrada la puerta de una patada, la besó con ganas.

—¿Y Luc? ¿Va a venir? —preguntó entre beso y beso.

—No, cariño. Luc no ha querido venir. —Alexandra cambió su sonrisa por una expresión de decepción. Luc era consciente de que ella quería ver a su hermano tanto como a él, pero no había podido hacer nada para convencerle de que fuese a verla. — Lo siento, mi vida. Lo siento mucho. Lo intenté, pero ha sido imposible convencerle.

—Ya. Supongo que sigue enfadado. Pero me gustaría que viniese y hablar

con él, explicarle todo y lo que he hecho durante todos estos días aquí. He pensado mucho las cosas y ahora... Liam, me he inscrito en la universidad a distancia para poder dirigir la empresa de mi padre. Ayer tuve la reunión con Bettina y el presidente de la escuela. Quiero ponerme bien, salir de aquí y hacer una vida conjunta con los dos —le explicó Alexandra sin dejar de mirarle.

—Le diré todo eso a Luc. Te lo prometo. —La rubia negó caminando hacia el sofá—. ¿No?

—No. Quiero que sea sorpresa. Sé que es acelerar las cosas, pero... hay que hacerlo bien. Me presentaré cuando salga en vuestra empresa sin avisar, aunque espero que venga a verme antes.

—Sí. Yo también lo espero, mi vida, pero no estaría tan seguro de ello. Se ha encerrado en sí mismo. No hace más que estar encerrado en el despacho, beber para ahogar sus penas y pasar tiempo en la empresa de nuestro padre. No le va a venir bien pasar tanto tiempo con él. Y te diré una cosa, Alex. Mi padre ya ha querido separaros cuando murió tu padre. Le dijo a Luc que te pidiera el divorcio en cuanto saliste de la sala de reuniones para dar la rueda de prensa.

—¿Qué? —contestó ella sin poder creérselo.

—Lo que oyes, mi niña. El plan inicial era que te casaras con mi hermano y luego él se divorciase de ti en cuanto tu padre te diese algunas de las acciones de la empresa, para así poder quitártelas, pero... Luc no contaba con que le gustases tanto, y mucho menos mi padre.

—Increíble... —Liam asintió—. ¿Y ahora? ¿Qué hará Luc? Porque está claro que no me quiere ver ni en pintura... Si no se ha preocupado por mí en estos días, menos lo hará más adelante.

—Eso ya lo veremos. Dale un poco de tiempo, pequeña. Todo se solucionará, tú ya lo verás. Luc es terco, pero entrará en razón.

—Eso espero, Liam, eso espero...

Pero Alexandra estaba muy equivocada respecto a eso. Al cabo de unos meses, en los que Liam la iba a visitar semanalmente junto con Rose en algunas ocasiones, un día tuvo la gran sorpresa de la visita de su marido. Le extrañó que fuese fuera de los horarios de visita, pero se alegró tanto que corrió hacia él nada más verlo.

—Mi vida. Estás aquí... —La muchacha intentó besarlo, pero el moreno apartó la cara, lo que hizo que los labios de ella chocasen con su mejilla—. Luc... —Lo miró extrañada y dolida—. ¿Qué pasa? ¿Qué he hecho?

—Veo que estás mucho mejor.

—Sí, he estado mejorando y ahora soy consciente de mi vida y de lo que quiero hacer y...

—He venido a traerte esto —dijo Luc cortándola y entregándole un sobre blanco en el que ponía el nombre de un bufete de abogados. Alexandra lo cogió sin saber qué decir ni entender qué era aquello, así que lo abrió y se encontró con lo que no esperaba.

—Luc, pero....pero... ¡No! ¿Por qué? No me puedes hacer esto, Luc. No ahora cuando estoy cambiando por ti y por tu hermano —le dijo tirando los papeles en la mesa—. No me puedes pedir el divorcio cuando he hecho todo lo que me habéis pedido y me he esforzado en complacerlos. ¡No! ¡No lo pienso firmar!

—Tú verás si quieres hacerlo por las buenas o por las malas. Ya he tomado la decisión. Puedes quedarte con mi hermano y la casa si quieres. Lee los papeles y firmalos. Cuando los tengas ya listos, llama a Liam o a mi abogado. Ellos pasarán a por el sobre y quedaremos oficialmente divorciados. —Luc caminó hacia la puerta, pero antes de abrirla, se giró para mirar a su todavía mujer.—. Gracias por nuestro matrimonio, Alexandra. Espero que todo te vaya bien. —Y dicho esto, se fue de allí y de la vida de la rubia para siempre.

Alexandra quedó allí parada sin saber qué hacer. Había pasado lo que más temía. Luc se había cansado de ella, no la había podido perdonar. Se dejó caer en el sofá de su mini pisito y se echó a llorar desconsolada. <<Su padre le habrá metido mierdas en la cabeza y me ha dejado. Pues se van a enterar de lo que es bueno. No saben qué han hecho. Voy a convertirme en una gran mujer de negocios y las cosas cambiarán respecto a ellos.>>, pensó entre sollozos la joven.

A partir de ese día, Alex se centró en sus estudios. Resultaba que era un coquito y se le daba bien la carrera y, lo mejor de todo, era que le gustaba. Cada vez que lo pensaba se reía para sus adentros, al final tenía razón su padre.

De Luc no supo nada más una vez entregó los papeles del divorcio. Suspiró pensando en él, mientras esperaba la nota de su último examen. Si lo aprobaba, podría volver a Madrid a dirigir su empresa. Durante ese último año había estado pendiente de la Leichmann Oil y llamaba todos los días para saber qué estaba pasando. Rose ya tenía la casa lista para ella y estaba deseando volver a su hogar.

En cuanto a Liam... la había ayudado y apoyado en todo lo referente a los

estudios y a la terapia. Iba casi todos los días de visita a verla y los días que no podía pasarse por el centro, la llamaba por Skype o por teléfono para saber de ella y preguntarle cómo le había ido el día y si tenía alguna duda en lo que concernía a la carrera. Ahora tenía el teléfono en la mano lista para llamarle en cuanto tuviese la nota delante y ésta no se hizo esperar.

—No puede ser...

—¿Han salido ya? —dijo Rachel entrando como una loca en la sala—. Alex, ¿han salido ya?

—Un 9,5, Rach... —contestó sin poder creérselo.

—¡Sabía que ibas a sacar una notaza! ¡Qué bien! ¡Ya está! ¡Has acabado!

—Se acabó... ya puedo volver a casa. Tengo que llamar a Liam...

—Pues te abrazo y te dejo sola. —Alexandra rió divertida cuando la achucho y besó su mejilla múltiples veces—. ¡Suerte!

—Gracias, Rach. —Pulsó el número de marcación rápida y esperó a que Liam le cogiese. 1 tono, 2 tonos, 3 tonos... Iba a colgar, pero justo escuchó su voz a otro lado.

—¿Y? ¿Cuál es la nota final?

—9,5. ¡Un estupendo y maravilloso 9,5! ¡No me lo puedo creer! —Rió ella feliz.

—¡Es fantástico! ¡Felicidades! ¡Ya eres oficialmente una directora de empresa, señora presidenta de la Leichmann Oil!

—Mañana me dan el alta y me iré ya a casa. ¿Vendrás a verme? Y prométeme que no le dirás nada a Luc en cuanto a esto.

—Iré a verte en cuanto pueda y me sea posible. Ya sabes que no puedo estar mucho tiempo sin estar contigo, pequeña. —Alexandra sonrió ante aquellas palabras. Liam había sido su gran apoyo durante todos esos meses de internamiento. Le estaba infinitamente agradecida y no sabía cómo devolverle tanta ayuda y apoyo que le había brindado.

—Voy a hacer las maletas y arreglar todo para mañana. Te voy contando. Me queda mucho por hacer y muy poco tiempo.

—Claro. Hablamos, cielo mío. Te quiero.

—Y yo a ti, Liam. Mucho.

Durante esa semana fue todo una locura. Reuniones, colocar las cosas en casa, poco descanso, noches sin dormir, preocupaciones en la cabeza... Pensó que se iba a volver loca, pero lo consiguió. Ahora se encontraba sentada en su despacho, en un momento de tranquilidad, y disfrutando de la soledad, haciendo balance de lo que había sido aquel año y medio tan intenso en su

vida. Un marido, un cuñado con el que se acostaba y quería, la muerte de su padre, la pérdida de su bebé... Ahora podía decir que tenía la vida encaminada y centrada. No se podía creer que hubiese conseguido pasar aquel gran trago. El sonido de su teléfono la sacó de sus pensamientos.

—¿Sí, Zafrine?

—Tiene una llamada del señorito Liam Schröder, ¿quiere que se la pase?

—Por supuesto. Eso no hace falta que me lo preguntes, la respuesta siempre va a ser sí. —Rió divertida.

—Le paso entonces. —Escuchó que pulsaba un botón y sonrió.

—¿Cómo está la señora presidenta?

—Estupendamente. ¿Me llamas por negocios o por otra cosa más personal? —preguntó divertida.

—Pues fíjate. Va a mezclar algo de las dos cosas. Estoy organizando la agenda de mi padre y de mi hermano y veo que tienen una reunión programada en tu empresa. ¿Qué te parece si les damos una gran sorpresa? Les diré que tienen habitación reservada en un hotel, pero a Luc se la reservo en tu casa.

—¿Y has pensado si yo quiero hacerlo? Porque tu hermano ha pasado demasiado tiempo con tu padre y el divorcio no sé si ha sido cosa de Luc o de Michael. Se las quiero hacer pasar putas, querido.

—Lo vamos viendo. ¿No me digas que no tienes ganas de verle y sorprenderle...?

—Puede, pero no te lo voy a decir. Mándame correo con los detalles. Mandaré un coche a buscaros al aeropuerto y nos vemos, que ahora mismo tengo que salir a la fábrica a solucionar unas cosillas. Te quiero, pequeño.

—Y yo a ti, preciosa.

Willkommen in Madrid. Vielen Dank und wir hoffen Sie wieder zu sehen.

—La Leichmann nos ha mandado un coche para trasladarnos. El plan es que tengamos la reunión y luego vayamos al hotel. Yo he quedado a comer con Alexandra —dijo Liam bajando del *jet*—. ¿Alguna pregunta?

—Sí. ¿Quién te ha mandado ir de guía? —preguntó Luc serio. No le gustaba la idea de estar en suelo español.

—Tú, desde que me has dado el control de tu agenda. Acostúmbrate.

Los tres Schröder se metieron en el *Cadillac Escalade* que Alexandra les había mandado y los trasladó a la *Leichmann Oil*. A Luc el viaje le trajo muchos recuerdos. La última vez que había estado allí había sido cuando Christian había muerto y Alexandra necesitaba todo su apoyo. No quería reconocerlo, pero la echaba de menos. No lo podía evitar y sabía que divorciarse de ella había sido un error, sin embargo, sabía que eso podría ser un impulso para la joven para ponerse bien del todo en mucho menos tiempo. Y no sabía si había sido así. Había estado tentado a preguntarle a su hermano por ella, a llamarla, pero al final nunca se había atrevido.

El trayecto se les hizo corto. La empresa estaba tal y como la recordaban y la reunión que tenían que tratar era simple rutina. Mirar estadísticas, balance de año... Nada del otro mundo. No sabía si Alexandra estaría por allí, pero le extrañaba, había dejado muy claro años atrás que no le importaba en absoluto y no creía que hubiese acabado la carrera que tenía pendiente.

—Señores Schröder, me alegra veros —dijo Zafrine con una sonrisa.

—Pequeña Zafrine, ¿cómo te han tratado en estos meses?

—¡Oh, muy bien, señorito Liam! Muchas gracias por preguntar. Ya les esperan en la sala de reuniones, así que los acompaño y si necesitan algo no duden en avisarme.

—Descuida, lo haremos —contestó Liam amable.

La secretaria los acompañó y les abrió la puerta. Allí se encontraron a Oliver, el segundo al mando y el que había ayudado a Alexandra en su incorporación. Era como un tío para ella y se había portado con ella como nadie, ayudándola en todo lo que podía y guiándola.

—¡Oliver! Cuánto tiempo sin vernos, amigo —dijo Michael dándole la mano.

—Ya lo creo, Michael. Por favor, tomad asiento. Comenzaremos cuando venga nuestra presidenta.

—¿Presidenta? —preguntaron Michael y Luc al unísono.

—Sí, se ha incorporado hace una semana o así, pero ha estado al tanto de todo lo que ha pasado en la empresa.

—Pero no entiendo... eso no se nos ha comunicado, Oliver —dijo el progenitor de los Schröder—. Eso tiene que ser votado por todos los accionistas de la empresa.

—En realidad no, señor Schröder. —Todos se giraron al escuchar esa voz y vieron a una Alexandra seria, vistiendo un traje de chaqueta y falda negro

con una camisa blanca, pelo suelto y maquillada de manera muy sencilla—. No cuando soy la heredera legítima de todo lo que tiene usted delante.

—Pero ¿qué...?

—Liam, un placer volver a verte, querido. —Lo abrazó con cariño y sonriendo. Lo había echado mucho de menos—. Luc, encantada de volver a verte. —Le extendió la mano para que se la estrechara, cosa que él hizo hipnotizado por el aspecto de la joven. No se la esperaba de ninguna de las maneras allí, pero estaba preciosa, a pesar de que no le gustaba reconocerlo.

—Pensaba que no te interesaban los negocios de tu padre, Alexandra.

—Señor Schröder, las cosas cambian y le rogaría que me trate de usted a partir de ahora. No nos une nada y un presidente de empresa no debería hablarle así a otro. Más aún cuando no son ni amigos —comentó ella sentándose a la cabecera de la mesa. Liam sonrió de lado desde su sitio, orgulloso de lo que se había convertido su pequeña rebelde. Miró de reojo a su gemelo, que no le quitaba la vista de encima a la joven. Sabía que se había quedado sin palabras, ya que no había pronunciado ni una desde que ella había hecho acto de presencia y no contaba con que dijese nada.

—Creo que no tienes el derecho de...

—¿Podemos comenzar? —Le cortó Alexandra, dando el tema por zanjado. Las cosas habían cambiado y ahora eran muy diferentes a como estaban acostumbrados. Empezaba su juego y no dejaría que nada ni nadie le pasase por encima.

Capítulo 14

La reunión transcurrió con tensión, dado que Alexandra no daba su brazo a torcer en cuanto a ciertos aspectos que estaban abordando. Ahora ella llevaba el control de la empresa y sabía perfectamente lo que hacía. Lo que sí tenía claro era que necesitaba una sucursal y una planta, aunque fuese pequeña, en Hamburgo para que no saliesen tan caros ciertos procesos que trabajaban.

—No te preocupes por ello, Alex. Luc y yo nos encargaremos de buscarte un buen sitio donde emplazar los dos edificios.

—Perfecto, Liam. Si tuviese vuestra ayuda sería estupendo. No tengo el placer de conocer tan bien la ciudad como vosotros.

—Sin ningún problema, ¿verdad, Luc? —preguntó sonriendo a su hermano, que seguía sin quitar los ojos de encima a la rubia ni decir nada.

—¿Qué? —Centró la mirada en su gemelo—. Sí, lo que sea. Te ayudaremos en lo que haga falta.

—Perfecto. Pues damos la reunión por finalizada —dijo Alexandra cerrando la carpeta en la que tenía los informes—. Liam, me gustaría comer contigo hoy, ¿te va bien a la una y media?

—Sí, claro. Dejaremos las cosas en el hotel y nos vemos. ¿Me mandas un mensaje con los detalles?

—Por supuesto. Michael, Luc, nos vemos pronto. Gracias por venir. —Y dicho esto, salió de la sala, seguida por Oliver y Zafrine.

—¿Se puede saber qué ha sido esto? —preguntó Michael enfadado.

—Una reunión, padre. Una reunión con la presidenta de Leichmann Oil, con la cual estamos haciendo un muy buen negocio.

—Esa mocosa no sabe nada acerca de negocios, Liam. Ya se ha visto en la reunión. —Escupió enfadado el señor Schröder.

—Yo creo que lo ha hecho muy bien... —dijo Luc pronunciándose por primera vez en cuanto al asunto. Liam sonrió de lado a sabiendas de que decir eso le había costado muchísimo. Michael, por su parte, lo miró sorprendido.

—Pensé que estabas de mi lado, hijo.

—Y lo estoy, pero Alexandra solo ha hecho lo que ha considerado beneficioso para ella y para la Leichmann Oil. Y creo que ha hecho

estupendamente bien. No salimos perjudicados y ellos tienen más libertad de movimientos. —Y dando zanjado el tema, salió de la salita, seguido de su hermano.

—Estás desconocido, Luc —dijo con sorna.

—Cállate Liam y llévame al hotel. Estoy muy cansado.

Liam siguió las instrucciones de su hermano y, dado que había pedido un coche para él, dejó que su padre fuese con el chófer y ellos se fueron juntos hacia el “hotel”. Luc fue todo el camino mirando por la ventana y no se dio cuenta de que estaban llegando a la mansión Leichmann hasta que estuvieron cruzando los portones de la propiedad.

—¿A qué demonios me traes aquí?

—He pensado que podemos quedarnos aquí el tiempo que estemos en Madrid. Nos sale gratis y es cómodo —explicó Liam conduciendo hasta la puerta de la entrada de la casa.

—Yo no quiero quedarme aquí, Liam.

—Tarde. Ya he pedido que tu habitación esté preparada. Así que no seas descortés y desagradable y compórtate. Alexandra es hospitalaria y deberías estarle agradecido.

Rose salió a recibirlos con una gran sonrisa y los abrazó. Les había cogido cariño y, por una parte, entendía el comportamiento que Luc había tenido con su niña. Aun así, no le tenía rencor, porque gracias a eso, Alex era una mejor persona y toda una mujer hecha y derecha.

—Rose, cómo me alegro de verte —dijo Liam sin soltarse de su abrazo.—
¿Cómo estás? Te veo estupenda.

—Tengo mis achaques, pero no hay queja ninguna. Gracias por cuidarme tan bien a la niña.

—Un placer. Liam, ¿no saludas?

—Estoy esperando a que acabes, charlatán y camelador...

—No te celes, Luc. Hay Rose para todos y para rato. —Le sonrió y besó su mejilla—. Pasad y acomodaos. Alexandra no ha llegado todavía, pero no ha de tardar. Me pidió que preparase la comida para los tres.

—¿Los tres? —preguntó el mayor de los gemelos.

—Sí, los tres —contestó Liam sonriendo.

—¡Lo sabías! Estaba todo planeado, ¿verdad?

—¿Tú crees? —dijo riendo mientras entraba en la casa.

—Cabrón...

Los gemelos se acomodaron en sus respectivas habitaciones mientras

Alexandra no llegaba a casa. Se ducharon, descansaron, atendieron la llamada de su padre, el cual estaba un poco molesto, ya que perdía de vista y el control durante unos días a sus dos hijos, aunque esa llamada quedó olvidada cuando vieron aparecer por la puerta del jardín y una bandeja con tres vasos y una jarra, de lo que parecía ser té, a la joven. Ya se había cambiado y llevaba puesto un pantalón de chándal y una sudadera.

—Espero que os hayan tratado bien en mi ausencia, chicos.

—De maravilla. Rose es un encanto y nos ha consentido en todo lo que queríamos.

—¡Qué suerte! A mí ya no me consiente tanto. —Rieron divertidos. Bueno, Luc seguía mirándola serio—. Os traigo un refrigerio. La comida estará en unos minutos. He dispuesto de una mesa en el jardín para disfrutar de este día tan maravilloso.

—Perfecto. —Alexandra les sirvió como buena anfitriona y se sentó con ellos.

—Bueno, Luc, cuéntame que es de tu vida. Hace mucho que no hablamos y me gustaría saber qué tal te va.

—Trabajo y casa. Nada más que contar, la verdad.

—Ya veo... Va a ser difícil entablar una conversación contigo, y lo entiendo, en serio, pero creo que, si te vas a quedar en mi casa, pues deberíamos hablar y comunicarnos.

—Yo no he pedido estar aquí, ha sido cosa de Liam, así que, si quieres hablar, hazlo con él. Yo me mantengo al margen. —Alex miró al susodicho y resopló.

—Tienes las puertas de mi casa abiertas tanto si te quieres ir como si te quieres quedar, Luc. No estás obligado a nada, pero creo que me merezco, por lo menos, alguna explicación de por qué nuestro divorcio fue así. Entiendo que estés resentido conmigo por lo que hice y por lo que pasó, pero pienso que deberías pasar página como yo lo he hecho. Madura un poco que ya eres mayorcito. —Alexandra se levantó—. Voy a por unas zapatillas. Rose os acompañará hasta la mesa.

Y entró en la casa pisando fuerte y decidida. Todavía le afectaba estar tan cerca de Luc y no poder tocarlo, no había superado el perderlo, pero debía ser fuerte y no dar su brazo a torcer. Iba a demostrar que había cambiado e iba a hacer que Luc la deseara tanto que cayese rendido a sus pies.

Rose acompañó, tal y como había dicho Alexandra, a los gemelos a la mesa: sencilla, con una jarra de agua con trozos de limón ya dispuesta. Se

sentaron cada uno en un sitio y esperaron a que la joven hiciera acto de presencia. Liam no dijo nada, se guardó sus comentarios respecto a lo que había pasado en el porche de la mansión y dejó que la cosa siguiera su cauce. Su hermano ya era mayorcito y Alexandra debía sacar sus garras, se lo merecía por todo lo que Luc le había hecho.

Comieron tranquilos e intentando mantener una conversación cordial con los dos hermanos, pero fue prácticamente imposible. Luc se negaba a abrir la boca, es más, se retiró antes de que llegase el postre. Alexandra suspiró resignada.

—No ha vuelto a ser el mismo desde que te ingresamos en la clínica. Pensé que se le pasaría, pero no ha sido así. Por lo menos ahora sale un poco, pero antes solo estaba encerrado en casa o trabajando en la oficina. Espero que tu llegada a nuestras vidas de nuevo le haga volver a ser el de antes. — Liam la besó en la mano con dulzura y cariño—. ¿Qué planes tienes para él?

—Primero hacérselo pasar un poco mal, a modo de “venganza”, pero quiero estar con él. Con él y contigo, Liam. Os echo de menos en mi vida y quiero recuperaros.

—¿Por qué no te vienes en un par de semanas a casa, a Hamburgo, para empezar con la búsqueda de edificios? Puedes quedarte en casa y a ver si así reacciona, aunque sea un poco. Yo sé que él te quiere y que no te ha olvidado, pero necesita un toque de atención.

—Estaría bien, sí. —Alexandra sonrió y Liam la besó con dulzura. La había echado mucho de menos y deseaba que todo fuese como antes—. Eres tan dulce... Gracias por todo, cariño. Muchas gracias por apoyarme todo este tiempo. No sé qué habría hecho sin ti.

—Vivir. Superarte. Lo mismo que has hecho hasta ahora. Eres toda una superviviente, pequeña.

A la mañana siguiente, Luc se encontró a Alexandra en el comedor, tomando un café y leyendo el periódico. Se sentó sin hacer ruido para no molestarla, pero Alex ya había notado su presencia en cuanto entró por la puerta. Seguía usando el mismo perfume que cuando lo conoció.

—Buenos días, Luc. ¿Has dormido bien?

—Sí. Muy bien. No he descansado demasiado, pero bueno, es lo que

hay.

—¿Necesitas algo? No sé, tía, algún relajante como la melatonina... podemos ir a buscarlo para que descanses —dijo ella preocupada.

—No, está bien así, tranquila y gracias.

—No hay de qué. ¿Qué quieres desayunar? Te puedo hacer lo que quieras: tostadas, hay algo de bollería, el café ya está hecho...

—¿Hacérmelo? ¿Tú? Si no sabes cocinar...

—¡Oh! Aprendí en la clínica. Rachel me ayudó mucho y me enseñó a hacer algunas cosillas. Lo demás fue autodidacta. —Sonrió orgullosa.

—¿Te trataron bien allí?

—Sí, aunque si me hubieses visitado o llamado una sola vez, lo hubieses sabido. Quería darte la noticia de que había vuelto a estudiar, pero me pediste el divorcio, así que... deseché la idea.

—Yo... yo no...

—¡Buenos días a todos! —Alexandra miró a Liam con cara de pocos amigos. Iba a conseguir que Luc se abriese un poco y lo había echado a perder —. ¿Qué?

—Voy a prepararos el desayuno. No tardo.

Tras desayunar unas tostadas con huevos revueltos, zumo de naranja y café con leche, Alexandra fue a su despacho a solucionar temas del trabajo y a preparar su agenda de las siguientes semanas. Habló con Zafrine por teléfono para organizar el viaje a Hamburgo y para que avisase de que no iba a estar en unos días.

Por el otro lado, Luc y Liam se tomaron el día libre, tanto del trabajo como de su padre, que no dejaba de llamarlos, así que decidieron apagar el móvil a la vez. Michael se iba a poner como loco, pero necesitaban un poco de descanso. Simplemente quería ver pelis tirados en el sofá o en la cama y la casa Leichmann era el sitio idóneo para hacerlo.

—Está preciosa, ¿eh? —dijo como si nada Liam—. Y sigue besando como los ángeles, ¿sabes? Me gustaría volver a hacerla mía, como lo hacíamos antes. Pero bueno, supongo que lo tendré que hacer yo solo, ¿no? No creo que quieras volver a participar.

—No. Es toda tuya. Yo ya no la quiero —contestó de manera arisca y apretando las manos con demasiada fuerza, tanta que sus nudillos se pusieron blancos.

—Luc, reconoce que todavía sientes algo por ella. Entiendo que estés resentido, pero ha cambiado y se merece otra oportunidad. Vamos, ¿si hasta

cocina! Estaba bueno el desayuno, aunque yo hubiese preferido otra cosa para empezar el día... —comentó intentando picar a su hermano, cosa que consiguió, ya que lo escuchó gruñir por lo bajo—. ¿Ves? Aún la deseas. No te hagas de rogar y habla con ella.

—Qué puto pesado eres, macho. —Se levantó del sofá y salió escaleras arriba. Liam rió divertido, le encantaba retarlo y picarlo.

—No, Rach. No molestas para nada. ¿Cómo te va todo? Te echo de menos.

—Estresada. Me voy de la residencia en unos días y no sé dónde me voy a meter. Los alquileres aquí son carísimos y no tengo tanto capital, ni trabajo, ni amigos que me puedan dejar una habitación o un sofá-cama durante una temporada.

—Escúchame, en unas semanas estaré ahí por negocios. Te buscaré yo algo desde aquí y ya arreglaremos cuentas. De momento yo te lo puedo pagar y quiero hacerlo. No te preocupes por eso. Tú busca trabajo y gana experiencia. Si todo sale bien, podrás trabajar codo con codo conmigo cuando tenga todo solucionado.

—Eres demasiado buena conmigo, Alex. No me lo merezco y no quiero aprovecharme de ti ni de tu dinero.

—Me sobra así que por eso estate tranquila. —Escuchó que la puerta de su despacho se abría y dirigió su mirada hacia allí, encontrándose a Luc. Le hizo una señal para que entrase y se sentase—. Te tengo que dejar ahora, pero te vuelvo a llamar. Céntrate y no hagas locuras. Hablaré con Bettina para arreglar todo lo tuyo.

—Vale. Manténme informada sobre tu ex. Esta telenovela me tiene enganchada. —Ambas rieron ante el comentario—. Sé buena.

—Lo mismo te digo. Te quiero.

—Y yo a ti, Alex.

—¿Un novio? —preguntó Luc cuando ella colgó.

—¿Y qué si lo fuera? Que yo sepa, hace mucho que nada nos une, Luc —contestó seria—. ¿Necesitas algo?

—Quería hablar contigo. De lo que pasó, de nosotros... He estado guardando mucho y bueno...

—Sea lo que sea, estás perdonado. No te culpo por nada. Puede que esté

un poco resentida por el trato que tuviste hacia mí —dijo acercándose a él como una loba arrinconada a su presa—, pero he cambiado, he hecho borrón y cuenta nueva. No pido más que afecto y tener una buena relación. Os estoy muy agradecida por todo lo que hicisteis por mí y estar ingresada en la clínica fue lo mejor que me ha pasado. Pero recuerda, te perdono, pero no olvido, querido... —Luc se quedó sin habla mientras veía cómo Alex se separaba de él y volvía a su sitio.

—¿En serio? —preguntó cuando pudo articular palabra.

—Sí, Luc. Superé mis adicciones, lo de mi padre y lo de mi madre. Tengo una maravillosa amiga que me adora y me ayudó infinito y descubrí que sí que me gustaba el mundo en el que mi padre estaba metido, ¿qué hay de malo en eso?

—Me gustaría que algún día me contases qué pasó con tu madre, por qué tu padre te trataba así, por qué hacías todo lo que hacías...

—Sería estupendo, pero eso será a su debido tiempo y quiero que los dos estéis presentes. Liam tampoco sabe nada.

—Claro. Cuando gustes y quieras.

—Tengo que ir a la empresa ahora, pero podemos cenar esta noche. Iremos a un buen restaurante. Yo invito —dijo riendo y guiñándole un ojo.

—Me gustaría mucho. Avisaré a Liam.

—Poneros guapos, ¿eh? Nos vemos después, Luc.

—Hola, mi amor, ¿cómo van las cosas por Madrid? —preguntó Sabine por la otra línea de teléfono mientras se tomaba un Martini.

—No demasiado bien, querida —contestó Michael de manera seca—. Adivina quién está al mando de la Leichmann Oil.

—No lo sé. Que yo sepa, de momento estaba en manos de Oliver. ¿Han cambiado la directiva sin avisar?

—Sí, y Alexandra Leichmann ha tomado el control de toda la empresa. He de decir que la chiquilla es bastante ambiciosa, pero esto nos dificulta nuestros planes. Debemos pensar algo para hacerla caer en nuestras redes.

—Ya se nos ocurrirá algo, Michael. Esa niña es estúpida y no tiene ni idea de llevar una empresa. Hablemos con los niños y ellos la podrán aconsejar en nuestro favor...

—No estaría tan seguro. Sabes que Liam tiene debilidad por la mocosa y Luc... Luc no sé cómo va a reaccionar ante este cambio. Es más, nuestro hijo pequeño se las ha ingeniado para quedarse en la mansión Leichmann y me temo que es capaz de reconciliar a Luc y a Alex.

—¿Qué? ¿Cómo se le ha ocurrido semejante disparate? ¿Cómo no nos lo ha dicho?

—Porque sabía cómo íbamos a reaccionar, Sabine. Mira cómo te has puesto y ya llevan un día allí. Espero que Luc sea duro de mollera y siga odiándola cuando salga de allí.

—Reza para que eso suceda. Sabes que lo ha pasado tremendamente mal y que en el fondo la quería. Que abortase fue lo mejor que nos podía haber pasado. ¿Te han contado algo? ¿Has hablado con ellos?

—No me cogen el teléfono y me niego a acercarse a esa maldita casa. Se nota a leguas que la niña no me soporta.

—Averigua algo y averígualo ya. No quiero que salga mal todo lo que habíamos pensado.

—No te preocupes, querida. Mañana volvemos a Hamburgo y todo volverá a la normalidad. Tranquila que todo saldrá bien.

—Más nos vale, Michael. Más nos vale...

Capítulo 15

Alexandra sonrió al poner un pie en suelo alemán. Lo había echado de menos y Hamburgo era una ciudad que le encantaba. Tenía tantas cosas que ver, era tan cosmopolita que deseaba volver a vivir allí y abrir una sede en aquella ciudad que la había enamorado desde la primera vez que la pisó.

Cogió las maletas y salió hacia la zona de llegadas, en donde Liam ya la esperaba con una sonrisa en la boca. Corrió hacia él como pudo, empujando el carrito en el que llevaba sus cosas. Tan solo habían pasado un par de semanas de su visita a Madrid, pero los había echado de menos a los dos. Liam estaba tan guapo como siempre, con su pantalón vaquero negro, camiseta blanca y americana haciendo juego con el pantalón. Lo abrazó con fuerza, respirando su aroma y disfrutando de volver a estar entre sus brazos.

—¿Qué tal el viaje, cariño?

—Agotador, pero me hace tanta ilusión volver a estar aquí... No te lo puedes ni imaginar. Necesito pasear por las calles, visitar el *Planten und Blomen*, el *Rathaus*... ¿Podemos hacerlo, Liam? ¿Podemos? —preguntó como si fuera una niña pequeña pidiéndole un capricho a su mamá.

—Claro que podemos. Además, no tienes billete de vuelta y puedes quedarte el tiempo que te dé la gana.

—¡Genial! ¿Qué tal está Luc?

—Mejor. Por lo menos habla sobre ciertas cosas que antes no hablaba y se está abriendo un poco más. Además, discute un poquito más con mis padres y eso es estupendo. Durante este último año parecía un títere.

—Tus padres no me dan buena espina. Sé que son vuestros padres, pero hay algo en ellos que no me inspira confianza.

—A mucha gente le pasa, no te preocupes. Vamos a casa que así descansas. El plan de hoy es no hacer nada. Cenar, ver una peli...lo que nos apetezca.

—Planazo.

Dieron una vuelta con el coche por la ciudad para que Alexandra disfrutase un poco de las vistas. Sabía que le haría ilusión y no se equivocó, ya que al verle, la cara de niña pequeña observadora, supo que había

acertado, pero también se dio cuenta de lo nerviosa que se ponía al acercarse a la casa de Blankenese, donde había vivido feliz durante unos meses, pero también donde había sufrido el accidente que había cambiado sus vidas para siempre. Liam le cogió la mano cuando cruzaron la puerta del garaje y le sonrió para tranquilizarla.

—Todo estará bien, verás... —Alexandra asintió y cogió sus maletas—. Yo las llevo, entra y ve a saludar a Luc.

—Vale... —Besó su mejilla a modo de agradecimiento y entró en la casa. Seguía tal y como la recordaba. Acarició la pared, el pasamanos... todo lo que encontraba a su paso, caminando hacia el despacho de los gemelos.

—¿Se puede saber dónde te habías metido, Liam? Te he estado llamando y el partido... —Luc se quedó callado al ver quién entraba por la puerta—. Pero, ¿qué...?

—¿Molesto?

—¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendido mientras se levantaba de su asiento.

—Veo que Liam no te ha dicho nada, pensé que sabías que venía de visita unas semanas...

—No, no me dijo nada, pero... bienvenida. Supongo que tendremos que ir a mirar edificios y oficinas, ¿no? —sonrió él de medio lado.

—Si no es mucha molestia, sí... —Luc asintió y se acercó a ella despacio sin quitarle la mirada de encima—. No quiero ser un incordio en vuestra vida empresarial sobre todo. Sé que estáis ocupados y... —El joven la agarró y la besó despacio, con ternura y disfrutando de la sensación de tenerla cerca otra vez. Alexandra posó una de sus manos en su pecho y con la otra acarició su mejilla con dulzura.

—No eres molestia ninguna, preciosa... —susurró—. Te echaba de menos.

—Vaya... No me esperaba este recibimiento. —Rió divertida—. Esto es nuevo.

—Quiero que volvamos a empezar, Alex... Sé que me porté como un capullo, pero no podía soportar perderte. Dame otra oportunidad, por favor —suplicó.

—Necesito tiempo para pensar, cielo. Dame espacio e iremos poco a poco, ¿vale?

—Claro. Tienes todo el derecho del mundo.

—¿Me he perdido algo? —preguntó Liam entrando en el despacho y

viendo que estaban muy pegados el uno al otro—. ¿Y bien? —volvió a inquirir al ver que no contestaban.

—No, nada, hermano. Alex se iba a duchar y a acomodarse. Que duerma en mi cuarto y yo dormiré en el sofá.

—Yo había pensado que podía dormir conmigo, seguro que echa de menos mis fuertes brazos —sugirió a la vez que levantaba sus cejas en modo seductor, o eso creía él. Sin embargo, a Luc no le hizo ni pizca de gracia el ofrecimiento de su hermano, así que lo miró serio y con disgusto.

—La cama de Luc está bien. Soy una señorita decente y no sería bueno que vuestros empleados me vieran en tu cuarto, Liam. Además, tenemos solo dos puertas que nos separan. Estará bien así. —Vió cómo el mayor de los gemelos respiraba tranquilo—. Me voy a duchar y a poner cómoda. Luego quiero saludar a todos los empleados que los he echado mucho de menos.

—Están a tu disposición. Se alegrarán de verte. Ve y nos vemos cuando acabes. —Alex se retiró al cuarto.

Se duchó y se acomodó, poniéndose un pijama corto y una coleta sujetando su larga melena dorada. Recogió la ropa sucia y también las maletas para que no molestasen a nadie. Cuando acabó, llevó la ropa a la lavadora para después bajar al salón descalza. Se oía movimiento y la televisión, pero antes de entrar en la estancia, paró a varios de los empleados que vio y los saludó con un abrazo. Le preguntaron qué tal le iba, si había estado bien... Realmente se habían preocupado por ella y eso lo agradecía mucho.

—Chicos, no me la agobiéis. —Rió Liam desde el salón.

—No le hagáis caso. Liam puede ser un poco imbécil cuando se lo propone —dijo Alexandra divertida—. Nos vemos después. —Y dicho esto, se despidió de ellos y entró en la sala, donde los gemelos estaban viendo un partido de fútbol—. Veo que las costumbres no cambian.

—Cariño, nuestra pasión por el Hamburgo S.V. no cambiará nunca. Aparte juegan contra el *Sankt Pauli*. Es nuestro Madrid - Barça —explicó Liam mientras le ofrecía un sitio a su lado—. Cuando acabe, veremos lo que quieras, ¿trato hecho?

—Claro que sí. Tenlo bien claro.

Tras un partido de infarto, en el que casi tiran del sofá a Alexandra por culpa de la emoción, decidieron pedir unas pizzas y sentarse a ver una peli. La elegida fue *Der Herr der Ringe*, o lo que es lo mismo, “El señor de los anillos”, una de las películas favoritas de Alexandra. Rieron, hablaron, recordaron viejos tiempos y así se les hizo noche, así que se retiraron a las

habitaciones, ya que el día siguiente sería un día ajetreado y tenían mucho que andar.

Alexandra se despertó desconcertada. En un primer momento no sabía dónde estaba, pero luego recordó que había vuelto a su segundo hogar. Se estiró sonriendo hasta que escuchó jaleo en la planta de abajo, así que decidió ponerse una sudadera y bajar a la planta baja. Allí se encontró a Sabine inspeccionando el salón y ordenando que llamasen a sus hijos.

—Ya lo dije ayer por la tarde y lo vuelvo a repetir ahora: hay cosas que no cambian... —Sabine al escuchar esa voz se paró en seco y se giró hacia ella—. Buenos días, Sabine. Cuánto tiempo sin verte.

—Eso digo yo. Abandonas a mi hijo durante casi dos años y ahora vuelves a su casa como si nada... ¿qué es lo que te piensas que haces aquí, niña?

—Negocios y visitar a mi vieja familia, aunque a ti y a tu querido marido no os considere eso. ¿Tienes algún problema de que esté aquí? Porque hasta donde yo sé, soy bien recibida, dado que tus hijos me han invitado a mi antigua casa...

—¡Vaya! Veo que ya os habéis saludado —dijo Liam cortando a su madre. Besó el pelo de Alex y sonrió—. Madre, creo que tanto Luc como yo te hemos avisado miles de veces de que llames antes de aparecer.

—¿Me quieres explicar qué hace ella aquí?

—Creo que ya te ha contestado, madre —contestó Luc justo detrás de ella—. Es nuestra invitada y deberías respetarla. ¿Qué quieres?

—¿Acaso no puedo visitar a mis queridos hijos?

—¿Todos los días? Ya viniste ayer por la mañana a la empresa a vernos. Así que, por favor, reconoce que vienes a vigilarnos...

—No estoy dispuesta a que me tratéis de esta manera. Os habéis vuelto un poco rebeldes desde que esta... señorita, si se le puede llamar así, ha vuelto a vuestra vida.

—Ella es parte de nuestra vida tanto como tú o padre, así que, si no has venido a nada más, puedes irte. Tenemos cosas que hacer. —Luc dio por zanjado el tema y mirando a su madre serio. Sabine bufó y salió de la casa ofendida y enfadada por el trato que había recibido. <<Se va a enterar esa

zorra...>>, pensó ella.

—Ya sabía yo que la fachada de vuestra madre no iba a durar mucho conmigo. Se le veía a leguas cuando estábamos casados... —comentó Alexandra yendo hacia la cocina para desayunar—. Me muero de hambre y veo que Merlinda ya ha preparado todo, ¡cómo echaba de menos esto!

—¿Cómo no voy a consentir a mis niños? Que conste que cuando digo niños, te incluyo, Alex —explicó Merlinda divertida—. Sentaos y comed tranquilos. Os dejo para que desayunéis.

—Gracias, Mer... —dijo Liam sonriendo. Merlinda salió de la cocina y los dejó solos para que se tomaran el banquete que les habían preparado.

Comieron hablando de todo y de nada, sonriendo, felices de volver a estar como un año atrás, como cuando todo iba bien. No hicieron comentarios al respecto, pero lo notaban en el ambiente. Todo estaba mejorando y, aunque Alex se hiciera de rogar, era a modo de “venganza” y volverían a estar juntos como antes.

Cuando acabaron subieron a prepararse para visitar edificios. Luc tenía una reunión en la Schröder Company, pero decidió no asistir, ya que le parecía más importante ayudar a su ex mujer. Esto no le gustó nada a Michael, que ya conocía el suceso que había acontecido en las primeras horas de la mañana en casa de sus hijos.

Salieron hacia la *HafenCity*, la zona portuaria y de negocios de la ciudad. Allí ya les estaba esperando un agente inmobiliario especializado en negocios y oficinas, que les enseñó varios edificios preparados para empezar a trabajar ya y algunas oficinas. De momento empezarían con eso y luego mirarían de establecer una fábrica a las afueras. A la hora de la comida ya tenían varias opciones, cada una con un dossier especialmente preparado para ellos, así que decidieron darse un descanso y seguir al día siguiente. Cuando estaban decidiendo dónde iban a comer, el teléfono de Luc sonó.

—Madre, qué sorpresa que me llames —dijo nada más descolgar la llamada.

—Ya sé que soy una madre muy pesada, pero quiero compensar lo de esta mañana e invitaros a los tres a comer a casa. No acepto un no por respuesta, Luc Schröder.

—Está bien, madre, nos acercaremos ahora hasta allí.

—Os esperamos. —Liam y Alex lo miraban expectantes.

—Mamá, que quiere comer con nosotros para compensar lo de esta mañana con Alex, ya sabes cómo es, no dará su brazo a torcer, así que ya

tenemos donde comer.

—Maravilloso... —susurró Alexandra poniendo mala cara—. Sí, sí, ya lo sé. Intentaré comportarme, pero no prometo nada. Si me provocan, yo no me callo.

Así que los tres caminaron hasta el coche para dirigirse hacia la residencia Schröder, en una de las zonas más caras de la ciudad de Hamburgo, *Elbchausse*. La familia Schröder se había mudado a una zona más lujosa, tras haber entrado como accionistas en la empresa de Alexandra. A ella le había sorprendido, dado que los accionistas eran solo Luc y Liam, pero sabía que sus suegros eran muy especiales y extravagantes.

Nada más bajarse del coche, Alexandra se quedó impresionada con la mansión que tenía delante. De estilo victoriano, fachada de color granate clarito y ventanas y puertas en blanco. Desde donde estaban, se podía ver el río Elba y estaba protegida de miradas indiscretas por árboles, que rodeaban la casa y el jardín trasero.

—Cariño, vamos. Mis padres están esperando en la puerta. —La avisó Luc, poniéndole una mano en la cintura y empujándola para que avanzara hacia la puerta. Alexandra se dio cuenta de que sus suegros estaban allí parados, en lo alto de la escalinata mirándola.

—Madre, padre, ¿qué tal estáis? —preguntó Liam acercándose.

—Muy bien, aunque vuestro padre está un poco disgustado por el incidente de ayer conmigo en vuestra casa y porque le habéis dejado plantado en una reunión muy importante.

—Madre, si nos vas a tratar así durante toda la comida, será mejor que nos vayamos —dijo Luc serio.

—Pasad, hijos. La comida estará en unos minutos. —Michael les dejó entrar en la mansión de manera cordial.

Caminaron hacia el porche trasero. La joven pudo comprobar que todo era muy ostentoso, con un montón de cuadros, jarrones y lámparas de araña. Todo era tan barroco, que estaba espantada. Menos mal que los gemelos eran todo lo contrario a sus padres y les gustaban las cosas sobrias y sencillas. Si llegaba a tener eso en casa, vomitaría seguido.

Se sentaron en la mesa de cristal que había en el porche, ella en el medio de los hermanos y sus suegros delante de ella. Nadie hablaba, tan solo observaban a una de las empleadas del hogar, que les servía el un refrigerio con algo de picar. En cuanto ésta se fue, Sabine se puso derecha en la silla, lista para comenzar una conversación.

—Cuéntanos, querida. ¿Qué has hecho en todos estos años en los que dejaste de lado a mi hijo? —Tanto Luc como Liam se tensaron ante las palabras de su madre, sin embargo, la rubia bebió un sorbo de su refresco con total tranquilidad y, tras dejar la taza en el plato que la acompañaba, se decidió a contestar.

—Señora Schröder, ¿o puedo llamarla Sabine como cuando éramos familia? Hasta donde yo sé, el único que me dio esquinazo fue su hijo cuando me metió en la *Fachklinik*. La única vez que le vi fue para llevarme los papeles de divorcio. Con el único que he mantenido una relación, ha sido con Liam. Si no le gusta que esté aquí, dígamelo y gustosa me iré de su gran casa, porque no quiero incomodar a nadie. —Respondió con calma y sin vacilar. Los progenitores se quedaron callados, sin saber qué decir—. Creo que deberían conocer la situación antes de hablar.

—Ya veo que has vuelto en pie de guerra, Alexandra. —Se dignó a hablar Michael—. Supongo que deberíamos llevarnos bien, dado que tenemos acciones de tu empresa y trabajamos juntos.

—Que yo sepa los únicos que tienen derecho a trabajar conmigo son Liam y Luc. Ustedes no tienen nada que hacer en mis asuntos.

—Será mejor que dejemos el tema en paz. —Intervino Luc—. Tengamos un momento de tranquilidad y enterremos el hacha, por favor.

—Sí. Mejor será. —Secundó la muchacha.

El resto del encuentro se pasó con tensión por ambas partes y, aunque los hermanos quisieran calmar los ánimos, fue imposible contener algunos comentarios desagradables que tanto Sabine como Michael tuvieron hacia Alexandra. A pesar de ello, la española no entró al trapo y guardó la calma, sin saltar a sus provocaciones. Y, como las críticas no cesaban, tomaron la decisión de irse se allí nada más acabar de comer, pues Luc y Liam estaban muy enfadados y ellos sí que podrían encender una chispa que podría convertirse en explosión.

—Vuestros padres eran odiosos y lo siguen siendo. —Protestó Alexandra en cuanto se metieron en el coche—. ¡Dios! ¿Cómo son capaces de hablar de esa manera de mí? ¡Si siempre he acatado órdenes!

—Cálmate, cielo. Nos encargaremos de eso, tu tranquila ¿vale?

—No merece la pena, Liam. Son gentuza. Como lo era mi padre.

—¿Has visto que subidita ha venido? Ahora se cree mejor que cualquiera porque ha dejado las drogas y tiene su empresa. Seguirá siendo la misma niñata problemática que era.

—Cálmate, querida. No haces nada alterándote de esa manera. La destruiremos y volveremos a ser una familia unida. Ya sabes que los niños están perdidos en este momento. Luc necesita un par de polvos y en cuanto a Liam, se desencariñará en unas semanas, meses a más tardar. Que no cunda el pánico.

—¿Y si quieren volver a casarse? La tendríamos otra vez en la familia y no habría manera de separarla de ellos. Son como una piña. ¿Acaso no te has fijado en cómo la miraban? —preguntó histérica Sabine, caminando de un lado a otro del porche.

—No se casarán. Lo evitaremos. Investigaremos sus trapos sucios, la podemos chantajear para hacerle daño y separarla. Contactaremos con antiguos amigos y novios. No te preocupes por eso, cariño. —La agarró de la muñeca, sentándola en su regazo—. Cálmate. No te viene bien estresarte.

—Tienes razón, amor. Me calmaré y dejaré que tú hagas lo que tengas que hacer. Tienes total libertad, pero sabes que la mejor manera para librarnos de ella es matarla, ¿verdad? —preguntó Sabine con inocencia, acariciando el pecho de su marido.

—Sí. Lo sé. Y nos encargaremos de ella dentro de poco...

Capítulo 16

Tras varios días de búsqueda incansable de edificios y oficinas, encontraron la mejor ubicación posible. Aceptaron el precio y pusieron los trámites en marcha para comenzar las obras necesarias. Alexandra se había quitado un peso de encima al tener ese asunto solucionado, aunque eso suponía que ya no tenía excusa para quedarse más tiempo en Hamburgo.

En casa todo iba de maravilla. Luc estaba más cercano que nunca y Liam en su línea. Seguía haciéndose de rogar para no ponerle las cosas tan fáciles al mayor de los hermanos, pero en el fondo se derretía cada vez que le demostraba su cariño y la mimaba, así que tenía algo pensado para ese último día que iba a pasar en la ciudad germana antes de volver a Madrid.

—Chicos, ¿podemos hablar un momento? —preguntó entrando en el despacho, donde ambos estaban mirando unos papeles que parecían ser importantes.

—Sí, claro. ¿Pasa algo? ¿Estás bien?

—Sí, sí, todo bien. Pero como mañana me voy quiero contaros algo que llevo tiempo queriendo deciros. Es sobre mi madre y... es hora de que lo sepáis. —Los gemelos se miraron entre ellos y se sentaron, ofreciéndole un sitio a ella. Alex tomó asiento y respiró hondo, preparándose para lo que iba a venir a continuación—. Quiero contaros algo que solo los médicos de la clínica en la que me metisteis y Nana saben. Necesito contároslo porque no puedo vivir con ello, aunque ahora haya empezado a aceptarlo. No quiero que haya secretos entre nosotros.

—Claro, pequeña. Cuéntanos lo que desees. Aquí estamos para ti. —Le contestó Liam cogiéndole de la mano para tranquilizarla.

—Cuando tenía 15 años quería ir a una fiesta de cumpleaños de una amiga de clase. La hacía en una discoteca con bebidas sin alcohol, sin embargo, siempre había alguien que colaba ron, whisky... ya sabéis, es algo típico de los adolescentes. —Ambos asintieron. Ellos también lo habían hecho cuando tenían esa edad—. Mi padre no quería que yo fuese a esa fiesta, no se fiaba de los niños que iban. Mi madre al final me consintió, como siempre hacía, y me dejó ir, pero no hasta muy tarde. Ella se encargaría en irme a recoger a eso de

las 3 o 4 de la madrugada. A esa hora, tal y como había dicho, vino a por mí a la discoteca y nos pusimos rumbo a casa, pero cuando estábamos llegando, un conductor se saltó un STOP a una velocidad considerable y nos embistió por el lado de mi madre. —Los gemelos escuchaban con atención, intuyendo lo que había pasado—. Mi madre salió muy mal parada y murió en el acto. —Alexandra comenzó a llorar, pero siguió relatando los hechos—. A mí me tuvieron que sacar del coche los bomberos porque me había quedado atrapada, pero solo tenía algunas contusiones y una pierna fracturada. El hombre que había provocado el accidente estaba borracho, triplicaba la tasa del alcohol permitida y no le pasó nada. Solo un golpe en la cabeza.

—Cielo mío... es horrible —dijo Luc acercándose a ella y abrazándola.

—Mi padre me echó la culpa de todo, ¿sabéis? Me repetía constantemente que, si yo no hubiese ido a la fiesta, mi madre seguiría viva. Incluso me lo repetía en el hospital, estando ingresada tras el accidente. No esperó por mí para celebrar el funeral ni el entierro, no me vino a ver. No me pude despedir de mi madre y eso me ha carcomido por dentro, porque al final me creí las palabras de mi padre. La culpa me inundaba y con las drogas y el alcohol no pensaba. Me evadía del mundo. Por eso hacía todo lo que hacía cuando me conocisteis, pero me enseñasteis que se me podía querer y que no era tan mala persona como mi padre me había hecho creer.

—Ahora solo tienes que pensar que estás en una casa en la que se te quiere, que se te aprecia y que eres una muy buena persona, Alex. No tienes por qué pensar eso. Que no se te pase por la cabeza en ningún momento, ¿vale? —Habló Liam mientras acariciaba su mejilla, retirándole las lágrimas que aún quedaban en su cara.

—Los dos te queremos mucho, cariño... No lo olvides nunca... —susurró Luc contra su pelo. Alexandra suspiró más tranquila.

—Os quiero... —Besó a Liam primero con dulzura, ya que lo tenía justo delante, demostrándole su cariño. Sintió que Luc se ponía tenso detrás de ella, así que se separó despacio del teñido y acercó su cara a la de su hermano. Rozó sus narices, disfrutando de la sensación de tenerlo tan cerca, pero poco tardó en juntar sus labios con los de él. El beso se tornó salvaje, con ganas, revelando todos sus sentimientos reprimidos durante todo ese tiempo.

—Vamos a la cama... Los tres. Ahora —sentenció Luc excitado. Alex asintió y salió corriendo hacia el cuarto, esperando que los dos hermanos la siguieran. Era un juego. Ella era la presa y ellos los cazadores.

Cuando llegaron a la habitación, se desnudaron entre besos, caricias y

risas. Alexandra cerró los ojos al notar los besos del teñido en su cuello, jadeando y acercando su cuerpo al de él. Movi6 su cintura, rozándose con Liam y extendió la mano, entrelazando los dedos con los de Luc, que besó su espalda y reparó que tenía un tatuaje que nunca había visto.

—¿Qué demonios...? ¿Un tatuaje?

—¿Qué? —Liam dejó lo que estaba haciendo y se fijó en él—. ¿Un ave fénix? —Lo observaron con asombro y fascinación. El fénix estaba dando vueltas en el aire, saliendo de las llamas rojas y naranjas que había en la base del dibujo y alrededor, y que hacían resaltar el color negro de las líneas del pájaro. El cuerpo del ave estaba cubierto por las alas que tenía replegadas. El tatuaje no era muy grande, pero lo suficiente como para ver todos los detalles que el artista había sabido plasmar gracias a las indicaciones que la rubia le había dado.

—¿Os gusta? —Los hermanos asintieron—. ¿Podemos volver a lo que estábamos? —Ambos sonrieron y le hicieron caso. Luc, con sus dedos, bajó por su columna hasta su culo, en donde se entretuvo acariciando sus nalgas, al mismo tiempo que Liam aprovechaba a besar sus pechos, los cuales hacía mucho tiempo que no degustaba.

Alexandra aprovechó la situación para empezar a acariciarles a la vez, haciéndoles jadear. Sonrió sin dejar de hacerlo y mirándoles a los ojos traviesa, para después besarles con ganas, primero a uno y luego al otro. Solo la mera expectación de sentirles a los dos dentro de ella y a la vez le hacía poner la carne de gallina.

Liam la cogió en brazos e hizo que Luc pegase su pecho a la espalda de ella, que jadeó excitada. Liam la penetró despacio, notando cómo lo aceptaba en su interior, abriéndose para él. Única y exclusivamente para él. Comenzó a moverse despacio, gimiendo e intentando pensar en cosas no eróticas para evitar correrse en ese mismo momento. Ella lo apretaba de tal manera que se sentía en el paraíso.

Por otro lado, Luc comenzó a estimular su ano, acariciando la entrada con sus dedos e introduciéndolos poco a poco, dejando que ella se acostumbrase a la nueva invasión, puesto que él sabía que era la primera vez. Alexandra jadeaba cada vez más fuerte, consciente de todo lo que estaba pasando y de lo que iba a pasar. Le gustaba aquello y no iba a decir que no a nada de lo que le ofrecieran aquellos dos hombres hechos y derechos.

Liam la movía para penetrarla una y otra vez, volviéndolo loco con sus gemidos en su oído, su aliento chocando contra su piel. Su hermano, por el

otro lado, comenzó a empujar su miembro contra su cuerpo, abriéndose camino por el virgen agujero de la joven, dilatándola para que se acostumbrase a él, siempre ayudado por su saliva, lubricándolo para un mejor acceso. Liam había parado de bombear dentro de ella para que se quedase quieto y no le doliese más de lo necesario. El moreno la acarició, dado que había notado la respiración acelerada y nerviosa de su chica.

—Tranquila, cielo. Ya casi está... —Alex asintió soltando un quejido de dolor, pues el pene de su ex marido era demasiado grande para el pequeño agujero—. Shh...

—¡Au! Duele... —Liam le daba besos, intentando relajarla, a la vez que el mayor de los gemelos, la acariciaba, estando ya del todo dentro y quieto para que ella se amoldase a él.

En cuanto notó que Alexandra jadeaba, ambos se miraron y se comenzaron a mover a la vez. Cuando uno salía el otro entraba, haciéndola gritar de placer. Alex se movía como podía contra ellos, aumentando la sensación de estar llena por completo por primera vez en la vida.

Y no hablaba de estar llena físicamente, sino espiritualmente, completa en todos los sentidos, feliz, radiante, lista para empezar aquella etapa en su vida. Otra vez con sus chicos, con los hombres que tanto le habían dado y que tanto la habían ayudado. Las únicas personas que la querían, sin dejar de lado a Nana, por supuesto. Nana era su madre. Su segunda madre, la que la había cuidado, mimado y aconsejado en todos aquellos momentos de su vida en los que le habían hecho falta sus sabias palabras.

Los tres gemían, se besaban con frenesí, disfrutando los unos de los otros, llegando al límite, gritando sus nombres y dejando a la joven agotada, puesto que tenía un orgasmo tras otro sin poder evitarlo. Cuando ya no pudieron más, se dejaron llevar por las sensaciones y se derramaron dentro de la rubia, diciendo su nombre al unísono, haciendo que ella soltase un gemido al notarles.

Luc salió de dentro de ella con cuidado, jadeando y respirando de manera agitada aún. Aprovechó el momento para cogerla en brazos, dejando descansar a su hermano y liberándolo del peso muerto que ahora era Alexandra. Ella se agarró al moreno con los ojos medio cerrados, cansada por el esfuerzo, aunque sabía que debía hablar con ambos tras haberse abierto así a ellos.

La limpiaron despacio sin que ella lo notase. Estaba media dormida ya por el agotamiento. Sonrieron de lado cuando la vieron acomodarse en la cama, así que la taparon, se pusieron cómodos y se acostaron con ella, cayendo

rendidos ante el cansancio.

Rachel acudió a la casa de los gemelos Schröder puesto que sabía que su amiga Alexandra estaba hospedada allí durante unos días. Timbró y esperó a que le abriesen. Merlinda la dejó pasar, curiosa por saber quién era esa niñita pelirroja que miraba toda la casa con maravilla.

—Puedo saber a quién busca y cómo se llama, señorita.

—¡Ay! Sí, perdona. Soy Rachel, amiga de Alexandra Leichmann. Sé que está aquí porque me avisó, pero no he podido pasarme hasta ahora.

—Iré a avisarla ahora, por favor, espere en la sala que ahora baja. — Rachel asintió y se sentó en el precioso cheslong gris que tenían en el salón. No supo cuánto esperó, pero cuando se giró al escuchar ruidos provenientes de las escaleras, vio a Alexandra riendo, subida en la espalda de Luc como si fuera un mono.

—¡Con cuidado, Luc! ¡Que me vas a tirar!

—Yo te cojo, cielo —dijo riendo Liam caminando detrás de ellos. Al llegar a donde estaba la pelirroja, Alexandra se revolvió y saltó al suelo para correr a abrazarla. Los gemelos sonrieron al verlas.

—¡Oh, Rach! ¡Cómo me alegro de verte!

—Y yo a tí, estás estupenda. Hola Liam. —El susodicho se acercó y besó su mejilla con cariño—. Y tú intuyo que eres Luc, el ex marido de mi amiga.

—Ese soy yo y tú eres...

—Rachel Schäffer, amiga de Alexandra de la Fachlinik, compañera de desgracias y como me entere de que le vuelves a hacer daño, te las verás conmigo. De la primera vez te libraste, pero no habrá una segunda...

—Tranquila fiero. Todo está bien aquí. No tienes de qué preocuparte.

—¿Eso es verdad, Alex?

—Sí, cariño. Estamos bien. Los tres lo estamos... —dijo mirando a los hermanos.

—¿Los tres? —inquirió la joven.

—No se lo has contado... —dedujo Liam.

—¿Contarme qué, Alex? Me estoy perdiendo.

—Siéntate. Es algo raro, pero para nosotros funciona. —Rachel le hizo caso y Alex se sentó a su lado. Los gemelos se quedaron de pie mirándolas—.

Verás... cuando me casé con Luc pues llegamos a un acuerdo y no me vas a negar que tanto uno como otro están muy bien, ¿verdad? —Rachel negó mirándolos—. Vale, pues tenemos una relación a tres. Un trío. Nos gusta, los tres nos queremos y... uno es la cabeza visible de la relación, pero de puertas a dentro, pues...

—Me va a dar algo... ¡Y yo que tenía la esperanza de ligarme a Liam! ¡Maldita sea! —Los tres rieron divertidos ante su reacción.

—Pues va a ser que no, querida. Lo siento. Son míos los dos.

—Suertuda...

Pasaron toda la tarde juntos, conociendo un poco más a Rachel. Había conseguido un trabajillo de secretaria en una pequeña empresa, pero no le daba para vivir demasiado holgada. Alex le contó de sus planes de expansión y le dijo que, en cuanto tuviese la oficina montada, ella sería su secretaria allí en Hamburgo, lo que le puso muy contenta. No se esperaba esa noticia para nada.

Cuando Rachel se fue, Alexandra comenzó a preparar las maletas. No quería irse, pero sabía que tenía que hacerlo para arreglar todo lo de su traslado a Hamburgo. Serían unas semanas sin ellos, pero unas semanas que valdrían la pena. Cenaron juntos y volvieron a caer en sus deseos más oscuros en cuanto tocaron la cama.

Pronto volverían a estar juntos todos los días, queriéndose y teniendo al fin la vida que Alex tanto había deseado durante todo ese tiempo.

Capítulo 17

Alexandra volvió a Madrid a preparar los papeles y la empresa para su marcha. Pasarían unos meses antes de que se pudiera instalar definitivamente en Hamburgo, pero la espera valdría la pena. A Rose, su Nana, le explicó toda la situación y quiso que viajase con ella a la ciudad germana y se instalara allí, en un piso cerca de ellos. Podría jubilarse y vivir tranquila. Ahora no necesitaba a una niñera que la vigilase las 24 horas del día y quería recompensar a su querida Nana por todo lo que había hecho por ella en todos esos años.

La empresa y algunos accionistas le dieron bastantes dolores de cabeza, por no mencionar las obras en Hamburgo, que traían un problema detrás de otro. Menos mal que contaba con la ayuda de Luc y Liam y podían solucionarlo in situ, facilitándole el trabajo a la joven, que no tenía que desplazarse cada dos por tres allí.

Zafrine seguiría de ayudante personal, la informaría de todo en todo momento. Pondría a Oliver, el hombre de confianza de su padre y amigo suyo al frente de la empresa en Madrid, pero advirtiéndole de que todas las decisiones finales las tomaría ella, con reuniones mensuales, ya fuera presenciales o vía *Skype*. No quería que se le escapase nada de sus manos. Era de vital importancia que los trabajadores de su empresa en la capital española supieran que ella estaría ahí para lo que fuese necesario. Quería ser cercana a todos sus empleados.

Viajó varias veces en los meses que tardó en arreglar todo a Hamburgo para ver a los gemelos y ellos la fueron a ver a Madrid. En las primeras todo fue tranquilo, pero terminaron levantando sospechas y al final los paparazzis andaban rondando por su casa, el aeropuerto, la sede de Leichmann Oil... Salían en las portadas de los periódicos y revistas sensacionalistas cada vez más con titulares como: “*¿Vuelven a estar juntos Alexandra Leichmann y Luc Schröder?*” o “*Donde hubo fuego... ¿siempre quedarán cenizas?*”. A estos titulares les acompañaban fotos de ellos paseando por la calle, yendo a comprar o entrando en casa. Estaba claro que algo tenían que hacer.

—¿Has visto la última portada del *Bild*? —le preguntó Rachel por

teléfono.

—Ahora mismo me lo está trayendo Zafrine —contestó al ver a su secretaria entrar con el periódico en la mano. Le sonrió de manera amable y extendió las hojas—. ¡Oh, genial!

—Sales monísima mientras te das el lote con el morenazo de tu exmarido...

—Maldita sea, se suponía que estábamos solos. Los guardaespaldas habían revisado el perímetro. Está claro que tenemos que contratar a otros, no podemos seguir así.

—¿Y qué tal si dais una exclusiva? Ya no digo por el dinero, pero por lo menos os dejarán tranquilos una temporada...

—¡Claro! Damos la entrevista diciendo: es que tenemos una relación a tres bandas. No me llegaba con un pene y cogí el del gemelo pequeño. —Rachel rió a carcajada limpia por la contestación de su amiga.

—¡No, mujer! Dices que os estáis dando una segunda oportunidad y omites a Liam. Si quieres puedo hacer yo de su pareja en actos oficiales. A mí no me importaría...

—¿Ah sí? —inquirió curiosa Alex.

—Sin meterle maaaano... Lo prometo.

—Propónselo. Lo tienes más cerca que yo, amiga.

—Eso... eso es mejor que se lo digas tú. Tienes más confianza con él que yo, Alex...

—Ya... Será eso.

A la hora de salir de trabajar, Zafrina la avisó de que una manada de periodistas la esperaban para hablar con ella y preguntarle acerca de esas últimas fotos que habían salido a la luz. Resopló enfadada, no tenía ganas de aguantar a reporteros sedientos de exclusivas, así que pidió que, en vez de coger su coche a la entrada del edificio, bajó al garaje. Su flamante Lexus híbrido la esperaba en su plaza de garaje, así que se subió y arrancó para irse a casa. Nada más notar los corresponsales de los medios de comunicación allí apostados notaron que salía por la rampa del garaje su coche, se lanzaron corriendo hacia ella, haciéndole frenar de golpe. Los flashes de las cámaras la cegaban, así que fue acelerando poco a poco para salir de allí. No soportaba que la acosasen de esa manera y como siguieran así, pondría una demanda a todas las cadenas que allí estaban apostadas.

Escapó como pudo sin atropellar a nadie y respiró tranquila cuando llegó a casa, donde no había nadie esperándola. Rose salió a recibirla con una

sonrisa en la cara, pero al ver la cara de agotamiento que tenía la abrazó. Seguro que había visto las imágenes en la televisión y se había preocupado por ella.

—Te haré algo de cena y te lo llevaré a tu habitación, ¿vale? Ve a ducharte y a relajarte. Seguro que ha sido un día horrible.

—Lo has visto, ¿no? —Rose asintió—. Esto se nos está yendo de las manos. Tengo que hablar con los chicos. No podemos seguir así. En unos días nos vamos para Hamburgo y si no lo paramos, seguiremos con este cuento...

—Primero ve a ponerte cómoda, luego ya los llamarás.

—Si suena mi móvil y no acabé, coge y diles que los llame cuando termine.

—Tranquila por eso. Ve. —Alexandra le hizo caso de muy buena gana.

Necesitaba esa ducha como agua de mayo. Se metió en la bañera, con unas pocas sales de baño y música relajante, cerró los ojos disfrutando de la sensación del agua caliente bañando sus curvas. Se lavó el pelo con delicadeza y limpió cada centímetro de su piel, llevándose el mal rollo y las malas vibraciones que le había causado la situación con los periodistas. Escuchó a Nana entrando en la habitación, así que salió de la tina, se puso su albornoz, una toalla en su cabeza y entró en su cuarto. Rose le había hecho una sopita caliente y un sándwich ligero. Le sonrió agradecida, no sabía qué haría sin ella.

—Te dejo sola para que hables con los niños. Cuando acabes avísame y vendré a buscar la bandeja.

—Gracias, Nana... —En cuanto estuvo sola y acomodada cogió su móvil y llamó a Luc.

—Hola, pequeña... ¿Qué tal te ha ido el día?

—Agobiante, Luc. Hoy ha sido de locos.

—¿Qué ha pasado? Espera que pongo el manos libres, que Liam acaba de entrar en el despacho.

—Lo que ha pasado es que el *Bild* ha publicado unas imágenes nuestras en las que salimos besándonos. Han llegado aquí y los periodistas han montado campamento enfrente de la Leichmann Oil. Casi me los llevo por delante porque se abalanzaron sobre el coche... No podemos seguir así.

—¿Perdón? ¿Que han hecho qué? —preguntó Liam asombrado.

—Lo que oís. Tenemos que hacer algo cuando vaya para ahí. Yo no puedo con esto. No me gusta la prensa y lo sabéis.

—Podemos hacer público un comunicado. Diciendo que nos hemos

dado otra oportunidad y que nos respeten.

—No sé. Haced lo que os parezca más obvio y fácil. Yo no quiero saber nada de estas cosas. Lo que necesito es tranquilidad. Tengo muchas cosas que hacer y organizar y todo esto me lo dificulta. Así que poneos las pilas.

—Tranquila. Lo solucionaremos.

Hablaron un rato más acerca de lo que iban a hacer, de cómo había ido el día, de sus planes de futuro cuando estuviesen juntos... Aunque poco tardaron en despedirse porque Alexandra se caía del sueño, por lo que se despidieron.

Unos días después, Alexandra y Rose cogieron un avión destino Alemania. Rose estaba algo nerviosa, dado que tenía su alemán un poco oxidado, pero con la ayuda de los gemelos y Alexandra seguro que le sería mucho más fácil de manejarse. Además, ellos la ayudarían en lo que fuese necesario y la acompañarían a donde hiciese falta. Le debían mucho y eso no lo iban a olvidar nunca.

La casa de Rose estaba también en la zona de Blankenese, cerca del *Hessepark*, un parque que contaba con una piscina, sitio para pasear, jugar...era un sitio perfecto para su Nana querida. El piso era muy luminoso, con grandes espacios abiertos, cocina chiquitita pero muy agradable. La habitación principal y el salón contaban con un balcón en el que se podía disfrutar de la naturaleza que rodeaba al edificio. En definitiva, un precioso y confortable sitio donde vivir. A Rose le encantó y quedó en llamarlos en cuanto acabase de instalarse para celebrar una pequeña comida de bienvenida y agradecimiento.

Cuando todos estuvieron instalados, Luc mandó una nota de prensa a todos los medios de comunicación alemanes, para juntarlos en una de las salas más grandes de la empresa de su padre. Michael no dijo nada, solo se presentó allí y esperó a que sus hijos hablaran. Se colocó a un lado de la sala, a la expectativa. Había notado que Alexandra estaba allí y no le tenía muy buena espina su presencia allí.

—Buenas tardes a todos —comenzó a hablar Luc—. Os hemos citado aquí para hablar de mí y de Alexandra. Como sabemos, han salido a la luz unas fotos nuestras en las que salimos con una actitud un tanto... cariñosa.

Sobre eso, queremos hacer público que nos hemos dado otra oportunidad. — Le cogió la mano a Alex y le sonrió—. Tras años separados, hemos dejado a un lado nuestros problemas y queremos empezar de cero otra vez. Por ello, rogamos que se nos deje tranquilos. Nuestra vida privada es nuestra y no queremos que nada ni nadie se entrometa en ella. Si hay alguna noticia referente a ella, nosotros mismos nos encargaremos de hacerla pública en una rueda de prensa como esta. ¿Hay alguna pregunta? Varios de los periodistas levantaron la mano y Luc señaló a uno reportero rechoncho de ojos azules de la primera fila.

—Quería hacerle una pregunta a la señorita Leichmann. —Alexandra asintió y se acercó al micrófono—. ¿Qué pasa con su empresa de Madrid? ¿Se va a quedar aquí permanentemente?

—Sabía que esta pregunta iba a salir... —Rió divertida—. Bien, mi empresa en Madrid está liderada en estos momentos por Oliver, mi hombre de confianza. He dejado instrucciones muy claras para que todas las decisiones pasen por mí antes de ser tomadas. También he decidido que una vez al mes me acercaré allí para ver cómo están las cosas y controlar todo en reuniones. Evidentemente me trasladaré aquí, pero Leichmann Oil Madrid estará muy bien controlada.

—¿Piensan casarse otra vez? —preguntó una chica rubia de muy bien ver.

—No lo sabemos. Eso lo iremos viendo según vaya pasando el tiempo —contestó Luc.

Tras varias preguntas más, dieron la rueda de prensa por terminada, así que se dirigieron al despacho de Luc en la empresa. Alexandra ya estaba más tranquila y se sentó en uno de los sillones que tenía allí su, de nuevo, chico. Liam le tendió una botella de agua, de la que bebió gustosamente. No tuvieron mucho tiempo de relajación, ya que Michael Schröder entró sin previo aviso y como un huracán. Los tres miraron hacia la puerta y se tensaron. ¿Qué demonios le pasaba?

—¿Se puede saber en qué estabais pensando? No avisarnos ni a mí ni a vuestra madre de que esta... señorita, si se le puede llamar así, ha venido para quedarse.

—Es mi decisión, padre. No tenéis nada que hacer en cuanto a esto —contestó Luc decidido.

—¿Cuándo has cambiado, hijo? Tú antes no eras así.

—No, era vuestro sumiso y lameculos hijo. —Alexandra y Liam

abrieron los ojos sorprendidos por lo que estaban escuchando—. Y eso se ha acabado. Quiero a Alexandra y me voy a quedar con ella. Os guste o no.

—Esto traerá consecuencias. Los accionistas y acreedores de la Schröder Company no confían en la gestión de esta niña rica y nos causará problemas a la larga.

—Eso es porque no la conocen, padre...

—Tú cállate, Liam. No tienes vela en este entierro —le espetó Michael con lengua viperina—. O acaso me vas a negar que no andas detrás de esta pequeña zorra que se ha colado en la casa de tu hermano. ¿Te crees que tu madre y yo no lo notamos? —Alexandra se acercó a su exsuegro y le dio un bofetón que los dejó sin palabras.

—Que sea la última vez que hablas así de mí y que sea la última vez que hablas así a tus hijos. No son marionetas y saben lo que tienen que hacer, así que, ahora te largas de este despacho si no quieres más problemas conmigo, porque os puedo dejar en la bancarrota y créeme, tus hijos no pasarán hambre, pero tú y tu querida mujer sí.

—No sabes con quién te estás metiendo, niñaata.

—Creo que sí lo sé. Fuera del despacho de Luc ahora mismo. — Michael les echó una mirada llena de furia y salió de allí dando un portazo.

—¿Es raro que esto me haya puesto mucho? —preguntó Liam extrañado. Luc y Alexandra se miraron y empezaron a reír descargando toda la tensión acumulada de ese momento.

Michael entró en su despacho con una furia desmesurada. Se echó un whisky y lo bebió de un trago, intentó calmarse, pero le fue imposible y tiró el vaso contra la pared, haciéndolo añicos. Esto hizo que su secretaria, Nathalia, entrase a ver qué estaba pasando por culpa del gran estruendo que había escuchado.

—¡Largo! —gritó su jefe. Nathalia le hizo caso y cerró rápidamente la puerta—. ¡Maldita seas, Alexandra Leichmann! —Su teléfono móvil sonó varias veces, no lo quería coger, pero, al ver el nombre que aparecía en pantalla, presionó la tecla verde.

—¿Se puede saber en qué momento nuestros hijos se han descarrilado de esta manera?

—Desde que la puta de Alexandra Leichmann entró en sus vidas.

—¿Lo sabías? ¿Sabías todo esto?

—Si lo hubiese sabido, habría intentado pararlo. Esto me ha cogido por sorpresa tanto como a ti, querida, así que perdóname si no te lo he dicho antes.

—Maldita zorra... ¿Qué haremos ahora?

—No lo sé, pero tendremos que actuar y rápido. No quiero que se vuelvan a casar y mucho menos tener hijos. Además, tenemos a nuestros dos hijos en contra... Liam está prendadito de la niñata.

—Sabía que no eran imaginaciones mías, lo sabía. Se le nota a leguas... ¿Te lo ha confirmado?

—No, pero la víbora esa salió en su defensa. ¡Me abofeteó! ¿Te lo puedes creer?

—¿Y no le diste de vuelta? ¡Eres imbécil!

—¿Quieres que tus dos hijos me den una paliza? —Ambos callaron. Solo se escuchaban las respiraciones agitadas—. Iré ahora a casa y hablamos. Tenemos mucho que planear...

—Aquí te esperaré, mi querido marido...

Al llegar a la casa, Alexandra se quitó sus tacones y subió a la habitación descalza. Sus pies la estaban matando y el estrés acumulado era demasiado, así que decidió ducharse y relajarse. Se desnudó y soltó su larga melena dorada, para después meterse en la ducha. Había sido un día muy completo y los viajes le mataban, sin contar con todas las emociones de la rueda de prensa y el espectáculo que había montado su exsuegro.

Se mojó el pelo, lavándolo con calma. No tenía prisa en acabar, era su momento, aunque también sabía que sus chicos no la iban a dejar mucho en paz. Siguió durante un rato con su baño, limpiándose bien todas las zonas de su cuerpo y le extrañó que ni Liam ni Luc apareciesen por el cuarto de baño. Se puso su albornoz cuando acabó y desenredó su cabellera. Cuando estuvo lista, salió hacia la habitación y los vio a los dos, sin camisetas ya, mirándola divertidos.

—Pensabas que íbamos a entrar, ¿verdad? —preguntó Luc.

—Pues te has equivocado... —siguió Liam.

—Sentaos y callad. —Les ordenó ella seria. Los gemelos le hicieron

caso sin rechistar, siempre sin quitarle la mirada de encima.

Alex se desabrochó el lazo del batín y lo dejó caer al suelo. Parecía una diosa griega recién salida del Olimpo. Se acercó a ellos despacio, contoneando su cadera, sus pechos se movían al compás de sus pasos, hipnotizando a los hermanos. Sonrió de lado al verles las caras de expectación.

Cuando estuvo a su altura, acarició sus pechos a la vez, con delicadeza, despacio, sin prisa, poniéndolos nerviosos. Rozó sus labios con los de Liam primero, mirando de reojo a Luc, que se tensó. Sonrió de lado, contenta con la reacción de su exmarido, así que dejó a Liam con la miel en los labios y besó con ganas a Luc, que la agarró y la sentó sobre él, palpando su trasero y manoseándolo.

Mordió el labio inferior a Luc, separándose de él para hacerle rabiar y, seguidamente, lamió los labios de su gemelo. Quería provocarlos, jugar con ellos, y no se lo iba a poner fácil. El moreno la intentó retener, pero se escapó de sus brazos y reptó por la cama hasta llegar al cabecero, donde se apoyó y abrió sus piernas para que la vieran en todo su esplendor. Acarició todo su cuerpo mirándoles, repasando sus pechos y sus pezones con calma, cerrando los ojos y gimiendo muy bajito, mordiéndose el labio. Bajó sus manos hasta su bajo vientre, donde rozó su clítoris, hinchado y notándose húmeda por la excitación. Escuchó las respiraciones agitadas de los dos hombres que tenía delante, a sabiendas de que estaban impacientes por tocarla y hacerla gritar de placer.

Indicó a Liam que se acercase, haciendo que lamiese todo su vientre, subiendo hacia sus pechos. Allí, el teñido empezó a succionar sus pezones, disfrutando de tenerla para él solo, pero eso le duró más bien poco, ya que su chica indicó a su hermano que bajase a lamerla. Gimió excitada. Tenía a sus dos hombres dedicados a ella. Enredó sus dedos en el pelo de ambos para juntarlos más a ella, necesitaba sentirles mucho más cerca, devorándola, comiéndola, alimentándose de ella. Estaba tan excitada que poco tardó en correrse para ellos, gritando extasiada.

Los hermanos se sonrieron mirando el uno para el otro. Alex los besó con dedicación, bajando poco a poco por el pecho, primero de uno y luego del otro. Desabrochó el pantalón de ambos y con la mirada les ordenó que se los quitasen. Ahora le tocaba a ella hacerles sufrir. Decidió que era buena idea que, mientras devoraba el miembro de uno, acariciaría el del otro y eso fue exactamente lo que hizo. Cuando se cansaba, cambiaba las tornas y cambiaba

la posición de su mano y boca. Primero rápido, luego despacio, soplar, lamer la punta, apretar la base, morder, jugar con sus testículos...todo lo que se podía imaginar lo hacía, hasta que ambos gritaron, no al unísono, pero casi, al llegar al orgasmo. Sonrió satisfecha del resultado y se tumbó entre los dos, que se acomodaron para dormir y descansar. Sí, podría vivir con eso toda la vida. Eso estaba claro.

Capítulo 18

—¿Me queréis hacer puñetero caso? —dijo Alex exasperada por la situación. Habían quedado para comer y tener un poco de tiempo para ellos, ya que con las empresas y las obras apenas se veían, y, cuando estaban allí, en uno de los restaurantes más lujosos de Hamburgo, con unas vistas maravillosas de la ciudad, no hacían más que estar con los teléfonos móviles atendiendo a cosas de trabajo.

—¡Vale, vale! Tienes razón, cariño —contestó Luc guardando el móvil en el bolsillo de la chaqueta. Le dio un codazo a su hermano, llamándole la atención. Cuando se dio por aludido, levantó las manos a modo de disculpa e hizo lo mismo que su gemelo.

—Lo siento, lo siento. Todos tuyos, mi querida princesita.

—Veremos por cuánto tiempo... —comentó entre dientes.

—Cariño, lo sentimos de verdad. Hoy ha sido un día de locos en la empresa, La fusión de *Schäffer Mechaniks* y la *Schöder Company* nos ha sobrecargado de trabajo. No es nuestra culpa...

—Es culpa de vuestro padre. Sabe que apenas nos vemos, pero con tal de hacernos la vida imposible es capaz de hacer cualquier cosa. —Gruñó enfadada.

—Venga, piensa que mañana es la gran fiesta, y podrás lucir como una verdadera princesa...

—Vampira —interrumpió a Luc.

—Vale, princesa vampira, y tendremos una noche de ensueño y le darás en los morros a nuestros padres, porque no te han invitado e irás igual... — Alex rió divertida y sonrió de lado traviesa.

—Eso los hará enfadar mucho...

—Sí, mucho. —confirmó Liam.

—Y eso me encanta...

—Sí, te encanta mucho, cielo. —volvió a afirmar Liam.

—Bien. Perdonados. —Los gemelos soltaron una carcajada ante la reacción de su chica. Iba a continuar hablando, pero la camarera se acercó para atenderles. Los observó de arriba abajo, comiéndoselos con la mirada,

así que la miró con la ceja alzada y carraspeó—. Mis amores, ¿qué queréis para comer? Esta amable chica está esperando para servirnos... —La pelirroja la miró con una sonrisa falsa. Sabía que le había sentado fatal que le insinuase que solo estaba allí para atenderles y que era inferior a ellos, pero se lo tenía bien merecido por mirarlos de esa manera. Eran suyos y de nadie más.

—Pues yo voy a pedir una ensalada César y de segundo una lubina al horno. —Pidió Liam.

—Yo en vez de ensalada, sopa, y lo mismo de segundo. —Siguió Luc.

—Para mí nada de primero, pero de segundo quiero el pollo salvaje con arroz, gracias. —Y dio por zanjada la visita de la camarera, que recogió la carta y se fue echando humo por las orejas, no literalmente, claro.

—Te has pasado, Alex... —le riñó su exmarido.

—No me gustaba como os miraba esa lagarta. Solo marco mi territorio... —dijo con un tono inocente ella—. Como os quería decir, me ha llamado el jefe de obra esta mañana, tengo que pasarme por allí antes de la fiesta. Sé que empieza a las ocho, pero prometo estar antes de las nueve en el hotel. Me llevaré mi coche y así no tendréis que venirme a buscar. La empresa va a ser vuestra y quedaría muy mal que os hiciera llegar tarde.

—¿Sabes llegar bien al edificio?

—Sí, Luc. sé llegar. Tranquilo. Llevaré ya la ropa en el coche y me cambiaré antes de aparecer. Iré ya maquillada y peinada, solo será vestirme. Prometido.

—¿Promesa de niña *scout*?

—Promesa de niña *scout*.

Al día siguiente, Luc y Liam fueron temprano a ver cómo estaban preparando todo para la gran fiesta de fusión de empresas. Por las fotos que le mandaron, ya había medios de comunicación acampados a la entrada del Hotel Atlantic Hempinski Hamburg, de cinco estrellas, por supuesto, elección de Michael Schröder.

Su vestido había llegado hacía unos minutos y deseaba probárselo antes de que se lo vieran sus chicos. Era una sorpresa, ya que nadie lo había visto. Solo ella. Era totalmente negro, largo con algo de cola, tenía un escote de

infarto que llegaba hasta casi el ombligo y la parte de arriba era completamente de encaje. Sonrió al verse en el espejo con él, pero se lo quitó rápidamente y lo metió en la funda de la tienda. Dejó todo preparado para salir de casa y meterlo en el coche cuando le fuese hora.

Comió sola en la mansión, viendo las noticias, arreglando algunas cosas de la sede de Madrid... Pronto le tocaría volver a hacer la visita de rigor para comprobar cómo iban los empleados, tanto en la sede como en la fábrica. Quería que estuviesen contentos, ya que no quería ser cómo su padre, que solo miraba por él y por el dinero que entraba con los negocios. Tenía la sensación de que en todos los años que estuvo al frente de la Leichmann Oil había visitado la fábrica un par de veces y por obligación. Zafrine le puso al corriente del todo y habló con Oliver vía Skype, según él, iba todo bien y no había nada de lo que preocuparse.

Cuando acabó con esos menesteres, decidió llamar a su maquilladora y peluquera para que la fuese a arreglar a casa. Ya tenía la cita concertada, pero necesitaba que fuese un poco antes, ya que sus planes de ir directamente a la fiesta se habían chafado al recibir la llamada del jefe de obra. Intuía que había algún problema o quería mirar alguno de los materiales para escoger qué y cómo ponerlos.

Elisabeth la maquilló con tonos oscuros en los ojos y el pintalabios, de color rojo mate, se lo dejó al lado de su cartera. En cuanto al peinado, le hizo una diadema con una trenza para que no le molestase el pelo delante de la cara y le puso un falso recogido para dejar la espalda del vestido visible. Le sonrió agradecida cuando acabaron. Bajaron juntas las escaleras y, cuando estaban ya en la entrada, los chicos entraron riendo en la casa. Les sonrió, despidiendo a Elisabeth.

—¿Te vas ya? —Alex asintió cogiendo la ropa y los tacones—. Y nosotros que esperábamos que nos ayudaras con las corbatas...

—Liam, lleváis pajaritas. Lo que quieres es que os meta mano...

—Vaaaaaaale... Me has pillado...

—Nos vemos después. En cuanto salga, os aviso. No he de tardar. Lo prometo. Os quiero... —Los besó sonriendo y salió por la puerta corriendo. Ya llegaba tarde.

Los gemelos se pusieron sus trajes negros, ambos con pajarita. Liam se peinó su pelo rubio hacia atrás con gomina, Luc, sin embargo, se puso su melena oscura en una coleta. Cogieron su Audi Q5 para dirigirse hacia el hotel. La ciudad estaba preciosa de noche, las farolas alumbraban las calles de Hamburgo y le daban un toque especial.

Al llegar, bajaron de su coche, dieron las llaves al aparcacoches y tuvieron que entrecerrar los ojos hasta que se acostumbraron a los flashes de las cámaras fotográficas. Saludaron con la mano a la gente que allí estaba esperando, a fans que tenían, siempre con una sonrisa.

Cuando entraron en el hotel comprobaron que sus padres los estaban esperando en el photocall. Michael lucía un traje gris y corbata del mismo color, su madre... un vestido despampanante de color rojo, con un escote que casi dejaba sus pechos al aire. Los hermanos eran conscientes de que su madre tenía un tipazo para la edad que tenía y que le gustaba, pero a veces era excesivo.

Se saludaron de manera cariñosa mientras los periodistas sacaban fotos y los grababan. Posaron como mandaba el protocolo y Luc y Liam se acercaron a contestar algunas preguntas. ¿La que más se repetían? Que dónde estaba Alexandra Leichmann, que cómo les iba en la relación, etc. Una vez acabaron, se adentraron en la sala de eventos que el hotel había preparado y de la cual se quedaron asombrados por cómo había quedado decorada. La mesa presidencial era la más grande de todas, rectangular, el resto de las mesas eran redondas, todas con manteles blancos y centros de flores en el medio de la mesa. La cubertería era sencilla pero elegante. Habían hecho un muy buen trabajo.

—Son casi las nueve y Alex no ha llegado... —comentó Liam preocupado.

—Estará bien. No te comas la cabeza, seguro que se han enrollado a escoger los materiales de la obra. Ya casi han acabado y queda elegir los muebles, la pintura...

—Sí, lo sé. Soy muy consciente de que a ella le encantan esos temas y puede estar hablando de ello millones de años, pero dijo que antes de esta hora estaría y nada.

—Tranquilo. Llegará. —Lo apaciguó su hermano.

Caminaron hacia su mesa, saludando a los empresarios y esposas que allí estaban. Les daban la enhorabuena por el gran negocio que habían hecho con la fusión de las dos empresas. Tras unos minutos hablando con una de las

pretendientes de Liam, la gente comenzó a murmurar y a mirar hacia la puerta, así que giraron la cabeza hacia la entrada del gran salón, descubriendo que Alex lucía preciosa y dejaba a todo el mundo boquiabierto.

—Voy a por ella, discúlpame... —dijo Luc como pudo. Se acercó a su exmujer devorándola con la mirada. Cuando estuvo junto a ella, la agarró por la cintura y la besó despacio.

—Hola... —susurró Alex contra sus labios sonriendo.

—Hola, estás realmente preciosa. No sé qué decir...

—Ya lo has dicho. —Rió Alex—. Siento haber llegado tarde, me enrollé un poco con el jefe de obra...

—Díselo a Liam, estaba que no podía con él mismo de la preocupación.

—¿Dónde está? —Lo buscó por la sala y lo localizó junto a una rubia que lo observaba como si una presa fuera. Lo cierto era que la chica era bastante mona, pero Liam era suyo. Se acercaron a él cogidos de la mano y besó su mejilla saludándolo—. Hola querido. ¡Ya llegué!

—Pasó lo que yo te decía que pasaba, Liam. La decoración le pierde.

—Estaba muy preocupado, Alex. Podías haber llamado.

—Lo siento... Te lo compensaré —dijo poniendo ojitos de cordero degollado. Liam sonrió de lado, pero un carraspeo les cortó el momento. Giraron la cabeza hacia la rubia de ojos azules que estaba allí parada de pie y le sonriendo.

—¿No nos vais a presentar? —preguntó la extraña.

—Ya me presento yo, querida. Soy Alexandra Leichmann, la ex mujer y novia de Luc y presidenta de Leichmann Oil y tú eres...

—Elisabeth Müller, hija de Jennifer y Timo Müller, dueños de la empresa *Müller&Müller*.

—Comprendo. Encantada, Elisabeth. Y puedo saber por qué te han invitado a venir... Si no eres dueña de nada, solo hija de.

—Por eso mismo estoy aquí. Porque soy hija de y porque algún día encontraré a mi príncipe azul en una de estas reuniones —dijo esperanzada y con ilusión mirando hacia Liam.

—Sí... Claro, que sí. ¿Y a qué te dedicas? —preguntó interesada Alexandra.

—Moda, supongo. Intento abrirme paso entre las *influencers* del mundo. Tengo casi mil seguidores en Instagram.

—Qué bonito. Mírala qué moderna ella —dijo mientras rechazaba una copa de champán.

—¿No bebes?

—No, no bebo. Soy una chica sana... —le contestó con una sonrisa falsa.

—¡Ay, claro! Tu alcoholismo y tu adicción a las drogas... que torpe soy.

—Sí, bueno, yo al menos hago algo de mi vida provechoso.

—Bueeeeno... —Cortó la conversación Luc al ver que se estaba empezando a desmadrar un poco—. Vamos a sentarnos, van a servir la cena. Hasta luego, Elisa.

—Chao, nos vemos después en el baile. —Liam siguió a su hermano y a su excuñada riéndose divertido. Le encantaba ver en esa tesitura a Alex.

—Has sido un poco descortés, cariño. —Le rió Luc a la vez que le apartaba la silla de la mesa para que se sentase.

—Empezó ella, yo solo me defendí. Da gracias que no le haya partido la cara, Luc.

—¡Ay, que me troncho! —dijo Liam entre risas mientras se secaba las lágrimas que caían por su mejilla. Luc lo miró serio y de manera reprobatoria. No quería que la animase más a hacer ese tipo de cosas.

—¡Vaya! Si está aquí mi exnuera... —comentó Sabine cuando pasaba por detrás de ellos para ocupar su sitio—. ¿Quién te ha invitado, querida?

—Tu hijo, que si no lo recuerdas es mi exmarido y mi actual pareja. Si no te gusta... Te jodes, querida suegrita. —Y sonriendo tomó un sorbo de su copa de agua.

—Ten cuidado de no atragantarte con la comida y armar un espectáculo... Ya que no puedes beber...

—Igual lo hago. Es divertido —contestó guiñándole un ojo.

La comida transcurrió con normalidad, entre brindis, platos exquisitos, conversaciones amenas y risas. Los asistentes estaban encantados con la fiesta y se lo estaban pasando en grande. Todo un éxito. Hubo un discurso de Michael Schröder y Daniel Schäfer dándose las gracias mutuamente, a los invitados, y brindando por la bonita y próspera unión y, cuando acabó, dieron paso al baile amenizado por una banda en directo. Alexandra sonrió al ver a la gente bailando y divirtiéndose.

Bailó primero con Liam y luego con Luc, se rió, conoció a hombres y mujeres de negocios muy influyentes y amables. Fue una buena noche. Fueron de los últimos en animarse a irse, así que, como sus chicos iban un poco bebidos, decidieron irse en el coche de Alexandra. Luc había tomado la delantera cantando y riendo, Alex iba ya descalza ya que sus pies la estaban

matando y Liam la acompañaba con una sonrisa tonta en la boca.

—¡Me pido delante! —gritó Luc para chingar a su hermano.

—De eso nada, delante voy yo —dijo mientras echaba a correr detrás de Luc. Alex abrió el coche para que se matasen cuando llegasen. Nada más escuchar el pitido que indicaba que estaba abierto una gran explosión los empujó hacia atrás, tirándolos al suelo.

Alexandra se llevó un buen golpe en la cabeza al caer. Tardó unos minutos en reponerse y centrar su mirada en algún punto. Puso una mano en su cabeza y cuando la bajó, comprobó que estaba sangrando. Miró como pudo a su alrededor. Vio que su coche había volado por los aires y busco desesperadamente a Liam y a Luc. Escuchaba sirenas a lo lejos, suponía que la policía y los bomberos.

—¡Luc! ¡Liam! —Se puso en pie como pudo, mareada por el golpe y con un dolor de cabeza terrible. Volvió a llamarlos una y otra vez hasta que escuchó toser a alguien. Se acercó como pudo y al llegar descubrió a Liam sangrando por el brazo derecho y por la pierna izquierda, donde un trozo de algo se la estaba atravesando—. ¡Liam! ¡Dios mío, Liam! ¿Estás bien?

—Mi pierna... me duele mucho... —contestó en un susurro él—. Luc, ¿dónde está?

—No lo sé, no lo veo. Te haré un torniquete, ¿vale? —Se rompió un cacho del vestido y se lo enrolló alrededor de la pierna, justo encima de donde tenía la herida. Lo apretó bien, con fuerza para que dejase de salir la sangre—. Voy a buscar a Luc, ¿vale? No te muevas mucho, por favor.

—Sí... sí... —Alexandra se levantó con cuidado y siguió caminando hacia la zona donde estaba aparcado su coche, o lo que quedaba de él.

—¡Luc! ¡Luc, contesta! —Miró por todas partes, apartando trozos de materiales que no podía identificar. Las sirenas cada vez estaban más cerca y esperaba que llegasen pronto. Necesitaba saber que todo iba a ir bien y que sus chicos iban a estar bien. Tropezó con algo y miró hacia abajo. Era un zapato negro, así que apartó un tablero metálico y encontró a Luc. Estaba muy malherido, con sangre y quemaduras por donde alcanzaba ver. Se agachó nerviosa e intentó despertarlo, pero no lo conseguía—. ¡Luc! ¡Mírame! ¡Despierta! No puedes dejarme ahora, mi amor. No puedes. Despierta, por favor. Por favor... —dijo comenzando a llorar—. Tienes que despertar.

—Señorita, señorita, ¿está usted bien? —levantó la mirada y descubrió a un policía. Ella asintió, pero señaló a Luc, que estaba muy grave—. ¡Necesitamos un médico aquí! ¡Es urgente! —El policía la agarró para

apartarla un poco—. ¿Hay alguien más herido aparte de ustedes dos? —Ella señaló hacia el lugar en el que se encontraba Liam y el policía se lo indicó a algunos sanitarios más que llegaban—. Tiene que quedarse quieta y la atenderán ahora.

—Yo estoy bien, solo necesito saber que ellos están vivos. Por favor, dense prisa... —Alex empezó a notar cómo las fuerzas le empezaban a fallar—. Por favor... Sávenlos... —Y sus ojos se cerraron.

Capítulo 19

Alex abrió los ojos y los cerró de golpe por culpa de la claridad. Se llevó una mano a la cabeza y comprobó que la tenía vendada. <<¿Qué ha pasado?>>, pensó para sí misma. Escuchó a alguien susurrar a su lado y dirigió la mirada hacia donde provenía. Les costó enfocar, pero cuando lo hizo, descubrió que Rose y Merlinda estaban allí con ella.

—¡Alex! —Rose se acercó a ella corriendo y le cogió de la mano—. ¿Cómo estás? ¿Te encuentras bien?

—¿Qué ha pasado? —preguntó en un susurro, ya que notaba la boca seca.

—¿No te acuerdas? —dijo Merlinda mirándola. Alex negó intentando incorporarse—. Tu coche explotó. Luc y Liam están en otras habitaciones... —Entonces los flashes de lo que había pasado le vinieron a la mente y abrió los ojos asustada. Sus pulsaciones se aceleraron ante los recuerdos.

—Están vivos, tranquila, cariño.

—Quiero verles. Necesito hablar con el médico. Tengo que estar con ellos. Yo estoy perfecta.

—Llamaremos al médico y él decidirá. Espera a que venga y luego decidimos qué hacer, ¿vale? —Alexandra asintió no muy convencida, pero tuvo que hacer caso. Sabía que su Nana era muy persuasiva y no iba a dejar que hiciera lo que ella quisiera. Merlinda salió del cuarto para avisar al doctor, que tardó menos de cinco minutos en personarse en la habitación. La reconoció, oscultándola, mirándole las pupilas, le miró la herida de la cabeza, etc...

—Veo que está todo bien y no hay problema con que los vayas a ver, pero tienes que tener en cuenta que, a cualquier síntoma de conmoción, vuelves a la habitación de inmediato y me avisas. Puedes morir si no se atiende como es debido, ¿entendido?

—Sí, entendido. Ahora quiero ir a verles y que me expliquen qué es lo que tienen.

—Te acompañaré, no hay problema.

—Y necesito que los pongan en una misma habitación. Quiero estar con los dos.

—Haremos lo que podamos. Ahora mismo están en habitaciones contiguas —dijo mientras la ayudaba a sentarse en una silla de ruedas para que no tuviese que esforzarse mucho—. Tú has tenido suerte, Alexandra. Tienes unas cuantas contusiones y el golpe de la cabeza no ha sido demasiado grave. A Liam lo hemos tenido que operar de urgencia, ya que tenía clavada una parte metálica del coche y casi pierde la pierna. Por suerte los paramédicos actuaron con rapidez y se la hemos podido salvar. También sufrió un corte profundo en el brazo que ya hemos solucionado y tiene magulladuras por todo el cuerpo. Está fuera de peligro, pero tenemos que vigilarlo. —Le contó según se dirigían a la habitación de Liam—. De Luc te hablaré cuando estemos en su habitación. Lo tenemos sedado. Ahora entra y te esperaremos aquí fuera.

—Gracias, doctor.

Alex entró por su propio pie en la habitación sin llamar y muy despacio, ya que no sabía si Liam estaba despierto o dormido. Le sonrió al ver que tenía los ojos abiertos y estaba viendo la televisión, Liam le devolvió la sonrisa feliz de verla bien. Se acercó a él y acarició su mejilla con cariño.

El joven tenía la pierna alzada, inmovilizada y vendada, le vio heridas pequeñas por la cara, el cuello y las manos, la cabeza la tenía vendada igual que ella y el en brazo, tal y como había dicho el médico, tenía gasas en la parte del hombro. Si Liam estaba así, no quería imaginarse cómo estaba Luc. Tenía miedo de ir a verle.

—Cariño... ¿cómo estás? —preguntó él mirándola preocupado.

—Yo estoy bien. Solo tengo un poco de dolor de cabeza, pero estoy muy bien. ¿Tú? Estás hecho un cromo...

—Sobreviviré. Soy duro de mollera... —sonrió divertido—. ¿Has ido a ver a Luc? —Alex negó apesadumbrada.

—No sé lo que me voy a encontrar. No me han dicho nada sobre su estado, el doctor me explicó cómo estabas tú y entré. He pedido que os pongan en una misma habitación para poder estar los tres juntos. Supongo que yo me podré ir a casa antes que vosotros...

—Me parece bien, cielo. Es una muy buena idea.

—¿Sabemos quién ha hecho esto? —Liam negó.

—Voy a ver a tu hermano y luego vuelvo, ¿vale? Te quiero, mi vida...

—Lo besó con dulzura y con cuidado de no hacerle daño.

—Y yo a ti... —susurró contra sus labios.

Salió de la habitación y se dirigió a la puerta de al lado. Esa era la habitación de su exmarido, de su Luc, de su moreno serio. Respiró hondo con

los ojos cerrados. El doctor abrió la puerta y entraron en silencio. Solo se escuchaba las máquinas que tenía conectadas a su cuerpo. Alex se tuvo que apoyar en la pared de la impresión de verle así. Le habían rapado su maravillosa melena y ahora lucía una cicatriz bastante visible. Tenía vendas y gasas por la mayoría de su cuerpo y heridas y cortes por donde ella alcanzaba a ver.

—Le hemos tenido que inducir el coma, Alex. El golpe que sufrió en la cabeza fue bastante fuerte y tiene una inflamación bastante grave. No sabemos cómo va a reaccionar cuando despierte, puede que recuerde todo, recuerde algo o no recuerde nada —Alex se llevó una mano a la boca intentando no llorar desconsolada—. Tiene quemaduras de primer y segundo grado por casi todo su cuerpo, le haremos un injerto de piel según vayamos viendo, pero esperamos que no le queden muchas cicatrices al respecto. Sobrevivirá, de eso no hay duda, pero tenemos que esperar a que despierte y vaya evolucionando.

—¿Cuánto tiempo estará así?

—No lo sabemos, días, semanas... Eso depende de él. Tiene que luchar.

—Lo hará, es un chico fuerte.

—Lo es. De eso no cabe duda alguna.

La joven acarició la mejilla de Luc con amor. Unas lágrimas rebeldes cayeron por sus mejillas al verlo así. Necesitaba que estuviera bien, despierto, sonriendo y metiéndose con ella. Tenía que volver a ser el chico que era, recuperarse. El doctor revisó toda la parafernalia que tenía enchufada al cuerpo y su expediente. Ella solo podía observar a su moreno con pena. Iba a estar ahí para él, cuidándolo y apoyándole.

El doctor le dio el alta a Alexandra tras las múltiples súplicas de ella, siempre bajo su responsabilidad. Ella se encontraba bien, con un leve dolor de cabeza, pero bien. Quería ir a casa, ducharse, cambiarse y volver al hospital para cuidar de los gemelos, y, mientras ella estuviese allí, el doctor le había prometido que cuando volviese, ellos ya estarían en una misma habitación.

—¿Sabine y Michael no han venido, Nana? —preguntó Alexandra esperando por los papeles.

—Vinieron nada más llegar vosotros aquí. Pusieron el grito en el cielo porque no les dejaban ver a los niños, amenazaron con demandar al hospital, pero estaban siendo operados y poco podían hacer. Cuando salieron de la operación, bajaron a verles a la UVI y se fueron. No han vuelto a aparecer por aquí desde eso.

—Comprendo... ¿Cuánto tiempo estuve inconsciente y durmiendo?

—Unas cuantas horas. Sigo viendo un riesgo que quieras el alta, cariño, pero sé que eres muy terca, igual que tu padre, así que te dejo hacer lo que quieras.

—Señorita Alexandra, tiene que prometernos que, si se encuentra mal, va a venir corriendo aquí para que la miren.

—Prometido, Merlinda. Si voy a estar aquí metida, estaré bien vigilada —dijo sonriendo ella.

En cuanto firmó, avisó a Liam de que volvía en una hora como mucho. Liam asintió sonriendo, conforme con lo que su chica había decidido, así que salió por la puerta de la habitación, pero poco pudo caminar porque se encontró de bruces con sus suegros. Ambos se quedaron muy sorprendidos al verla, parecía que habían visto un fantasma.

—¿Qué...? ¿Qué haces aquí?

—Pues me acaban de dar el alta, voy a asearme a casa y vendré de vuelta, ¿por? ¿esperábais otra cosa?

—Pensábamos que estabas muerta. Los medios de comunicación no dijeron nada de que habías sobrevivido y pensábamos que... —dijo Sabine sin poder creerse aún que la tenían delante.

—Vine con ellos al hospital, estuve inconsciente unas cuantas horas y he despertado hace un rato. Ya me han dado el alta, estoy perfectamente. Liam está despierto en esa habitación, Luc está mucho peor que él, pero se recuperará, él está en la habitación de al lado. En una hora estaré de vuelta. Nos vemos después. —Y dicho esto, Alexandra se fue en compañía de Rose a casa. El doctor la había avisado de que había periodistas en la entrada del hospital, así que decidió salir por el parking del hospital, ya que los empleados, muy amablemente, le habían pedido un taxi para irse a casa.

Al llegar al hospital y entrar de la misma manera que había salido, subió a la habitación que le habían indicado. Los chicos ya estaban juntos en un cuarto y podía estar con los dos a la vez. Vio que sus suegros seguían allí, así que los saludó con educación y besó a Liam en la mejilla. Miró a Luc y le cogió la mano, acariciándola con ternura.

Llamaron a la puerta y el doctor entró acompañado de un hombre de

traje negro, que parecía afable. Su pelo ya era canoso, aunque aparentaba ser más joven de lo que pensábamos.

—Chicos, señores Schröder, este es el inspector Cortez. Lleva vuestro caso y quiere hablar con Alexandra y Liam, en privado —Michael y Sabine pusieron mala cara, pero salieron sin decir nada—. Os dejaré solos. Luego vengo a hacer una revisión de las heridas.

—Gracias, doctor —contestó el inspector. Alexandra se sentó en el sillón que tenían para los familiares—. Cómo les ha dicho el doctor, quiero hacerles unas preguntas acerca de lo que ha pasado. ¿Qué es lo que recuerdan? —Liam y Alex se miraron y la joven respiró hondo.

—Verá, estábamos en la fiesta de la fusión de empresas, ya sabe —comenzó Alexandra—. Fuimos de los últimos en salir, ellos iban contentillos, es una fiesta...

—¿Y usted? ¿No bebió?

—Yo no puedo tomar alcohol. Soy exalcohólica y exdrogadicta. Por eso decidí conducir yo. Ellos habían ido en su coche y yo llegué un poco más tarde, tenía cosas que hacer en las obras de mi sede, así que nos íbamos a ir en mi coche.

—Comprendo... —contestó el inspector—. Prosiga.

—No hay mucho más que contar. Salimos, ellos hicieron el tonto con una carrera y, en cuanto abrí el coche a distancia, saltamos por los aires. Eso es lo que recuerdo.

—Entonces doy por sentado que el objetivo era usted. Alguien debió de colocar el artefacto mientras estaban en la fiesta. ¿Sabe de alguien que le quiera hacer daño?

—Que yo sepa no. Todos tenemos a gente con la que nos llevamos mal, pero no creo que nadie quiera matarme por unas riñas insignificantes.

—¿Y en cuanto a los negocios, señorita Leichmann?

—No, tampoco se me ocurre nadie. He procurado hacer lo correcto y tener a todos mis empleados y socios contentos.

—¿Y usted, señorito Schröder? ¿Tiene alguna idea de sobre quién ha podido ser?

—No, la verdad es que no. No sé quién podría ser capaz de hacer semejante cosa. Mire cómo hemos acabado, no tiene sentido.

—Bien, lo que quiero que hagan es que estén bien atentos a cualquier cosa que vean extraña, les pondré vigilancia mientras no resolvamos esto, no hay opción a negarse. También necesito que, en cuanto Luc despierte y pueda

hablar, me avisen —dijo mientras les daba una tarjeta—. Si se acuerdan de algo más, no duden en llamarme.

—Gracias inspector, lo haremos —habló Liam.

—Mejórense. Nos vemos. —El inspector Cortez salió de la habitación tal y como vino, en perfecto silencio. En la habitación solo se escuchaban los pitidos de las máquinas de Luc. Liam estiró la mano para coger la suya a Alexandra. Ahora más que nunca debían estar unidos y alerta. No sabían qué podía pasar.

—¿Cómo ha podido salir tan mal, Michael? ¡No lo entiendo! ¡Se suponía que estaba todo controlado! —susurró enfadada Sabine en una esquina, mientras esperaba que el inspector acabase de hablar con su hijo y Alexandra.

—¡Yo que sabía que iban a estar tan borrachos como para que no cogiesen su coche! Debían de tener un plan B. No es mi culpa.

—Ese tal Carlos es un inútil. —Bufó la madre de los gemelos. Vieron salir al inspector de la habitación y cerrando la boca. Era obvio que estaban detrás de la persona que les había hecho eso a los jóvenes y no querían levantar sospechas. El tal Cortez se acercó a ellos y los saludó con educación—. ¿Saben algo de quién ha podido hacer esto, señor? —preguntó afligida.

—Estamos siguiendo varias pistas. En cuanto sepamos algo, les avisaremos. Ya he quedado con su hijo y su nuera que me llamarán en cuanto Luc se despierte para hablar con él.

—¿No tienen ningún sospechoso todavía? —quiso saber Michael con un obvio interés.

—Todavía no, ya les he dicho que estamos siguiendo varias pistas y tenemos que indagar un poco más. Quería saber cuál es su relación con la joven Leichmann.

—Puede que discutamos un poco, mi hijo tiene una historia un poco difícil con ella y ya sabe que las madres defienden a sus cachorros con uñas y dientes... Pero ¿qué suegra no discute con su nuera?

—¿Y usted, señor Schröder?

—Tenemos nuestras diferencias en cuanto a los negocios, ella mira por su empresa y yo miro por la mía, pero gozamos de una relación correcta y

cordial.

—Entiendo. Muchas gracias por su colaboración, señores. Si recuerdan cualquier cosa sospechosa, no duden en llamarme. Que tengan un buen día. —Y dicho esto, se fue hacia los ascensores.

—Tenemos que saber qué pasa y qué averiguan para adelantarnos a sus movimientos, querido.

—No te preocupes por eso. Yo me encargo de todo. Ahora lo que tenemos que hacer es hacer “las paces” con nuestra querida nuera para no levantar sospecha alguna. Así que finjamos ser los perfectos suegros y padres. Eso hará que se confíen y podremos organizar algo para acabar con su vida...

Capítulo 20

Unos días después y sin esperárselo, Luc abrió los ojos. Fue toda una fiesta en la habitación del hospital y algo desconcertante para él. No sabía qué había pasado ni dónde estaba en un primer momento, pero luego se lo explicaron y algunos flashes llegaron a su cabeza. No recordaba todo, pero por lo menos había despertado. Cómo era de esperar, el doctor se lo llevó a hacerle unas pruebas para saber hasta qué punto le había afectado el golpe en la cabeza. Esperaron ansiosos a que volviese.

—¡Necesito ponerme en pie, joder! —protestó Liam cansado de estar en cama.

—Cariño, la pierna aún la tienes mal, ten paciencia.

—¡Es que me duele el culo, Alex! No siento mis cachetes.

—Liam, hazle caso a Alex. Podemos hablar con el doctor, a ver qué te dice, pero mientras tanto estate quieto —dijo Sabine. Alex alzó una ceja ante las palabras de su suegra—. Si a ti te parece bien, claro.

—Sí, hablaremos con el doctor en cuanto venga. —Sabine y Michael asintieron. Liam miró a la joven de reojo, también extrañado por la actitud de sus padres, pero terminó por encogerse de hombros y dejándolo en algo puntual.

El doctor les explicó que Luc estaba bien, que evolucionaba favorablemente y que no había perdido la memoria, solo tardaría un poco en recordar los momentos previos a la explosión. Por lo demás, estaría unos cuantos días más en el hospital y se podría ir a casa a recuperarse. Liam le expuso sus problemas con sus nalgas y le dejó levantarse con unas muletas para que pudiera ejercitarse poco a poco, sin excederse.

Sabine y Michael mimaron a Luc como si no hubiese un mañana. Apenas dejaron que Alex se acercase a él, así que salió de paseo con Liam por los pasillos de la planta. Caminaron con calma, no había prisa, en silencio, viendo cómo la actividad del hospital pasaba a su alrededor.

—¿Estás bien? —le preguntó Liam cuando se sentaron a descansar.

—Sí, todo bien.

—¿Seguro?

—Tus padres están muy raros... Me acaban de medio preguntar y darme la razón delante de ti.

—Lo sé. Igual solo están intentando arreglar la relación que tenéis.

—¿Tú crees? —dijo irónicamente Alex.

—No, pero bueno, deja que sigan así, es mejor para tí. Menos dolores de cabeza para todos.

—Supongo. Vamos de vuelta anda, tienes cara de cansado.

Al llegar a la habitación, comprobaron que sus suegros estaban listos para marcharse. Habían querido esperar a que Liam regresase para despedirse de él y de ella, claro. Luc los miró incrédulo, pero no dijo nada. Cuando se quedaron solos, Alex se acercó con una sonrisa y lo besó despacio, con mucho cuidado de no hacerle daño.

—Bienvenido... —le susurró.

—Ya me tardaba esto... Mis padres me han absorbido hoy —dijo sonriendo mientras Alex le acariciaba la mejilla.

—Te he echado mucho de menos. Y mírate, estás tan guapo con el pelo rapado...

—¡Con lo que me había costado dejarlo largo! —Puso pucheros como un niño pequeño.

—Míralo por el lado positivo, hermano, ahora tienes cicatrices muy sexys... —añadió levantando las cejas. Alex rió divertida ante el comentario.

—Eso pondrá a mi chica como loca, ¿verdad? —Alexandra asintió.

—Antes de que me pongas loca, tienes que hablar con el inspector Cortez, mi vida. Necesita hablar contigo y hacerte unas preguntas. Nosotros ya hemos tenido una pequeña conversación con él, así como tus padres. Están investigando qué fue lo que pasó y quién quiso hacer esto. ¿Te encuentras con fuerzas para hacerlo?

—Sí, pero ¿podéis decirle que venga mañana por la mañana? Papá y mamá me han dejado agotado y quiero descansar un poco. Necesito estar despejado para que pueda contestar a todo lo que quiera saber.

—Claro, lo llamaremos y le diremos eso, ¿vale? Ahora descansa y duerme un poco —dijo mientras le tapaba y le acomodaba la almohada.

Tras una semana ingresado, el doctor decidió que estaba bien como para

irse a casa. Luc necesitaba reposo y tranquilidad, pero Alexandra estaba segura de que podía cuidarle. Liam también estaba casi recuperado, a pesar de su pierna y de tener que andar con muletas.

Todos en la casa estaban felices de tener a todos de nuevo juntos. Alexandra se había encargado personalmente de que todo estuviese perfecto. También puso la habitación de punta en blanco para que volviese a ser lo que había sido antaño. Iban a dormir los tres en la misma cama. Lo estaba deseando. Después de varias semanas, todo volvería a la normalidad, dentro de lo que se podía, ya que el inspector todavía no había quitado la vigilancia y protección ni de la casa ni de los jóvenes, que aún seguían en peligro. Sabían que tenían un sospechoso, pero no les habían dicho todavía quién era. El inspector quería tener una reunión con ellos a solas, por ello, a sabiendas de que Luc aún estaba convaleciente, quiso ir hasta su casa para hablar personalmente con ellos.

Alexandra dio órdenes de que preparasen café y unas galletitas para que Cortez estuviese cómodo. Liam organizó la agenda de su chica mientras que ella ayudaba a Luc a asearse. Debía tener cuidado con las curas de las quemaduras y tenía revisiones una vez al día con una enfermera. Le miró la herida de la cabeza para comprobar que todo estaba en orden y lo ayudó a vestirse. Entre medias, caía algún beso y caricia, siempre con mucho cuidado de no hacerle daño.

El inspector fue puntual. Subió a la habitación acompañado de Liam y entraron juntos. Alexandra se puso en pie para estrecharle la mano y él se acercó a la cama para hacer lo mismo con Luc.

—Me alegro de ver que está mucho mejor que la última vez que lo vi —comentó Cortez sonriendo.

—No recuerdo haberle visto por el hospital...

—Estaba aún en coma cuando hablé con su exmujer y su hermano, señorito Schröder.

—Siéntese, inspector. ¿Quiere café? —preguntó Alexandra.

—Estaría muy bien, gracias. —Ella asintió y bajó a la cocina a por la bandeja con todo—. Bueno, Luc, si puedo llamarle así.

—Por supuesto, no hay ningún problema. Somos dos Schröder en la misma habitación, tendrá que diferenciarnos de alguna manera. —Rió él con cuidado de no hacerse daño.

—Me gustaría saber qué recuerda de aquel día. Cualquier cosa, por ínfima que sea, ayudará.

—¿Eso ayudará? Quiero decir, sé que tienen ya un sospechoso.

—Sí, lo tenemos. Es más, quería enseñarles unas fotos por si reconocen a la persona que sale en ellas, pero primero quiero que conteste a mi pregunta. Mientras no viene su mujer.

—Pues recuerdo que Alex llegó algo tarde a la cena, íbamos a ir juntos, pero por cuestiones de trabajo fuimos por separado en dos coches. Bebimos, bailamos, comimos... No sé, lo normal en una fiesta así. Luego recuerdo, de manera borrosa porque iba algo borracho, que corrimos hacia el coche de Alex, ya que ella no bebe, y explotó. Y después de eso, negro.

—Entiendo... —comentó para sí Cortez mientras escribía en su libreta. Alexandra entró con la bandeja y sirvió café para todos, como buena anfitriona.

—Querida, el inspector tiene unas fotos que quiere que veamos.

—¡Oh, claro! ¿Ya saben quién me quiere matar? —dijo como si no tuviera importancia.

—Me gustaría que vieran esto. Las imágenes están sacadas de uno de los videos de seguridad que hemos encontrado —habló a la vez que les daba varias fotografías en blanco y negro. Liam Luc las miramos sin saber quién podía ser. Solo se veía a un chico alto, delgado y demacrado, con el pelo oscuro y vestido con un pantalón vaquero y una chaqueta con capucha, la cual estaba puesta sobre su cabeza—. ¿Y bien? ¿Lo reconocen?

—No —dijeron los gemelos al unísono.

—Sí... —susurró Alexandra, dejando a los hermanos paralizados. La miraron preocupados, ya que se había puesto pálida de repente.

—¿Lo conoce, señorita Leichmann? ¿Quién es? ¿Puede facilitarnos un nombre?

—Carlos Martínez... —Cortez escribió el nombre en su cuaderno de apuntes.

—¿Y de qué lo conoce?

—Era... él era. Teníamos una relación, si es que se le puede llamar eso. Estaba en el grupo que tenía en Madrid. Nos acostábamos juntos y me pasaba droga, pero no sé qué quiere de mí ni qué hace aquí. No lo entiendo.

—Ahora mismo lo tenemos en busca y captura. Seguramente no trabaje solo. ¿Sabe si puede hablar alemán? ¿Conoce a alguien en Alemania?

—Que yo sepa no. Nunca me dijo nada de que tuviera amigos aquí y jamás habló conmigo en alemán, pero hace años que no le veo. Desde que vine aquí la primera vez no he vuelto a tener contacto con él. Cuando me casé con Luc lo

alejé de mi vida.

—Entiendo. Quiero que sepan que hasta que no encontremos a este tal Carlos Martínez y no demos con las personas que hayan orquestado el atentado, seguirán con vigilancia y protección las 24 horas del día, ¿queda claro?

—Por supuesto. De eso no cabe ninguna duda, inspector. Cójalo cuanto antes, por favor. —Cortez se tomó el café de golpe y recogió las imágenes para meterlas en la carpeta en las que las había traído.

—Si sabemos algo más, se lo haremos saber. Descuiden que están a salvo mientras estén bajo mi cargo.

—Muchas gracias. —El inspector asintió y se despidió de manera amable. Liam lo acompañó hasta la puerta. Alex por su parte, se acostó con cuidado al lado de Luc en la cama y se acurrucó asustada—. Cariño, estarás bien y protegida. No estés así...

—Cuando estaba en Madrid le confiaba mi vida, Luc... Y ahora me quiere matar. ¿Qué he hecho para merecer eso? ¡No le hice nada! Solo me alejé de su vida.

—Igual es por eso. Pero quiero que sepas que con nosotros no pasará nada. Te cuidaremos y daremos nuestra vida por tí.

—No quiero que hagáis eso. Si morís no sé qué haría. Os quiero y no puedo vivir sin vosotros. Sois todo lo que tengo, mi amor... —Luc la tapó despacio como pudo y acarició su pelo para calmarla.

—Duerme un poco, ¿vale? Liam y yo estaremos aquí cuando despiertes. Siempre estaremos aquí contigo.

Michael y Sabine Schröder estaban esperando en su lujosa limusina al joven que habían citado. Llegaba tarde y odiaban la impuntualidad. Ella golpeaba el suelo con sus tacones y él miraba el reloj cada dos por tres. El chófer les indicó que alguien se acercaba al coche, así que se prepararon por lo que pudiese pasar.

El muchacho entró como una ráfaga de viento y cerró la puerta tras de sí. Parecía cansado y preocupado. Llevaba días escapando y nervioso. No había sido buena idea el aceptar el trato que le habían ofrecido, pero ahora ya no había vuelta atrás.

—Llegas tarde —comenzó Michael en un perfecto inglés.

—Tenía que evitar que me siguiesen. Las cosas no están precisamente bien en estos momentos para mí.

—¡Casi matas a nuestros hijos, pedazo de imbécil! —gritó Sabine enfadada.

—Señora, si quiere matar a Alexandra, ponga usted la bomba. Las cosas no debían suceder así. Yo no podía saber que sus queridos hijos iban a irse con ella. Podían haberlo evitado entreteniendo a sus queridos Liam y Luc para que Alexandra fuese sola hacia el coche. No tengo la culpa de que fuesen borrachos y ustedes no hicieran nada por retenerlos.

—No le hables así a mi mujer, escoria.

—¿Quieren que siga trabajando para ustedes o prefieren que me vaya?

—Ambos callaron—. Bien. ¿Qué quieren que haga ahora?

—Tendremos que separar a la zorra de Alexandra de ellos. Ahora que Luc está en casa no sale y, cuando lo hace, siempre está acompañada. Te llamaremos cuando se nos ocurra algo. Ahora desaparece de nuestra vista y no nos vuelvas a fallar. Si no, tendrás tu merecido.

—A sus órdenes, señor Schröder. Esperaré su llamada. —Carlos salió del coche tal y como llegó. Sabine miró a su marido seria.

—¿Y cómo quieres separarla de ellos y de los policías que la siguen?

—Eso tendremos que pensarlo muy detenidamente, querida. No va a ser fácil, pero lo conseguiremos. De eso estáte segura. Acabaremos con ella de una manera o de otra...

Alexandra salió por la mañana del día siguiente con la escolta que el inspector le había puesto. Se le había ocurrido una idea y quería sorprender a sus chicos. Se acercó a una perrera y habló con las gerentes. Le enseñaron las instalaciones y los perros que allí se encontraban. Eran muy juguetones y los mimó como pudo, ya que se peleaban para que jugara con ellos y acabó llena de babas de los lametones que recibió.

Quiso llevarse a dos de ellos. Uno se llamaba Bobby, un mestizo de Dobermann y Bóxer de apenas un año, el otro era otro mestizo, pero esta vez de un Stanford americano, un poco más mayor que Bobby y que se llamaba Max. Ambos estaban encantados y excitados de llegar a su nueva casa. Podrían correr por el jardín y recibirían mucho cariño de los tres. Estaba segura de que los gemelos no se esperarían tal locura de ella. Rió para sus adentros divertida. Iban a alucinar.

Cuando llegó a la casa, Merlinda salió a recibirla con una sonrisa a la expectativa de qué había traído a casa. Cogió ambas correas y los ató para meterlos en casa. Querían husmear todo, pero tenerlos en la entrada era bastante peligroso.

Entró con ellos como pudo divertida. Merlinda los achuchó con cariño, a lo que ellos respondieron ladrando como locos. <<Allá se va mi sorpresa... >>, pensó sonriendo. Liam se asomó por las escaleras alzando una ceja y abrió los ojos cuando vio a los cachorros moviendo la cola y con la lengua fuera.

—¿Sorpresa? —preguntó ella.

—Una muy grande y grata —contestó él.

—¡Liam, ¿qué escándalo es ese de ahí abajo?! —gritó Luc desde la habitación.

—Creo que tienes que bajar para verlo con tus propios ojos, Luc.

—Los voy a sacar al jardín para que corran. ¿Ayudas tu a Luc? —Liam asintió divertido al ver que los perros tiraban de ella hacia fuera, ya que Merlinda había abierto la puerta del jardín. Al llegar allí, los soltó y corrieron como locos, olisqueando flores, césped, mesas... todo lo que había a su alcance. Se sentó en las escaleras y sonrió feliz.

—¿Sé puede saber qué locura has hecho? —preguntó Luc a sus espaldas apoyado en su hermano.

—Traer a dos perretes para que nos den amor y nos protejan. Son Bobby y Max, ambos mestizos y ambos bebés. ¿No son adorables?

—Sí, pero... ¿quién los va a cuidar?

—Yo. No tienes que hacerte cargo si no quieres, mi amor. —Liam lo ayudó a sentarse en una de las sillas de la terraza y se sentó en la silla de al lado, viendo cómo los canes jugaban.

—¿Estás mejor que ayer? Esta mañana saliste de la habitación como alma que lleva el diablo y no hemos podido hablar contigo.

—Estoy. No me gusta esta situación, pero espero que sea temporal y todo se solucione pronto —dijo mientras cogía la mano a Liam—. No os preocupéis por mí. Ya se pasará.

—Sí nos preocupamos. Te queremos y lo hacemos, es así de simple —advirtió Luc.

—Estoy bien, de verdad. ¿No podéis hacerme un poquito de caso? —Escucharon el timbre y Alex se puso de pie de inmediato—. Las cosas de los perretes. ¿Les echáis un ojo? —Los dos hermanos asintieron y ella entró en la

casa para coger todo lo que había encargado.

Colocó las camas en la parte de arriba de las escaleras, junto con unas mantas y unos pequeños juguetes para que estuviesen entretenidos. También colocó bebederos en la planta baja y el jardín, los comederos los tendría guardados hasta que les tocara la hora de comer. Había encargado unos collares con los nombres y los datos de contacto por si se perdían, así que los llamó sentada donde había estado antes y esperó a que viniese. Bobby fue el primero y cuando estuvo listo, Max fue el siguiente. Se dejaron hacer sin rechistar, la verdad era que eran muy buenos y obedientes.

Cuando se cansaron de jugar, se acostaron al lado de sus dueños, haciendo sonreír a Luc y Liam. Alex sabía que no le podían reñir por haberlos adoptado, se les notaba a leguas que les gustaban porque los acariciaban y mimaban igual que ella. Sonrió ella también. Había un rayito de luz en un momento en el que no contaba. Esperaba que se solucionasen pronto las cosas. Era lo único que les faltaba para ser completamente felices.

Capítulo 21

Y los meses pasaron, Liam y Luc estaba prácticamente recuperados, la sede de Hamburgo estaba lista para ser inaugurada. Alexandra ya había contratado a gente para que empezase a trabajar allí al día siguiente de inaugurarse. Las oficinas habían quedado preciosas, todo era cristalera, había luz por todas partes, la decoración estaba en perfecta armonía y el despacho de la joven Leichmann estaba a la vista, ya que las paredes eran de cristal. Sonrió al ver el resultado. Sus chicos estaban inspeccionando el lugar con ojos críticos, intentando sacarle algún defecto, era consciente de que no encontrarían ninguno y querrían ir a trabajar junto a ella, ya que su lugar de trabajo era más bonito que el suyo en la Schröder Company.

—Perdón por llegar tarde, pero el tipo de seguridad no me dejaba pasar.

—¿Y por qué no me llamaste, Rach? —dijo Alex mientras la abrazaba.

—Pues no se me ocurrió, la verdad... —contestó distraída. Alex alzó una ceja.

—¿Se puede saber dónde tiene usted la cabeza? ¿Acaso estás enamorada?

—La reacción de la pelirroja lo dejó totalmente claro. Se puso roja como un tomate y Alex rió—. ¡Ah, picarona! ¿Quién es el afortunado?

—Es español y se llama Jose. Vino de Madrid por negocios, nos conocimos y bueno... surgió la chispa. Solo llevamos mes y medio saliendo.

—¿Lo vas a invitar a la fiesta de esta noche?

—¿Puedo venir con él?

—¡Claro! Me encantaría conocerle.

—¿Conocer a quién?

—¡Liam! —Abrazó al rubio con una sonrisa y luego a Luc, que venía justo detrás de él—. ¡Ey! Te ha crecido algo el pelo.

—Si no me creciera, sería mala señal...

—Pero, ¿conocer a quién?

—A su novio —contestó Alexandra con una sonrisa.

—¡Uuuuh! ¡Salseo y cotilleo! ¡Maravilloso! —Todos rieron ante la ocurrencia de Liam—. Alex, te debemos los 50€ de la apuesta. No hay ni una sola pega.

—¡Os lo dije! Rachel, este será tu sitio. Como eres mi secretaria, aquí estarás. Tienes el teléfono fijo que conecta directamente con el de mi despacho y tendrás un teléfono de empresa que se te dará mañana.

—¡Me gusta! —Se sentó en su silla y miró todo con detenimiento. La mesa era sencilla y de cristal negro, muy acorde con toda la decoración del lugar. Tenía un ordenador, libretas y bolígrafos, listos para ser usados—. Me mola el plan.

—Perfecto. Ahora ve a casa, avisa a tu querido acompañante y nos vemos esta noche en la fiesta de inauguración. —Rachel se despidió de los tres con un abrazo y se fue de allí—. Nosotros deberíamos irnos también. Yo vendré un poco antes para ver cómo está todo organizado y vosotros venís para la fiesta, ¿vale?

—A sus órdenes, mi querida Alexandra Leichmann... —dijo Luc cogiéndola y besándola después. Ella rió en sus labios y estiró la mano hacia Liam, que la aceptó y posó sus labios sobre ella.

—¡Vámonos!

Prepararon todo para la gran fiesta. Alexandra había invitado a directivos de Madrid, entre los cuales estaba Oliver, su mano derecha y Zafrine, que, aunque no era parte de la cúpula de la empresa, había sido su secretaria y quería que estuviese presente. También había mandado invitación a sus suegros y no sabía si acudirían o no, ya que no habían dado señales de vida. Rose y Merlinda acompañarían a Alexandra desde primera hora de la noche para ayudarla en lo que a organización de catering y decoración se referían y se quedarían al cóctel, por supuesto.

Alex había elegido un vestido por las rodillas ajustado. La parte superior era de manga corta negra y a partir de la cintura de color rosa palo con una abertura en la parte izquierda, que dejaba al aire su pierna. El pelo lo llevaría suelto y se maquillaría con tonos oscuros. Los chicos, por su parte, habían decidido ir con un pantalón de vestir, camisa y americana, muy de su estilo y como iban a todas las fiestas que no exigían etiqueta.

Tal y como había avisado, Alex salió con su Nana y Merlinda hacia la oficina nueva. Quedaron impresionadas al ver lo que había conseguido su niña y su señora respectivamente. Sonrió contenta al ver que les gustaba. Mientras ellas cotilleaban un poco la planta, ella dio algunas órdenes de cómo colocar mesas y tentempiés y de cómo organizar a la prensa cuando llegase. El *photocall* estaba colocado en la entrada del hotel, ya que solo un par de reporteros tenían permiso para estar con los invitados durante la fiesta y solo

por una media hora.

Los invitados fueron llegando poco a poco y Alex fue saludándolos. Conversó con todas las personas que pudo, hasta que la avisaron de que los periodistas querían sacarle unas fotos sola y acompañada por Luc y luego con los hermanos. Bajó para concederles el deseo, así que posó sonriendo tal y como ellos querían. Cuando los tres acabaron de atender a la prensa, se llevaron una gran sorpresa. Michael y Sabine había decidido hacer acto de presencia, tan divinos y dignos como siempre. La saludaron con educación y amigablemente, dándoles a los fotógrafos más cosas de las que cotillear.

—Sabine, Michael, bienvenidos a mi casa. Disfrutad de la fiesta y de la compañía —dijo Alexandra de manera amable cuando llegaron a la oficina. Alexandra anduvo por el espacio atendiendo a todos sus invitados en la medida que podía. Probó algunos de los exquisitos canapés que habían preparado y disfrutó de la compañía de sus asociados.

—¡Alex! —gritó Rachel por medio de la gente. Ella sonrió acercándose a ella. La pelirroja lucía un vestido con escote negro, bastante ceñido—. ¡Es una fiesta genial!

—Me alegro de que te guste, cielo. ¿Y Jose?

—Viene ahí. Le he presentado a Luc y a Liam. —Alexandra dio un sorbo a su refresco mientras veía que un morenazo de ojos verdes se acercaba a ellas. Tenía barba de varios días y, a pesar de estar bastante delgado, tenía buen físico—. Cariño, esta es Alexandra Leichmann, mi amiga y jefa a partir de hoy.

—Encantado de conocerte al fin, Alexandra... —Esa voz... Lo examinó con detenimiento y se quedó congelada. Le estrechó la mano tensa y tragó saliva.

—Alex, ¿te encuentras bien? —preguntó Rachel al ver que su amiga se había quedado pálida y paralizada—. Iré a avisar a Luc o a Liam, tranquila. —Antes de que pudiese decir nada, Rachel había desaparecido entre la multitud.

—Imagino que me has reconocido, querida princesita.

—¡Aléjate de ella, Carlos! —le ordenó asustada—. Y aléjate de mi vida.

—Las cosas no van así, mi niña. Ahora sabes de lo que soy capaz, y créeme que como intentes hacer algo en contra mía, puedo ser muy cruel con tu amiguita...

—No serías capaz... —Carlos rió divertido.

—Ponme a prueba.

—Alex, mi amor, Rachel nos ha dicho que te encontrabas mal, ¿qué ha pasado? —Luc la agarró y acarició su mejilla.

—Una bajada de tensión, supongo... —susurró aún mirando a Carlos, que cogía de la mano a su novia y se la besaba—. Necesito sentarme un momento.

—Claro. Volvemos ahora, Rachel. No te preocupes. Han sido unos días un tanto estresantes para Alex. Se le pasará enseguida. ¿Puedes hacerte cargo si algo sale mal mientras no volvemos?

—Sí, sin problema. Podéis confiar en mí.

—Gracias, pequeña. —Liam siguió a Luc y a Alex, que caminaban hacia el despacho de la joven, que nada más llegar se sentó en el pequeño sofá que había instalado—. Se puede saber qué es lo que ha pasado realmente, cielo. Porque a nosotros no nos engañas.

—El novio de Rachel no se llama Jose. —Los hermanos se miraron sin entenderla—. Se llama Carlos Martínez y la ha engañado para acercarse a mí. Y no sé cómo ha podido conseguir esa información porque a Rachel solo la conocen la gente de mi confianza. La prensa la ha mantenido al margen siempre. No lo entiendo.

—¿Qué?

—¿Estás insinuando que alguien de nuestro círculo más íntimo está ayudando a ese tal Carlos? ¡Tenemos que separarlos!

—Ha amenazado con hacerle daño a Rach si lo intentaba. No quiero que le pase nada.

—Tenemos que avisar al inspector Cortez, Liam. No podemos permitir que pase algo más grave.

—Lo llamaré ahora mismo.

—¡No! Haremos como si nada hubiese pasado. Mañana llamaré yo misma al inspector. Si lo llamamos será un desastre y habrá demasiada gente involucrada. La prensa está abajo y con el revuelo podrá escapar. —Los hermanos se miraron no muy convencidos de la idea de su chica—. Por favor...

—Está bien, pero mañana llamas sin falta. —Accedió Luc serio. Alexandra asintió y se puso en pie respirando hondo.

El resto de la fiesta transcurrió sin novedades. Los gemelos mantenían a Carlos vigilado a cierta distancia, por si acaso se le ocurría hacer algo en contra de Rachel o de Alexandra. La gente la ovacionó cuando subió a una pequeña tarima para dar las gracias por la asistencia a la fiesta y por apoyarla en ese nuevo proyecto. La gente se fue de allí encantada y eso reconfortó a la joven. Cuando quedaban tan solo unos diez invitados, vio por el rabillo del ojo que Carlos hablaba con sus suegros y alzó una ceja. <<¿De qué diablos se conocen?>>, pensó ella.

—Rach, ¿puedes venir? —la llamó discretamente.

—Dime, Alex.

—¿Le has presentado a mis suegros a Jose?

—No, se acercó él a ellos. Igual les interesa por negocios. Es un coco en este mundo empresarial.

—Entiendo, gracias por la información. Yo me retiro ya que esto agotada. Nos vemos el lunes a primera hora para empezar a tope.

—Sí, jefa. —Rachel rió contenta y Alex se fue a buscar a sus chicos. Los tres se despidieron de los Schröder y de “Jose” de manera educada y salieron del edificio.

—Comprueba antes de nada el coche —dijo Liam cuando localizó el Audi de Alexandra—. Activa el mando a distancia y ábrelo.

—¿Y si se activa al arrancar? —preguntó Luc tras cavilar las posibles opciones.

—Llamaré a un taxi y que mañana vengan a revisarlo.

Los tres estuvieron de acuerdo en eso, así que se dirigieron a casa de esa manera. Cuando el taxista les preguntó, contestaron que iban un poco bebidos como para coger su propio coche y no querían que les multasen. El conductor pareció tragarse la excusa porque no volvió a preguntar, aunque sí que les pidió unas fotos y unos autógrafos porque su hija era muy fan de ellos. Lo hicieron encantados cuando llegaron a la casa.

Alex subió las escaleras del porche descalza y se dirigió a la habitación. Necesitaba descansar y no tenía pensado ni lavarse la cara. <<Ya me desmaquillaré mañana>>, les dijo ya en pijama y en cama. Ni esperó a que ellos se metiesen en cama, cayó en los brazos de Morfeo.

Alexandra se despertó entre los bazos de Luc. Lo miró adormilada, pero sonrió sintiéndose protegida y a salvo. Era tan guapo... Acarició su brazo con cariño, recorriendo algunas de las cicatrices que había dejado por su cuerpo el atentado que habían sufrido. Besó su pecho despacio, disfrutando de su aroma y el calor que emanaba su cuerpo.

—¿Te has levantado juguetona, mi vida...? —susurró Luc contra su pelo tras haberle dado un beso.

—Hace mucho que no hacemos nada y estáis los dos recuperados,

¿podemos?

—Despierta a Liam y comenzamos, ¿qué te parece? —Alexandra sonrió traviesa y se acercó a Liam como una gata en celo. Lamió su pecho mientras miraba a Luc de reojo, que le acariciaba el culo. El menor de los hermanos se movió en cama muy levemente, así que, como no se despertaba, Alexandra mordió uno de sus pezones. Luc la azotó haciéndola reír excitada.

—Umm...

—Liam, despierta. Nuestra niña está necesitada y tenemos que cumplirle su capricho de esta mañana.

—¿Ah, sí? —contestó aún medio dormido—. ¿Qué tal si me la chupas mientras me despierto? Ya sabes que tardo en despertarme y espabilar.

—Joder... cómo me está poniendo esto. —Alexandra lo despojó de sus boxers y se lo metió de golpe en la boca, consiguiendo que Liam despertase de golpe y gimiese. Luc aprovechó a apartarle el pantalón y las braguitas para acariciarla despacio, cosa que hizo que gimoteara aún con el miembro de Liam en su boca.

El rubio la agarró por la cintura y la hizo quedar tumbada boca abajo sobre la cama. Luc se colocó sentado con las piernas abiertas delante de ella y su hermano le alzó el culo hacia él, dejando que ella se apoyase un poco sobre las rodillas. El moreno dejó que ella se colocase antes de que empezase con la tarea que le había sido encomendada.

Liam la había comenzado a rozar, dándose cuenta de cuán mojada estaba. Tanto era así, que no hacía falta que empujase contra ella, dado que su miembro entraba por sí solo sin ayuda alguna.

Alexandra se aproximó a Luc, mirándole fijamente, pero a la vez de una manera picara que hacía que él se excitase más. Le encantaba tenerla así, cachonda y perversa, dispuesta a todo por ellos, entregándose a cada caricia y mirada. Reprimió un jadeo en cuanto comenzó a lamerle su longitud. Desde la base a la punta, recorriendo sus venas y su envergadura. Ya estaba duro tras haber visto aquel maravilloso espectáculo entre su gemelo y su prometida, pero ahora que la tenía delante de él, saboreándole y lujuriosa... Estaba mucho más firme de lo que podía haberse imaginado. Su erección había crecido de una manera considerable y más escuchando, los gemidos de ella al ser embestida por su hermano.

Con cada envite del teñido, Alex gemía más y más o, por lo menos, lo intentaba, dado que tenía el excitado miembro de Luc en la boca, al que chupaba con devoción y hacía el esfuerzo de intentar meterla hasta el fondo de

su garganta. Alex estaba disfrutando como nunca antes. Tenía la libido por las nubes y lo aprovecharía. Sacó la polla de su prometido de la boca y lamió la punta para después agarrarle y acariciarle de arriba abajo mientras chupaba sus testículos.

Gemidos, jadeos, suspiros, gritos y sexo. Mucho sexo. Liam se corrió con fuerza en su interior tras haberla hecho alcanzar un explosivo orgasmo. Luc, por su parte, le recogió la dorada cabellera en una coleta con su mano y la apremió a que siguiese lamiendo hasta que derramó toda su semilla en la boca de Alex con un gran gruñido. La rubia sonrió tras haber tragado todo lo que Luc le había ofrecido y se dejó caer sobre el muslo del mismo. Liam le sonrió a su hermano aún de rodillas en la cama y satisfecho por el trabajo que ambos habían realizado.

—Sois unos campeones, mis chicos. Unos auténticos campeones —dijo la joven con una sonrisa mientras acariciaba el vientre del mayor de los gemelos—. Gracias por esto. Lo necesitaba.

—Creo que todos lo necesitábamos, mi amor —le contestó Liam, tumbándose en la cama—. Luc, deja que se coloque bien y descansemos.

—Sí. Aunque creo que la vas a tener que mover tú porque ya está media dormida. —Liam soltó una leve risa para después incorporarse un poco y hacer que rodase hacia él. Luc se acostó también después de haber agarrado el nórdico, así que, una vez estuvieron todos acomodados, se taparon y se quedaron profundamente dormidos. Ese era el descanso del guerrero que se merecían.

Cuando se despertaron era ya la hora de comer, por lo que bajaron al comedor, donde Merlinda ya les tenía la comida hecha, así que comieron y Alexandra aprovechó el momento del postre y el café para llamar al inspector Cortez. Ella había querido pasar del tema, pero los chicos la obligaron a llamarlo delante de ellos, ya que sabían que si no la obligaban, se escaquearía. Quedaron sobre las cinco de la tarde en la misma casa, puesto que no querían levantar sospechas por si los seguían a alguna parte.

—Señoritos, el inspector Cortez está aquí —les anunció Suzanne, una de las empleadas que tenían. Los tres se irguieron, pues estaban acabando de ver una película tirados en el sofá.

—Buenas tardes, caballeros y señorita.

—Gracias por venir, inspector —dijo Luc estrechándole la mano.

—Creo que tienen novedades, por lo que me ha contado la señorita Leichmann por teléfono.

—Cielo, cuéntale qué fue lo que pasó ayer en la fiesta —la animó Liam. El inspector se sentó en uno de los sillones y sacó su libreta.

—Verá, ayer tuvimos la fiesta de inauguración de mi nueva sede, aquí en Hamburgo, y... tiene que prometerme que va a ser muy discreto y que no la pondrá en peligro —explicó con miedo.

—¿Proteger a quién, señorita?

—A mi amiga Rachel. Ella ha empezado a salir con un tal Jose, pero no se llama Jose en realidad...

—¿Y cómo se llama?

—Carlos Martínez...

—¿Han estado ayer con Carlos Martínez y no nos han avisado? ¿¡Están locos o qué les pasa por la cabeza!?

—Había mucha gente ayer, prensa... podría haber escapada o incluso haber hecho daño a alguien. Lo tenemos localizado ahora que sabemos que está con ella. No escapará. Además, me amenazó con hacerle daño a Rachel si hacía algo contra él. Por eso necesito que me prometa que no la pondrá en riesgo de ninguna de las maneras.

—Estará vigilada y protegida. Se lo prometo.

—¿Hay alguna novedad en cuanto al caso?

—De eso quería hablarles también. Hemos podido localizar el teléfono de Carlos y, tras analizar los registros telefónicos, durante estos meses, ha hecho llamadas a dos números que puede que ustedes conozcan. —Cortez les pasó un listado con unos números subrayados. Alexandra los miró, pero no pudo reconocer nada. Sin embargo, Luc y Liam se miraron y negaron sin poder creerse lo que estaban viendo—. ¿Los conocen?

—Son los números de nuestros padres —susurró Liam. Alexandra abrió los ojos sorprendida.

—¿Insinúa que Michael y Sabine Schröder son las personas que han estado detrás de todo esto? ¿Son ellos quienes me han intentado matar?

—Tienen todas las papeletas. Les hemos pinchado el teléfono y no hemos conseguido nada, de momento. Estamos a la espera de que se delaten ellos mismos. Hace semanas que no llaman ni se ponen en contacto de ninguna manera con el señor Martínez. Los tenemos bajo vigilancia continua por si quedan en algún lugar.

—Dios santo... —Luc se sentó sin poder creerse nada. Era una situación irreal. No podía ser que sus padres quisieran matar a su niña, a su Alexandra, a la mujer de la que estaba enamorado y lo hacía feliz.

—¿Saben cuál puede ser el móvil para querer matarla?

—Es posible que, con su llegada, ustedes pasen menos tiempo con ellos. ¿Les han desafiado en alguna cosa? ¿Les han llevado la contraria en algo?

—Desde que ella llegó, sí, claro. Evidentemente miramos por ella y la queremos. La protegemos y la defendemos en todo lo que podemos. Eso no quita que no le llevemos la contraria a ella y por ello nos quiera matar —contestó Luc.

—Lo sé y les entiendo perfectamente.

—Por eso estaban hablando en la fiesta de ayer... ¡Le pregunté a Rachel si los había presentado, pero ellos ya se conocían de antes!

—¿Escucharon algo de lo que hablaron? —Los tres negaron—. Muy bien. Les informaré con cualquier cosa. Tenemos pruebas más que suficientes para detenerlos durante unos días, pero los abogados que puedan tener sus padres serán demasiado listos y harán que se les exonere. Necesitamos que confiesen o hablen del tema entre ellos para poder encerrarlos durante una buena temporada. Tengan mucho cuidado, ¿de acuerdo?

—Claro.

—Si tienen algún tipo de contacto de nuevo con el señor Martínez, no duden en llamarme, ¿queda claro? No hagan ninguna estupidez.

—Esta bien, inspector. No se preocupe por eso. Le acompañaré a la puerta.

—Gracias, Luc. Nos vemos pronto.

—¿Y ahora qué? —preguntó Alexandra cuando Luc volvió de despedir al inspector.

—Ahora a tener cuidado y seguir con nuestra vida. No debemos levantar sospechas.

Capítulo 22

El lunes, después de un finde intenso en casa de los Schröder/Leichmann, Alexandra empezó a trabajar en su nuevo despacho. Rachel estaba ya en su mesa cuando ella llegó. Le había dejado unos papeles que le había mandado Zafrine desde Madrid, pues que ya habían vuelto a la capital española al día siguiente de la fiesta de inauguración.

Estuvo por la mañana realizando gestiones para arreglar papeleo en cuanto a la fábrica que iban a instalar a las afueras de la ciudad. Resopló al ver la cantidad de carpetas que Rachel le había dejado encima de la mesa. El interfono sonó y le dio a la tecla que dejaba escuchar a Rachel.

—Dime, Rach.

—El inspector Cortez quiere venir por la tarde para reunirse contigo. ¿Qué le digo?

—Que venga a la hora que le venga bien, no hay problema. Dile que estaré aquí hasta las nueve o así de la noche.

—Vale, le confirmo entonces.

—Perfecto.

Tras un par de horas más, Alex hizo una pequeña pausa para comer y recibió la visita sorpresa de Luc y Liam. Invitaron a Rachel a comer con ellos en la pequeña cocinita que habían instalado en la oficina y, cuando llegó la hora de volver a trabajo, los gemelos se quedaron allí, en la salita de reuniones contigua al despacho de Alexandra, ya que se habían enterado de que Cortez iba a aparecer por allí y querían estar presentes cuando eso sucediese.

—Buenas tardes, soy el inspector Cortez. —Alexandra levantó la vista de los papeles cuando escuchó eso y le hizo una señal para que entrase en su despacho. Lo saludó estrechándole la mano y le ofreció asiento—. ¿Todo bien?

—Sí, ¿qué le trae por aquí, inspector? —preguntó sonriendo ella.

—Su amiga Rachel es su secretaria, ¿verdad? —Alex asintió y escuchó cómo Luc y Liam entraban—. Buenas tardes, caballeros.

—Buenas tardes, ¿qué le trae por aquí?

—Sé que no les gusta la idea, pero creo que deberían decirle a su amiga

quién es en realidad su novio. —Los tres se miraron preocupados—. Piénselo, si no lo sabe estará en peligro las 24 horas del día.

—Y si lo sabe no actuará de la misma manera con él y Carlos lo sabrá todo. Creo que no nos compensa, inspector —rebató Luc.

—Muy bien, entonces, ¿qué quieren hacer respecto a eso? —Alex intentó hablar, pero el teléfono de Cortez empezó a sonar—. Disculpen. ¿Sí? —preguntó al coger la llamada—. Entiendo, ¿son ellos seguro?... Entiendo... Pues ya tenemos motivos para detenerlos. Espérenme e iremos primero a por los Schröder y luego a por Martínez. Hasta ahora.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Liam—. ¿Van a arrestar a nuestros padres?

—Me temo que sí. Al tener los teléfonos intervenidos, acabamos de obtener una confesión, ya que ahora mismo están planeando un nuevo atentado contra Alexandra. Así que debo irme. Los llevaremos a la comisaría central, por si quieren ver el interrogatorio.

—Claro. Vamos, Liam. —Los gemelos se despidieron de Alexandra y salieron del despacho detrás del inspector como un rayo. Rachel miró hacia el despacho extrañada por la situación y Alexandra le hizo una señal para que entrase.

—Dime, Alex. ¿Ha pasado algo?

—Coge tus cosas y ven conmigo. Tienes que saber algo y quiero que lo veas por tus propios ojos, ¿vale?

—¿Qué pasa? ¿Va algo mal? No me asustes...

—Hazme caso, por favor. Tu jornada de trabajo ha acabado hoy. Venga.

Ambas cogieron sus bolsos y chaquetas y bajaron al coche de la rubia, que condujo hasta la comisaría central. Rachel no entendía nada, ¿qué se suponían que hacían allí? Alex aparcó donde pudo y entraron sin decirse ni una palabra. Una vez preguntaron dónde se encontraban los Schröder, un agente los dirigió hacia una sala de interrogatorios, totalmente oscura y que tenía dos ventanas ciegas para poder ver qué estaba pasando. Allí estaban ya los gemelos con un semblante serio.

—Pensé que no venías, mi amor... —Luc besó a Alex y miró a Rachel—. ¿Crees que es buena idea?

—Debe conocer la verdad, ahora que están aquí los tres. —Alex extendió la mano hacia su amiga y la guio hacia el lado en el que estaba Jose.

—¿Qué hace él aquí? ¿Acaso está detenido?

—Tú solo escucha y es mejor que te sientes, cielo.

—Hola Jose, —dijo Cortez tirando una carpeta en la mesa—. ¿O debería

llamarte Carlos Martínez?

—No conozco a ese tal Carlos, lo siento. Creo que se equivoca de persona.

—Oh, yo creo que no, amigo. Te hemos pillado de lleno hablando con Michael Schröder, no puedes negar nada. Tenemos tu conversación grabada y te tenemos grabado minutos antes de la explosión del coche de Alexandra Leichmann, justamente colocando la bomba.

—No sé de qué me está hablando, señor. —Rachel se apoyó contra la pared, sintiendo sus piernas desfallecer. Liam la agarró preocupado y la acercó a una silla.

—Yo creo que sí. —Cortez le enseñó las fotografías y Carlos rió.

—Ese podría ser cualquiera. No se le ve la cara. Además, es una fotografía un tanto dudosa. Mire cuántos píxeles tiene.

—Está más que contrastada, caballero. Estás cogido por los huevos, Martínez y créeme que nada ni nadie te salvará de la cárcel.

—Entonces creo que debo pedir un abogado en este mismo momento.

—Hace usted de maravilla. Y le aviso que el primero que cante se llevará el premio gordo, porque tenemos a los Schröder en las otras salas contiguas.

El inspector salió dando un portazo y los tres miraron a Rachel, que estaba en shock. No se lo podía creer. Para una vez que se enamoraba y le salía rana. Alexandra se acercó a ella y simplemente la abrazó con fuerza, consiguiendo que rompiese a llorar. <<Por lo menos es una reacción...>>, pensó ella. Ahora le tocaba el turno a Michael, a Sabine la dejarían en último lugar. Cortez entró en la sala, en la que ya estaban dos abogados para defender al señor Schröder.

—¿Puedo saber por qué razón estoy aquí, Cortez?

—Primero, las preguntas las hago yo, señor Schröder —explicó tranquilo Cortez—. Quiero saber si conoce a este hombre de aquí. —Le puso varias fotos de Carlos sobre la mesa, las cuales Michael miró con desinterés.

—No lo conozco de nada, no.

—Y... ¿me puede explicar entonces qué es lo que tanto hablaban en las tantas y tantas llamadas que han mantenido durante estos meses usted y él? Porque por lo que vemos aquí, no son llamadas de segundos, señor Schröder. Son llamadas bastante largas. ¿De qué hablaban? ¿De cómo matar a su ex nuera, la señorita Leichmann?

—No conteste a eso, señor. —Lo frenó uno de los abogados.

—No conteste, pero tenemos razones para meterlo entre rejas. Carlos

Martínez ya ha hablado y podemos condenarle... —dijo levantándose de la silla con calma.

—¡Eso es mentira! ¡Carlos no hablaría nunca! —Los abogados cerraron los ojos al ver qué había hecho su cliente.

—¿No decía que no le conocía? —Michael se quedó tenso. Había caído en la trampa.

—No pienso decir nada más.

—Como usted quiera. Nos vemos en un ratito. —Cortez cogió la carpeta y salió tranquilo con una sonrisa en la boca. Entró en la salida en la que estaban los gemelos, Alexandra y Rachel y los miró—. ¿Han escuchado todo?

—Sí... y no nos lo podemos creer. Al final, el enemigo estaba en nuestra propia casa... —comentó Liam apesadumbrado.

—Me queda hablar con su madre. La tenemos en una sala de espera. Queremos darle el beneficio de la duda, pero sé que ella está metida en el ajo también —explicó el inspector.

—Me gustaría hablar con ella —habló Alexandra—. No me soporta y si la saco un poco de sus casillas, podré hacerla cantar. Es la más pasional de los tres. A Michael le puede el poder y a Carlos el dinero. Ella necesita control, hacerme saber que no soy nadie y odia que esté con sus hijos.

—Está bien. Yo estaré al otro lado de la puerta por si ocurre algo, así que no tenga miedo.

—No lo tengo. Créame, tengo calada a mi suegra.

Ambos salieron de allí decididos. Alexandra entró en la sala y se sentó enfrente de ella. Sabine se quedó sorprendida de verla allí, pero siguió mirando sus uñas después de la impresión inicial. La rubia sonrió de lado divertida. Comenzaba el juego.

—¿Te encuentras bien, Sabine?

—¿Por qué habría de estar mal? Michael saldrá en un par de horas de aquí, no tienen nada contra él. No me preocupa.

—Entiendo. Solo era por preocupación. No quiero que estés mal, eres la madre de mis dos amores... —Sabine se tensó y, aunque quisiera haberlo ocultado le fue imposible—. ¿Pasa algo, Sabine? Te noto... incómoda.

—No, nada. No pasa absolutamente nada.

—Ya... ¿Sabes? Sé que no soy de tu agrado, y más desde que volví a las vidas de tus hijos, pero tienes que saber que somos muy felices y que por ellos haré el esfuerzo de llevarme bien contigo, Sabine. Creo que deberíamos conocernos más, hablar, arreglar nuestras diferencias...

—No hay nada que arreglar, Alexandra —dijo con cierto tono de odio.

—¿Por qué no? ¿Acaso no quieres que tengamos una relación... soportable? —preguntó ella inocente.

—Querida, lo único que quiero es perderte de vista. —Alexandra abrió los ojos, haciéndose la sorprendida. <<Allá vamos, víbora...>>, se dijo para sí—. Me has quitado a mis hijos y una parte importante de mi vida adquisitiva. Que tú entrases en la empresa de tu padre nos ha jodido la vida empresarial. Tu padre aún se podía manipular, pero tú... Tú quieres poder y dinero, acaparas a mis dos criaturas que ya no vienen a ver a su madre nunca porque prefieren follarse a una puta como tú. ¡Deberías haber muerto el día que Carlos te puso la bomba! Pero no... El inútil españolito casi mata a mis dos niños y tú, tu vivita y coleando con unos simples rasguños. ¡Al final tendré que matarte yo con mis propias manos! —Sabine se lanzó hacia ella y le puso las dos manos en el cuello, apretando para asfixiarla. Cortez entró de golpe al ver la situación con varios agentes detrás de él. Separaron a las dos mujeres y Alexandra se llevó la mano al cuello, recuperando el aliento.

—¡Estás loca! —Intentó gritar la rubia aún dolorida. Luc y Liam entraron preocupados y se acercaron a ella.

—¡Putas! ¡Debí matarte yo misma en cuanto pude! —escupía con veneno Sabine mientras se la llevaban de allí—. ¡Devuélveme a mis hijos! ¡Ellos son míos!

—Bueno, creo que ya tenemos una confesión que vale por las dos que estamos esperando... —comentó el inspector—. Iré a hacer el papeleo necesario. Ustedes pueden estar tranquilos que nadie volverá a hacerles daño. Pueden irse a casa tranquilos.

—Gracias, inspector. Llámenos con cualquier cosa... —dijo Liam acariciando el pelo de Alexandra.

—¿Vais a buscar a Rachel? Quiero que venga a casa unos días. Vaya comienzo de semana y de negocio...

—Iré yo a por ella. Liam, coge el coche de Alex y ve a casa, nosotros iremos en el nuestro. —Liam asintió siguiendo las órdenes de su hermano y salieron de la comisaría.

Al llegar a casa, Alexandra se puso a hacer tila para la pobre Rachel. Bobby y Max pulularon por la cocina atendiendo a todo lo que hacían sus dueños. Luc y ella no tardaron en llegar y sus perretes salieron a saludarles. Luc miró a su chica preocupado y la besó despacio en la cabeza. Alex se llevó a su amiga al salón y le dio la taza con la infusión. No había dicho ni una

palabra, así que solo le cogió de la mano y besó su sien. Volvió a llorar y a la joven se le rompió el corazón. La abrazó dándole ánimos, transmitiéndole su apoyo.

—Todo va a estar bien... Te cogerás unos días libres, ¿vale? Y hoy dormirás aquí con nosotros. No quiero dejarte sola.

—No me quería, ¿verdad? Solo estuvo conmigo para acercarse a ti...

—No lo sé, cielo. No sé por qué lo hizo. No entiendo cómo la gente puede ser tan despreciable... Pero nos tienes a nosotros, mi niña. Tú estuviste conmigo en mis peores momentos y ahora no te voy a abandonar...

—Gracias, Alex... Te quiero mucho.

—Y yo a ti, mi niña. Tómate la tila y descansa un poco, ¿sí? Yo estaré aquí cuando despiertes, cielo. —Rachel asintió e hizo lo que su amiga le había dicho. Cayó redonda nada más taparla con la manta y Alex aprovechó para ir al despacho, donde estaban sus chicos—. ¿Estáis bien?

—No lo sé... no sé cómo estamos. Todo esto es demasiado... —dijo Liam acariciando a Bobby, que estaba sentado a sus pies.

—Vuestra madre está desquiciada... Siento decíroslo en un momento así, pero ¡joder! ¡Ha intentado matarme con sus propias manos!

—No, sí nos hemos dado cuenta, Alex —contestó Luc serio.

—Tenemos que llamar a la empresa, accionistas, abogados... Y no por defenderlos, que eso no tiene defensa, pero... La empresa no puede quedar sin presidente —explicó Liam.

—Veremos cómo se da todo con el inspector Cortez y lo vamos viendo. Ahora mismo no tengo la cabeza como para movilizar a toda la gente a estas horas. Además, la prensa se ha empezado a hacer eco de la gran noticia y tenemos que vigilar ese tema bien. Pueden hacer declaraciones falsas e inventarse noticias.

—Deberíais dar una rueda de prensa para aclarar todo esto.

—Cuando tengamos toda la información necesaria de parte de la policía. Mientras tanto, no haremos nada. —Se quedaron en silencio durante un rato, pensando en qué podían hacer. Ahora lo importante era que permaneciesen juntos y esperaban que todo saliese bien. ¿Es que acaso no podían tener una temporada tranquila y sin problemas?

Capítulo 23

Los días siguientes fueron un caos. Periodistas siguiéndolos a todos lados, preguntas que no querían contestar, noticias que salían a todas horas sobre los señores Schröder y Carlos. Alexandra se estaba volviendo loca y necesitaba unos momentos de tranquilidad. Ella había ido a trabajar religiosamente todos los días, ya que la situación con la empresa Schröder Company podía afectar a la suya y era lo último que necesitaba.

Echaba de menos a Rachel, pero seguía mal y quería que se recuperase. Es más, le había facilitado unas sesiones con un psicólogo para que la ayudase a llevar el golpe por el que estaba pasando y que no recayese en el alcohol.

Resopló cansada. No había dormido nada bien las últimas dos noches y se levantaba mareada y con náuseas. Se dirigió hacia la cocinita y se hizo una infusión para asentar el estómago, seguro que los nervios eran los culpables.

Habló con varios de sus empleados, preocupándose por si estaban bien, contentos, si necesitaban algo... quería que estuviesen cómodos para que rindiesen bien. Quería que hubiese un buen ambiente y compañerismo y eso tenía que empezar por ella. La verdad era que eran divertidos y buena gente, tenía que tratarlos muy bien.

A la hora de la comida decidió irse a casa porque no se encontraba muy bien. Al llegar, saludó a sus niños con mimos y caricias y subió al cuarto, donde se puso un chándal y se tumbó en cama. Max y Bobby se quedaron con ella a los pies de la cama. Merlinda subió a ver qué le pasaba, por si necesitaba algo, pero ella le dijo que solo necesitaba descansar, así que ella se fue a seguir con sus quehaceres. No supo cuándo se quedó dormida, pero se despertó con los ladridos de los perros en la planta baja. Luc y Liam habían llegado, así que bajó descalza algo mareada.

—¿Estás bien, cielo? —preguntó Liam preocupado.

—Tengo un poco de malestar desde la mañana. Me vine al mediodía porque estaba mareada y mi estómago decidió revolverse.

—¿Quieres que vayamos al médico? —Alex negó abrazando a Luc—. Si mañana sigues así, vamos. Y no rechistes.

—Está bien, papá...

—¿Has comido?

—No, Alexandra no ha comido nada desde que llegó y se ha echado dormida toda la tarde, así que, por favor, os sentáis a la mesa y a comer. Andando.

—Yo no tengo hambre, Merlinda...

—Me da igual. A comer. Ahora. —Estaba tan seria que Alex no pudo rechistar, así que entraron en la cocina. Merlinda había hecho sopa y un revuelto con jamón y patatas. Les sirvió la sopa primero, pero Alex tuvo que levantarse para ir al baño corriendo y vomitar lo poco que tenía en el estómago. Los gemelos la siguieron preocupados, ya que nunca la habían visto así.

—Estoy bien, estoy bien. Tranquilos. Ya os dije que tenía el estómago mal. Debe ser una gastroenteritis o algo así.

—Chicos... ¿podéis dejarme sola con ella? —Merlinda se había acercado y los miró con cariño. Ellos salieron del baño y se sentó con ella en el suelo, mientras la cabeza la dejaba de dar vueltas.

—¿Qué pasa? ¿Eres médico, Mer?

—No, pero creo que sé lo que te pasa. —Alexandra la miró de reojo y gimió al ver que se le volvía a revolver todo el cuerpo—. ¿Cuándo te ha bajado la regla la última vez, Alex?

—Pues hará un mes...

—¿Seguro? Porque te recuerdo que limpio vuestra casa y sé cuando tienes el periodo y cuando no. Hace dos meses que no recojo nada de la basura del cuarto de baño.

—¿Qué insinúas?

—No te baja la regla en dos meses, náuseas, vómitos, llevas dos noches sin dormir... Yo creo que no son los nervios, cariño.

—No...

—Me da que sí.

—¿Estás embarazada? —gritaron desde el otro lado de la puerta los gemelos.

—¡Os dije que nos dejarais solas! —Les riñó Merlinda sin abrir la puerta.

—¡Voy a por una prueba de embarazo! —dijo Liam mientras se alejaba de la puerta del baño. Alexandra resopló cansada.

—Ve a la cama, te llevaré algo que te asiente el estómago y cuando vuelva Liam te haces la prueba.

—Está bien... —Merlinda abrió la puerta y dejó que Luc cogiese en brazos a Alexandra. La llevó a la cama y la tumbó, tumbándose él a su lado—. No estaba dentro de mis planes quedarme preñada... Lo siento.

—No lo sientas. Es una estupenda noticia. De hecho, Liam y yo teníamos una sorpresa para tí, pero creo que nos has ganado —dijo contra su frente y acariciando su pelo.

—No es nada fijo... No digas eso. ¿Qué sorpresa era?

—Cuando venga él, te hagas la prueba y tengamos la respuesta, te lo diremos. —Alexandra lo miró con ternura y lo besó despacio. Le había echado de menos todo el día—. ¿Estás mejor?

—Creo que sí. Empiezo a tener hambre...

—Pues a comer, pequeña. —Merlinda entraba con la bandeja en las manos y se la dejó sobre la cama. La sopa le parecía más apetecible ahora y la comió con mucho gusto. Liam llegó a los pocos minutos de que ella acabase y se sentó en la cama con ellos. Merlinda los dejó solos, lo necesitaban.

—¿Tienes ganas de hacer pis? —preguntó Liam impaciente.

—Creo que sí... —el pequeño de los gemelos le entregó la prueba y la ayudó a levantarse de la cama. Alexandra fue al baño y allí mojó el palito en su orina. Volvió a la habitación y se sentó esperando. Los gemelos se pusieron a su lado nerviosos—. ¿Cuánto a pasado?

—Queda un minutito. ¿Qué quieres que salga, mi vida?

—No lo sé... Positivo, pero a la vez negativo. No estoy lista para esto.

—Lo haremos juntos. —Liam cogió la prueba y la miró, comprobando la caja con las instrucciones—. ¿Y bien?

—Vamos a ser papás... —Alexandra se llevó una mano a la barriga sin saber qué decir. Los gemelos se abrazaron contentos y la miraron—. Cariño, ¿estás bien?

—Tengo a un bebé dentro de mí... —Ellos asintieron sin saber cómo iba a reaccionar—. Voy a ser mamá. Y vosotros papás...

—Sí, mi niña.

—Esto va a ser muy raro... Va a tener tres padres. —Los gemelos rieron ante el tono que usó ella y la abrazaron—. A ver cómo se lo explicamos.

—Ya lo veremos cuando nos toque, mi amor. Ahora queda celebrar.

—Liam... ¿le hacemos la pregunta?

—Claro. Alexandra Leichmann... —Los miró atenta—. ¿Quieres casarte con nosotros?

—Esto... La bigamia no está permitida.

—Lo sabemos, por eso, y cómo ya te casaste conmigo una vez, tú y yo nos volveremos a casar delante del público, pero celebraremos una ceremonia para los tres. Simbólica.

—Entonces... digo que sí. Tenemos mucho que celebrar. ¡Yupi!

Al día siguiente, los hermanos Schröder organizaron una rueda de prensa para hablar de la situación de sus padres, de la empresa y de la nueva vida que iban a empezar. El inspector Cortez estaría presente y Alexandra fue acompañada por Rachel, primero para sacarla de casa y segundo por si le pasaba algo.

Se reunieron en la misma sala de prensa de la Schröder Company. Rachel parecía algo mejor, tenía un buen aspecto y, aunque seguía un poco taciturna, sonrió ante la noticia de su embarazo y su boda. En el fondo se alegraba por ella, ya que la quería y era su mejor amiga, pero le costaba seguir adelante después del duro golpe que había tenido.

Luc y Liam la abrazaron contentos de que estuviera allí con ellos. Era un momento muy importante y les gustaba tener a una persona de confianza cerca. El inspector Cortez la saludó amablemente y le sonrió de lado, animándola. <<¡Qué mono!>>, pensó Alexandra al verlo. Si aunque quisiera aparentar ser un témpano de hielo, Cortez era todo un caballero.

—Buenas tardes a todos —comenzó a hablar Luc ya subido a la pequeña tarima que hacía de “escenario”—. Gracias a todos por venir aquí para informarles de toda la situación por la que estamos pasando. El inspector Cortez es el que lleva la investigación del atentado de Alexandra Leichmann, así que todas las preguntas relacionadas con ello, él se las contestará. Primero, queremos dejar zanjado el tema de la presidencia de la empresa Schröder Company. Nos hemos reunido con la junta directiva y, tal y como están las cosas a día de hoy, mi hermano y yo nos llevaremos la mitad de lo que le corresponde a nuestros padres, siendo así los accionistas mayoritarios y cesando a Michael y Sabine Schröder. —Los periodistas comenzaron a hablar todos a la vez, pero Luc hizo un gesto con las manos para que se callase—. Tengo un par de noticias más que darles y quiero que después de esto respeten mi intimidad como la de Alexandra Leichmann. Cielo, ven... —Alexandra se acercó a él y sonrió—. Queremos decirles que Alexandra y yo nos volveremos a unir en matrimonio y esperamos que para siempre y, por último y no menos importante, que estamos esperando nuestro primer hijo o hija. Y ahora el inspector Cortez les contestará todo acerca de la investigación. —Luc y Liam se apartaron del micrófono y dejaron el sitio a Cortez. Alexandra se tuvo que

sentar, ya que el calor que hacía en la sala la estaba mareando, pero no quería irse ya que quería escuchar qué era lo que el inspector decía.

—Buenas tardes. En primer lugar, quiero dar mis felicitaciones a la pareja por la bonita noticia que nos acaban de dar. En segundo lugar, me gustaría decirles que la investigación ya está cerrada, tenemos a los culpables y responderé a las preguntas que pueda responder. El juez, de momento, no nos deja hablar de ciertas cosas de la investigación, debido al secreto de sumario. Pueden preguntar por orden, por favor.

—Hola, soy Manuel Fischer, reportero del periódico Bild. Quería preguntarle si realmente hay tantas evidencias como para responsabilizar a los señores Schröder de tal atrocidad.

—Sí que las hay. De hecho, sabemos que han sido los cabecillas de todos. Ellos contactaron con Carlos Martínez para orquestar todo.

—¿Y respecto a Carlos Martínez? ¿Qué tiene que ver él en todo esto?
—El inspector miró hacia Alexandra y ella asintió.

—Con el permiso de la señorita Leichmann, Carlos Martínez era amigo de ella en Madrid y, tras casarse con el señorito Schröder, dejó de verlo. No sabemos si tiene algún motivo personal, pero todo hace pensar que es así.

—¿Cuál será la pena para ellos?

—Eso lo tienen que determinar los fiscales, abogados y juez que tomen parte de la sentencia. De momento están en prisión sin fianza. Esto es todo lo que se me permite contar. —Los reporteros querían hacer más preguntas, pero el inspector salió de la sala, seguido de todos los demás. Alexandra cogió la mano de Rachel para dirigirse hacia el despacho de Michael y que ahora sería de Luc y Liam—. Bueno, ha sido un placer. Espero verles pronto y en otras circunstancias más agradables. Rachel, quiero que tome mi tarjeta, por si necesita cualquier cosa —dijo dándole una. Alexandra sonrió de lado—. Nos vemos y felicidades de nuevo.

—Muchas gracias por todo, inspector. —El aludido asintió y salió del despacho. Liam miró divertido a Rachel, que seguía con la tarjeta en la mano.

—Creo que Rachel tiene un admirador...

—No digas estupideces, Liam. Estoy yo para admiradores y novios. No pienso tener nada nunca más. Me voy a hacer monja.

—Eso no te lo crees ni tú, Rach —replicó Alexandra riendo—. Dale tiempo. Te llamará tarde o temprano si tú no lo haces antes.

—Lo que digáis.

Sabine entró en la prisión de mujeres altiva. No se iba a dejar amedrentar ante nadie. Echaba de menos a su marido. Los habían separado desde el momento en que les habían detenido y ella había metido la pata hasta el fondo. Ahora él estaba en una prisión lejos de la suya acompañado por Carlos y ella estaba sola.

—¡Carne fresca, chicas! —gritaron desde algún punto de la cárcel.

—¡Hay que domesticarlas! —dijo otra asomándose por la celda. Sabine no sabía a donde mirar. La metieron en una celda minúscula en la que ya había una presa, la cual miró de arriba abajo y soltó una carcajada divertida.

—Te van a comer viva, amiga...

—Eso ya lo veremos —contestó desafiante mientras se tumbaba en la cama. Odiaba a la puta de Alexandra. La odiaba con todas sus fuerzas.

—Es increíble que no sepamos nada de vuestros padres —dijo Alexandra con la boca llena y yendo a abrir la puerta—. ¡NANA!

—¿Me tengo que enterar por la prensa de que voy a ser abuelita?

—¡Oh, perdona, Nana! Se me fue la cabeza.

—No importa mi niña. —La abrazó con fuerza y acarició su tripa—. ¿Cómo estás? ¿Te encuentras bien?

—No lo llevo muy allá, pero tengo momentos buenos. De hecho ahora es uno de ellos, aunque me temo que en una hora eche todo lo que he comido... —explicó mientras iban a la cocina.

—¡Rose! ¿Qué haces por aquí? —Liam se acercó a darle un beso en la mejilla.

—Pues venir a felicitaros. Espero que me la cuidéis muy bien, ¿eh? Como me entere de que la hacéis rabiarse... Será el fin de vuestros días, señoritos.

—A sus órdenes, mi comandante —contestó riendo Luc.

—¿Cuándo os vais a casar?

—No lo sabemos. Puede que cuando nazca el bebé o incluso antes... No lo hemos hablado para nada. Ya lo hablaremos. No tenemos prisa. Además, celebraremos dos ceremonias, la pública y la íntima.

—¿Cómo que dos? ¿Para qué dos? —Alexandra miró a los chicos. Iba a

ser divertido explicarle todo a Rose.

—Nana, sabes que mi relación con ellos siempre ha sido... peculiar. Liam venía a verme a la clínica, pero a Luc lo quiero con locura...

—Sí, eso sí.

—Bien. Es que los tres estamos en una relación. Somos un trío. —Rose se quedó callada intentando asimilar la noticia.

—A ver, deja que me centre —dijo sentándose—. Los dos son tu pareja. —Alexandra asintió—. Te acuestas con los dos. Es decir, que no sabes quién es el padre de tu bebé.

—Exacto. Pero eso no es lo importante. Lo importante es que somos una familia feliz.

—Querido Luc. Yo solo soy una vieja ignorante, pero si hacéis feliz a mi niña, lo acepto. Y espero que no le hagáis daño, porque os las tendréis que ver conmigo, señoritos.

—¡Señora, sí, señora! —Alexandra rió divertida. Al fin empezaban a tener una vida feliz. Eso era lo que más deseaba ella y se estaba cumpliendo. Todo comenzaba a ir cómo debía ser.

Capítulo 24

Meses después...

Alexandra ya estaba en la recta final del embarazo. Había tenido una pequeña crisis al principio del embarazo, dado que, sus problemas con las drogas y el alcohol podían traerle complicaciones en el parto y al feto, pero, tras varias pruebas, el pequeño estaba perfecto. Sí, pequeño. Iba a ser niño.

Los chicos la mimaban como nunca y no le dejaban pasarse con el trabajo, aunque ella todavía estaba operativa en la oficina de Hamburgo. Rachel iba a ser la madrina y estaba encantada con ello. No se lo podía creer cuando se lo dijeron.

—¿Qué es eso tan urgente que me teníais que decir? —dijo Rachel sentándose en el sofá del despacho y mirándoles preocupada—. Otro disgusto no, por favor. Ya bastante tuve con lo de Jose, o Carlos, o como se llame.

—Hombre, no sé si es un disgusto enterarte de que estoy embarazada —soltó de golpe Alexandra. Rachel abrió los ojos y negó—. Créetelo porque es verdad.

—¡Ay no puede ser! ¿Enserio? —Los tres asintieron riendo—. ¡Qué bien! ¡Qué bien! ¡Cómo me alegro!

—Espera que hay más. —La cortó en toda su euforia Liam.

—¿El qué?

—Liam, Alex y yo lo hemos hablado y queremos que seas la madrina del bebé.

—¿QUÉ? ¿De verdad?

—Sí, cariño. Te lo mereces y, aunque Nana es la más cercana a mí, ella va a ser abuelita y queríamos que tú mimases al bebé como madrina, si aceptas, claro.

—¡Claro que acepto! ¿Cómo no lo voy a hacer? —dijo acercándose y abrazándola. Acarició la tripa de Alex feliz, no se lo podía creer.

Alexandra sonrió. Todo había sido perfecto durante esos meses. Habían acomodado ya la habitación del bebé. Iba a ser la que había contigua a la suya, ya que no la usaban para nada. La habían pintado con un color neutro, habían

colocado ya la cuna y los muebles. Rose y Merlinda habían comprado ropita y la orgullosa madrina los ayudaba en todo, incluso en la elección del nombre.

—*Ese nombre no me gusta, Liam* —protestó Rachel.

—*¿Por qué no? Harald es vikingo y me gusta.*

—*Estoy de acuerdo con Rachel. Harald Schröder no me gusta, cielo.*

—*¡Qué aburridos sois! ¿No queríais un nombre nórdico en vez de alemán? ¡Pues ahí lo tenéis!*

—*Claro que lo queremos, pero somos tres contra uno, hermano.*

—*¿Qué opciones dais entonces?* —preguntó enfurruñado el menor de los gemelos.

—*¿Einar Schröder? ¿Qué os parece ese, papás y mamá?*

—*No me convence, cariño.*

—*No, a mi tampoco* —contestó Luc. Liam puso mala cara al escucharlo así que dieron por supuesto que era un veto.

—*Björn Schröder, esa es mi propuesta* —dijo Alexandra acariciándose la barriga. Todos se quedaron callados y ella esperó la respuesta.

—*Me vale, pequeña saltamontes.*

—*¿Sí? ¿Luc? ¿Rachel?*

—*Sí, es bonito. Me gusta.* —Alex sonrió al ver que Rachel asentía también—. *Si estamos todos de acuerdo, Björn Schröder Leichmann vendrá al mundo en unos meses.*

—*¿Schröder Leichmann?* —preguntó Alex sorprendida.

—*Ese niño que llevas en tu barriga es de dos de las casas más influyentes de España y Alemania, ¿Acaso pensabas que no iba a llevar los dos apellidos?*

—*¡Ay, no sé Luc! Yo por mí encantada.*

—*Pues, trío... Mi ahijado es Björn Schröder Leichmann.*

—Alex —La aludida levantó la mirada y vio que Rachel acababa de entrar en el despacho—. *¿Estás bien?*

—*Sí, claro. ¿Pasa algo?*

—*No, nada. Solo que deberías irte. Has trabajado duro esta semana y tienes que descansar. No puedes sobrepasarte.*

—*La verdad es que hoy estoy descentrada total. He trabajado y he quitado de encima unas cuantas carpetas, pero parece que no avanzo. ¿No te importa cancelar las últimas reuniones de hoy?*

—*Para nada. Yo me encargo. Ve a casa tranquila.*

—*Gracias, amiga. No sé qué haría sin ti.*

—Vivir, pero aburrida... —Las dos rieron y Rachel salió de la oficina. La rubia mandó un mensaje a Luc y a Liam diciéndoles que se iba a casa a descansar y que esperarían por ellos para cenar. Así que, dicho y hecho, se fue para casa.

Carlos se encontraba en el patio de la cárcel fumando un cigarro. Desde que había entrado en prisión, había sido un recluso ejemplar. No había buscado problemas y siempre había seguido las normas. Se había juntado con un par de hombres que estaban allí por tráfico de drogas y no eran violentos. También se había apuntado a hacer algunos trabajos en cocina o biblioteca.

—¿No sabes nada aún del juicio?

—Nada. El abogado dice que será pronto, pero con los antecedentes que tengo, no me libero del trullo ni de coña, Gustav.

—Si sigues así, saldrás pronto. O por lo menos te darán algunos permisos. ¿Has pensado en pedirle perdón a la chica esa que quisiste matar?

—Sí. La verdad es que la desintoxicación me está viniendo bien y me gustaría hablar con ella. Seguramente le mande una carta para pedirle que venga y así poder hablar con ella.

—Es buena idea. Hazlo. Seguro que viene a hablar contigo.

Cuando pudieron regresar a las celdas se puso manos a la obra. Pudo pedir un lápiz y unas hojas a uno de los carceleros y se lo dejaron durante unos minutos y siempre con vigilancia. Una vez hubo acabado, se lo devolvió y guardó la carta para cuando pasaran a recoger el correo.

Se tumbó en la litera. <<Espero que me perdone>>, pensó con los ojos cerrados y relajándose. Tan tranquilo estaba que no escuchó entrar a uno de sus compañeros y ni que cogía una almohada para después ponérsela sobre la cara y apretar con ganas. Carlos peleó como pudo, no había funcionarios alrededor, todo había sido orquestado para que nadie lo pudiese ayudar. Cuando paró de resistirse y su asesino comprobó que estaba muerto, dejó todo tal y como se lo había encontrado y salió de la celda sin que nadie se diese cuenta.

Alex estaba en el sofá tumbada con sus dos perros. Se había tapado con una manta y estaba viendo un capítulo de la serie de *Sons of Anarchy*. En cuando escuchó la puerta se sentó y vio que Bobby y Max salían corriendo hacia allí. Luc y Liam estaban en casa, pero Liam entró con el semblante serio y Luc, que estaba hablando por teléfono, subió al despacho sin saludarla.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó preocupada a Liam, que venía con los dos perros detrás. Se sentó a su lado y besó sus labios con delicadeza—. Liam, ¿qué pasa?

—Cuando baje, te lo contamos. Lo que no queremos es que te preocupes y lo pases mal.

—Me estás asustando, Liam. —La cogió de la mano. Luc no tardó en bajar. Se arrodilló delante de ella y la saludó de la misma manera que había hecho su hermano hacía unos minutos—. ¿Me podéis decir qué cojones está pasando?

—Quiero que estés tranquila, eso ante todo —la advirtió Luc serio—. Me ha llamado en inspector Cortez.

—¿Por? ¿Ha sucedido algo con el juicio? ¿Se sabe fecha?

—No, todavía no. Es sobre Carlos. —Alexandra dejó de respirar durante unos segundos—. Un preso ha entrado en su celda y lo ha asesinado a sangre fría. Lo asfixió con una almohada.

—¿Qué? No...

—Lo siento. Sé que le tenías algo de aprecio, aunque hizo lo que hizo. Teníais una historia juntos en el pasado y esto tiene que ser duro.

—¿Por qué? Según lo que nos había dicho el inspector era un recluso ejemplar. No se había metido en líos y seguía las reglas. ¿Por qué le han matado así?

—Tiene la teoría de que no querían que testificase en contra de nuestros padres —explicó Liam.

—¿Insinúas que lo ha ordenado vuestro padre o vuestra madre?

—Eso es lo que insinúa el inspector. Mientras no haya pruebas, no se puede dar por cerrado el caso. También me ha dicho que hay una cosa para ti. Una carta que Carlos escribió justo antes de que lo matasen.

—¿Y dónde está esa carta?

—Nos la darán en cuanto puedan para que la leas. Es una prueba y ayuda a condenar a nuestros padres.

—Está bien... —Alex se recostó en el sofá y cerró los ojos, mientras acariciaba su barriga.

—Descansa un poco y tranquila. Nosotros vamos a estar por aquí, si

necesitas algo, solo llámanos.

—Vale... —Se volvió a tumbar y la taparon bien. Iban a estar muy pendientes de ella.

—El trabajo ya está hecho. Ahora quiero mi recompensa —dijo de manera amenazante David Simmons, asesino a sueldo condenado a cadena perpetua.

—Todo a su tiempo. Le indicaré a mis abogados que te pasen el dinero y la droga en una de las vistas sin que se den cuenta. Además, tengo algunos funcionarios comprados —contestó Michael Schröder mientras fumaba un cigarro.

—Más te vale, porque si no acabarás tú en una bolsa de plástico igual que el principito de Carlos.

—Tranquilo. Ahora que no hay quien testifique, lo tengo más fácil. Recibirás una parte ahora y la otra parte cuando salga de aquí. El juicio no ha de tardar en celebrarse.

—Tienes dos días, Michael. Ni uno más ni uno menos. —Y de la manera que llegó, se fue, dejando a el alemán inquieto. Tenía que darse prisa y contactar con sus abogados de alguna manera, si no se buscaría más problemas de los que tenía en ese momento.

Lo que no sabía era que un recluso de confianza del alcaide le estaba vigilando de cerca sin que se enterase y esa conversación sería muy importante para la condena del magnate de los negocios. Sus planes se iban a ir al garete y no podría hacer nada para detenerlo.

Cuando Alex se despertó, descubrió que era temprano por la mañana y que estaba en la cama. Ni se había enterado de que uno de los dos -o los dos, ya que estaba un poco gorda...- la habían metido en cama. Luc y Liam estaban durmiendo plácidamente, así que se levantó como pudo sin despertarles, cosa que no logró. Resopló cuando vio que era incapaz de salir de la cama y movió a Luc para que la ayudase.

—¿Te encuentras mal?

—Me hago pis. Ayúdame. No puedo salir de aquí sin que me eches una mano. Estoy inmensa...

—Y preciosa... —La besó con dulzura y la cogió de las manos para que se pusiera en pie—. ¿Vas a volver a cama?

—Voy al salón, si no te importa.

—No, ve despacio y si te encuentras mal o algo, avísanos que bajamos corriendo. En un ratín ya estamos contigo.

—Sí, descansad que es temprano y es fin de semana. No te preocupes por mí.

Se fue al cuarto de baño y, tras estar sentada durante un buen rato, ya que cuando decía que se hacía pis, era muy cierto, bajó descalza al salón. Merlinda ya estaba dando vueltas por la planta baja, organizando todo para el día. Le sonrió con cariño y se tumbó en el sofá. Cogió su ebook y se puso a leer una novela romántica-erótica de Lena Valenti, una de sus autoras favoritas españolas.

Al cabo de un par de horas, Liam bajó sin camiseta y con cara de dormido. Le dio un beso en la frente y en su barriga y supo que se dirigía a la cocina, necesitaba café. Luc apareció colgado del teléfono, para variar. Por lo que escuchó, estaba hablando con el inspector Cortez, y quedó en que se pasaría por la casa por la tarde.

—Te va a traer una copia de la carta de Carlos, cielo.

—¿En serio?

—Sí, pero al primer atisbo de nervios o de que te encuentras mal al leerla, te la quito de las manos. No necesitamos que te pongas mal y menos a nada de que te pongas de parto, ¿queda claro, señorita?

—Sí, Luc. Queda muy claro. No te preocupes.

—Bien. Lo que queda de mañana y mediodía, a descansar. Nosotros nos encargaremos de todo. Creo que hoy vas a tener unas cuantas emociones de más.

El inspector llegó a la hora acordada y, tras él, Rachel, que se había enterado, casualmente, que iban a dejarle leer la carta de Carlos. Parecía que Rachel era un espía del gobierno, porque sabía todo lo que pasaba en sus vidas, aunque eso era cosa de los gemelos, estaba claro.

—¿La vais a dejar sola para que la lea? —preguntó Rachel preocupada.

—No, la leerá sola, pero aquí, con nosotros. Nosotros no pinchamos ni cortamos en la relación que tenía con Carlos, pero sola no puede estar. No en el estado que está.

—Muy bien, señorita Leichmann. Aquí tiene —habló él, dándole la carta—. Si necesita cualquier cosa, avísenme. El juez ha declarado que el juicio será

en dos meses, así que estense preparados para cualquier cosa. Si obtengo alguna información relevante que puedan saber, se les comunicará.

—Gracias, inspector —agradeció Liam.

—Le acompañaré a la entrada, venga conmigo —dijo Rachel.

—Claro. Que tengan un buen fin de semana.

—¿Estás lista?

—No, Luc, no lo estoy, pero debo leerla —contestó cuando se quedaron solos en la sala. Alexandra respiró hondo y abrió el sobre.

Querida Alexandra:

Supongo que se te hará raro que yo, Carlos Martínez, el hombre que te intentó matar, te escriba una carta pidiendo perdón por tal crimen. No tienes por qué aceptarlo, pero quiero que sepas y seas consciente que estoy total y absolutamente arrepentido de lo que hice. Las drogas me estaban consumiendo, igual que los recuerdos de lo que tuvimos. Michael y Sabine Schröder me tentaron y sobornaron con una cantidad de dinero que ni en toda mi vida podría lograr ver. Mi codicia y mis vicios se llevaron toda la conciencia, vergüenza y dignidad que me quedaba.

Ahora que me estoy desintoxicando y reformando, juro que nunca más volveré a hacer daño a nadie. Espero que estas palabras arrojen un poco de sosiego y tranquilidad en tu vida, ya que, por mi parte, puedes estar tranquila. Jamás volveré a hacerte daño y, si no quieres saber nada más de mí, lo entenderé perfectamente.

Por favor, dile a Rachel que lo siento mucho. Que me horroriza haberla usado de esa manera y que es una persona magnífica y maravillosa. Se merece todo lo mejor en este mundo.

Y a ti... ten la vida feliz que siempre deseaste. Has encontrado a personas que te quieren y espero que te vaya bien todo. Ten ese bebé que he visto que vas a tener y haz que crezca sano y con todo el cariño del mundo.

Te quiere y siempre te querrá.

Carlos Martínez

Alexandra cerró la carta por la mitad y respiró hondo, con lágrimas en los ojos. Acarició su barriga, intentando calmarse. Los gemelos estaban muy pendientes de cualquier movimiento o gesto, Rachel los miraba desde la puerta, expectante a lo que podía pasar.

—¿Cariño?

—Le perdono, ¿sabéis? No era él el que hizo todo eso. Era otra persona consumida por las drogas...

—¿Qué te dice en la carta? —preguntó curiosa Rachel.

—Hay unas palabras para ti. Ten, Rach... léelo tú misma. —Le pasó el folio y Rachel leyó con detenimiento. Suspiró cuando acabó y la miró—. No era él... Si lo hubieses cuando éramos más pequeños... te hubiese encantado. Créeme.

—No lo dudo ni por un segundo, Alex. Te creo.

Capítulo 25

Los dos meses anteriores a la vista pasaron volando, a pesar de ser bastante caóticos: Alexandra ya estaba a punto de dar a luz, por lo que la tenían apartada de la vida pública para que, de esa forma, estuviese tranquila. Aun así, quiso ir al juicio de sus suegros acompañada por Luc y Liam. Nada más llegar a la Audiencia Regional de la ciudad de Hamburgo, una horda de periodistas se abalanzó sobre ellos, hambrientos de cotilleos y noticias frescas. Pasaron de largo sin hacerles mucho caso y las únicas palabras que escucharon de sus labios fueron: *Dejad paso que Alexandra está embarazada y lo último que necesita es este ajetreo y agobio.*

Se sentaron en la sala justo en la zona que estaba reservada para los asistentes y los testigos, ya que en la primera fila estaban sentados los acusados. Se suponía que no tenían que declarar, ya que el atentado estaba grabado en video, pero no estaba muy claro si los iban a llamar para subir al estrado.

El inspector llegó acompañado de uno de sus compañeros y se sentó justo detrás de ellos. Se saludaron cordialmente y, cuando el tribunal, formado por dos jueces de carrera y dos jueces legos, entró en la sala, todos se pusieron en pie para recibirles. Se pidió que pasasen los acusados, así que sucedió el reencuentro. Desde que habían sido encarcelados no habían ido a visitarles. Los dos acusados se veían bien, a pesar de llevar tantos meses encerrados: Michael lucía un traje negro con camisa blanca y Sabine un vestido negro, con algo de escote, pero elegante. Estaban más delgados de lo que recordaban.

Cuando se habían asegurado de que estaban presentes todas las personas que eran necesarias para que se llevase a cargo la vista como, por ejemplo, el fiscal, los acusados, etc, hicieron salir a los testigos para comprobar que todo está correcto: los datos de los imputados, la lectura de la acusación... Fue en ese momento cuando se les dio la opción a Michael y a Sabine de decir unas palabras respecto a las imputaciones. La primera en declarar fue Alexandra:

—Me gustaría que subiese al estrado la señorita Leichmann —dijo el abogado de los Schröder. Alexandra entró en la sala y caminó hasta el estrado—. Buenos días, señorita Leichmann.

—Buenos días.

—Buenos días a todos.

—En primer lugar, gracias por estar aquí hoy, señorita Leichmann, debe ser como una odisea quedarse en el juicio en su estado.

—No es nada. Me encuentro perfectamente, así que... —Sonrió ella.

—Quisiera hacerle algunas preguntas acerca de su relación con sus suegros. ¿Cuál era su relación? ¿Cómo se llevaba con ellos?

—Pues supongo que al principio era... medianamente buena. Antes de casarme con Luc siempre me intentaron tratar bien, pero las cosas cambiaron cuando murió mi padre.

—¿Podría decirse que el éxito y la presidencia de la empresa Leichmann Oil se le subió a la cabeza?

—No, jamás.

—Pero ha dicho que las cosas cambiaron.

—Cambiaron cuando no hice lo que ellos querían respecto a la empresa de mi difunto padre y sus hijos me apoyaron. Luego, ya nos divorciamos y dejamos de tener contacto.

—¿Y cuándo volvió a la vida de los herederos Schröder?

—Me atacaron para que me sintiese incómoda, pero yo no me quedé atrás. Me defendí como pude. No dejaba que mi padre me pisotease, menos iba a dejar que ellos lo hicieran—. El abogado calló sin saber qué decir. Miró a sus representados y negó.

—No hay más preguntas por mi parte, señorita.

—¿Tiene la defensa de Alexandra Leichmann preguntas?

—No, mi clienta ha dicho lo que tenía que decir.

—Puede retirarse a su asiento, señorita. —Alexandra se levantó y volvió a donde estaban los gemelos—. Prosigamos.

—La acusación llama a el inspector Diego Cortez al estrado. —El inspector se sentó y esperó a que le hicieran las preguntas que habían acordado—. Inspector, ¿cuáles han sido las razones de peso para haber detenido a los señores Schröder y al difunto Carlos Martínez?

—La razón principal fueron los registros telefónicos que mostraban el contacto habitual que había entre ellos. También las transferencias realizadas desde una empresa, fantasma por supuesto, de la que su presidente, un tal Georg Neuer, resulta que es Michael Schröder y, por lo tanto... seguimos durante bastante tiempo al señor Carlos Martínez y quedaba asiduamente con los Schröder o se aparecía por la Schröder Company.

—Y todo esto que nos está contado, está reflejado en las pruebas que presentaron correctamente.

—Exacto, analizadas y contrastadas.

—¿Algo más que quiera compartir?

—Sí, el día que detuvimos a Carlos y a el señor Schröder, Alexandra quiso hablar con la señora Sabine Schröder, ya que no estaba detenida. Ella misma se delató tras intentar matar con sus propias manos y amenazar a la señorita Leichmann.

—¿Eso está grabado o hay alguna constancia de ello?

—Toda la comisaría central, ya que la tuvimos que sacar de la sala agarrada mientras gritaba.

—Muy bien. En cuanto a la carta que se pone como prueba de la colaboración entre Carlos y los Schröder, ¿qué nos puede decir?

—Está escrita por Carlos Martínez, un agente de la prisión le dejó papel y lápiz, tras haberlo pedido él, y esperó a que terminase la carta en la puerta de la celda. En ella se culpa a él, a las drogas, a Sabine y Michael Schröder.

—Leo textualmente lo que el señor Carlos Martínez escribió en esa carta respecto a lo que el inspector está hablando: *Las drogas me estaban consumiendo, igual que los recuerdos de lo que tuvimos. Michael y Sabine Schröder me tentaron y sobornaron con una cantidad de dinero que ni en toda mi vida podría lograr ver. Mi codicia y mis vicios se llevaron toda la conciencia, vergüenza y dignidad que me quedaba. ¿Qué me puede decir sobre la muerte del señor Martínez?*

—¡Protesto! ¡Esto no tiene nada que ver con los cargos que se tratan en este juicio!

—Es cierto, pero el señor Martínez es un acusado que, aunque no esté aquí, tiene derecho a que se haga justicia por su asesinato.

—Los cargos está presentados ya, su señoría. Se acusará al señor Schröder por asesinato y a sus cómplices también. Michael Schröder está detrás de la muerte de Carlos Martínez.

—¡No tienen pruebas de ello! —gritó Michael poniéndose de pie.

—Sí las tenemos, por eso presentamos los cargos.

—¡Señor Schröder, siéntese y cállese si no quiere que lo echemos de la sala! —advirtió uno de los jueces. El acusado se sentó con la mandíbula apretada—. Quiero que sepan que la resolución de su caso se dará en este mismo salón en el lapso de dos semanas. Hasta entonces, permanecerán en prisión como hasta ahora.

Luc, Liam y Alex se quedaron hablando con el abogado de la fiscalía en los pasillos de la Audiencia. Según él, la vista había ido muy bien y lo más probable era que no tardasen en dictar sentencia muchos días y que no era necesario que ellos asistiesen a la sentencia. Decidieron irse a casa, ya que Alex estaba muy cansada.

Cuando llegaron, la rubia se fue a la cama directamente. Necesitaba dormir y, aunque estaba un poco incómoda por culpa de la barriga, su pequeña siesta no se la iba a quitar nadie. Se puso un camisón cómodo y se tumbó, tapándose con una mantita. Ni le dio tiempo de poner la televisión, puesto que cayó en un profundo sueño.

Al cabo de unas horas, Alex empezó a sentir unos pequeños pinchazos en la barriga y despertó por culpa de las molestias. Respiró hondo intentando ponerse en pie con cuidado. Escuchaba las risas de una serie que provenían del salón, así que intentó bajar despacio. El dolor de los pinchazos iba subiendo poco a poco y se agarró la barriga. Gimió sin poder evitarlo.

—¿Alex? —Liam se levantó preocupado y la vio en medio de las escaleras con cara pálida—. ¡Luc! —Se acercó a ella y acarició su pelo—. ¿Estás bien? ¿Qué pasa?

—¿Qué está pasando? Alex, cielo...

—Me duele... Creo que estoy de parto, chicos.

—¿Qué? —dijeron los dos al unísono.

—Por favor... —volvió a soltar un gemido y se agarró a Liam con fuerza.

—Vale, vale. Voy a por las cosas del bebé. Liam, llévala al coche y, en cuanto baje yo, nos vamos al hospital. ¡Vamos a tener un bebé!

—Sí, pero corre, Luc...

Liam la ayudó a terminar de bajar los escalones y la dirigió a la entrada, donde estaba uno de los coches. La metió con cuidado en el asiento y la ayudó a que respirase tal y como les habían indicado en las clases preparto. Una vez que estuvo Luc con la maletita que tenían preparada para el pequeño, salieron disparados hacia la clínica.

Al llegar allí, la metieron corriendo para que las sentasen en una silla de ruedas. Las enfermeras se la llevaron a un cuarto para acomodarla y ayudarla a instalarse. También le dieron algunas instrucciones y la dejaron en la cama con las vías ya puestas. Las contracciones cada vez eran más frecuentes y había roto aguas. Lo peor de todo era que ninguno de los dos hermanos estaba con ella aún.

—¡Ya estamos aquí! Hemos tenido que pelear con una de las enfermeras

para que nos dejase entrar a los dos, pero lo hemos conseguido —dijo Liam entrando en la habitación.

—¿Cómo vas?

—Voy. Va a ratos. Me dan contracciones cada poco y cada vez son más dolorosas. Espero que esto acabe pronto, porque si no, me muero...

—Ya verás que dentro de nada entra la doctora y te manda a paritorios, cariño. Tú tranquila por eso.

Tardaron tres horas en decirle que había dilatado lo suficiente para dar a luz. Tanto Liam como Luc entraron en la sala, aunque a la doctora no le hizo demasiada gracia. Alexandra empujaba y empujaba hasta que se quedaba sin fuerzas. Le habían puesto la epidural, pero estaba muy cansada. Los gemelos la animaban a seguir, le decían que ya quedaba muy poco y, de pronto, escucharon un llanto muy fuerte. Alex sonrió con los ojos cerrados, agotada por el esfuerzo.

—Aquí está el pequeño Schröder Leichmann, mamá Alexandra... —le susurró la doctora cuando se lo puso sobre el pecho.

—Mi niño... —Comenzó a llorar de la alegría. Era la cosa más bonita y pequeña del mundo—. Hola Björn... Mi pequeño guerrero Björn...

—Tiene genio —comentó Liam riendo divertido.

—Chicos, nos lo tenemos que llevar para limpiarlo del todo y hacerle el reconocimiento médico. Vosotros tenéis que salir para que acabemos con Alexandra. Esperar en la habitación y subirán prontito, ¿vale?

—No os lo llevéis... —se quejó Alexandra poniendo pucheros.

—Te lo devolvemos ahora, Alexandra. Tranquila —respondió la doctora.

—Nos vemos ahora, mi princesa —Luc besó a Alex y salió del paritorio.

La rubia entró en su cuarto media dormida. Los gemelos ya habían informado a todo el mundo del nacimiento del pequeño Björn y Rachel estaba ansiosa por conocerlo, como madrina que era, pero la avisaron de que Alex estaba muy cansada y de que fuese al día siguiente. Sin embargo, Rose apareció con una cesta con muñequitos y algo de ropa para el benjamín de la familia.

—Nana... —susurró adormilada Alex.

—Hola, cariño. Estoy aquí, pero duerme tranquila. No me iré hasta que te recuperes del todo. —La joven Leichmann asintió y siguió durmiendo.

Todos estaban encantados con el enano. Dormía muy bien y dejaba descansar a la mamá durante unas cuantas horas, hasta que tuvo hambre. Le enseñaron a dar el pecho y, a pesar de que le costó enganchar, comió como un

campeón. A los hermanos se les caía la baba y ¿qué decir de la madrina? No había palabras para describir cómo se sentía.

Al cabo de dos días, le dieron el alta a Alex. Había ido todo bien y podía recuperarse en casa perfectamente. Merlinda la ayudó con todo: a meterse en cama, a ayudarla a cambiarle el pañal a Björn, le daba consejos... Estaban todos en la habitación cuando, de repente, el teléfono de Luc sonó.

—¿Sí? Sí, soy yo... Comprendo, espere un momento que pongo el altavoz para que se entere mi hermano y mi mujer. —Luc separó el teléfono de la oreja y, tras darle a un botón, habló—. Ahora, está en altavoz.

—Perfecto. Soy Rui Slendermann, el abogado de la fiscalía que les ayudó en el caso de sus padres y suegros. Quería decirles que ha salido la resolución del caso esta misma mañana y ya han dictado sentencia. Los medios están a punto de publicarlo y quería que se enteraran por mí antes que por la prensa.

—Gracias, señor Slendermann, ¿y cuál ha sido la sentencia? —preguntó Liam.

—Los quince años que pedíamos. Es la pena máxima, pero recuerden que su padre se tiene que enfrentar al cargo de homicidio por el asesinato de Carlos Martínez, por lo que se le sumarán las condenas.

—Perfecto. Muchas gracias por avisarnos y espero que nos mantengan informados de ese nuevo caso contra nuestro padre.

—Por supuesto, señorito Schröder. No tenga la menor duda. Muchas gracias a ustedes por facilitar tanto las cosas. Nos vemos y que pasen bien estos días con el nuevo miembro de la familia.

Colgó. Liam, Alex y Luc se miraron y se abrazaron aliviados por la pena que había recaído sobre sus padres. Rachel sonrió contenta de verlos así. Formaban una familia preciosa y ahora podrían vivir tranquilos.

EPÍLOGO

Habían pasado ya unos tres meses desde el parto de Alexandra. El pequeño Björn estaba enorme y muy sano. Era la alegría de la casa y había hecho muy buenas migas con los dos perros: Bobby y Max. Siempre lo protegían, aunque tenían que tener cuidado, ya que eran grandes y tanto Luc, como Liam o Alex tenían que vigilar que no se armase ninguna.

Rachel estaba encantada con ser la madrina del niño y lo visitaba todos los días, aunque también tenía un secretillo que no quería decir a nadie: estaba empezando a salir con alguien. Alex sospechaba algo, pero, al no querer contar nada la pelirroja, tenía que callar y ir dejando algunos comentarios para ver si soltaba prenda.

—Bueno, me voy. Os dejo de hacer de niñera. Sed unos padres responsables, ¿eh? —dijo mientras dejaba a Björn en la cuna.

—¿A dónde vas tan pronto? Pensé que te quedabas a cenar, Rach... —comentó Alex mirándola.

—Esto... ¿no os lo dije? Tengo que adelantar unas cosas para el trabajo. Gustav lo quiere cuanto antes posible y, claro, no puedo defraudar al sustituto de la jefa.

—Ya... y no será porque has encontrado un ligue, ¿verdad? —preguntó la rubia, muy atenta a su reacción.

—¿Qué? ¡No! ¡No, no, no! —contestó nerviosa—. ¿Qué dices? No quiero saber nada de hombres, Alex, por favor. Me llegó con lo de Carlos. ¡No!

—Ajam... Entiendo. Entonces, ¿por qué vienes tan arreglada hoy? Ya me pareció extraño, pero no dije nada pensando que ibas a ir de fiesta después con algunas de la oficina, aunque ya veo que no es por eso.

—Me apetecía venir guapa.

—A ver a tu ahijado, que tiene tres meses y te puede vomitar encima... —escucharon desde la puerta.

—¡Cállate, Liam! —Alex y Luc rieron—. ¡Dejadme en paz! ¡Me voy que es tarde!

—¡Con protección, Rachel! Aunque no nos vendría mal un primito para Björn —gritó Luc mientras veía cómo la pelirroja se iba apresurada de la

casa.

—Ya nos dirá con quién está saliendo... No ha de tardar mucho en abrir la boca —dejó caer Alexandra con una sonrisa en la boca.

Los tres siguieron metiéndose con ella durante varias semanas más y, como era sabido, Rachel cedió ante la presión. Sabía que no podía ocultarlo más tiempo, pero lo que no sabía era cómo iban a reaccionar ellos cuando supieran con quién estaba saliendo.

—¿Hoy tienes otra cita, Rachel? —preguntó Liam picándola como de costumbre.

—Pues sí, sí que la tengo. —Los tres la miraron sorprendidos y luego curiosos—. ¿No me vais a preguntar con quién?

—Con alguien de la oficina, ¿a que sí? —Apostó Luc.

—No, no es con nadie de la oficina, me hubiese dado cuenta cuando voy de visita a revisar el frente. ¿Quién es, señorita?

—Diego Cortez.

—¿Diego Cortez? ¿De qué me suena ese nombre? —pensó para sí el menor de los gemelos.

—¿¡El inspector Cortez!? ¡No!

—Sí, Alex. Ese mismo.

—Pero, ¿cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué?

—No sé, surgió. Estuvo muy atento conmigo cuando fue lo de Carlos, me dio su tarjeta, tuve que ir a declarar algunas veces, ya lo sabéis, y pasó. Al principio no podía ser, por eso de ser una testigo en un caso que le concernía a él, pero cuando se cerró el caso, pues bueno... Una cosa llevó a la otra y me invitó a salir. No estaba muy convencida y me hice de rogar, pero aquí estamos.

—¡Tenemos que hacer una cena! Los cinco. Pero en casa, por favor, no puedo dejar a mi pequeñín en casa.

—Dirás que no quieres, poder, puedes, mi vida... —corrigió Luc.

—¡Cállate, Luc! —Rieron divertidos.

Así que organizaron una cena en casa, para estar tranquilos y lejos de los paparazzis. Ese era un problema de que no se libraban y lo único que querían era captar una foto del pequeño de la casa. Apenas salían con él de casa y, cuando lo hacían, cubrían a Björn como si no hubiese un mañana. <<Pobrecito>>, pensaba Alexandra.

Ese día el inspector llegó antes de tiempo a la casa de los Schröder Leichmann, pero no había ido para cenar, si no para darles una noticia que los

iba a dejar desencajados y cancelaría los planes de varios días o semanas.

—Diego Cortez... ¡qué sorpresa tenerte aquí! Ahora te tuteo porque eres de la familia... —dijo Liam dándole la mano.

—Tienes mala cara, Diego, ¿qué pasa? ¿Estás mal? —preguntó Rachel al verlo con la cara desencajada.

—Creo que la cena tendrá que esperar, chicos. Tengo una mala noticia que daros.

—Pasa y siéntate. ¿Quieres que te traiga algo? ¿Un té, café?

—No, nada, gracias, Alex. —Diego se sentó en uno de los sofás y se aclaró la voz. Todos lo miraron expectantes y Rachel le cogió de la mano—. Quería deciros que hace unos minutos me han llamado de la prisión de mujeres, en la que está vuestra madre y me han dado una terrible noticia. Os iban a llamar, pero he preferido comunicaros yo mismo que han encontrado a vuestra madre ahorcada en su celda. No saben cómo lo ha logrado, pero ha muerto. Lo siento mucho.

—Dios santo... —Alex se llevó una mano a la boca y miró a sus dos hombres de la casa.

—Pero... ¿cómo?

—No lo saben, Liam. Solo dejó una pequeña carta de despedida, diciendo que no soportaba la condena, estar allí y estar separada de vuestro padre. Imagino que os llamarán en unas horas para organizar todo.

—Está bien, ¿nuestro padre lo sabe? —Diego asintió serio—. Vale, creo que sí que es mejor que dejemos la cena para otro día. Gracias por venir antes y contárnoslo. ¿Podemos ir contigo a la prisión para acelerar las cosas?

—Por supuesto, Luc. Tengo el coche aquí mismo.

—Yo me quedaré con Alex aquí, avisad con cualquier cosa, por favor.

—Claro. —Luc besó despacio a Alexandra y luego Liam se acercó a ella para hacer lo mismo. El inspector se quedó paralizado al ver la situación y Rachel sonrió de lado ante la cara de estupefacción que le había quedado—. Pero...

—Te lo explicamos mientras vamos a la prisión —dijo Luc con la cazadora en la mano.

Simone se había suicidado porque había perdido todo lo que ella tenía. Su riqueza, sus hijos, su poder... Su marido ahora tendría que pasar muchos más años en la cárcel que ella, ya que había sido condenado a otros 15 años por el asesinato premeditado de Carlos y ella... ella se quedaría sola y nunca había

sido autosuficiente. Trabajar, volver arrastrándose a donde su nuera... No podía soportarlo.

Ahora Alex estaba delante del espejo con un vestido blanco con escote corazón, ajustado en el pecho y que caía hasta el suelo. En la cintura tenía una cinta negra. Sonrió al verse, nerviosa por la ceremonia que iban a realizar. Habían decidido que nada de anillos, sino que se tatuarían un *claddagh* celta en el dedo anular que simbolizaba el amor eterno. Iban a realizar una boda íntima, con los más allegados y sin haber anunciado nada a la prensa. La hacían en el jardín de su casa.

Los gemelos ya la estaban esperando ante el altar improvisado, con Merlinda como maestra de ceremonias, ya que era algo simbólico para ellos. Cuando la vieron aparecer, sonrieron como dos tontos. Luc tenían en brazos a Björn, vestidito con un mini esmoquin especial para él. Estaba monísimo.

Cuando llegó el momento de los anillos, el tatuador que habían contratado para la ocasión, se dispuso a hacer su trabajo. Primero fue Alex, luego Luc y, por último, Liam. Estaban entusiasmados con el resultado.

Después de todos esos años en los que lo habían pasado mal, con inconvenientes, problemas y gente en contra, ahora estaban juntos, felices y formaban una familia excepcional. Nada ni nadie los podía separar. El matrimonio a la fuerza que había sido al principio cuando la obligó su padre y del que Alex había renegado, se había convertido en la mejor decisión y aventura que había tenido en su vida.

FIN